

ARQUITECTURA Y POLÍTICA

ENSAYOS
PARA
MUNDOS
ALTERNATIVOS

JOSEP MARIA MONTANER · ZAIDA MUXÍ

Arquitectura y política afronta una cuestión clave de la arquitectura contemporánea: su responsabilidad en relación a la sociedad. Para ello, a partir de una recopilación de textos agrupados en cinco capítulos —Historias, Mundos, Metrópolis, Vulnerabilidades y Alternativas— la obra lleva a cabo un recorrido histórico que narra el papel social de los arquitectos y los urbanistas hasta la actual era de la globalización. A partir de temas como la vida comunitaria, la participación, la igualdad de género y la sostenibilidad, este libro establece tanto las vulnerabilidades contemporáneas como aquellas alternativas ya experimentadas, de ahí su subtítulo **Ensayos para mundos alternativos**.

GG®

PRÓLOGO

HOMEOPATÍA CRÍTICA

Jordi Borja

“Menos es más”, dijo Ludwig Mies van der Rohe. El libro de Josep Maria Montaner y Zaida Muxí consigue decirnos mucho en cada uno de sus breves capítulos. Todo lo que usted quería saber y quizás no se atrevió a preguntar acerca de la historia del urbanismo, de la arquitectura de la ciudad, de la sociedad de consumo, de la especulación inmobiliaria, del problema de la vivienda, de las tradiciones críticas a la urbanización capitalista, de las experiencias alternativas, de la circulación y el derecho a la movilidad, del medio ambiente urbano, de la responsabilidad social de los profesionales (y en especial de los arquitectos), de la relación entre urbanismo y poder, de la globalización y sus efectos en lo local, de las fronteras y los muros urbanos, de las catástrofes pasadas y venideras, de la sociedad del despilfarro, de los arquitectos famosos, de las experiencias exitosas en diversas ciudades, del turismo urbano, de la memoria ciudadana, de los pobres y los “sin techo”, del feminismo urbano, de la cultura institucionalizada, de la participación ciudadana, del derecho a la ciudad y algunos temas más. Pues bien, todo esto lo encontrará bien resumido y explicado, con citas que remiten a libros todos ellos interesantes y que son ejemplos esclarecedores.

Por un precio módico y un tiempo relativamente breve dedicado a su lectura podrá informarse de los temas citados, encontrará múltiples referencias, claridad expositiva y una cierta amenidad; también críticas contundentes e interesantes sugerencias. Un libro que le proporciona guías o pistas para entender mejor el mundo actual, fundamentalmente urbanizado. No obstante, preste atención: este libro es peligroso. Si usted realmente se interesa por los múltiples temas que expone sentirá la necesidad de ir más allá, de informarse más, de leer algunas de las obras que se citan, de buscar más información sobre nombres que se mencionan. Se trata de un libro que suscita múltiples curiosidades. Si lo lee, animado por su aparente facilidad, corre el riesgo de sentir una fatal atracción por hacer inmersión en muchos otros textos y documentos.

Este es un libro homeopático. Por su brevedad en relación con la multitud de temáticas y porque permite una lectura a pequeñas dosis (la lectura de un capítulo antes de cenar permitirá ahorrarse media hora de televisión). Por su eficiencia productiva si tenemos en cuenta el esfuerzo discreto que exige y la información y reflexión que aporta. Y, como la homeopatía médica, en el peor de los casos no hace daño, nadie perderá el tiempo con su lectura. Además, se trata de un libro (y es lo más interesante) que lleva consigo una fuerte carga crítica derivada de la exigencia ética de los autores, de su análisis de los efectos perversos del capitalismo especulativo actual y de su concepción de la responsabilidad de los profesionales.

El libro parte de considerar que, antes que técnica, el urbanismo es política; la arquitectura urbana, de lo que trata el libro, es especialmente política. Ante cada problema urbano, cada conflicto de opiniones o intereses, cada desafío generado por los cambios en

el entorno, no hay “una única solución”, sino varias y muy diversas (‘solución’ no es la palabra más apropiada, es mejor ‘respuesta’). Dependerá de qué se quiera conseguir, qué demandas o necesidades se prioricen, qué costes se asuman, qué beneficios se consideren más legítimos. El urbanismo es una dimensión importante de la política. La cultura y la técnica acompañarán al diagnóstico y posibilitarán la elaboración de los programas y proyectos. Pero la definición de objetivos y estrategias y la opción entre varias propuestas posibles forman parte de la política. Y como decía un humorista español, ahora “hablaremos del Gobierno”. Contra los poderes políticos y económicos que nos han llevado a un “caos sistémico”.¹

URBANISMO COMO POLÍTICA

En una ocasión, un periodista me preguntó si existía un urbanismo de izquierdas y otro de derechas. Le respondí que el urbanismo era de izquierdas y la especulación de derechas. Si queremos que se nos entienda en cuestiones importantes, las respuestas deben ser contundentes, simplificadoras, provocadoras; es decir, lo contrario del lenguaje académico, erudito, propio del argot profesional o de la retórica de los políticos. El urbanismo nació y se desarrolló como disciplina práctica de intervención sobre el territorio, para “ordenarlo” con el fin de organizar el funcionamiento de la ciudad y el acceso a los bienes y servicios colectivos de sus habitantes y sus usuarios. Pero también expresó desde sus inicios una vocación de transformación social, de mejorar la calidad de vida de las poblaciones más necesitadas, de reducir las desigualdades.²

Esta vocación política ha ido desapareciendo de gran parte del urbanismo actual; además, el pensamiento de este urbanismo, por llamarlo de alguna manera, ha “naturalizado” como evidencias objetivas o mecanismos intocables los efectos perversos del capitalismo especulativo dominante. Es necesario combatir las palabras, los pseudoconceptos que oscurecen la realidad y justifican los desmanes urbanísticos. ¿Tiene sentido hablar de ciudades “competitivas” cuando gran parte de la producción de bienes y servicios se destinan al mercado local y solo algunas actividades deben serlo? ¿O exaltar la “participación” cuando en la mayoría de los casos se utiliza por parte de los poderes públicos para generar consenso pasivo y para deslegitimar el conflicto social? ¿No es confuso proponer sostenibilidad sin denunciar los efectos insostenibles de muchas obras públicas, del desarrollo periférico extensivo, de la arquitectura ostentosa y costosa, de la economía y la cultura del automóvil privado, de las legislaciones urbanísticas y financieras permisivas, etc.? ¿Son creíbles los programas políticos que propugnan el derecho a la vivienda, a la movilidad o al acceso a las centralidades y, sin embargo, no proponen medidas para atajar la especulación del suelo y la exclusión de los sectores populares de las áreas centrales renovadas y la regulación del transporte público para que sea accesible, por la extensión de la red y por el precio de la tarifa, a toda la población? Los discursos abstrusos sobre “gobernabilidad o gobernanza”, ¿tienen alguna utilidad que no sea contribuir a desresponsabilizar los Gobiernos y a legitimar la inflación institucional? ¿Es admisible el doble lenguaje de tantos arquitectos y urbanistas que desde las universidades o la prensa nos bombardean con discursos humanistas y en sus obras o en las revistas

profesionales exaltan la arquitectura casi siempre como un objeto singular y gratuito?

En la actualidad, el mundo desarrollado europeo y norteamericano vive una crisis económica resultado, por una parte, de la alianza impía entre el capitalismo financiero y los Gobiernos cómplices y, por otra, de los “bloques cementeros” y los Gobiernos locales colaboracionistas. Es curioso que en los foros políticos y académicos que debaten las problemáticas urbanas casi no se citen de forma concreta y denunciadora la relación entre la crisis económica, el endeudamiento público y privado, el protagonismo del capital especulativo en las pautas de urbanización y el *boom* inmobiliario, como, por ejemplo, en el Foro Urbano Mundial (Río de Janeiro, marzo del 2010) y en la Cumbre Mundial de Líderes Locales y Regionales (Ciudad de México, noviembre del 2010). ¿Una omisión culpable de los actores políticos? Sí, es obvio, y también cómplices. Por temor a los cambios, por sumisión a los poderes económicos y mediáticos, por ignorancia y falta de audacia e imaginación, pero también por corrupción; no tantas veces como parece, pero las suficientes como para poder hablar de una gangrena que destruye la credibilidad de la política en muchos países.

Sin embargo, sería injusto no denunciar la colusión interesada o la omisión culpable de los medios académicos, intelectuales y profesionales, en algunos casos mediante la colaboración activa en los procesos perversos de la urbanización actual, en otros mediante discursos y obras legitimadoras, tanto procedentes de los cuentistas sociales como de los arquitectos. En los medios universitarios, el auge alcanzado por un neopositivismo seudocientificista ha impuesto en muchos casos un tipo de trabajos (artículos en revistas indexadas, formato de las tesis doctorales) que oscilan entre el conocimiento reproductivo, los estudios artificiosos o la justificación de la realidad aparente como la única posible. Se ha legitimado como saber académico el “no comprometido”, el que elimina el pensamiento crítico y que rechaza la intervención transformadora de la realidad social.

No obstante, hay que saludar que se ha producido, en especial en Latinoamérica, una reacción intelectual, social y política ante la “traición de la intelectualidad urbana”, o gran parte de ella. Los precedentes fueron los movimientos populares urbanos de las últimas décadas que encontraron en su camino a colectivos profesionales y académicos que combinaron el estudio de aquellos con la participación militante. Así se desarrollaron el movimiento de reforma urbano iniciado en Brasil, extendido ya por todo el continente, los centros de estudios (académicos o independientes), y las ONG, que han ido elaborando un pensamiento crítico y alternativo vinculado a las movilizaciones sociales y políticas; publicaciones como el *Café de las ciudades* de Buenos Aires, que se ha convertido en una referencia internacional, y muchas otras (*Polis* y *Ciudades* en México, *Foro* en Colombia, *Proposiciones/Sur* en Chile, etc.). Más recientemente la emergencia del “derecho a la ciudad” como concepto integrador de un proyecto democrático de ciudad promovido por Habitat International Coalition ha producido ya interesantes documentos resultantes del trabajo de numerosos colectivos como la Carta por el Derecho a la Ciudad de Ciudad de México y la obra *Ciudades para todos*.³

LA RESPONSABILIDAD DE LOS INTELECTUALES

El hilo visible que une los ensayos del libro de Montaner y Muxí es la relación que existe entre la arquitectura y el urbanismo con la política, y el hilo que sirve de clave interpretativa de los textos es la responsabilidad de los intelectuales. Una cuestión especialmente importante cuando se vive un momento histórico de cambio. Una forma de entender la responsabilidad intelectual que no se instala en la cómoda y exitosa distinción de Max Weber entre la ética de las convicciones y la de las responsabilidades. No solo se trata ahora de “cambiar el mundo”, sino que el mundo cambia, nos guste o no, y de lo que se trata es de entender las dinámicas de este cambio, distinguir en lo que es progreso de la humanidad o mayor desigualdad, insostenibilidad y miseria social y moral. Françoise Giroud, una intelectual liberal democrática (codirectora de *L'Express* en su período glorioso y más tarde ministra en el Gobierno de Giscard d'Estaing), escribió al final de sus memorias: “Siempre he sido bastante escéptica sobre la capacidad de progreso moral de la sociedad, pero sí he creído en el progreso social [...]. Ahora también dudo de ello”.

La responsabilidad de los intelectuales parte de una opción moral: combatir la injusticia, los privilegios, las exclusiones y la degradación del mundo. Un destacado economista marxista, el estadounidense Paul A. Baran, escribió en la década de 1960 lo que entendía por responsabilidad intelectual: “Podría demostrar como economista el efecto positivo que tendría para el crecimiento y el bienestar de un país la escolarización universal de los niños y la posibilidad para todos de poder optar a estudios superiores. Pero rechazo esta explicación. El acceso de todos a la educación es un derecho humano básico, no necesita de argumentos económicos”.⁴ Lo mismo podemos decir de los derechos que configuran el “derecho a la ciudad” como derecho integrador de la vivienda, la movilidad, el espacio público, la centralidad, el salario ciudadano, la formación continuada, la igualdad político-jurídica de todos los residentes, el gobierno de la ciudad real o metropolitano, la participación ciudadana, etc.

La responsabilidad de los intelectuales no se reduce a una toma de posición moral, sino que exige al menos tres tipos de ejercicio de dicha responsabilidad: en primer lugar, no solo contribuir con estudios, publicaciones o proyectos a las dinámicas perversas urbanas, sino también desarrollar una actividad crítica permanente; segundo, utilizar sus conocimientos para entender y explicar los mecanismos y las contradicciones que generan dichas dinámicas y participar en las reacciones sociales de los que se oponen a estas; y, en último lugar, contribuir a la elaboración de propuestas reformadoras de los mecanismos perversos y generar así culturas alternativas. Se trata de recuperar la ética política de lo que fueron los enciclopedistas del siglo XVIII, los demócratas y socialistas del siglo XIX, los revolucionarios del siglo XX para formular un pensamiento progresista del siglo XXI.

Esta obra de Montaner y Muxí se sitúa a contracorriente de las ideologías dominantes en la política institucional, en las universidades y en los medios profesionales mediáticos, al tiempo que representa una contribución intelectual rigurosa al patrimonio cultural popular; es decir, a la gran mayoría de este mundo globalizado. Es un libro elegantemente subversivo, y tal como dijo el católico Georges Bernanos: “Hacen falta muchos subversivos para construir un pueblo”.

INTRODUCCIÓN

La arquitectura tiene una estrecha relación con la vida humana; por tanto, tiene mucho que ver con el poder político y económico, con la voluntad colectiva de lo social y de lo común, de lo público y de la permanencia en el futuro. Son unas relaciones que, por obvias, e incluso por redundantes, no son fáciles de tratar y actualizar de manera sistemática y crítica. Obvias por lo que respecta a los edificios públicos, pero también vitales por cómo se legislan y gestionan, proyectan y construyen las viviendas y los barrios como ámbitos para los nuevos modos de vida y para la felicidad de las personas. Sin olvidar que, tal como ha defendido y sigue defendiendo el feminismo, lo personal es siempre político y, por tanto, la creación de espacios para las relaciones entre las personas tiene, necesariamente, relación con la política. Por ello, este libro plantea una visión: entrever y descubrir intereses e implicaciones políticas detrás de la arquitectura y el urbanismo.

Cuando aún es recurrente entre ciertos arquitectos seguir proclamando la falacia de que la arquitectura es neutra, que no tiene nada que ver con la política, un libro como este resulta imprescindible. Además, más allá de sus duras críticas, la mirada que propone la obra quiere ser esperanzadora, tal como expresa su subtítulo: *Ensayos para mundos alternativos*. Porque la esencia de la arquitectura es siempre plantear el horizonte de futuro; para ello debe soñar y, al mismo tiempo, ser realista, es decir, debe conocer bien las preguntas a las que dar respuesta, debe ser consciente de los efectos que pueden ocasionarse en dicha realidad y, a su vez, de cómo esta misma va a transformar el proyecto y, al mismo tiempo, debe imaginar.

ARQUITECTURA Y POLÍTICA

La palabra ‘política’ deriva del griego *polis*; es decir, la ciudad como agrupación ordenada de ciudadanos libres y diferentes que se autoorganizan en la política para interactuar en el mundo. Cabe destacar, por tanto, la estrecha relación entre política y ciudad en sus raíces, y tal como escribió Aristóteles en *Política*: “La ciudad es, por naturaleza, una pluralidad; la ciudad está compuesta no solo por individuos, sino también por elementos especialmente

distintos: una ciudad no está formada de partes semejantes, ya que una cosa es la ciudad y otra cosa es una *symmachia*".⁵ Además, la organización de hombres y mujeres para hacer posible la vida en la *polis* da lugar a instituciones y organizaciones políticas que se expresan mediante edificios.

No obstante, las relaciones entre arquitectura y política no resultan hoy tan evidentes y existen muchas influencias e implicaciones ocultas que, generalmente, se tienden a esconder, olvidar y minimizar.

Este libro de ensayos recapitula y se centra sobre las relaciones contemporáneas entre arquitectura y política en diversos sentidos: reinterpretar la historia de la modernidad, profundizar en las características de las sociedades contemporáneas y en sus sectores más vulnerables, establecer las condiciones y tendencias de las ciudades y metrópolis, visibilizar las aportaciones al urbanismo y a la política por parte de las mujeres y, sobre todo, argumentar las alternativas y remarcar las buenas prácticas. Este libro intenta abarcar desde el análisis de la función social del intelectual y del técnico hasta la dimensión urbana de la arquitectura y sus relaciones con el poder.

En este libro se entiende la política en un sentido amplio, donde se incorporan también las relaciones de dominio social, cultural, sexual y económico, unas relaciones extremadamente complejas, como una multitud de finas capas que se interrelacionan e interactúan y, a menudo, se esconden unas detrás de otras. De la manera más sistemática posible, el libro intenta levantar y analizar algunas de esas capas, siempre interpenetradas, por tanto, con las implicaciones que existen entre ellas, desbrozando algunos de los temas contemporáneos que relacionan arquitectura y poder, urbanismo y sociedad.

En este recopilatorio de textos se toman dos conceptos tan clásicos y sustanciales a la existencia humana en sociedad —ciudad (*polis*) y política— para volver a interrelacionarlos en el contexto de las sociedades contemporáneas, para urdir nuevas interpretaciones. Porque la política es siempre un descubrimiento, y porque la primera decisión política —en cualquier actividad de teoría, historia y crítica del arte y la arquitectura— radica en lo que se visibiliza y en lo que se ignora, en lo que se promueve y en lo que se oculta, en lo que se dice y en lo que se calla y a quién se silencia. En este libro se rememorarán muchos episodios recientes, aunque olvidados, de propuestas de vida comunitaria, buenas prácticas o alternativas para un mundo mejor, y no se dará ningún espacio a la arquitectura de las estrellas y de mayor influencia mediática.

LA CONDICIÓN POSMODERNA DE LA ARQUITECTURA

En los últimos años del siglo xx, una época marcada por una condición finisecular, empezó a tomarse conciencia de una serie de cambios estructurales estrechamente relacionados: la globalización neoliberal, las sociedades poscoloniales, los fuertes movimientos migratorios, los cambios sustanciales en los modos de vivir el espacio y el tiempo introducidos por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, la crisis ecológica (con fenómenos trascendentales como el calentamiento global), las ciudades que han apostado por la arquitectura genérica de los objetos aislados y un planeta repleto de *slums*. Dichas condiciones son también punto de partida para estas reflexiones.

En este texto vamos a interpretar la posmodernidad como el fin de un ideal único, neutral y universal, para dar paso a nuevas y nuevos protagonistas: realidades y culturas diversas, y la lucha por unos derechos más reales, de la igualdad en la diferencia.

Tal como ha hecho el profesor de filosofía Karsten Harries,⁶ podemos establecer que la posmodernidad ha tenido una vertiente estética, la más visible y denostada, pero también una ética, que es la que ha comportado, a partir de los cambios de paradigma de las nuevas sociedades, una crítica humanista a la modernidad; en este libro adoptamos y desarrollamos esta vertiente ética, sus implicaciones y consecuencias, y en los últimos textos explicaremos en detalle los cuatro cambios que consideramos más destacables: derechos humanos, sostenibilidad, diversidad y participación.

Desde la II Guerra Mundial, los organismos internacionales han empezado a legislar unos derechos humanos universales, unos derechos que van mucho más allá de los propios de cada país. Estos derechos de obligado cumplimiento tienen que ver con la vida, la vivienda, la sanidad, la justicia o el trabajo, implican a todos los habitantes de la Tierra y cada Gobierno es responsable de su cumplimiento y contemplan los nuevos derechos de grupos sociales hasta hace poco marginados o invisibilizados, como las mujeres o la infancia. Es fundamental tener en cuenta que los derechos humanos son inseparables y no se consigue uno sin el otro; esta es la primera gran novedad de la posmodernidad en relación con una modernidad definida por un eurocentrismo que ha tenido que ceder parte de su poder, primero a Estados Unidos y hoy a los nuevos países emergentes.

El concepto de sostenibilidad marca una nueva conciencia de los límites del crecimiento, el consumo, la contaminación; un criterio que nunca estuvo ni pudo entrar en los planteamientos de la modernidad, especialmente en el ideario del progreso ilimitado de la sociedad industrial en los siglos XVIII y XIX.

La diversidad es una nueva premisa en un mundo de múltiples culturas, orígenes, etnias, creencias y elecciones. Una diversidad que es sinónimo de complejidad, y que se enfrenta a conceptos canónicos como unidad o identidad. Partimos de una diversidad de base entre hombres y mujeres, que debe visibilizarse sin que por ello signifique desigualdad ni sumisión, ni que uno englobe al otro.

Y en esta diversidad entran también los distintos estadios de la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte. En los países desarrollados, uno de los elementos clave es la prolongación de la esperanza de vida, que ha potenciado la existencia de estadios vitales, más allá de los setenta años, que eran impensables en la primera mitad del siglo XX; y este es uno de los signos más claros en lo que se refiere al aumento de la calidad de vida en los países desarrollados y un cambio clave en los planteamientos del urbanismo de principios del siglo XXI en relación con el urbanismo moderno.

Por último, no puede plantearse un funcionamiento de sociedades democráticas fuertes sin la participación y la transparencia social. Ello tiene una fuerte influencia en la arquitectura y el urbanismo y nos lleva a recuperar a aquellos teóricos que ya pensaron unos métodos arquitectónicos —como los argumentos participativos de John Turner, los “patrones” de Christopher Alexander o los “soportes” de John Habraken— adecuados a la participación y relacionados con conocimientos y formas compartidas.

TÍTULO, SUBTÍTULO Y ESTRUCTURA DEL LIBRO

Esta obra, con casi una veintena de capítulos ordenados a partir de las relaciones entre arquitectura y política, tiene por subtítulo *Ensayos para mundos alternativos*, pues hace hincapié tanto en la crítica sobre los problemas, las injusticias y las insuficiencias, como en las tradiciones, las propuestas y las alternativas que ya se han experimentado y que existen. El objetivo es construir una nueva teoría y práctica de la arquitectura para un posible mundo mejor.

Para ello, el libro se estructura en cinco partes lógicas. La primera reflexiona sobre la historia de las relaciones entre arquitectura y sociedad, para en una segunda parte plantear las coordenadas básicas de las sociedades contemporáneas donde se sitúa la arquitectura actual. Estas dos partes tienen un carácter introductorio, con una revisión de conceptos desde la historia, la epistemología y la hermenéutica. Seguidamente se traslada dicha reflexión a la escala de las grandes ciudades, sus características y tendencias. En la cuarta parte se insiste en las cuestiones que definen las mayores vulnerabilidades de las ciudades contemporáneas: el borrado de la memoria, el problema de la vivienda y los crecientes procesos de exclusión. Por último, se profundiza en las necesarias alternativas y posibilidades desde la perspectiva de género, desde los valores de lo arquitectónico y lo urbano, y desde los instrumentos de la crítica.

CONTEXTO ECONÓMICO

En el contexto económico de la década de 1990 se consolidó un punto de inflexión en el que los capitales transnacionales —procedentes especialmente de Japón, Estados Unidos, Alemania y el resto de Europa, constituidos por fondos privados de jubilación y otras acumulaciones de capital— comenzaron a invertirse en cualquier parte a la búsqueda de las máximas y más rápidas rentabilidades. Dentro de un total predominio de la ideología neoliberal, dichas rentabilidades se basaban en el control de la propiedad del suelo y en el dominio de sus precios siempre en alza, y se visibilizaban en inmensas obras urbanas dictadas por los intereses de la especulación inmobiliaria. Esta entrada de capitales fluctuantes y transnacionales ha distorsionado completamente el interior de las sociedades, especialmente el mercado de la vivienda, que se ha ido alejando cada vez más de tener valor de uso, de ser un bien y un derecho, para pasar a ser un objeto de inversión y especulación, dominado por el valor de cambio y que intenta convertir a cada habitante en un especulador. Ello está sucediendo incluso en países como Suecia y Holanda, que habían tenido una decidida y duradera política de vivienda pública, con lo que se ha distorsionado el concepto de ciudad y la responsabilidad de los poderes públicos democráticos en su función de conseguir una sociedad más justa y equilibrada, de hacer realmente un urbanismo integrador y que redistribuya la renta, de rehacer las ciudades más que de impulsar crecimientos desorbitados.

En este proceso, el hecho más trascendental ha sido el control total de la propiedad privada del suelo en el planeta, que ha tendido a monopolizarse, lo que ha provocado un alza de los precios y ha generado la dificultad, tanto de las políticas públicas de vivienda

social como de los procesos de ocupación del suelo, de autoconstrucción de sus viviendas y de la producción agrícola por parte de los sectores más pobres de la sociedad. La propiedad del suelo del planeta está en unas pocas manos y tiende a una situación monopolista. Solo un pequeñísimo porcentaje de los habitantes de la tierra son propietarios del suelo: todo el inmenso resto son inquilinos precarios o pequeños propietarios hipotecados. Además, se da una evidente injusticia de género: sólo el 1 % de la propiedad del suelo está en manos de mujeres. Por tanto, el monopolio es doble: pocos propietarios del suelo y todos ellos hombres.⁷

Todo esto se ha reflejado en las llamadas “burbujas” inmobiliarias, que han ido estallando en las últimas décadas del siglo xx en países como Japón, Holanda o Finlandia, sin olvidar las sucesivas crisis económicas en América Latina, como el “tequilazo” en México (1995) o el “corralito” en Argentina (2001). En el 2008, dicha crisis estalló en Estados Unidos y se expandió a España, donde ha provocado una durísima, y más que previsible, crisis del sector de la construcción, al ser un país completamente dependiente de la producción inmobiliaria, vaciado de estrategias industriales y postindustriales. Se trata de una especulación urbana que no tiene suficiente con arrasar antiguas conquistas sociales, sino que pugna también por aprovechar incluso las plusvalías que genera el mundo informal.

Resulta significativo comprobar que en la Rusia de Vladímir Putin se han amasado grandes fortunas con la especulación del suelo, que anteriormente había sido de titularidad pública, con el feroz incremento de los precios del alquiler de la vivienda, que en la Unión Soviética significaban sólo el 2-3 % de los ingresos familiares y que, una vez desaparecido el contexto socialista, han generado una extensa miseria urbana. En el 2007, en las calles de Moscú, había un millón de “sin techo” y, simultáneamente, en la ciudad vivían más billonarios que en la mismísima Nueva York.

El hipercapitalismo promovido por el Partido Comunista Chino ha generado una nueva manera de hacer crecer desaforadamente ciudades, como Pekín y Shanghái, que, al disponer de toda la propiedad del suelo, arrasa rápida y sistemáticamente los tejidos históricos y expulsa a sus habitantes a las nuevas periferias. Los Emiratos Árabes, y ciudades como Dubái, han potenciado un crecimiento salvaje de sus estructuras urbanas, que invaden ecosistemas y despilfarran energía; en definitiva, que olvidan su propia cultura y caen en los peores defectos de los mecanismos especulativos y depredadores de Occidente.

Y son precisamente estos contextos no democráticos de principios del siglo xxi el campo de acción para los grandes proyectos de los arquitectos occidentales.⁸ Los modelos arquitectónicos y urbanos se traducen sin repensarlos cuando ya han sido contestados en origen, o a pesar de haber demostrado su ineficacia e insostenibilidad.

En el nuevo escenario mundial que se presenta a principios del siglo xxi, la ciudad se va convirtiendo cada vez más en el lugar del negocio financiero, con unos operadores más potentes y más incontrolables que nunca, que buscan un rendimiento inmediato y un mínimo compromiso con el lugar donde llevan a cabo la inversión. Cada ciudad es un lugar susceptible de ser explotado para que contribuya al capital global; ciertas morfologías urbanas expansivas y dispersas, tipologías arquitectónicas como los rascacielos y mecanismos neoliberales de gestión son los que favorecen dichos intereses.

Para nuestro objeto de estudio, los dos grandes conceptos tipo que caracterizan de manera antagónica y dual nuestra época contemporánea serían la globalización y la sostenibilidad; ambos tienen una enorme repercusión en los terrenos de la arquitectura y del urbanismo.

UNA VISIÓN HEREDADA

En este sentido de un proyecto crítico, la interpretación que se desarrolla en el libro surge, necesariamente, de una visión heredada que arranca en el marxismo, continúa en las rupturas epistemológicas de la Escuela de Fráncfort (Walter Benjamin, Theodor W. Adorno, etc.) y eclosiona en las propuestas situacionistas y en el gran cambio social y de costumbres que se visibilizó alrededor del Mayo de 1968, no solo en París, sino en muchos otros lugares del mundo. Aunque muchas de sus críticas fueran integradas más tarde dentro del sistema, las reivindicaciones del Mayo de 1968 constituyeron una aportación de mucho peso, pues sentaron un fuerte precedente de puesta en duda de una autoridad que pretendía imponerse sin argumentos, y ello significó un cambio irrevocable hacia sociedades más libres y más exigentes. La cultura y la sociedad francesas han tenido una especial habilidad para situarse, casi siempre, al frente de los acontecimientos históricos, con su visión del mundo: el cartesianismo, el estructuralismo y el postestructuralismo. Sin embargo, el futuro radica en otras interpretaciones que surjan del contexto poscolonial, de las periferias y, en nuestro caso, del arco común cultural latino, desde el Mediterráneo hasta América Latina.

Por tanto, la interpretación crítica de este libro surge en gran parte, implícita y explícitamente, a partir del pensamiento crítico que arranca en esos movimientos de posguerra, el estructuralismo y el postestructuralismo, y que incluyen el proyecto crítico desarrollado por la historiografía italiana —de Giulio Carlo Argan a Manfredo Tafuri— e incorpora las nuevas aportaciones del pensamiento poscolonial, feminista y antiglobalización; todo ello con la voluntad de construir un discurso crítico, de raíz latina y mediterránea, pues hoy no sirven interpretaciones que pretendan ser deslocalizadas y universalistas.

UN MUNDO DE PREGUNTAS

En cada uno de los textos de este libro subyacen series de preguntas que podrían irse agrupando: ¿Cómo son nuestras sociedades y cómo son los habitantes actuales de la arquitectura y la ciudad? ¿Cuál es el papel de la arquitectura que proyecta viviendas, espacios públicos y equipamientos en unas sociedades basadas en el dominio y el control, en unos Estados a menudo poco democráticos y transparentes, y en unos contextos donde se ha construido una cultura del miedo y de la inseguridad?

Esto lleva a cuestiones éticas generales: ¿Queda algún reducto ético, crítico y humanista para la arquitectura y el urbanismo fuera del consumo y de la especulación de las industrias de la construcción y de la cultura? ¿Hacia dónde se dirige la utopía de nuestros tiempos? ¿Cuál sería hoy la función social de la arquitectura? ¿Cómo puede plantearse una nueva

ética para la arquitectura a favor del medio ambiente, de la igualdad y de la libertad?

Y, sobre todo, ¿cómo son los reflejos físicos y territoriales de los procesos políticos y los conflictos globales en la arquitectura y en las ciudades? Es decir, ¿cómo se refleja en la arquitectura y el urbanismo el aumento del control y de las fronteras? Y, al mismo tiempo, ¿cómo se desarrollan las alternativas?

Esto nos lleva también a cuestiones sobre la forma arquitectónica. Las formas siempre transmiten valores éticos, remiten a marcos culturales, comparten criterios sociales, se refieren a significados, responden a visiones del mundo, concepciones del tiempo y a ideas definidas de sujeto. Sin embargo, hay quien sostiene que las formas son neutras ideológicamente y se cargan de significados según el uso que se les dé. En este sentido, ¿es posible que, con el tiempo, el significado de ciertos edificios, como símbolos de regímenes totalitarios, prisiones, fábricas o cuarteles, pueda cambiar?

Estas preguntas más generales pueden convertirse en cuestiones éticas más concretas: ¿Es lícito que los arquitectos acepten cualquier condición con tal de poder proyectar y construir? ¿Es aceptable que solo para poder realizar el parque y el estadio de Pekín para los Juegos Olímpicos del 2008, incluido el denominado “nido”, de Herzog & de Meuron y del artista Ai Weiwei, se desplazaran 350.000 habitantes que vivían en la zona y se trasladaran a las afueras de la metrópolis? Todo ello pudo llevarse a cabo sin excesivas resistencias, pues en China no solo existen los instrumentos políticos tiránicos para ejecutar tales enormes operaciones urbanas e inmobiliarias, sino que se ha impuesto una ideología higienista según la cual deben sacrificarse los barrios tradicionales de baja altura (los *hutons*) para eliminarlos como una necesaria operación patriótica de renovación y modernización.

Se nos plantea, por último, cuál es la misión de la crítica y del intelectual en el mundo contemporáneo. En Barcelona, en 1959, y tras haber organizado dos cursos sobre “Economía y urbanismo” y “Sociología y urbanismo”, el trascendental Grup R de arquitectos catalanes desistió de organizar un tercer curso dedicado a “Política y urbanismo”. La siniestra burocracia de la dictadura franquista prohibió invitar a la conferencia inaugural a Pierre Mendés-France, político arriesgado e inclasificable, que había sido ministro francés en 1954 y 1955, y que procedía del pensamiento socialdemócrata.⁹ Hoy, más de medio siglo después, volvemos a plantearnos estas relaciones desde el mismo lugar, pero en unas condiciones económicas, sociales y políticas totalmente distintas: desde una España democrática y modernizada, al mismo tiempo, en un contexto de crisis económica y en un mundo dominado por la globalización neoliberal.

Este es el reto del libro: la posibilidad de construir un discurso contemporáneo sobre las relaciones entre arquitectura y política desde un contexto cultural concreto: Cataluña, dentro de España, y como encrucijada de culturas que la relacionan con toda intensidad con Europa y América, y también con África y Asia.

Mientras revisamos el redactado final y la edición del libro, la realidad política lanza preguntas y expectativas impensables solo meses atrás. Desde enero del 2011, han comenzado una serie de movimientos y manifestaciones por el derecho a la libertad en los países del norte de África. Las ciudades, especialmente algunas de sus plazas más representativas, se han convertido en el espacio de congregación de las sociedades para

reclamar sus derechos contra las viejas dictaduras. Al mismo tiempo, los problemas ecológicos no han dejado de aumentar tras la crisis nuclear en la central de Fukushima en Japón en marzo del mismo año.

Y al revisar las últimas galeradas de este libro, en plena crisis económica europea generada por las agencias de calificación, en España arranca un movimiento reivindicativo denominado 15-M (15 de mayo) que cuestiona el funcionamiento mundial, lo que refuerza aún más la idea de proceso de pensamiento en tiempo real que da soporte a este libro.

HISTORIAS

Cualquier interpretación debe partir del conocimiento de la historia. Las relaciones entre arquitectura y política no son recientes, sino que tienen unas tradiciones, unos hechos y unos personajes. Tanto la exigencia de una posición crítica y una ética por parte de arquitectos y diseñadores como la búsqueda de nuevos modos de existencia basados en la cooperación y la vida comunitaria tienen su origen en los siglos XIX y XX. Esta voluntad de los arquitectos de aproximarse a la realidad y a la sociedad les ha llevado a actuar como si fueran sociólogos, antropólogos y políticos.

En este capítulo se tratarán las relaciones entre arquitectura y política en la modernidad y la posmodernidad, pero la bibliografía sobre las relaciones entre arte, arquitectura y política a lo largo de la historia es amplia, como, entre otros: Micalleff, Mark Anthony, *The Politics of Art*, Progress Press Limited, Valeta, 2008; Hirst, Paul, *Space and Power. Politics, War, and Architecture*, Polity Press, Cambridge, 2005; y Sudjic, Deyan, *The Edifice Complex: How the Rich and Powerful Shape the World*, Penguin, Londres, 2006 (versión castellana: *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*, Ariel, Barcelona, 2007).

Las formas del poder

En las relaciones entre la arquitectura moderna y el poder, la primera gran transformación se produjo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando los incipientes Estados nación crearon en Europa y América nuevas instituciones estratégicas para su consolidación política. Este proceso se concretó en edificios para transmitir la cultura y la enseñanza de los nuevos Estados —museos, bibliotecas, teatros, colegios, etc.—, edificios de producción —fábricas textiles, azucareras, salinas, etc.—, para la distribución de los medios de sustento —aduanas, mataderos, ferias y mercados—, para la Administración —la bolsa, el tesoro público, el parlamento, etc.— y recintos para el control y la curación —palacios de justicia, cuarteles, cárceles, hospicios, lazaretos, hospitales y manicomios—. Ya no se trataba de palacios para príncipes o de las catedrales del catolicismo, edificios de representación de un poder dominante, lejano e inaccesible, sino de los edificios de un nuevo poder, más próximo, que administraba, legislaba, controlaba y distribuía.

Los ingenieros civiles y los incipientes arquitectos académicos fueron los encargados de proyectar y construir dichos equipamientos. Fue Jean-Nicolas-Louis Durand quien, en su curso en la École Royale Polytechnique, publicado como *Precis des leçons d'architecture*,¹⁰ propuso los criterios de un nuevo sistema rápido y eficaz para proyectar tal cantidad de edificios públicos, los equipamientos del nuevo poder del Estado nación en Europa; un sistema basado en el *parti* inicial, dentro de un repertorio limitado de formas para poder conseguir los objetivos políticos de la conveniencia y la economía.

Todo ello sucedía al mismo tiempo que se iniciaron nuevas actividades intelectuales, como la teoría estética, las excavaciones arqueológicas, la conservación y presentación de las colecciones en los museos públicos, y la restauración de obras de arte y arquitectura.

LA DELIMITACIÓN DE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

Existe una primera conceptualización básica para toda arquitectura y ciudad: la delimitación, en continua evolución en cada sociedad, de las esferas de lo público y lo privado, una relación siempre dialéctica y complementaria.

La sociedad europea ha valorado lo público como garantía de igualdad legal y de oportunidades, de aportación de servicios, cobertura y bienestar. Al mismo tiempo, a lo largo de la modernidad, se ha ido construyendo lo privado como derecho a la propiedad, la privacidad y la intimidad.

En esta nueva sociedad fueron los equipamientos del poder los que comenzaron a distinguir los papeles que configuraron la segregación y los límites entre el dominio público y el privado que superaron unos modos de vida medievales donde la escuela o el hospital estaban en la propia casa.

Y si todo pensamiento crítico sobre las relaciones entre política y urbanismo debe partir

de la diferenciación entre la esfera pública y la privada, debemos releer a Hannah Arendt y su libro *La condición humana*,¹¹ donde estas diferenciaciones y contrapuntos clave entre lo público y lo privado se analizaron a fondo a través de la historia.

Según Hannah Arendt, lo político surgió en la *polis* griega como gobernabilidad de la diversidad dentro de una incipiente democracia, y lo social se desarrolló durante la modernidad en las sociedades maduras a partir de la nueva relación entre la esfera privada y la pública, que se van diluyendo al sumergirse en la esfera de lo social. Según Arendt, más allá de las esferas de lo público y lo privado se habría generado a partir de la Ilustración la esfera social, en constante crecimiento en detrimento de lo privado y lo íntimo, por un lado, y de lo político, por otro. Todo ello se produce en el contexto de la creación del Estado nación y de la eclosión de las cuestiones de justicia social, en especial a partir del pensamiento de la Ilustración y con los conflictos de clases a lo largo del siglo XIX.

La esfera de lo público se refiere a lo común, a aquello que se expresa y se publicita en un amplio mundo compartido. En definitiva, en la esfera pública se “comunica” lo privado. Según Arendt, en la esfera pública las cosas surgen de la oscura y cobijada existencia de lo privado. El mundo público, común, depende completamente de la permanencia, “es algo que nos encontramos al nacer y dejamos al morir”.¹²

Por otra parte, la esfera privada está relacionada con la intimidad y la propiedad, y su concepción parte de la conciencia de “estar privado de cosas esenciales de una verdadera vida humana. Estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás”.¹³ Sin embargo, lo privado también tiene que ver con el derecho a la propiedad, un derecho que se irá conquistando con la modernidad. Tal como escribe Arendt, “carecer de un lugar privado propio (como era el caso del esclavo) significaba dejar de ser humano”.¹⁴ Esta idea fue desarrollada por Virginia Woolf en *Una habitación propia*, donde explica que, al carecer de un espacio propio, a las mujeres les estaba vetado el hacer.¹⁵ Según Arendt, mujeres y esclavos “estaban apartados no solo porque eran propiedad de alguien, sino también porque su vida era ‘laboriosa’, dedicada a las funciones corporales”.¹⁶

El “derecho a la propiedad” aparece tras la Revolución francesa, con una ley de 1807, como garantía de tenencia de tierras, casa y muebles frente a la arbitrariedad del poder. Se trata de una conquista de la revolución burguesa y a lo largo de la historia la clave ha consistido en regular dicho derecho para que el hecho de garantizar la propiedad privada no conlleve abusos por parte de quienes acumulan riqueza y concentran la propiedad del suelo y los bienes inmobiliarios de un modo antisocial, para evitar los excesos de quienes hacen un uso antisocial de la propiedad o de quienes hacen un reclamo abusivo de sus expectativas especulativas.

En *La condición humana*, Hannah Arendt explica la experiencia a través de tres conceptos —la labor, el trabajo y la acción—, con los que se defiende la vida activa y comprometida frente a la vida contemplativa de la teoría pura. Arendt defendía también lo público frente a lo social, el derecho de la libertad política frente a cualquier otra. Y, para ella, como luego argumentará Jürgen Habermas, el espacio de lo público constituiría la promesa de la democracia y de la libertad.

Debe hacerse hincapié en que, tal como ha insistido el pensamiento feminista que se

analizará más tarde, con la modernidad hubo una construcción social de los géneros que recluyó a la mujer en la esfera limitada de lo privado y ajena al mundo de lo público, de lo comunicable, del trabajo productivo y representativo, terreno exclusivo del hombre. Relegada, sin elección, a la vida privada y excluida de la vida pública, en realidad la mujer tampoco ha podido disfrutar de lo privado, que tiene sentido como contrapunto al disfrute de lo público. Tal como explica Soledad Murillo en su libro *El mito de la vida privada*,⁸ para disfrutar plenamente de la reclusión y la intimidad se debe poder pertenecer a la vida pública. A las mujeres se les vetó esta pertenencia desde la misma construcción de la modernidad con los derechos derivados de la Revolución francesa. El derecho a lo público de las mujeres y, por tanto, el derecho a disfrutar plena y libremente de lo privado ha sido y es una construcción lenta y llena de limitaciones derivadas del sistema patriarcal subyacente en las sociedades y las culturas contemporáneas. ¹⁷

LA ARQUITECTURA, INSTRUMENTO DEL PODER

Una pieza clave inicial en la evolución de las relaciones entre formas arquitectónicas y poder fue el panóptico que Jeremy Bentham elaboró como concepto diagramático a finales del siglo XVIII: del control opresivo, laberíntico y oscuro tardomedieval se pasó a un control omnipresente y liviano basado en la visión y la luz, al vacío y la posición elevada.¹⁸ Desarrollado como semicírculo, como círculo o, de manera más espaciosa, con galerías radiales, dicho esquema se extendió por todo el mundo, especialmente en los edificios penitenciarios, pero también en hospitales, manicomios, cuarteles, fábricas y otras instituciones basadas en el control.

Esta idea de control desde un punto central se trasladará al urbanismo, con la apertura de ejes radiales y esquemas en diagonales, para potenciar la jerarquía urbana, tal como ya habían sido ensayados en la Roma del papa Sixto V, el París del barón Haussmann y la Barcelona del plan de Léon Jaussely. En oposición a estos trazados jerárquicos, se proyectaron las mallas y cuadrículas urbanas en ciudades como Nueva York o la Barcelona de Ildefons Cerdà.

En 1929, el mismo año que en Fráncfort se creaba una tradición bifronte —por un lado, el racionalismo de las *Siedlungen* coordinadas por Ernst May y del II CIAM, y, por otro lado, la tradición crítica de la Escuela de Fráncfort, con Walter Benjamin, Theodor W. Adorno y Max Horkheimer—, el poeta y escritor Georges Bataille escribió un breve artículo sobre “Arquitectura” en la revista *Documents*, que iniciaba una nueva corriente de crítica a la arquitectura por su alianza con el poder. Al inicio del breve texto, Bataille considera que la arquitectura era la expresión de los comportamientos de cada sociedad humana y la portadora de las pautas de la autoridad para ordenar y prohibir: “La arquitectura es la expresión de la verdadera alma de las sociedades, de la misma manera que la fisonomía humana es la expresión de las almas de los individuos. Estos grandes monumentos —añade— se erigen como diques, oponiendo la lógica y majestad de la autoridad contra los elementos disturbadores”. Mediante la gran escala y el miedo, los monumentos arquitectónicos tienen la misión de imponer la voluntad de un poder ausente en el presente vivido: “Es en la forma de las catedrales o los palacios que la Iglesia y el Estado hablan a

las multitudes y les imponen el silencio”. Según Bataille, la toma de la Bastilla sería el mejor ejemplo de la animosidad de la población contra los monumentos. Su texto termina de manera surrealista, como si “no hubiera posibilidad de escapar de la galera de la arquitectura” y proclama: “Se nos abre un camino indicado por los pintores, en la dirección de la bestial monstruosidad”. En otro breve escrito sobre la voz *museo*, Bataille llega a escribir: “El origen del museo moderno está relacionado con el desarrollo de la guillotina”.¹⁹ En definitiva, al escribir sobre arquitectura, Bataille quería liberar el futuro de la prisión de la ciencia y contraponía la flexibilidad de la vida a la rigidez de la piedra.

Las ideas de Bataille fueron premonitorias e iniciaron una corriente de crítica visceral a los excesos de la arquitectura y del urbanismo como instrumentos de dominio y control: todo poder se ejerce arquitectónicamente. Esta tradición crítica contra la obsesión racionalista de controlarlo todo ha sido desarrollada de maneras muy diversas por autores como Michel de Certeau, Michel Foucault, Richard Sennett y Manuel Delgado; en pocos años, el aviso de Bataille se cumplió, como una horrible pesadilla, en las arquitecturas totalitarias de la Alemania de Adolf Hitler y de la Unión Soviética de Joseph Stalin.

En definitiva, las aportaciones críticas desde áreas de conocimiento no arquitectónicas — como la sociología, la filosofía, la antropología o el arte — permiten desvelar el papel que la arquitectura ha cumplido como instrumento del poder. Para el correcto ejercicio de la arquitectura, esta conciencia del poder del espacio como elemento de dominio y control debe servir para replantear los significados y las relaciones que se proponen sin por ello renunciar como técnicos a pensar espacios donde puedan darse los conflictos y sean posibles otras relaciones.

Cuando se trata de las relaciones entre arquitectura y política, una de las respuestas más inmediatas es analizar las relaciones entre la arquitectura y el poder; es decir, entre los poderosos y los arquitectos como proyectistas de sus obras. Esta es la interpretación de Deyan Sudjic en el libro *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*,²⁰ donde se analiza con todo detalle la arquitectura promovida por los dictadores (Adolf Hitler, Benito Mussolini, Joseph Stalin, Saddam Hussein, etc.) o por líderes demócratas como François Mitterrand; en definitiva, cómo los poderosos imponen sus ideas a través de los espacios y las formas.

No obstante, no es lo mismo política que poder. La política abarca un campo mucho más amplio y, en este libro, el objetivo no es analizar las relaciones de poder clásicas desde el punto de vista de los gobernantes y los monumentos que promueven, sino entender la política como relación de la arquitectura y el urbanismo con todos los diversos actores de cada sociedad.

Resulta muy relevante que desde las últimas décadas del siglo xx hayan empezado a tener protagonismo otros actores y se haya comenzado a reconocerlos: los movimientos sociales urbanos formados por vecinos, feministas y ecologistas, organizaciones populares y no gubernamentales; en definitiva, los habitantes de las ciudades, especialmente sus pobladores más frágiles y precarios y aquellos más concienciados. Por tanto, las relaciones entre arquitectura y política no se reducen únicamente a la esfera de los políticos, al servilismo con el poder que reclaman los ricos y poderosos para conformar el mundo, sino que también tiene que ver el protagonismo de los habitantes en los procesos

de participación, en las ONG, en las cooperativas o en los movimientos sociales y en las iniciativas dedicadas a difundir y promover los derechos humanos. En definitiva, se trata de la política como capacidad de las personas para intervenir. En consecuencia, el papel de la arquitectura no es ya solo el que Nicolás Maquiavelo describe en *El príncipe*, sino que, con el lento proceso de democratización del mundo, desde la arquitectura puede conseguirse ya no trabajar solo para “el príncipe”.

A partir de la década de 1960, los movimientos sociales urbanos empezaron a tomar relevancia: la opinión de las mayorías silenciosas que definió Denise Scott Brown, los movimientos vecinales, que tuvieron en Jane Jacobs una intrépida defensora,²¹ los inicios del pensamiento ecologista, con *Primavera silenciosa*²² de Rachel Carson como texto fundacional y la eclosión de los grupos ecologistas, etc.

LIBERACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS ESPACIALES

Michel Foucault fue uno de los autores que situó el espacio arquitectónico dentro de las estrategias de dominio y control por parte del poder. Según Foucault, en el proceso de evolución del período clásico al período moderno se produjo una total transformación que abarcaba desde la geopolítica, pasando por el urbanismo y la arquitectura, hasta el espacio de la casa.²³ Este proceso de transformación y especialización se tradujo también en una compartimentación mayor del espacio doméstico, y así en el siglo XIX se introdujo el pasillo como elemento de segregación y de acceso a cada una de las piezas de la casa, siempre justificado por la higiene física y moral de los habitantes. El control iba llegando a cada uno de los rincones de lo público y de lo privado.

Sin embargo, fue durante la eclosión de las vanguardias artísticas y arquitectónicas de principios del siglo XX cuando se produjo una nueva gran transformación, que podríamos denominar de liberación. Sus experimentos recorrieron todas las escalas: desde los paisajes metropolitanos y las infraestructuras de circulación rápida, pasando por la liberalización de la calle de su dependencia de los muros de las fachadas y de los parques de su encerramiento en las rejas, hasta el intento de disolución del orden patriarcal y burgués en el interior de las viviendas.

Jean Baudrillard analizó magistralmente en *El sistema de los objetos*²⁴ el cambio profundo que se produjo en el período de las vanguardias artísticas, que llegó a todas las escalas, desde el urbanismo hasta los interiores. Los objetos pertenecientes al orden burgués formaban parte de un sistema cerrado, dentro de una estructura muraria de espacios muy subdivididos: desde la disposición de los muebles en el comedor de la casa patriarcal y burguesa hasta la situación delimitada de los parques en la ciudad. La arquitectura moderna consiguió romper y superar este orden cerrado y jerárquico, experimentando unas relaciones más libres, una libertad que va desde la tecnología abierta de la construcción hasta la conformación de los espacios verdes. De muebles pesados y estáticos de madera se pasó a un mobiliario de producción industrial, ligero, transparente y plegable, montable y desmontable. De todas formas, algo ha fallado en los objetivos de la modernidad cuando hoy siguen dominando los muebles pesados y convencionales en ciertos sectores sociales, y el orden patriarcal y burgués sigue vigente.

La paulatina pérdida de peso y masa de la arquitectura tiene que ver con la búsqueda de la relación con el sol, el aire y las vistas. Se consigue una arquitectura racionalista, liviana y transparente, de forjados finos, fachadas de vidrio y delgadas carpinterías metálicas que interactúan con toda la energía del entorno y que empezó a realizarse en las primeras décadas del siglo xx, especialmente en la arquitectura holandesa de la “nueva objetividad”. Esta liberación había llegado hasta los espacios naturales en la propuesta de los sistemas de parques que había elaborado el paisajista Frederik Law Olmsted en la segunda mitad del siglo xix, consciente de que el futuro dependía de la capacidad de proyectar y crear sistemas abiertos que se adaptasen mejor al entorno.

Todo esto se produjo también por exigencia de una fuerte transformación social a finales del siglo xix y principios del xx: unos movimientos sociales formados por la clase obrera, por las mujeres, por intelectuales y profesionales, que fueron consolidados por las aportaciones del pensamiento contemporáneo. Desde el marxismo hasta las interpretaciones del psicoanálisis potenciaron estos procesos de liberación que tuvieron reflejo en el espacio arquitectónico.

Tal como se explica en el capítulo dedicado a las alternativas, la condición de insalubridad de las ciudades del siglo xix llevó a la argumentación de un cambio necesario que se desarrolló según dos vertientes: una más moralista, más victoriana, que rechazaba la promiscuidad de las familias no nucleares, que entendía que el espacio doméstico y el urbano debían potenciar relaciones ejemplares; y otra corriente más vanguardista que pensaba en una vivienda y ciudad que fueran menos jerárquicas, que tendieran a una mayor igualdad de oportunidades. Esta ambigüedad dentro del discurso reformista llevará a soluciones arquitectónicas y urbanísticas que no siempre dejan clara su correspondencia con una de estas dos vertientes.

Desde cierta visión de género, puede interpretarse que el cambio no fue tan profundo, pues no eliminó la sociedad patriarcal: en cierto sentido, podría considerarse que la vivienda moderna no fue más que una reducción de la burguesa y que las auténticas aportaciones en el espacio doméstico, hechas por mujeres, fueron integradas de manera muy lenta y filtrada, cuando no olvidadas.

ARQUITECTURA Y ESPACIO DOMÉSTICO

La vivienda desempeñó un papel fundamental en el proceso de transformación social resultante de la Revolución industrial y fue la base de las metrópolis industriales del siglo xx.

En medio de este proceso, y al dedicarse a los barrios de vivienda social, los arquitectos europeos de principios del siglo xx consiguieron situarse en el centro del proyecto de la ciudad, que en el siglo xix había estado en manos de médicos higienistas, ingenieros militares y civiles, políticos y prefectos de policía. La conquista de este lugar decisivo en el proyecto de la gran ciudad no solo desplazó a estos ingenieros, higienistas y prefectos, sino también a los maestros de obras y otros técnicos que habían proyectado las viviendas y las arquitecturas consideradas de segundo orden en ciudades y pueblos a lo largo de todo el siglo xix. Y los arquitectos lo lograron porque consiguieron otorgar forma tipológica,

morfológica, tecnológica y urbana a una búsqueda colectiva de décadas en torno al higienismo, al funcionalismo, al orden urbano y al control.

Por primera vez en la historia, la vivienda social para las masas trabajadoras pasó a estar de lleno en el centro del pensamiento arquitectónico y constituyó una parte muy importante de la teoría y la obra de arquitectos como Adolf Loos, Alexander Klein, Ernst May, Margarete Schütte-Lihotsky, J. J. P. Oud, Bruno Taut, Lilly Reich, Ludwig Mies van der Rohe, Heinrich Tessenow, Walter Gropius o Le Corbusier, que pensaron todo tipo de viviendas dentro de la lógica de la producción en serie que pudieran servir para el objetivo de la vivienda social y la igualdad.

Paralelamente, en el campo de la vivienda unifamiliar, en contextos sociales distintos y para clases medias y altas, autores como Frank Lloyd Wright, Gerrit Th. Rietveld, Ludwig Mies van der Rohe, Louis I. Kahn, Max Cetto, Luis Barragán, José Antonio Coderch, Jean Prouvé, Eileen Gray, Charlotte Perriand, Alvar Aalto Charles y Ray Eames, Mary y Russel Wright o Alison y Peter Smithson realizaron experimentos, prototipos y propuestas con la voluntad de revolucionar el funcionamiento del espacio doméstico, creando espacios flexibles y unitarios relacionados con el entorno natural o el contexto urbano que rompían los condicionantes rígidos de la caja tradicional para potenciar patios y dobles espacios, proporcionar espacios de refugio o recurrir a nuevas tecnologías y nuevas imágenes de los medios de comunicación de masas.

En todo este proceso tuvieron un papel trascendental las mujeres, fueran o no arquitectas, como Catherine Beecher, Christine Frederick, Erna Meyer, Lilly Reich, Margarete Schütte-Lihotzky, Charlotte Perriand, aún hoy poco reconocidas, que fueron las que trazaron una fuerte tradición de repensar la vivienda desde la experiencia y la eficiencia.

Ha quedado pendiente resolver las cuestiones previas planteadas: si en este proceso la vivienda obrera fue pensada de nuevo o resultó de una reducción de la vivienda burguesa, si mejoraron las condiciones de vida o la vivienda siguió siendo un espacio de dominio, y si las propuestas de las arquitectas y diseñadoras fueron cualitativamente distintas de las de los arquitectos.

ARQUITECTURA Y CONTROL

Hoy la visión panóptica de Bentham, según la cual el individuo está siempre vigilado, ha dejado de estar relacionada con el espacio físico y ha pasado al espacio virtual de las cámaras de control, que aumentan continuamente en número, y a muchos otros medios de control, como las tarjetas de crédito o las consultas en Internet. Hoy una cárcel podría ser transparente y seguiría siendo igual de segura, ya que los medios de control pueden pasar de ser los elementos físicos de los muros a los instrumentos invisibles de las cámaras.

El Reino Unido es el país históricamente más obsesionado por el control social y fue allí donde se inventó el panóptico. Las *new towns*, a pesar de sus grandes cualidades urbanas, también pueden ser interpretadas como ciudades delimitadas y controladas. En el Reino Unido se han restringido las libertades tradicionales en aras del control y es el país con la mayor cantidad de cámaras de control por habitante.²⁵ Algunas de estas cámaras —

como, por ejemplo, la de los ascensores de los hoteles en muchas ciudades del mundo—avisan a los huéspedes: “Sonrían, ya que están siendo filmados”. En el metro y en los edificios públicos nos avisan de que hay cámaras de vigilancia instaladas “para garantizar nuestra seguridad”. Pero sabemos que no es tan cierto: dichas cámaras no están tanto para proteger a las personas de robos o agresiones como para controlar a los usuarios y para proteger la propiedad.

Se está construyendo la sociedad de la vigilancia más tupida e injusta de la historia. Miles de cámaras nos vigilan y debemos pasar estrictos controles policiales, y a veces militares, al tomar medios de transporte como aviones y ferrocarriles, o al entrar en edificios públicos; pero como individuos no tenemos derecho a tomar fotografías de dichos edificios públicos o a obtener, como ciudadanía, informaciones que deberían ser de dominio público. El ojo del control nos puede vigilar permanentemente, pero a nosotros no se nos reconoce el derecho a mirar, recoger información y registrar. Y lo que es más terrible: unos sistemas de control que surgieron de la voluntad pública de poder van siendo privatizados paulatinamente, de modo que quedan fuera de todo control estatal. La mayor aberración es, por tanto, la privatización de la seguridad. El control ya no está supervisado por los organismos públicos y, en consecuencia, no puede ser valorado por procesos democráticos.

LA FUNCIÓN DEL ARQUITECTO

A principios del siglo **xxi**, en este contexto de monopolio del poder económico, la función del arquitecto se ha vuelto más ambigua y ambivalente. Ha tendido a convertirse en un sirviente de los intereses del poder privado y de la ideología del poder público, lo que le anula intrínsecamente las posibilidades de desarrollo de una cultura crítica, pues de hacerlo en el contexto de la sociedad neoliberal se arriesga a quedarse sin su fuente de trabajo. Aunque el arquitecto siga defendiendo su papel cultural y social, en realidad cierto tipo de práctica de la profesión se ha convertido en incompatible con el ejercicio de la crítica. Incluso la información sobre arquitectura ha pasado a estar dominada por *lobbies* de presión e intereses.

Lo que denominamos crisis de la profesión es una consecuencia de los desajustes entre la cultura y la formación del arquitecto y lo que la sociedad neoliberal demanda de ellos y ellas, de la contraposición entre un modelo universitario para formar élites y el proceso de democratización de acceso a la universidad. Los perfiles profesionales que se forman continúan basándose en la falsa pertenencia a un grupo de excelencia, que trabaja para uno de los sectores más favorecidos y, por tanto, se educa a servidores del poder, cuya actuación hacia los “otros” es siempre asistencial y desde instancias superiores. El gran reto actual es formar universitarios que fortalezcan las sociedades democráticas y más justas del siglo **xxi**.

En este sentido, se perfilan diversas posiciones que tienden a polarizarse en dos extremos: por un lado, aquellos arquitectos que quieren ser fieles al statu quo, a sus clientes y amos y, por otro, quienes intentan mejorar la vida de las personas. Si lo que se quiere es ser un arquitecto reconocido y publicado en los medios a toda costa, este se

verá abocado a ser fiel a los poderosos y a ir adoptando con impostura los mensajes que los medios y grupos de presión tienden a promocionar. Si el arquitecto quiere ser leal a su función social, se ve impulsado a superar sus coordenadas profesionales, industriales y comerciales para poder hacer un trabajo auténticamente culto y crítico, multidisciplinar y colectivo que participe en proyectos sociales y de cooperación.

Por ejemplo, es de vital importancia desenmascarar a quienes, dedicados a integrarse en su papel de servidores del poder y de los intereses inmobiliarios, recurren a la impostura, a la hipocresía y los falsos argumentos para justificarse, utilizando legitimaciones falsas y ajenas a la realidad de las obras como la sostenibilidad, la sociabilidad y la vanguardia. Deberían reconocer abiertamente que su obra entra en una lógica de control y dominio, de explotación y especulación, que son arquitectos de los poderosos.

En este sentido, todo arquitecto que proyecte hoy un edificio público —un aeropuerto, un museo o un centro comercial— debe saber que los espacios y medios de control son tan importantes que influyen en el proyecto de manera muy distinta a como lo han hecho hasta hace pocas décadas, especialmente en sus accesos y vestíbulos. Las cuestiones de la seguridad y el control han pasado a un lugar prioritario, y resultaría hipócrita seguir proyectando sin querer reconocerlo. En consecuencia, los elementos de control son un equipamiento más de los edificios públicos, como lo son un ascensor o las instalaciones, y los técnicos deben afrontarlos como un tema más de proyecto para intentar resolverlo de la manera más honesta y eficaz posible.

Del “sentido ético” de William Morris y “el arquitecto en la lucha de clases” de Hannes Meyer a las “estrellas de la arquitectura”

Para afrontar las mutaciones de la condición posmoderna y las dificultades para pensar la complejidad de unas nuevas relaciones entre arquitectura y política, es básico remitirse a las interpretaciones de la historia.

De hecho, desde finales de la década de 1960, la arquitectura vive una doble y permanente crisis: la llamada crisis disciplinar de sus propios conceptos de modernidad, que ha entrado en recurrentes círculos viciosos, como los fundamentalismos disciplinares; y la crisis general, ocasionada por la entrada de la producción arquitectónica en la sociedad de consumo, donde se pasó de sistemas tecnológicos cualificados y artesanales a un sector productivo en serie, cuantitativo, dentro del cual el papel tradicional del arquitecto no ha encontrado un nuevo lugar.

Por ejemplo, el pensamiento, los proyectos y las obras de Alison y Peter Smithson son emblemáticos de esta dificultad y de esta búsqueda intelectual, artística y tecnológica para situar la nueva arquitectura dentro de la sociedad de consumo. Su imaginación inspirada en la realidad y su voluntad de integración no fue suficiente, sin embargo, para evitar el fracaso social del conjunto residencial Robin Hood Gardens (Londres, 1969-1975). Hoy no es posible hacer arquitectura para la gente sin contar con ella ni sin tener en cuenta el contexto de la ciudad; es decir, al situar las viviendas en un entorno industrial y agresivo, sin equipamientos para la vida cotidiana y sin relación de continuidad con los barrios colindantes, Robin Hood Gardens ha acabado siendo un gueto que ha caído en las garras de la especulación antes de poder remodelarse y revitalizarse.

Tras la crisis de finales de la década de 1960 se ensayaron diversas posiciones que buscaban un proyecto crítico —el rigor de la crítica tipológica, el utopismo de la crítica radical, la operatividad del formalismo analítico y de la ciudad *collage*, y la capacidad de consenso de las iconologías populares—²⁶ y que tuvieron en común la búsqueda de una nueva visión crítica. Sin embargo, no se consiguieron los objetivos. ¿Cuáles son las razones e implicaciones que han llevado a que a principios del siglo *xxi* la arquitectura y el urbanismo dominantes hayan renunciado a su intención crítica, asumiendo un carácter predominantemente productivista y relegando la crítica a un lugar minoritario?

No obstante, debe hacerse hincapié en un hecho relevante dentro de esta confusión y mutación. Aunque no se corresponda directamente con la capacidad proyectual de los técnicos, la arquitectura, el urbanismo y el paisajismo son los fenómenos que expresan de un modo emblemático las encrucijadas en las que se encuentran las sociedades contemporáneas: la arquitectura como símbolo del poder y, a la vez, como expresión de los movimientos sociales urbanos; los edificios como sistemas de consumo de recursos y generadores de contaminación, pero también la base para construir sociedades más sostenibles; cada barrio como confluencia de intereses inmobiliarios, pero también como lugar para la vida comunitaria y la socialización; las ciudades como escenarios

privilegiados, proteicos y energéticos, donde se manifiestan los conflictos y caos actuales, pero también con grandes posibilidades de mejora y transformación; y el paisaje como marco en continua transformación y como referente simbólico de cada sociedad. Es por ello que sociólogos, antropólogos, geógrafos, biólogos, economistas, pensadores, artistas y críticos literarios han ido tomando la arquitectura y la ciudad como referente privilegiado de sus reflexiones e interpretaciones. La cuestión esencial del desarrollo humano contemporáneo se centra en el presente y el futuro de las ciudades: estas son el problema y, al mismo tiempo, la solución; la crisis de la arquitectura y el urbanismo puede ser muy fructífera.

Partiendo de la intención de repensar el proyecto moderno en arquitectura y urbanismo, desde el pensamiento y las experiencias recientes de la posmodernidad, la pregunta inicial consiste en plantearse cómo ha evolucionado la relación de los arquitectos con las sociedades en los últimos tiempos. Para pensar todo esto contamos con una serie de referencias imprescindibles.

LOS INICIOS DEL SENTIDO ÉTICO DE LA ARQUITECTURA

En primer lugar, debemos señalar cómo los primeros planteamientos de las relaciones entre arquitectura y sociedad, con el establecimiento de principios éticos, morales y estéticos, arrancan de mediados del siglo XIX con una serie de estudios, publicaciones y obras, de la mano de los cambios sociales en torno a 1848. Plantear la función social de la arquitectura no hubiera sido posible antes de la configuración de la esfera de lo social y del establecimiento de los conflictos de clases.

En un primer momento, esto se produjo en propuestas relacionadas entre sí: en la identificación de la arquitectura neogótica con los principios del catolicismo en los escritos de A. W. N. Pugin, como *Contrasts*,²⁷ en donde defendió la veracidad y naturalidad de las formas arquitectónicas; en los textos de John Ruskin, especialmente sus *Siete lámparas de la arquitectura*,²⁸ entre las que brillaban las lámparas de la “verdad” y de la “vida”; y en el pensamiento y los diseños de William Morris, según una concepción socialista, cooperativista y artesanal de la sociedad, en oposición a lo que él consideraba los desmanes productivistas de la sociedad industrial.

John Ruskin partió de una ética profundamente religiosa y, al aplicar sus conocimientos de hermenéutica bíblica y de las ciencias de la naturaleza, formuló un cuerpo teórico para situar el arte y la arquitectura en la sociedad del momento. En cierta manera, el texto de Ruskin es un contrapunto, desde una visión religiosa y conservadora, a la toma de conciencia de los problemas sociales y políticos del momento, expresados en el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels;²⁹ constituye el necesario registro de estas cuestiones desde una ética católica. *Las siete lámparas de la arquitectura* —sacrificio, verdad, poder, belleza, vida, memoria y obediencia— se formulan como una teoría transmisible, más allá de cualquier práctica particular, partiendo de la conciencia de la primacía de la experiencia y de la vida sobre “aprioris” proyectuales y organizaciones previas.

Al principio de *Las siete lámparas de la arquitectura*, Ruskin considera que escribe “en

medio de la contradicción e inestabilidad de nuestros sistemas arquitectónicos” y reconoce que “lo que es verdad para la comunidad política humana, creo que sigue siéndolo para el arte manifiestamente político de la arquitectura”. Su objetivo es la búsqueda de unas “leyes constantes, generales e irrefutables”, unas “leyes fundamentales de la naturaleza del ser humano”.³⁰

La lámpara de la verdad es un alegato, en la línea de los rigoristas venecianos de finales del siglo XVIII —como Carlo Lodoli, Francesco Milizia y Francesco Algarotti—, a favor de la sinceridad estructural. No es aceptable la insinuación de un tipo de estructura o soporte que no sea el verdadero; las pinturas en superficie no deben representar un material que no es el que en realidad hay, y no se pueden emplear ornamentos hechos a máquina o moldeados. Desde esta posición antiindustrial, Ruskin rechazaba las estructuras metálicas.

Otra de las lámparas clave es la de la vida. En ella sostiene, con su gran capacidad de registrar detalles de la arquitectura medieval, que son más importantes los valores de las particularidades de la experiencia que los órdenes establecidos. Según Ruskin, “los dos caracteres definitorios de la imitación vital son su franqueza y su audacia”.

La aportación que ha tenido mayor influencia es la de William Morris (1834-1896), quien propuso revitalizar el trabajo artesanal frente a la alienación que comportaba la producción industrial. La visión tan amplia y humanista de Morris, basada en la cooperación humana, abarcaba desde el detalle decorativo hasta el paisaje. Es en este sentido que en su texto “Prospects of Architecture in Civilization”, Morris definió la arquitectura de la siguiente manera: “Mi concepto de arquitectura está en la unión y en la colaboración entre las artes, de modo que cualquier cosa esté subordinada a las otras y en armonía con ellas, y cuando utilizo tal palabra, este será su significado y no otro más restringido. Es una concepción amplia porque abarca todo el ambiente de la vida humana; no podemos sustraernos a la arquitectura, ya que formamos parte de la civilización, pues representa el conjunto de las modificaciones y alteraciones introducidas en la superficie terrestre con objeto de satisfacer las necesidades humanas, exceptuando solo el puro desierto”.³¹

Seguidor de Karl Marx y convencido socialista, Morris fundó la Socialist League en 1884. Consideraba que hasta que no llegara esta sociedad igualitaria y comunitaria no habría una arquitectura moderna real. La crítica de Morris al capitalismo fue directa: “No os dejéis engañar por la apariencia externa de orden de nuestra sociedad plutocrática. Le pasa lo mismo que a las antiguas formas de hacer la guerra, que tienen un aspecto exterior de magnífico orden”. En definitiva, Morris planteaba un complemento al marxismo. Consideraba que para construir una nueva comunidad no era suficiente la revolución económica y el poder social, sino que hacía falta una revolución moral, una transformación de los hábitos a la que tenían que contribuir el diseño y la arquitectura, para favorecer que los seres humanos sean más libres y felices.³²

Al recurrir en sus escritos al término *comunismo*, William Morris estaba poniendo énfasis en la primacía de la esfera de lo público, de lo común, de un saber compartido que se ha de reforzar frente a las amenazas de la industrialización y de la producción masiva anónima, sin calidad ni atributos.

Las posiciones de Pugin, Ruskin y Morris son el inicio de una crítica moral a la sociedad; representan el arranque de las teorías críticas sobre el mundo contemporáneo; es decir,

formulaciones frente a la fealdad de un arte ecléctico y académico, frente a la deshumanización que provoca el maquinismo y frente al empobrecimiento del espacio, la ciudad y la vida social. En definitiva, aunque con matices muy distintos, estos tres autores asientan un nuevo discurso social de la arquitectura según el cual se pasa de lo formal-compositivo a lo ético-político. Hoy sería absurdo volver a Pugin, Ruskin y Morris, pero podemos aprender de su crítica, ya que por primera vez se establecen relaciones entre las formas arquitectónicas y artísticas y los comportamientos sociales y la búsqueda de la felicidad humana. Y de ahí surge una tradición crítica antimaquinista que pasa por Patrick W. Geddes, Lewis Mumford, Jane Jacobs o Bernard Rudofsky, y que lleva a la revalorización de la experiencia vital, la recuperación de la arquitectura vernácula, la defensa de la autoconstrucción y los argumentos ecologistas.

También de ahí surge la ambigüedad de un proyecto moderno y unas vanguardias que parten de premisas esencialmente morales y voluntaristas. Gran parte de las ideas clave del movimiento moderno radican en el pensamiento artístico previo: la exigencia moral y el reclamo por lo básico y esencial en Pugin, Ruskin y Morris; la confianza en las aportaciones clave de los cambios tecnológicos de Gottfried Semper, Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc y William Lethaby; y la idea de que la arquitectura tiende a ser anónima y forma parte de la colectiva voluntad de forma y del sentido del tiempo, procedente de Alois Riegl y Heinrich Wölfflin. Pero unir todo ello no estaba exento de contradicciones: la posición de Pugin, Ruskin y Morris estaba en contra de unos cambios tecnológicos, que, por otro lado, el movimiento moderno abrazaba. De manera contradictoria, la arquitectura moderna defendía un arte económico, colectivo y compartido, pero, a la vez, perseguía a toda costa la genialidad y novedad de unas obras individuales, libres y emancipatorias, desligadas de la sociedad a la que querían redimir.

EL COMPROMISO SOCIAL DE LA ARQUITECTURA

Fue durante las primeras décadas del siglo xx, especialmente concentrado en el período de entreguerras, cuando eclosionó el compromiso político y social de las izquierdas europeas, un compromiso que alcanzó a pintores, fotógrafos, escritores, arquitectos y diseñadores. Hay hechos clave, como Ernst May en Fráncfort dirigiendo la política de vivienda social de la república progresista de Weimar, las emblemáticas críticas al formalismo de Le Corbusier por parte de Karel Teige (1900-1951), las actividades cooperativas y los alegatos del arquitecto de origen suizo Hannes Meyer, autor de textos como “El arquitecto en la lucha de clases”³³ o la crítica a la producción capitalista de la ciudad de Ludwig Hilberseimer.

Hannes Meyer (1889-1954) fue director del período más polémico de la Bauhaus, entre 1928 y 1930, trabajó en la Unión Soviética entre 1930 y 1936, y se trasladó a vivir a México entre 1939 y 1949, donde continuó su obra realizada y escrita, y donde creó el Instituto de Planificación y Urbanismo, inspirado en la Bauhaus, hasta que volvió a vivir en Suiza.

En sus textos y programas de estudio, a finales de la década de 1920, Hannes Meyer enfatizó el carácter social y político del trabajo del arquitecto, como técnico e intelectual

que en las condiciones del período de entreguerras tenía como misión trabajar por los objetivos de la clase obrera y el socialismo. Para Meyer, el arte y la arquitectura tenían un alto contenido político. El arquitecto, como técnico, se convertía en una especie de ingeniero y su deber social era el de luchar contra el sistema capitalista, alejándose de dañosas utopías, siguiendo la teoría marxista del socialismo científico, y propugnando que “a través de un despiadado análisis, hay que poner al desnudo el carácter clasista de la ciudad burguesa y la relación del caos económico con el de la construcción”.

En este período, el artista y el arquitecto son, antes que nada, políticos. Por ello se comprometieron con las luchas de liberación, con la clase obrera, llegando a dar la vida por ello, como Josep Torres Clavé, que murió en el frente del Ebro defendiendo el Gobierno legítimo de la II República española frente al golpe de Estado nacionalista y fascista; o perdiendo su tierra, su lugar, cuando artistas y arquitectos se exiliaron, tras la Guerra civil española, por causa del nazismo impuesto en Alemania y durante la II Guerra Mundial, y acabaron instalándose por toda América.

En este intenso compromiso de las vanguardias, que se prolonga más allá de la II Guerra Mundial, está también el hálito surrealista, con las propuestas teóricas de André Breton, con su reflejo en una arquitectura comestible, y sus alianzas revolucionarias y conceptuales con León Trotski. Y, tal como se ha señalado en el texto anterior, uno de los hitos de esta posición subversiva son los párrafos de crítica dura y frontal que Georges Bataille dedicó a la arquitectura como instrumento de dominio, que abrió el camino de la descalificación sistemática de una arquitectura y un urbanismo institucionales que aprisionan, controlan y destruyen la vida; una descalificación que ha inspirado el pensamiento de la antropología urbana de los flujos y de los movimientos libres en el espacio público.

A partir del surgimiento del movimiento moderno, de los conflictos dentro de la Bauhaus y de la realización de los CIAM, se consolidó esta dualidad entre las teorías y propuestas de los arquitectos: la primacía de la visión social, usando la tecnología de una manera emancipatoria, de Ernst May, Walter Gropius, Hannes Meyer o Karel Teige, para quienes el arquitecto debía ser un técnico al servicio de la sociedad, del trabajo colectivo y de la producción en serie; y por otra parte, el énfasis en la sociedad liberal y la figura del arquitecto como creador, tal como lo sustentaron Le Corbusier, Ludwig Mies van der Rohe o Josep Lluís Sert. Sin embargo, con el tiempo será esta segunda posición la que pasará a predominar, ya que se adecua mejor tanto a la figura tradicional y elitista del arquitecto para el príncipe como al funcionamiento del sistema capitalista.

LA POSGUERRA Y LA FIGURA DEL “ARQUITECTO LIBERAL”

En el período de posguerra pasó a tener relieve la figura del arquitecto liberal, que era anticomunista y no socialista, pero que estaba próximo a la preocupación por la justicia y la igualdad de los socialistas y los socialdemócratas. Los miembros del Team X, por ejemplo, seguían teniendo una fuerte vocación social por una sociedad democrática y abierta, tal como la definió Karl Popper en su texto crucial *La sociedad abierta y sus enemigos*.³⁴ Si en el período de las vanguardias era el “arquitecto como político”, ahora será el arquitecto humanista fuertemente influido por el pensamiento existencialista y la fenomenología. La

relación entre el liberalismo de Popper y la teoría de la *Ciudad collage*³⁵ de Collin Rowe ha sido evidente y directa.³⁶

En el período de entreguerras y de las vanguardias, artistas, diseñadores y arquitectos confluían en proyectos colectivos y en grupos como De Stijl y escuelas como la Bauhaus, enseñando y proyectando, sin importar si se había recibido una educación reglada ni si se disponía de un título. En cambio, a partir de la posguerra dominó la creación de colegios, asociaciones y sociedades regladas de arquitectos, de las que solo podían formar parte los arquitectos titulados en las escuelas oficiales.

El arquitecto pasó de la libertad del artista en las vanguardias a la reglamentación del profesional liberal, y ello en un doble sentido: como técnico liberal y autónomo, protegido por unas sociedades profesionalistas, y como individuo de pensamiento liberal y no específicamente comprometido políticamente. Es decir, a lo largo de las décadas centrales del siglo xx se produjo un proceso de reglamentación y oficialización de la profesión de la arquitectura, un cambio asimilable a la evolución producida a lo largo de los siglos xviii y xix en que la estructura gremial de la profesión,³⁷ un saber técnico de los maestros de obras que se transmitía dentro del espacio familiar y que se enseñaba de maestro a aprendiz, se fue arrinconando hasta dejar paso a técnicos como los ingenieros civiles del siglo xx y a la figura del arquitecto académico. A principios del siglo xx, los arquitectos e ingenieros modernos superaron el saber artesanal, empírico y tradicional, que se había mantenido hasta el *art nouveau* y el modernismo, sustituyéndolo por un pretendido saber técnico preciso y científico. A mediados del siglo xx, los colegios profesionales reglamentaron la exclusividad de las actividades técnicas, condenando a la desaparición de las figuras autodidactas, de los artistas de vanguardia e interdisciplinares que habían surgido en la primera mitad del siglo, e imponiendo el modelo profesionalista del arquitecto liberal, contratado corporativamente, para el que es más importante mantener supuestos privilegios de clase que ser útiles en la construcción de una sociedad más equitativa y justa, o que ser artistas comprometidos con las vanguardias. No es casual que los colegios de arquitectos hayan conseguido en España tantas prebendas durante la dictadura franquista y que hayan estado, generalmente, en la resistencia a los cambios y novedades.

Por todo ello, a partir de mediados del siglo xx, el arquitecto y el artista revolucionario y utópico fueron quedando marginados. No en vano la exposición *Internacional Style*, celebrada en 1932 en el Museum of Modern Art (MoMA) de Nueva York, había eliminado ya todas las corrientes arquitectónicas más innovadoras, como el constructivismo o el organicismo, poniendo solo énfasis en el formalismo como el único lenguaje moderno posible que, traicionando las mismas intenciones de las vanguardias, pasaba a ser entendido como estilo. Le Corbusier, Walter Gropius y Sigfried Giedion habían insistido en que la arquitectura moderna no era un estilo histórico más. Es cierto que algunas corrientes estéticas surgidas en Estados Unidos, como el expresionismo abstracto, el arte pop, el minimalismo o el arte conceptual, intentaron impregnarse de pretensiones críticas y sociales, pero la rueda de la sociedad de consumo ha conseguido fagocitar toda disidencia, convirtiéndola en “estilo”.

En este sentido, la figura del arquitecto de pensamiento liberal —el *liberal man*—, más sensible a las solicitaciones del medio, estaría en relación con las nuevas necesidades del

sistema productivo, en unas sociedades que tendían a la abundancia en el contexto de la condición postindustrial. En esta línea totalmente liberal y consumista se sitúan las propuestas de Archigram; por tanto, no tiene sentido reivindicarlos desde posiciones actuales radicales e innovadoras, cuando lo único que proponían era “la libertad del consumidor”.

Esto significó también el triunfo del modelo de arquitecto como figura singular, un modelo defendido por Le Corbusier en consonancia con el poder, que prefiere al genio creador que a la crítica socializadora. Según las concepciones de la rama más radical de los arquitectos e ingenieros del movimiento moderno, desde Walter Gropius, Ludwig Hilberseimer, Ernst May, Mart Stam, Alexander Klein, Hannes Meyer o Karel Teige, hasta Konrad Wachsmann, Cedric Price o João Folgueiras Lima, lo importante ha sido entender la arquitectura como un trabajo científico y colectivo, sistemático, modular y transmisible que tiene a una radical industrialización que aportaría mejoras sociales. Los diseñadores, arquitectos y urbanistas tenderían a quedar en el anonimato de la producción en serie e industrial, el trabajo en equipo y la colaboración con la Administración pública. Entre estas posiciones arquitectónicas antagónicas, la cuestión clave es de la autoría: individual o compartida.

El modelo dominante del arquitecto liberal, que se impuso tras la II Guerra Mundial, trataba de revivir el modelo individualista del arquitecto como artista singular, un creador con un lenguaje personal que va más allá de los condicionamientos constructivos, de las políticas de gestión o de los problemas sociales.

No podemos olvidar que el intento de mantener el mito del arquitecto creador ha ido paralelo a fenómenos contemporáneos bien diferentes, como que una parte de la profesión haya trabajado y trabaje como funcionario desde los organismos públicos. Podríamos decir que la misión política del técnico se trasladó a trabajar desde la Administración en una política de obras públicas y equipamientos y, en definitiva, de bienestar.

Un indicio de la influencia del sector público en un país como el Reino Unido lo constituye el hecho de que casi todas las escuelas y hospitales construidos en la década de 1950, las *new towns* y otros proyectos de urbanización de grandes proporciones se diseñaran en los departamentos de arquitectos que formaban parte de organismos públicos, responsables anualmente de casi el 45 % de la producción total de construcciones, trabajando para la Administración casi el 50 % de los arquitectos británicos. En esta época, que tiene como emblema la política de las *new towns*, predomina un pensamiento liberal que apuesta por el Estado de bienestar. De hecho, en la posguerra y con el triunfo del Partido Laborista en 1945, en el Reino Unido se creó la más poderosa y completa máquina administrativa de planificación urbana y arquitectónica que jamás haya existido en las democracias occidentales. Un Estado de bienestar que, según el liberal William Beveridge, debía estar bajo el signo de beneficencia que, tras la destrucción y el miedo de la II Guerra Mundial, debía garantizar las prestaciones necesarias para que las personas, liberadas del temor y la miseria, disfrutaran de la libertad.³⁸ Durante el mandato del laborista Clement Attlee (1945-1951), arrancó la creación del más grande parque público de viviendas sociales en alquiler. Como es sabido, todo ello fue desmantelado por el Gobierno de Margaret Thatcher, en el inicio de la etapa del neoliberalismo, a principios de la década de 1980.

La tradición de la historiografía que ensalza un héroe hacedor, creador genial y todopoderoso, ha hecho y hace invisibles las otras maneras de ejercer la profesión de la arquitectura.

De esta manera, el período de compromiso político y social de la arquitectura en la Europa de entreguerras habría sido breve e intenso, posiblemente una excepción en la historia, que tendrá solo continuidad en ambientes progresistas, tal como sucedió en México en la década de 1940, período que generó una obra colectiva modélica como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Después predominará el arquitecto individual y liberal, incluso en casos de estrecha relación con el poder político, como en Brasil con Oscar Niemeyer y Lucio Costa. Por mucho que Niemeyer haya militado en el Partido Comunista de Brasil, siempre ha puesto énfasis en la actividad individual del creador de objetos singulares, que tiene fuertes contactos personales con el poder.

Sin embargo, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, por mucho que se haya intentado mantener el mito masculino del arquitecto, genio y artista, este ha tenido que evolucionar: el viejo proyectista artesano ha debido enfrentarse con un nuevo y variado mundo en el que ya no son aplicables las fórmulas clásicas de su actividad. Ante los nuevos sistemas digitales de dibujo y la gran complejidad del mundo de la construcción, han debido refugiarse en la especialización o en un inalcanzable esfuerzo por intentar abarcar los extremos de una situación cada vez más compleja.

Por ello, especialmente en los países más industrializados —Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Japón— predominan y se extienden los grandes despachos de arquitectos, ingenieros y muchos otros especialistas. O los sistemas de trabajo en red, que se articulan y organizan desde distintos lugares y de manera variable según el trabajo que se deba realizar, son cada vez más comunes.

LA CRÍTICA POSMODERNA AL MORALISMO MODERNO

Desde una interpretación retrógrada y reaccionaria, David Watkin en su libro *Moral y arquitectura*³⁹ fue uno de los primeros en desvelar las contradicciones de la arquitectura moderna, dedicándose a seguir el prejuicio del moralismo como base de la arquitectura moderna, desde el neogótico de Pugin hasta las teorías del que fuera su maestro Nikolaus Pevsner. Watkin puso en cuestión la confianza en el progreso, en la función social de la arquitectura, en la utilidad y naturalidad, sin artificios y añadidos superfluos, en que se basa nuestro pensamiento moderno en arquitectura; un pensamiento iniciado, por una parte, por Pugin, Ruskin y Morris, y por otra, por el positivismo tecnológico de Viollet-le-Duc y Lethaby, y consolidado en las obras de Le Corbusier, Mies van der Rohe y Gropius, y en las teorías de Pevsner y Giedion.

Esta crítica conservadora a la modernidad y a la alta tecnología en arquitectura y urbanismo sintoniza directamente con los argumentos que desde la década de 1980 plantea el príncipe Carlos de Inglaterra. Es una visión que se ha desarrollado en polos contrapuestos, desde el *revival* urbano de Rob Krier y el *new urbanism* hasta la deconstrucción arquitectónica de Peter Eisenman.

Si una de las revisiones del moralismo moderno lo representa la visión conservadora de

David Watkin, las críticas progresistas procedieron especialmente del pensamiento femenino (Hannah Arendt⁴⁰ y María Zambrano), y del diseño moderno hecho por mujeres (Charlotte Perriand, Lilly Reich, Margarette Schütte-Lihotzky), además de la filosofía de la Escuela de Fráncfort. En su ensayo “Functionalism Today”, Theodor W. Adorno⁴¹ arremetió contra el puritanismo de Adolf Loos al estigmatizar el ornamento. Adorno argumentaba que el artesano necesita dejar la huella de su trabajo manual, que dentro de lo funcional también entra lo simbólico y que el ser humano necesita y seguirá necesitando los significados simbólicos.

TRADICIONES CRÍTICAS CONTEMPORÁNEAS

En las décadas de 1960 y 1970 se desarrolló una nueva ética, con la voluntad de construir un proyecto crítico, especialmente en Italia, donde hubo un renacimiento del pensamiento marxista, siguiendo las raíces de la Escuela de Fráncfort, de la teoría de Antonio Gramsci y del pensamiento estructuralista, expresado de maneras diversas en autores como Manfredo Tafuri, Aldo Rossi, Giorgio Grassi o Carlo Aymonino.⁴²

Como herencia de la línea problematizadora de la Escuela de Fráncfort y de su vertiente de vanguardia negativa y nihilista, surgen las interpretaciones de Peter Eisenman. A lo largo de su producción teórica, Eisenman insiste en que la arquitectura contemporánea, no clásica, ha de ser antifuncionalista, antihumanista y debe ir contra la idea de lugar. En su texto crucial “El fin de lo clásico”,⁴³ con un objetivo similar al de David Watkin, Eisenman intentó destruir sistemáticamente los tres grandes ejes de la arquitectura moderna, considerados como ficciones: la posibilidad de representación (o la posibilidad de transmitir significados), la acción de la razón (o precisión científica) y el sentido de la historia (*Zeitgeist*).

Con esto llegamos al momento actual, en el que predomina la figura estelar, totalmente distorsionada por los medios de comunicación de masas, de los arquitectos internacionales. Si los arquitectos más destacados de la década de 1980, como Hans Hollein, James Stirling, Aldo Rossi, Giorgio Grassi, Carlo Aymonino, Álvaro Siza o Rafael Moneo, respondían y responden a un perfil de profesional asequible, buena parte de ellos enraizados en la enseñanza universitaria, con un estudio pequeño y artesanal, las figuras actuales como Jean Nouvel, Norman Foster, Richard Rogers, Santiago Calatrava, Rem Koolhaas, Herzog & de Meuron, Zaha Hadid o Toyo Ito están lejos de la universidad, trabajan según una lógica empresarial, con su marca de empresa, sus grandes estudios en diversas sedes y su necesaria dependencia de los encargos de las grandes corporaciones y de los favores de los medios de comunicación.

Acción política desde la arquitectura

Después del reclamo de la dimensión social y política de la arquitectura por parte de autores como Gottfried Semper, John Ruskin y William Morris, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, estuvieron activas las primeras generaciones de arquitectos que tuvieron un fuerte papel político desde la Administración, como Otto Wagner, que fue arquitecto municipal de Viena y proyectó las estaciones de metro y formó a la mayoría de los arquitectos que en la década de 1920 proyectarían las *Höfe* vienesas: Hubert Gessner, Hermann Aichinger y Karl Ehn.

LOS ARQUITECTOS PIONEROS EN LA POLÍTICA

Josep Puig i Cadafalch (1867-1956) ejerció como arquitecto y político de la Mancomunitat de Catalunya, de la que llegó a ser presidente. La Mancomunitat se creó en 1914 como propuesta del Gobierno catalán, aceptada por el Gobierno español, y estaba conformada por las cuatro diputaciones catalanas. Este arquitecto lideró el proyecto cívico de la Lliga Regionalista Catalana con voluntad de hacer infraestructuras y obras públicas que reforzaran y reequilibraran Cataluña. Sus textos —que abarcaban la arqueología, la historia, la arquitectura y la política— configuran un completo y coherente proyecto nacional de la arquitectura y el urbanismo.⁴⁴ Conferenciante reconocido en Francia y en Estados Unidos, su posición teórica estuvo radicada inicialmente en la historiografía científica y positivista, en la tradición de Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc y August Choisy, y con el tiempo se fue matizando y enriqueciendo con el pensamiento romanticista. Su posición como político era la de élite dirigente que pretende dirigir las masas populares. Tras la muerte del primer presidente, Enric Prat de la Riba, Puig i Cadafalch fue presidente de la Mancomunitat de Catalunya durante dos mandatos, de 1917 a 1923, año en que fue destituido de su cargo, pues la dictadura de Primo de Rivera acabó con el Gobierno autónomo de Cataluña. Tras la Guerra civil española fue depurado por la dictadura de Francisco Franco.

Durante la II República española y el Gobierno autónomo de la Generalitat de Catalunya, se produjo una imagen emblemática de las relaciones entre el poder de la República y el urbanismo moderno: la presentación en 1932 en el Palau de la Generalitat del Plan urbano de Barcelona, dedicado al presidente Francesc Macià, y elaborado por el GATCPAC y Le Corbusier, con la presencia, entre otros, del mismo Le Corbusier, Josep Lluís Sert, Fernando García Mercadal, Cornelis van Eesteren y Walter Gropius.

En Cataluña, este papel simultáneo de arquitecto, historiador y político que tuvo Puig i Cadafalch fue renovado en la segunda mitad del siglo XX por Oriol Bohigas, personaje que será tratado más adelante.

Tras estas primeras experiencias, llegó el fuerte compromiso en el período de entreguerras de diversos arquitectos municipales: Adolf Loos en Viena, Ernst May en Fráncfort, Fritz Schumacher en Hamburgo, Otto Haesler en Celle, Max Berg en Breslavia,

Bruno Taut en Magdeburgo y Martin Wagner en Berlín.

En 1920, Adolf Loos (1870-1933) asumió el cargo de jefe del Área de la vivienda de la ciudad de Viena y en 1921 promovió la construcción de unas *Siedlungen* de pequeñas dimensiones. Estas viviendas se realizaron en un primer momento según un sistema cooperativo, donde el Ayuntamiento ponía terrenos a disposición de los cooperativistas, adelantando un 85 % del gasto de la construcción con garantía hipotecaria; el restante 15 % venía cubierto por el trabajo material de los futuros inquilinos. Más adelante, el municipio decidió financiar totalmente las construcciones y fundó una sociedad para construirlas y gestionarlas, la GESIBA. En 1923 se redactó el primer plan quinquenal de vivienda municipal.⁴⁵ Loos estuvo cinco años en este puesto y en su equipo trabajó Margarete Schütte-Lihotzky (1897-2000), la primera arquitecta austriaca graduada en 1918, quien conjuntamente con Kart Dirnhuber y Franz Schuster proyectó el Otto Haas-Hof en 1924. El trabajo de Loos en relación con la política de vivienda fue un referente para Ernst May, quien, cuando era encargado de la política de vivienda de Silesia, visitó a Loos para conocer de primera mano la experiencia vienesa. En esa ocasión conoció a Margarete Schütte-Lihotzky, quien colaboraría con la revista de May en Silesia y se uniría a su equipo de trabajo en Fráncfort a partir de 1927.⁴⁶

Ernst May (1886-1970), formado en el lenguaje expresionista, ocupó el cargo de asesor del Ayuntamiento de Fráncfort entre 1925 y 1930, llevó a cabo el Plan regulador de la ciudad y promovió 26 *Siedlungen* de distintos tamaños y morfologías, entre las que destaca una de las primeras en construirse, la Römerstadt (1927-1928), perfectamente integrada en la ladera del valle del río Nidda. Dicha *Siedlung* constituyó una síntesis de la idea de ciudad jardín, procedente de Ebenezer Howard y trasladada a Alemania por Hermann Muthesius (de hecho, Ernst May trabajó con Raymond Unwin) y de la propuesta de la vivienda racionalista. Es por ello que la Römerstadt, una especie de “*Siedlung* jardín”, se adapta tan bien a la topografía, a la orientación y a las vistas. Más tarde y debido al crecimiento incesante de la demanda de vivienda y a la crisis económica de 1929, que derivaría en el advenimiento del nacionalsocialismo en 1933, los condicionantes productivistas se fueron imponiendo y exigieron soluciones urbanas drásticamente simplificadas, racionalistas y repetitivas. Una de las últimas propuestas del equipo de May, la *Siedlung* Goldstein (1930), conformado ya por la infinita repetición de bloques, nunca llegó a realizarse.

Esta producción seriada de viviendas se basó en piezas clave, como la cocina de Fráncfort, diseñada por Margarete Schütte-Lihotzky, y en la disponibilidad de un sector de la construcción que utilizaba las tecnologías de prefabricación y puesta en obra más avanzadas del momento. En un período muy breve, entre 1925 y 1930, Ernst May consiguió realizar unas 30.000 viviendas en Fráncfort, por lo que llegó a solucionar prácticamente el problema de la vivienda en aquellos años previos a la crisis de 1929. No olvidemos el singular soporte legislativo y económico del que se partía: la Constitución de la República de Weimar aprobada en 1919, en la que se establecía el “derecho a un alojamiento salubre” para todo ciudadano alemán. Según este artículo, el Estado debía controlar la distribución y la utilización del suelo como medida destinada a salvaguardar su buen uso, y la Administración tenía que establecer el nivel mínimo estándar para las

viviendas construidas bajo la iniciativa pública. Era el primer país que reconocía este derecho a la vivienda y esta obligación del Estado para con sus ciudadanos.

Para divulgar dicha experiencia en Fráncfort, y también para formar a la sociedad alemana sobre los nuevos usos de la vivienda moderna, May fundó y dirigió la revista *Das neue Frankfurt* (1926-1931),⁴⁷ donde publicaron sus obras además de las de May y Schütte-Lihotzky, Raymond Unwin, Walter Gropius, Heinrich Tessenow, Le Corbusier, Adolf Loos, László Moholy-Nagy, Ludwig Hilberseimer o Sigfried Giedion. En la revista se presentaron en detalle todos los proyectos de Fráncfort, con los repertorios de los modelos de planta y los sistemas constructivos, y también se promovieron debates sobre la vivienda social y los nuevos barrios.

A causa de los efectos de la crisis de 1929, en 1930 May se trasladó a la Unión Soviética, donde permaneció tres años, realizando proyectos para nuevas ciudades industriales en Siberia y proponiendo el plan de expansión de Moscú (1932). Después de la II Guerra Mundial, volvió a trabajar en Alemania y realizó proyectos para Kenia y Uganda hasta 1954.

Otros arquitectos alemanes también desarrollaron su vida en función de su compromiso social, como el ya citado Hannes Meyer, o como Bruno Taut (1880-1938), también formado en el expresionismo y miembro del grupo Utopía, quien, tras realizar espléndidas *Siedlungen* en Berlín, como la *Siedlung* Britz (1925), y escribir e ilustrar magníficos libros experimentales, trabajó en la Unión Soviética entre 1932 y 1933; huyó a Suiza y más tarde a Japón, en 1933, donde vivió durante un tiempo, y se trasladó a trabajar a Estambul en 1936, donde realizó edificios públicos, como escuelas. Taut murió prematuramente en Ankara.

LAS PROPUESTAS ALTERNATIVAS

Otra línea de fuerte relación entre arquitectura y política radica en la tradición alternativa y anarquista que inició Patrick Geddes (1854-1932), biólogo, pedagogo y urbanista de origen escocés, autor de *Ciudades en evolución*.⁴⁸ Con su propuesta de un urbanismo contrario a cualquier imposición y basado en el estudio y el diagnóstico sobre la realidad,⁴⁹ Geddes compartía con Ruskin la certeza de que progreso social y forma espacial están estrechamente relacionados.

En este sentido, la postura que Geddes adopta con sus propuestas urbanas para la India colonial es ejemplar, totalmente contraria al urbanismo monumental y jerárquico de Edwin Lutyens y otros técnicos británicos. Adelantado a su tiempo, podemos decir que Geddes actuaba localmente. Los escritos de su experiencia en la India entre 1914 y 1919 marcan caminos seguidos decenas de años después en experiencias urbanas complejas, como la rehabilitación de *favelas* (véase el ensayo “Ciudades de *slums* y geografías de los ‘sin techo’”, incluido en este libro). Según Geddes, el urbanismo no podía alcanzar sus objetivos si no se planificaba desde el lugar, si no era un urbanismo popular; es decir, que no coaccionara a las personas a habitar nuevos lugares en contra de sus redes sociales, deseos e intereses. La tarea del urbanismo radica en encontrar el lugar correcto para cada clase de personas, “lugares donde puedan realmente prosperar”.⁵⁰ Sobre esta base realizó

sus trabajos en la India, y fue de sumo interés lo que él denominaba *conservative surgery* (“cirugía conservadora”) para mejorar las condiciones de vida de las áreas congestionadas, en oposición a las usuales propuestas de raíz haussmanniana, donde se superponía una malla de inmensas avenidas que destruía el tejido existente, sin considerar el estado físico ni las relaciones sociales que allí se daban. Geddes proponía un detallado estudio previo para conocer las condiciones reales del lugar y, a partir de ellas, realizar intervenciones de cirugía que no destruyeran, sino que mejorasen la realidad.

También antes de la II Guerra Mundial apareció otra figura singular: Carmen Velasco Portinho (1903-2001), la tercera mujer brasileña formada como ingeniera y geógrafa en 1925. En 1926 obtuvo el título de ingeniera civil y en 1939, el de urbanista, la primera del país. Su trayectoria fue múltiple, siempre comprometida con la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres.

Ella misma sufrió las trabas de la discriminación, como cuando empezó a trabajar en 1926 en la Dirección de Obras y Tráfico del Distrito Federal (entonces era la ciudad de Río de Janeiro). Luchó por el derecho al sufragio femenino, que en Brasil se logró en 1932, en 1937 fundó la Asociación Brasileña de Ingenieras y Arquitectas, y fue vicepresidenta del Sindicato de Ingenieros de Río de Janeiro. En 1945 obtuvo una beca para estudiar y trabajar con los equipos de la recuperación y remodelación de las ciudades inglesas bombardeadas en la II Guerra Mundial. Al retornar a Brasil en 1947 fue nombrada la primera directora del recientemente creado Departamento de la Vivienda Popular del Ayuntamiento de Río de Janeiro. Colaboró con su compañero sentimental, Affonso Eduardo Reidy, en el proyecto y la construcción del complejo residencial Prefeito Mendes de Moraes, en Pedregulho, cuyos primeros bloques fueron inaugurados en 1950. A lo largo de su vida fueron muchos los cargos que desempeñó, como ser por quince años la directora del Museu de Arte Moderna (MAM) de Río de Janeiro, organizadora de exposiciones sobre arquitectura brasileña, jurado de premios y bienales.⁵¹

REESTRUCTURACIÓN TRAS LA II GUERRA MUNDIAL

Tras la II Guerra Mundial se siguió produciendo una estrecha relación entre la arquitectura y la política, y en ocasiones un mismo personaje era arquitecto y político al tiempo, como es el caso del peruano Fernando Belaunde Terry (1912-2002). Congresista desde 1945, fue elegido democráticamente presidente del país en 1963, cargo que ocupó hasta 1968, cuando fue derrocado por un golpe militar de izquierdas. Belaunde se formó como arquitecto en Texas, Estados Unidos, y recién titulado regresó a Perú en 1936, donde impulsó tres iniciativas clave: creó la revista *El Arquitecto Peruano* (1937-1977), fundó la Sociedad de Arquitectos (1937) y se incorporó a la Facultad de Ingeniería para potenciar el Departamento de Arquitectura (creado en 1948), que dio lugar a la inauguración de la Facultad de Arquitectura en 1950, con Belaunde de decano. Defensor a ultranza de la arquitectura y el urbanismo racionalistas, y próximo a los postulados de los CIAM, durante sus años de presidente promovió una política convencional de vivienda colectiva moderna para la clase media. Una de las asignaturas que Belaunde impartía en la Facultad de Arquitectura era sobre viviendas que seguían la morfología de las “unidades vecinales”, que

había aprendido en Estados Unidos. Hacia el final de su mandato organizó el Proyecto Experimental de Vivienda (PREVI) en Lima (1965-1975), un concurso de vivienda experimental para las clases populares. Además, llevó adelante la descentralización política y estableció las elecciones municipales. Belaunde volvió a ser elegido presidente en 1980.

Jakoba Helena Mulder (1900-1988) fue arquitecta jefe del Departamento de Planificación Urbana de Ámsterdam bajo la dirección de Cornelis van Eesteren, en 1947. A partir de una experiencia personal de observación de la realidad, propuso la creación de un sistema *bottom-up* (“de abajo arriba”) de creación de espacios públicos para el juego infantil. Jakoba Mulder había observado desde su ventana cómo una niña jugaba en un rincón de la calle, sin más recursos que su imaginación, un poco de tierra y una lata, y se le ocurrió que era posible crear espacios económicos llenos de posibilidades. Aldo van Eyck se ofreció voluntario para el diseño de dichos espacios. El mecanismo consistía siempre en que una persona o un grupo de ciudadanos identificaban y proponían solares vacíos, esquinas, aceras y otros pequeños terrenos urbanos no utilizados para uno de estos espacios de juego, a lo que el Ayuntamiento respondía una vez comprobada su viabilidad con un diseño específico. Con este sistema entre 1948 y 1978 se crearon unos 700 parques infantiles por todo Ámsterdam, que Aldo van Eyck tuvo la oportunidad de proyectar desde su puesto en la Oficina de Obras Públicas de la ciudad. Una serie de elementos simples permitían conformar espacios de juegos adecuados a cada superficie; cada uno de ellos era diferente y, lo que es más importante, tenían una gran variedad de formas, texturas y posibilidades, de modo que los niños eran capaces de hacer un uso creativo de dichos elementos.⁵²

En otros casos fueron políticos con una fuerte voluntad de intervención en la ciudad y el territorio, como Eugène Claudius-Petit (1907-1989), ministro de la Reconstrucción en la Francia de la posguerra, quien se encargó de la política de infraestructuras y de nuevos barrios. Si para las *villes nouvelles* promovió una arquitectura de la rapidez y de la cantidad, con un urbanismo pésimo —que en los últimos años está pasando una factura social de la marginación—, para las obras representativas contó con su amigo personal Le Corbusier, con quien llevó a cabo las Unités d’Habitation y el proyecto modernizador de Firminy.⁵³

Robert Moses (1888-1981), el drástico reformador de la ciudad de Nueva York entre 1934-1968, empezó como comisionado para los parques e introdujo en ellos todo tipo de equipamientos para el ocio, como áreas de juego y piscinas. Continuó su labor con operaciones de renovación urbana y con la introducción de vías rápidas y potentes infraestructuras de gran escala —conductos de agua, alcantarillado, almacenes, puentes, túneles y autopistas—, además de los parques y de los nuevos conjuntos de vivienda en bloques y torres altas, en un drástico programa de renovación urbana de los antiguos y degradados *tenements*, desplazando de este modo a la población existente. Se trataba de una auténtica puesta al día del despotismo y capacidad de transformación que el barón Haussmann implantó a mediados del siglo xix en París. Su ambición le llevó a contribuir fuertemente en la promoción de hitos monumentales en Nueva York, como la sede de la ONU o el Lincoln Center, lo que generó fuertes plusvalías para Rockefeller, el propietario

del suelo de la zona. Sus métodos fueron muy controvertidos y sus iniciativas provocaron duras críticas desde el pensamiento urbano progresista, de parte de autores como Lewis Mumford, Jane Jacobs o Charles Adams. Uno de sus proyectos más polémicos y destructores en el Upper West Side dio lugar a dos duros informes (de 1951 y de 1954) del Women's City Club de Nueva York, donde se analizaban las nefastas consecuencias humanas del proyecto, especialmente entre la población afroamericana. Sin embargo, su proyecto más impopular fue la vía rápida en Washington Square Park, que, entre 1952 y 1958, provocó una dura lucha de un grupo de madres de Greenwich Village, entre ellas Jane Jacobs, quienes consiguieron parar un proyecto tan depredador. Hubo muchos otros conflictos que Moses perdió —como el puente de Brooklyn-Battery o el proyecto de derribo del Castle Clinton—, y que ganaron los defensores del patrimonio.⁵⁴ El fin de su poder fue el símbolo de la degradación del paradigma de ciudad moderna basada, sobre todo, en el acceso del automóvil, las torres de vivienda para pobres no blancos, la vivienda unifamiliar suburbana para la clase media blanca y el planeamiento *top-down* (“de arriba abajo”). A pesar de formar parte de la ciudadanía de a pie y de su fragilidad comparadas con el poder, las ideas de sus opositores siguen siendo vigentes hoy en día. Si bien el modelo de Moses se ha demostrado fallido, los tecnócratas del urbanismo continúan defendiendo este modo de hacer *top-down*, despiadado y sin matices, frente a un urbanismo *bottom-up* más democrático, no especulativo y atento a la variedad y complejidad de la realidad.

En la posguerra fue muy destacable la labor de expansión del urbanismo moderno de raíz estadounidense por toda Latinoamérica que llevaron a cabo Josep Lluís Sert y Paul Lester Wiener. Wiener era yerno del secretario de Estado del presidente Franklin Delano Roosevelt, de ahí las facilidades que el equipo tuvo para dedicarse a proponer proyectos de planificación en ciudades latinoamericanas. Sert, a su vez, utilizó su cargo de presidente de los CIAM y su red de amistades latinoamericanas para conseguir todos estos encargos laborales. Ambos fueron autores de propuestas de campus para los centros cívicos de sus proyectos, la mayoría no realizados, como la Cidade dos Motores, cerca de Río de Janeiro, Brasil (1943-1948), el centro administrativo de la nueva ciudad industrial de Chimbote (1947-1949) y el plan para Lima (1947-1950), ambos en Perú, así como el plan piloto de Bogotá, Colombia (1950), con la intervención inicial de Le Corbusier. Sin embargo, muy poco de lo proyectado llegó a realizarse en estas capitales latinoamericanas.

Las concepciones urbanas y políticas de Sert quedaron expresadas en textos suyos como *Can Our Cities Survive?*,⁵⁵ en el que, más allá de incipientes autocríticas a la falta de humanismo y monumentalidad de la ciudad moderna, se seguía defendiendo una concepción liberal, capitalista y zonificada de la ciudad, dentro de la ortodoxia moderna.⁵⁶ Y fue precisamente Sert quien invitó a Belaunde a ser profesor de planeamiento regional y urbano en la Harvard University tras su derrocamiento y exilio decretado por los militares peruanos.

En Cataluña, Oriol Bohigas (1925) comenzó sus actividades visibles más allá de la arquitectura al formar parte del Grup R en la década de 1950. Si en su juventud fue próximo a grupos católicos, con los años fue derivando a posiciones críticas y progresistas, y fue cofundador de la revista *Arquitecturas Bis* en 1974 y director de la

Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (ETSAB, 1977-1983), al comienzo del período democrático, aprovechando la oportunidad de renovar la plantilla docente, doblándola con la contratación de jóvenes profesores. Fue delegado de Servicios de Urbanismo de Barcelona (1983-1989), en el momento del gran cambio de la ciudad a finales del siglo xx, con ocasión de los Juegos Olímpicos de 1992. Más tarde llegaría a ser delegado de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona, sin conseguir dejar ya una impronta en la política cultural de Barcelona. Posteriormente, sin estar implicado directamente con instituciones públicas, ha seguido comprometido en las cuestiones de la ciudad. Su último cargo cultural fue la presidencia del Ateneu Barcelonès (2006-2011), una histórica entidad civil a la que ha conseguido volver a otorgarle su peso cultural y social dentro de la ciudad.⁵⁷

En las últimas décadas han seguido existiendo, sobre todo en Latinoamérica y, especialmente en Brasil, arquitectos con una fuerte dimensión política. En Brasil se optó por construir la identidad nacional con la arquitectura, las formas, las infraestructuras y los materiales del movimiento moderno. Un fuerte mecenazgo del arte y la arquitectura implicó al poder y a la burguesía industrial y metropolitana en la apuesta por el arte y la arquitectura moderna. Gustavo Capanema, Juscelino Kubitschek (como alcalde, gobernador y presidente), e incluso el dictador Getúlio Vargas, promovieron la arquitectura moderna. Una promoción que se rompió en 1964 con una nueva y dura dictadura militar y con el exilio temporal de Oscar Niemeyer en París. De todas formas, el soporte incondicional de Juscelino Kubitschek a la arquitectura de Oscar Niemeyer ya le había convertido en el arquitecto oficial del Brasil contemporáneo, expresando esta fuerte relación entre política y urbanismo. La nueva ciudad de Brasilia es el gran emblema de esta unión entre proyecto nacional brasileño y urbanismo moderno. Y Lucio Costa, el ganador del concurso del trazado urbano del plan piloto, fue el complemento necesario al exultante Niemeyer. Costa, que estudió en la Academia de Belas Artes, de orientación *beaux arts*, con su elaborada construcción teórica y con la creación del Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN), consiguió conciliar la estricta modernidad internacional con el respeto y valoración de la tradición del arte y la arquitectura brasileños.

ALTERNATIVAS CONTEMPORÁNEAS

Un caso contemporáneo destacable, también en Brasil, es el de Jaime Lerner (1937), que ha sido uno de los promotores del experimento urbano de Curitiba (que se explicará en el capítulo “Ciudades alternativas: Curitiba, Seattle, Bogotá y Medellín”), precisamente como urbanismo sostenible contrapuesto al modelo de Brasilia. Formado como arquitecto y urbanista en la Escuela de Arquitectura de la Universidade Federal do Paraná en 1964, participó en el desarrollo del Plan Director de Curitiba (1966-1969), dirigido por Jorge Wilhelm, y ha sido tres veces alcalde de Curitiba (1971-1975, 1978-1983 y 1989-1992). Además, fue uno de los fundadores del IPPUC (Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano de Curitiba), desde el que definió las líneas principales del desarrollo de la ciudad: énfasis en el transporte público, generación de un crecimiento urbano controlado, grandes reservas de espacios verdes y rehabilitación del centro histórico. También ha sido gobernador del Estado de Paraná (1995-1998 y 1999-2002), donde intentó trasladar a la

escala territorial el modelo infraestructural y sostenible de Curitiba, y presidente de la UIA (Unión Internacional de Arquitectos) de 2002 a 2005.

Luiz Paulo Conde (1934), con un amplio equipo encabezado por Sergio Magalhaes y Verena Andreatta en Río de Janeiro, promovió los programas Favela Bairro y Rio Cidade, este último con fuerte influencia de la ciudad de Barcelona, mientras fue secretario municipal de Urbanismo con el alcalde Cesar Maia entre 1993 y 1996, y alcalde entre 1997 y 2001. Actualmente encabeza la ONG Vivercidades, dedicada al planeamiento urbano, que tiene desde 2008 una biblioteca propia y edita la revista *Vivercidades* en papel y en digital.

Existen varias generaciones de arquitectos —como Miloon Kothari, Enrique Ortiz, Raquel Rolnik, Anna Sugranyes, Victor Pelli, Graciela Dede o Ana Falú— que se dedican a la política social y de vivienda y participan como expertos en organismos internacionales, como la ONU, para fortalecer el cumplimiento de los derechos humanos, especialmente en materia de vivienda, con lo que han conseguido nuevas legislaciones internacionales y nacionales. Estos técnicos forman parte de redes variables de entidades y organizaciones, algunos ligados a universidades o institutos de investigación científica.

Algunos de ellos son muy destacados y han tenido gran influencia, como Victor Pelli, quien desde la Universidad del Nordeste, en Resistencia, Argentina, ha generado una red de conocimiento y acción para la consecución de un derecho fundamental como es la vivienda.

Miloon Kothari, arquitecto y activista indio comprometido hace más de veinte años con la causa del derecho a la vivienda, trabajó entre el 2000 y el 2007 como primer relator para la ONU en el campo de la vivienda. También fue el encargado de redactar la carta de la vivienda como derecho humano, firmada y aceptada por muchos países, aunque sistemáticamente incumplida, y se ha dedicado esos años a estudiar en todo el mundo los casos de violación de los derechos humanos en materia de vivienda, especialmente en los de desalojos y de derechos de las mujeres. Miloon Kothari estudió arquitectura en Nueva Delhi, la India, y se especializó en la Columbia University y en el Pratt Institute de Nueva York, pero no se dejó deslumbrar por el mundo de despilfarro de las estrellas de la arquitectura, sino que volvió a su país para intentar paliar las injusticias e implementar el cumplimiento de los derechos humanos.

Raquel Rolnik, experta en planificación urbana y muy crítica con el impacto del neoliberalismo en la producción de la ciudad, es catedrática del Departamento de Arquitectura y Urbanismo de la Universidade de São Paulo (Brasil) y en el 2008 fue elegida la redactora de la ONU para el derecho a la vivienda digna, en relevo de Miloon Kothari. Ana Falú destaca por su compromiso con los derechos de las mujeres y fue directora de UNIFEM para América Latina hasta el 2009, para volver a su cargo de profesora en la Universidad Nacional de Córdoba. Y en Santiago de Chile, Anna Sugranyés, secretaria general de la Coalición Internacional del Hábitat (HIC), está especializada en formulación, ejecución y evaluación de programas y políticas de vivienda social y desarrollo local.

En resumen, la acción política desde la arquitectura siempre ha existido, a pesar de que hay profesionales que niegan tal relación y que hacen política por omisión. Si la política es la organización social de un grupo que se desarrolla en un espacio, según desde donde se

actúe en la creación de este espacio, este será integrador o segregador, inclusivo o exclusivo, se regirá según la aspiración a la redistribución de la calidad de vida o según la perpetuación de la exclusión y del dominio de los poderes. Es por ello que la arquitectura es siempre política.

Las tradiciones alternativas de vida comunitaria

En este apartado se recapitula en torno a la vivienda comunitaria, y se hace por diversos objetivos: uno derivado de la preocupación actual ante la creciente dificultad de acceso a la vivienda para muchos integrantes de la sociedad; y otro para reivindicar la necesidad de entender en qué medida la vivienda ha perpetuado la división de los roles asignados a los géneros y las jerarquías en la sociedad actual. Por último, en una época marcada por el énfasis en el individualismo y en la privatización de todo, incluidos todos los instrumentos domésticos y fomentando el consumo personal, es importante recordar que a lo largo de la historia se han propuesto posibilidades de compartir servicios y espacios de la vivienda. Es por esta razón por la que se reivindican las tradiciones de vivienda comunitaria como una opción más dentro del abanico de posibilidades que deberían ofrecer las soluciones de vivienda, entendiendo que esta opción implicaría, en muchos casos, modificar leyes y reglamentos, así como revisar los sistemas de acceso y propiedad del suelo.⁵⁸

A mediados de siglo XIX, cuando la Revolución industrial había hecho impacto sobre las ciudades, se hizo patente la necesidad de buscar soluciones que albergaran la nueva clase obrera. Esta necesidad se vio reflejada en diversos ámbitos, tanto desde el pensamiento progresista¹ —que más tarde conduciría a revoluciones y cambios sociales y que se vio reflejado en la misma creación de vivienda obrera— como desde los sectores más conservadores, religiosos y moralistas que, bajo la justificación higienista, intentaron controlar a los nuevos habitantes urbanos, imponiendo costumbres éticas y morales de vida individual y familiar según modelos aristocráticos y burgueses. La solución a la vivienda obrera mayoritaria y estudiada por la historiografía consistió en una reducción a mínimos de la vivienda burguesa, con sus jerarquías y sus divisiones espaciales, que obedecían y reforzaban los tradicionales roles de los géneros. Se dejaron por el camino planteamientos que vieron en esta nueva vivienda la ocasión para repensar la distribución del trabajo doméstico y de las esferas pública y privada.

La industrialización comportó el cambio de los sistemas productivos. Aquellas producciones que se habían hecho hasta entonces de manera personal o grupal, en procesos que funcionalmente no estaban especificados, donde un mismo grupo hacía de todo, se tornaron en trabajos, actividades y roles específicos que generaron la funcionalización especializada y la cadena de montaje.

Esta funcionalización especializada afecta a cuestiones internas de la vivienda. En aras del control social y de la higiene, se seguirán permitiendo ciertas actividades dentro del hogar y se exigirá que otras sean expulsadas de él. De una manera paulatina y progresiva, entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, nacer y morir, la educación y el trabajo se convirtieron en experiencias plausibles de control público. Sin embargo, otras actividades domésticas, como la preparación de alimentos y el cuidado de la ropa, se mantuvieron férreamente dentro del ámbito privado, aunque podían realizarse de una manera industrial, como negocio, tal como sucede con las lavanderías industrializadas para hoteles u hospitales, o con las panificadoras y conserveras.

Se hablaba siempre de que las nuevas tecnologías liberaban de trabajo y generaban más tiempo libre. Pero al igual que la Revolución industrial se demoró en entrar en la vivienda (y, de hecho, aún no ha entrado en muchas de ellas), la revolución de las nuevas tecnologías tampoco ha dado lugar a una reflexión profunda ni ha modificado sustancialmente la vivienda, y siguen existiendo tareas y obligaciones a las que continúa respondiéndose de una manera individual.⁶⁰ La industrialización de las tareas del hogar ha progresado lentamente en comparación con los procesos manufacturados en general. El gas fue de uso común en las ciudades desde 1860,⁶⁰ pero su uso principal en los hogares fue para la iluminación. El carbón continuó siendo la principal fuente de energía para cocinar durante todo el siglo XIX. La electricidad no entró en la escena doméstica hasta 1880. “Esta lentitud en el proceso no fue el resultado de una falta de inventiva [...]. Impidió la introducción de nuevos electrodomésticos y enfatizó el papel de la esposa como guardiana de los valores de la pureza y del hogar. La invariable rutina del hogar formó parte de la imagen de Inglaterra, la vieja Inglaterra, verde y placentera, confortable y civilizada”.⁶¹

Paralelamente al proceso de industrialización, se establecieron las bases funcionales de la familia moderna, una familia nuclear que se extendió como modelo desde las clases pudientes (aristocracia y burguesía) hasta la obrera. Cada familia nuclear mantenía el orden dentro del reino de la privacidad, la intimidad y la responsabilidad de la mujer dentro de la casa. Sin embargo, la industrialización abría las puertas a una revolución que implicaba nuevas organizaciones de las tareas domésticas y, por tanto, del papel de la mujer, que implicó dos maneras de revisar y reinterpretar las tareas asignadas a esta.

La primera propuesta más conservadora, que no cuestionaba el papel de la mujer como responsable del hogar, tuvo su origen en la respuesta de las mujeres de clase media ante el hecho de que el personal de trabajo doméstico decidiera trabajar en mejores condiciones laborales y económicas en las fábricas. En el caso de Estados Unidos, donde tuvieron su origen muchas de estas reflexiones, a los efectos de la atracción de la industria se sumó el fin de la esclavitud. Estas circunstancias llevaron a dichas mujeres a enfrentar en solitario unas casas de tamaño y formas inadecuadas, que conllevaban un exceso de tiempo y labor para su mantenimiento. Ante la imposibilidad de hacer frente a tales tareas, se empezó a reflexionar sobre cómo hacer más eficiente el trabajo doméstico, a aplicar a la vivienda conceptos y sistemas de la producción industrial: formas simples, usos flexibles y cadenas de montaje. Si este trabajo era excesivo para las mujeres de clase media, lo era más aún para las mujeres de clase obrera, quienes tenían una jornada laboral doble, en casa y fuera de ella, una cuestión que la arquitectura racional no tuvo en cuenta a la hora de pensar la vivienda obrera.

La segunda vertiente de la aplicación de la industrialización a la vida doméstica condujo a la reflexión sobre la colectivización de los recursos, que en términos actuales podríamos denominar como externalización de ciertos servicios para un uso eficiente. Según ello, la vivienda no obedecería a la idea de un reducto independiente y autárquico, sino que deberían plantearse otras formas de vivir, posiblemente más próximas a las relaciones y a la producción preindustrial, sin una fragmentación dual entre lo público y lo privado, entre lo productivo y lo reproductivo. Se trataría de adecuar el sistema productivo económico preindustrial a la era industrial. Si anteriormente cada unidad familiar constituía una unidad

productiva donde no existían diferencias claras entre hombres y mujeres, niños y adultos, familia de sangre o aprendices, la sociedad moderna de la Revolución industrial separa el mundo del trabajo productivo del reproductivo, lo público exterior de lo privado interior.

Dentro de esta vertiente apareció el Familisterio en Guise (1849-1968). Llevado a cabo por el industrial Jean Baptiste Godin, a partir de su muerte en 1888 fue gestionado cooperativamente por los propios trabajadores de la fábrica durante ochenta años. En el Familisterio se colectivizaron las tareas de la educación, el cuidado de las personas y la alimentación, y liberó a hombres y mujeres de las tareas reproductivas para poder dedicar sus horas de trabajo a la producción industrial y disfrutar en iguales condiciones de un tiempo propio libre para la cultura y el ocio. La reproducción de la fuerza de trabajo se entendía como una obligación social y no de la mujer.

EFECTOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN EN LA GESTIÓN DOMÉSTICA

La reflexión de la vivienda como espacio de producción llevó a mujeres de clase media, especialmente en Estados Unidos, a estudiar la casa desde la productividad, aplicando conocimientos y sistemas de mediciones procedentes de la industrialización. Esta aplicación dio lugar a lo que luego se denominaría como economía doméstica: el estudio de la casa, especialmente la cocina, como un espacio de producción taylorista donde la cadena de montaje está formada por una única operaria que realiza de manera eficiente, coordinada y pautada las distintas fases de dicha cadena. Se comienza un proceso de conocimiento científico de las tareas del hogar, en especial aquellas que se refieren a la preparación de alimentos: se miden alturas, distancias y recorridos para hacerlas más eficientes y científicas (este adjetivo final es de gran importancia). A lo largo de la historia moderna se intenta equiparar la casa, especialmente la cocina, con un laboratorio, con un espacio especial del que la mujer puede estar satisfecha y sentirse orgullosa. Se trata de travestir una obligación del papel del género en algo deseado, equiparable con el trabajo de una fábrica. Sin embargo, la condición no remunerada de esta tarea ha hecho que esta sea invisible y que esté infravalorada, al tiempo que los trabajos de las mujeres en el ámbito productivo se han considerado minoritarios, ajenos a su rol.

Existe otra perspectiva de la aplicación de la industria en beneficio de las tareas reproductivas, aquella que, a partir de 1860 en Estados Unidos,⁶² lleva a algunas mujeres a pensar lo que se denominarán estrategias vecinales que comparten dichas tareas. A partir de esta posición se produjeron dos variantes: una más radical que propondría externalizar completamente dichas tareas de la vivienda para que se convirtieran en parte del trabajo productivo, tareas remuneradas que desarrollarían tanto mujeres como hombres; y otra más aceptada, al ser la que menos cuestiona el sistema patriarcal vigente, que trata de organizarse en cooperativas de ayuda mutua donde las tareas siguen siendo realizadas por mujeres, sean amas de casa o esposas, donde trabajar comunitariamente les permitía acceder a una tecnología que no estaba al alcance de cada casa individualmente. En cualquier caso, ambas propuestas buscan el uso eficiente de recursos, de tiempo y energía.

Aparecen entonces propuestas, como la de la estadounidense Melusina Fay Pierce en

1868 de un barrio formado por 28 casas sin cocinas que compartían espacios comunitarios, donde las tareas domésticas se centralizaban gracias a las mejores infraestructuras industrializadas. Estos espacios albergarían principalmente zonas de cocina, costura, lavado de ropa y cuidado de los hijos, todo hecho en régimen cooperativo. A pesar de que nunca se llegó a efectuar una propuesta práctica, sus textos tuvieron una amplia difusión e intentaron ponerse en práctica a su llegada a Inglaterra.

Entre otros defensores de esta opción comunitaria para la vivienda se encontraba Ebenezer Howard, quien planteó la necesidad de incorporar en las ciudades jardín⁶³ la vivienda en sistema cooperativo con cocina pública profesionalizada y compartida y comedores comunitarios. La voluntad de Howard era atender a las particularidades de sus futuros habitantes proponiendo casas unifamiliares sin cocina en los denominados *quadrangles* (organizaciones de pequeños apartamentos alrededor de un patio, a modo de claustro), que como mínimo compartían un espacio dedicado a cocina y comedor y un sistema cooperativo de mantenimiento.

Tal como ha escrito Dolores Hayden: “El máximo defensor de la vivienda cooperativa en Inglaterra, Ebenezer Howard, que admiraba a los reformadores estadounidenses como Edward Bellamy y Marie Howland [...], en 1889 ayudó al British Nationalist Club a preparar los planes para un experimento utópico en Essex. Las notas para el proyecto de esta colonia, publicadas en *Nationalization News* en 1893, se convirtieron cinco años después en el libro *Ciudades jardín del mañana* [...]. Howard y sus socios Raymond Unwin y Barry Parker desarrollaron la Cooperative Quadrangle, donde las tareas domésticas eran compartidas por una cooperativa de inquilinos, como la unidad básica residencial de una ideal ciudad jardín”. Finalmente, en 1909 Howard pudo conseguir en la ciudad jardín de Letchworth la construcción de Homesgarth, 32 apartamentos sin cocina en cooperativa, “que hacían hincapié en su innovación como una respuesta pragmática a la cuestión de los sirvientes y a la cuestión de la mujer, cuando se dirigían a clientes de clase media. En 1913, Howard y su mujer se trasladaron a vivir en este conjunto”.⁶⁴

Tal como explica Gwendolyn Wright, a partir de 1880 en Estados Unidos, con el liderazgo de Ellen Shallow Richards, un grupo de mujeres de Boston inició una campaña para una aproximación más científica y profesional del trabajo doméstico. En 1893, con motivo de la Exposición Universal Colombina de Chicago se fundó la National Household Economics Association, lo que llevó a la creación de estudios de pregrado sobre economía doméstica en la mayor parte de las universidades. Las feministas querían ayudar a las mujeres a ser más eficientes para así poder perseguir intereses fuera del hogar. Sin embargo, los conservadores proponían que la única manera de preservar la familia y el hogar privado era tratar a las esposas como profesionales, transformando su papel en administradoras del hogar altamente cualificadas.⁶⁵

Se introdujo la economía doméstica como una disciplina científica para la formación de mujeres en su futuro papel de ama de casa. La educación abrió puertas a otras perspectivas y a otros objetivos para las mujeres. Coincidiendo con este incipiente movimiento de liberación, a finales de siglo XIX y principios del XX, la natalidad descendió, hecho que se achacó al desvío del papel de la mujer. Aparecieron textos que denunciaban “un suicidio de la raza”; entre ellos, Theodor Roosevelt escribió en 1917 *The Foes of Our*

Own Household ⁶⁶ y varios artículos para la revista *Ladies' Home Journal*, donde advertía del peligro que significaba que la mujer abandonara su misión tradicional de esposa y madre en aras de desafíos más excitantes en el exterior. La educación avanzada para mujeres estaba bajo sospecha, ya que aquellas educadas en las universidades estaban más predispuestas a no casarse, o si lo hacían, a tener solo uno o dos hijos. La casa moderna y, aun peor, el apartamento, requería tan poco tiempo para su cuidado que parecía animar estas tendencias. Para los grupos conservadores, todo esto era un peligro, pues, de tener más tiempo libre, las mujeres querrían acceder a otros espacios laborales y públicos.

Por entonces se creó un discurso científico sobre el hogar y su mantenimiento por parte de las mujeres en el que se abogaba por la facilidad en las tareas domésticas, que iba unida a una simplificación de los espacios y a la desaparición de lo ornamental. Estas modificaciones de finales del siglo XIX en Estados Unidos ya habían sido reflejadas por Catharine Beecher y Harriet Beecher Stowe en el libro *The American Woman's House*.⁶⁷ La cocina adquirió a principios del siglo XX la relevancia y la importancia simbólica que había tenido el *parlor* hasta ese momento. En una descripción de una cocina ideal para lectoras del *The House Beautiful* en 1902, Isabell McDougall evocaba lo que hoy es una metáfora popular del orden de la cocina como impecable laboratorio: “Todo en su templo está limpio, con la limpieza científica de la cirugía, que todos sabemos que va más allá de cualquier limpieza doméstica”.⁶⁸

Esta idea de lo científico en la casa se difundió con fuerza a través de revistas femeninas y de innumerables recomendaciones de todo tipo para las amas de casa, presentes en libros muy populares en el cambio de siglo. Las mismas empresas que fabricaban aparatos de cocina buscaban a mujeres expertas tanto para su diseño como para que los explicasen a otras. Este papel de expertas en la economía doméstica y en las tecnologías aplicadas al hogar fue fundamental en la creación de la vivienda moderna y en la difusión de los nuevos modos de vida. Este recorrido de expertas, que comenzó en Estados Unidos a finales del siglo XIX, tuvo continuidad en Europa, sobre todo en el período de entreguerras en la política de vivienda de Alemania y, especialmente, en Fráncfort. Las arquitectas, diseñadoras y economistas desarrollaron un papel fundamental en las investigaciones sobre cómo optimizar el hogar. Así pues, asesoraban a los arquitectos y transmitían a otras mujeres los conocimientos para adecuarse al nuevo hogar moderno. Al producirse el tránsito del campo a la ciudad, los hogares eran muy diferentes a los de antaño, al tiempo que la nueva familia no correspondía tampoco a la familia numerosa campesina.

Las experiencias de la vivienda mínima obrera de la denominada Viena roja en la década de 1920 nunca consideraron la vivienda como elemento autónomo, autosuficiente, ni el lugar donde la familia desarrollaría toda su actividad, sino que siempre estaban complementadas con equipamientos públicos, espacios comunitarios y públicos y bien ubicadas respecto al transporte público. En realidad, la familia desarrollaba una parte de la vida en el interior privado y otra en comunidad, en los lavaderos, la guardería, los espacios de almacenamiento, los huertos comunitarios, etc. Sin este sistema complementario imprescindible, la vivienda mínima no hubiera satisfecho el desarrollo completo de la familia y sus integrantes.

Entre las experiencias de aquellos años, también se llevaron a cabo viviendas sin cocina, tanto en Fráncfort como en Viena, que partían de la premisa de que, si en esas casas vivían hombres y mujeres que trabajaban (ambos) en una fábrica, alguien tendría que prepararles la comida. No era justo que al volver del trabajo en las fábricas, las mujeres tuvieran una segunda jornada laboral dentro del hogar. Estas eran las discusiones del momento, temas que aún hoy sorprenden, pues se supone que el momento de la comida es el momento de reunión de la familia. La colectivización no eliminaba este momento, sino que evitaba que hubiera alguien que hiciera una doble jornada laboral con la gestión y preparación de la comida; la colectivización reconoce las tareas de la reproducción como trabajo.

En 1922, la arquitecta Margarete Schütte-Lihotzky y el jefe de la oficina de vivienda en Viena, Adolf Loos, incorporaron un edificio a los programas de vivienda pública en Heimhof, un edificio dedicado a familias de trabajadores, sin cocinas individuales. Fue tal la importancia simbólica del espacio de la cocina como medio de control y opresión que con la llegada del nazismo a Viena una de sus primeras actuaciones fue instalar cocinas individuales en estas viviendas mínimas colectivas.⁶⁹

PROPUESTAS DE VIVIENDAS CONTEMPORÁNEAS QUE COMPARTEN LAS RESPONSABILIDADES REPRODUCTIVAS

En 1935, el arquitecto Sven Markelius, quien formaba parte del grupo socialdemócrata y que compartía el interés por una nueva arquitectura y un nuevo orden social, construyó un edificio de viviendas comunitario en Estocolmo en colaboración con Alva Myrdal,⁷⁰ una activista por el derecho de la mujer a poder trabajar fuera del hogar y, por tanto, solucionar la vida cotidiana de una manera compartida. En 1931, Alva Myrdal había presentado en el Club de Mujeres Profesionales sus ideas afines al manifiesto *Acceptera* en 1931. El manifiesto —que firmaron Erik Gunnar Asplund, Wolter Gahn, Sven Markelius, Gregor Paulsson, Eskil Sundahl y Uno Åhrén— planteaba una utopía del presente basada en la aceptación de la realidad para transformarla. Markelius entendía que para que la mujer pudiera trabajar en igualdad de condiciones debería haber viviendas que facilitaran su mantenimiento y el cuidado de la prole. Por ello, desarrolló un interés especial en la vivienda con servicios colectivos. En 1932, Markelius y Myrdal ya habían desarrollado un proyecto de vivienda comunitaria que fue rechazado por el barrio donde debía construirse. Continuaron trabajando en las nociones de vivienda colectiva y, especialmente, en la idea de que la vivienda debía incorporar equipamientos para el cuidado de la prole y tener cocinas comunitarias. Finalmente construyeron 57 apartamentos de diferentes tamaños en el distrito de Kungsholmen. Distribuidos en seis plantas, los apartamentos comparten un patio central y cada uno de ellos tiene una cocina mínima. A ellos se añaden salas comunitarias en toda la planta baja que incluían un espacio para los niños, una lavandería, un restaurante y una cocina comunal. Con personal remunerado, cada apartamento estaba conectado con un montacargas a la cocina comunitaria para el reparto de la comida preparada. No menos importante es haber situado el edificio en un solar urbano en una operación de relleno de tejido y no de expansión urbana, lo que posibilita la proximidad a

servicios y equipamientos públicos, complementos imprescindibles del habitar. Al principio, Markelius vivió con su familia en el edificio comunitario y este proyecto se convirtió rápidamente en paradigma de las viviendas proyectadas para las necesidades de las mujeres, adquiriendo renombre y reconocimiento internacional con su publicación en la revista *Life* en el mismo año de su inauguración. La revista recomendaba a las mujeres que realmente quisieran tener acceso al trabajo que buscaran viviendas como estas.

Dentro de este contexto de ensayos de nuevos modos de vida comunitaria a finales del siglo XIX y principios del siglo XX se encuentran las experiencias iniciales en la Unión Soviética, con los proyectos de El Lissitzky, Kostantín Mélnikov, los hermanos Vesnin o Moiséi Gínzburg: nuevos equipamientos y casas comuna donde se daba prioridad urgente a la emancipación de las mujeres proletarias mediante la instalación de cocinas comunales, guarderías, baños públicos y cooperativas de todo tipo.

Podemos situar todos estos proyectos dentro de la genealogía de viviendas comunitarias contemporáneas, como los grupos vieneses Margarete Schütte-Lihotzky Hof y Sargfabrik.

MUNDOS

¿Cuáles serían las características esenciales del mundo contemporáneo que tienen un mayor reflejo en el urbanismo y la arquitectura? El mundo de la globalización ha comportado una serie de transformaciones que, de momento, han aumentado las injusticias y las desigualdades, y que hoy tiene que afrontar, se quiera o no, las crisis ecológicas. Los retos son muchos y cualquier alternativa debe pasar por la mejora de las condiciones de la vida cotidiana.

Globalización y universo rizomático

Desde la década de 1990 y de manera visible se ha producido un cambio a escala mundial. Y de este cambio no se pueden minimizar sus efectos argumentando que posee características que ya se daban en la historia. Arjun Appadurai,⁷¹ entre otros, ha explicado cómo se ha producido un cambio cualitativo sin precedentes. A partir de estas ideas, podríamos establecer que se evidencian cambios sustanciales en tres tipos de fenómenos, que caracterizan las ciudades, los territorios y los Estados a principios del siglo xxi.

En primer lugar, por lo que respecta a los capitales. La fuerza, velocidad y voracidad del capital especulativo, con su gran capacidad para intervenir en contextos locales y nacionales, utilizando nuevos productos y estrategias financieras, ha transformado totalmente un panorama que tiende a dualizarse, entre las metrópolis globales que aprovechan los flujos de capitales y los inmensos territorios marginados de las inversiones.⁷² La gran novedad es que el capital está realmente deslocalizado. Ello es evidente en las grandes empresas, pero también sucede con los bancos, que, a pesar de tener sus sedes centrales radicadas en sitios comerciales y cerca de las bolsas, siguen ya unas políticas totalmente autónomas de los Estados e instituciones.

Además, las estructuras empresariales y muchos de sus servicios ya no son visibles. De las grandes empresas tradicionales, como Siemens o AEG, se ha pasado a empresas de nuevo cuño como Google o Indra, que ya no tienen una estructura y unas actividades visibles. También lo esencial de la industria y del sistema financiero ha dejado lo tangible, ha dejado de ser sólido, y se ha desvanecido en el aire; ahora es global, forma parte de un mundo líquido.⁷³ La “informalidad o liquidez” de las formas del negocio financiero lleva a la disolución de la imagen de producción de una empresa. De esta manera se desdibujan las responsabilidades y los responsables, ya sea de las promociones privadas, detrás de siglas o de UTE (Uniones Temporales de Empresas) o ya sea de las iniciativas públicas, estratégicamente gestionadas fuera de la estructura de los organismos públicos, como los ayuntamientos u otros estamentos gubernamentales, que han de cumplir requisitos de transparencia y control democrático, pasando a instituciones híbridas público-privadas creadas para eludir o, al menos, dificultar la posibilidad de control social, a semejanza de las empresas privadas.

En segundo lugar, los cambios a la escala de las personas, a raíz de fuertes movimientos migratorios en las últimas décadas, que en esta época poscolonial han generado cambios sociales trascendentales, con grupos culturales agrupados y situados en contextos urbanos muy lejanos a sus lugares de origen: orientales que viven en Vancouver o São Paulo; indios y pakistaníes radicados en ciudades europeas y norteamericanas; latinoamericanos que pueblan Estados Unidos y Europa; y africanos en Europa. De esta manera, las sociedades actuales son híbridas y están formadas por un mosaico de subculturas. Aquí también el cambio va más allá de los tradicionales movimientos migratorios, al menos por dos razones. En primer lugar, se ha pasado de los movimientos mayoritariamente intracontinentales, a excepción del gran movimiento migratorio por razones políticas y

económicas de Europa a América hasta finales de la década de 1940, a unos movimientos de ámbito mundial. Ciertamente, una parte de los movimientos migratorios actuales tienen que ver con el período poscolonial, en un flujo que tiende a ser al revés: los antiguos colonizados intentan sobrevivir haciendo el viaje inverso hacia las metrópolis, aunque haya movimientos humanos de grandes distancias que están movidos por otras razones. Y en segundo lugar, la suma de este efecto de las migraciones con el tercer factor que vamos a destacar, la total predominancia de los sistemas de información y comunicación, hace que el fenómeno migratorio tome un protagonismo en tiempo presente y real, inmediato y preponderante. Al mismo tiempo, el reclamo de los pobres hacia los países ricos viene producido por la misma publicidad engañosa y las imágenes de opulencia que los media de estos países transmiten al resto del mundo.

La tercera variable, las tecnologías de la comunicación —Internet, televisión, satélite, teléfono móvil, etc.— potencian que, en un panorama fragmentado, la inmigración se viva en el espacio real tanto de origen como de destino. Un inmigrante de la primera mitad del siglo xx asumía que la distancia física con su lugar de origen implicaba un alejamiento que podía llegar a ser para toda la vida, debido precisamente a la poca capacidad de comunicación, al alto coste de los viajes y de las comunicaciones de voz, y a que, muchas veces, se agregaba un analfabetismo que dificultaba la única comunicación posible, la escrita. El lugar de destino pasaba a ser el lugar de vida real del inmigrante, con el que, de alguna manera, debía empezar a empatizar. En la actualidad, las comunicaciones en tiempo real a través de Internet, que permiten ver y ser visto, y las televisiones que captan programas de todo el mundo han potenciado un cambio total, que permite disociar el lugar de trabajo y de residencia con el lugar de los sentimientos, los imaginarios y la pertenencia. Se está físicamente en un sitio pero, mentalmente, se puede estar en otro.

Estas transformaciones vertiginosas de las tecnologías de la información y la comunicación visibilizan un mundo global que existe en función de lo que transmiten los medios de comunicación de masas. De esta manera, solamente existe lo que está presente en los medios de información, todo es solo desde esta visión e interpretación. De este modo, existe un mundo, el global —es decir, financiero, de consumo, de las cumbres de los políticos, de los espectáculos, ya sean los desastres naturales o las estrellas de cine— que es focalizado, y un resto del mundo —es decir, el de la lucha cotidiana, de la miseria endémica, de los movimientos urbanos y alternativos, etc.— que está casi a oscuras del foco mediático. Sin embargo, las mismas fragmentación y facilidad de acceso a los sistemas de comunicación ofrecen canales por donde se cuelan realidades que los intereses económicos dejaban a la sombra de dicho foco.

Esta combinación de nuevos factores —deslocalización y sistemas de información— potencia la nueva concepción de una “fábrica planetaria” que permite que se diseñe un producto en Nueva York, Los Ángeles, Londres o Tokio y, en tiempo real, se reciba dicha información en las grandes fábricas orientales de China, la India o Pakistán, donde la mano de obra barata, explotada y sin derechos lo fabrica, y desde donde los barcos lo transportan a los mercados de distribución, donde, si es necesario, se remata su fabricación, pasando por puertos estratégicos como Lagos. Los focos de decisión pueden cambiar de ciudad global fácilmente y los grandes focos de producción masiva, siempre

con reserva de fuerza de trabajo a la espera, de mano de obra barata y desesperada, pueden sustituirse en poco tiempo por enclaves más favorables a los intereses de la fábrica planetaria. Las teorías de Karl Marx sobre el trabajo y el capital se han trasladado de una realidad local a una escala planetaria.

ARQUITECTOS ESTRELLA PARA LA FÁBRICA PLANETARIA

A partir de la década de 1990, este fenómeno también ha demostrado su gran influencia en el mundo de las arquitecturas de élite, y pasaron a predominar las imágenes mediáticas por encima de los edificios reales. Todo ello es expresión de lo ya anunciado por Marshall McLuhan en la década de 1960: el predominio de los medios visuales de la comunicación por encima del lenguaje y de los contenidos; algo que ha sido objeto de estudio por parte de autoras como Beatriz Colomina.⁷⁴

Esta situación va potenciando el espacio mediático de una serie reducida de estrellas de la arquitectura y otra serie de grandes despachos multinacionales, presentes en todos los concursos internacionales y que copan el protagonismo en las revistas internacionales, como *El Croquis*; revistas que, además, niegan los valores sociales y contextuales de la arquitectura real y proponen solo imágenes. Del arquitecto liberal desde la posguerra hasta la década de 1980 —como Alison y Peter Smithson o James Stirling— o los arquitectos protagonistas del proyecto crítico —como Aldo Rossi o Carlo Aymonino— se ha pasado a ser los arquitectos estrella promocionados por los medios de comunicación, que producen edificios para el poder político y económico, para la *global class*.

¿Cómo se sitúa la arquitectura en este nuevo contexto? ¿Cómo puede desarrollarse otra arquitectura que intente rechazar esta servidumbre de los intereses dominantes? ¿Existen alternativas desde la realización de proyectos públicos de interés social? ¿Cuál es y cuál puede ser la función de arquitectos y urbanistas en unas sociedades en las cuales los promotores públicos necesitan proyectos, muchas veces sin sentido, para legitimar su poder o para hacer olvidar las crisis generadas por sus insuficiencias e incompetencias? ¿Existe alguna posibilidad de actuar con los promotores privados cuando estos están nutridos por capitales financieros que fluctúan continuamente? ¿Cuáles deben ser los objetivos de unos arquitectos que trabajan para una sociedad que se ha transformado tanto? Si existe una banca ética, ¿puede realizarse una arquitectura ética?

Cada uno de los fenómenos apela a la posición ética de los arquitectos y los urbanistas. En relación con los capitales dominantes, ¿aceptará el arquitecto ser solo una pieza más del engranaje de las inversiones, legitimando todo tipo de operación, incluidas las descaradamente especulativas, antisociales e insostenibles? Con relación a la complejidad de la sociedad, ¿seguirá proyectando solo para unas élites y minorías o se hará sensible a las necesidades de los sectores sociales más vulnerables, con el objetivo de construir una sociedad más equitativa? Teniendo en cuenta el poder y la rapidez de los medios de información, ¿entrará a formar parte de los grupos de poder para promover las imágenes de sus obras, despreciando los efectos que tienen sobre la realidad y la sociedad, o intentará mantener una posición crítica y cultural dentro de los medios de comunicación de masas? En definitiva, ¿es posible hoy un proyecto crítico, alternativo a los intereses del

mercado, desde la teoría y la práctica de la arquitectura y el urbanismo contemporáneos?

UNIVERSO RIZOMÁTICO

Una de las más valiosas aportaciones de Gilles Deleuze y Felix Guattari fue la conceptualización de la nueva manera de pensar rizomática, una idea sumamente fecunda. El rizoma no tiene estructura, ni binaria, ni arbórea o ramificada, ni genealógica: es una realidad caótica, subterránea, de fugas, como ratas que huyen o hiedra que crece sin plan.⁷⁵

Se trata de una idea que podemos extrapolar para explicar la esencia mutante y violenta de nuestro mundo a principios del siglo **xxi**. Es rizomático Internet y son rizomáticos los barrios de *favelas*, pero también lo sería una especie de tercera guerra mundial difusa, aquella que salpica partes del mundo: Gaza y Taba bajo la presión del ejército israelí, Irak, Afganistán y Pakistán con focos del fundamentalismo islámico violento, que llegan hasta Mauritania y Mali; Colombia, México y Guatemala, con el sinfín de interminables secuelas del narcotráfico y los paramilitares; Uganda, Congo y Angola, plagadas de enfrentamientos internos; la descomposición de la Unión Soviética, que conlleva guerras internas con chechenos y otras minorías; una guerra mundial que golpea puntualmente enclaves como Nueva York, Madrid, Yakarta, Moscú o Bestan. Y como sucedía en las otras guerras, mientras una parte del mundo se hunde en la miseria y la destrucción, la otra ha vivido en un continuo despilfarro y fiesta.

Una guerra subterránea y esparcida, generada directamente por la actual fase del capitalismo, de camuflado carácter tecnofascista: unas falsas democracias que solo aceptan a quienes se alienan y que escupen y marginan a los que se salen de las reglas; con una democracia emblemática, la estadounidense, que tiene restringido el derecho a la libre manifestación. Una democracia vigilada con armas hasta los dientes en los focos de violencia, con todo tipo de soldados y policías, más paramilitares, guardaespaldas, agentes de seguridad y mercenarios de la guerra. El negocio de la guerra es tal que, en gran parte, se privatiza. También las democracias están bajo control, con cada vez más cuerpos policiales, que en el Estado español disponen de una dispersa variedad: policías nacionales, guardias civiles, guardias urbanos o policías autonómicas. En unos espacios públicos, transportes públicos y lugares de ocio cuya vigilancia está subarrendada a empresas de seguridad privadas, a guardias jurado a quienes nadie controla. Una democracia, poco constitucional y muy televigilada, donde aumenta la vigilancia privada en detrimento de la policía y del control público.

A este mundo se contrapone el rechazo de los desheredados de muchos países y la beligerancia de los terroristas y fundamentalistas, de los que nada tienen más que un cuerpo para hacer explotar en cualquier lugar del planeta. Una organización terrorista Al Qaeda, que no tiene organización ni estructura convencional, es caótica, tiene innumerables derivaciones, incontables grupos autónomos esparcidos por el planeta sin apenas relación entre ellos; un rizoma por excelencia. Si el poder tiene ahora más capacidades represivas que nunca, los terroristas han degenerado hasta el período prehumano del animal, de la falta de cualquier valor ético y escrúpulo. La falta de escrúpulos de los fabricantes de

armas se corresponde con la falta de escrúpulos de los desesperados terroristas y criminales. Entre las armas que se requisaban a principios del siglo *xxi* en las *favelas* de Brasil, predominaban las fabricadas en Estados Unidos y España: las armas y la guerra al alcance de cualquiera. Mientras, el Ministerio de Defensa español, después de las elecciones de marzo del 2007, firmó contratos de armamento por más de 4.000 millones de euros, y entre el 2007 y el 2009 ha sido uno de los sectores industriales más pujantes.

No solo las actividades económicas se han globalizado, dispersado y desterritorializado y los incesantes flujos de las inversiones son volátiles, sino que tres de los sectores productivos que mueven más dinero —la venta de armas, el narcotráfico y la prostitución— forman parte de una economía no controlada, no visible. En el 2007, Moisés Naím, director de la revista *Foreign Policy*, declaraba que el delito organizado mueve más del 10 % de comercio mundial,²⁶ dedicado al narcotráfico, la venta de armas, el tráfico de personas y el comercio de órganos humanos, las falsificaciones y el blanqueo de dinero, y el comercio de residuos industriales. Y precisamente las redes criminales y los traficantes de todo tipo se aprovechan de las debilidades y límites de los Estados nación, presos de sus características y fronteras.

La industria de armas está oculta, es un bulbo enterrado: son los inmensos rizomas de las veladas rutas de los traficantes inmunes que intermedian entre la fabricación absurdamente legal y el suministro ilegal a dictaduras, terroristas o delincuentes. En este mundo rizomático, el poder se ha mutado y las instituciones supranacionales visibles, como la ONU, casi han sido neutralizadas. En este contexto, el atentado de los desesperados puede estallar en cualquier esquina. Una guerra entre poderosos y desahuciados que tiene continuamente siempre la misma víctima: la población civil. Y entre estas víctimas, las más trágicas son los niños, vidas truncadas en su inicio, quienes ni saben de qué guerra se trata.

“Hay dos balas en el mundo que son para ti”, desvelaba Amnistía Internacional en su campaña pacifista del año 2006. En este mundo rizomático, en el sentido siniestro y distópico del término de Gilles Deleuze y Félix Guattari, el negocio más rentable es el de la destrucción: el comercio internacional de armas y la organización de obras de reconstrucción de las ciudades que, previamente, se han fotografiado por satélite analizando sus núcleos arquitectónicos de memoria y humanos de resistencia, y se han destruido masivamente con cualquier excusa. Armas de destrucción masiva y pequeñas armas, mucho más destructivas, que cada segundo matan a una persona en el mundo.

Tal como se mostró en la exposición del CCCB *En guerra* (2004), tras la guerra siempre continúa la violencia, y tal como demuestra Michael Moore en *Bowling for Columbine* (2002), este fácil acceso a las armas, esta cultura de la violencia que va de la vida doméstica hasta lo que podemos considerar una guerra mundial larvada, puede empezar en el supermercado. En esta realidad rizomática, no hay otra misión más urgente que exigir un tratado internacional que empiece a desarmar un mundo preparado para ser destruido repetidas veces y que regule el macabro negocio de las armas, hasta hacerlo desaparecer, tal como se defendió en la campaña “Tratado de armas bajo control” de Amnistía Internacional e Intermon-Oxfam. En la estrecha relación que existe entre sobrearmamento y subdesarrollo, la mejor manera de empezar en la lucha contra la miseria y el hambre es

el control de armas y el desarme; si no, puede convertirse en pura hipocresía.

En su libro *El rechazo a las minorías*,^{[7](#)} Arjun Appadurai ha señalado el carácter rizomático, que él lo denomina “molecular”, de los dos fenómenos emergentes y contrapuestos: las tramas destructoras del terrorismo del fundamentalismo islámico y las redes de cooperación de las ONG. Y precisamente en los últimos tiempos, ambas manifestaciones de la crisis del Estado nación se han relacionado violentamente: los miembros de las ONG se han convertido en el blanco de los secuestros y la violencia de Al Qaeda.

La crisis actual de los Estados nación tiene mucho que ver con las dificultades contemporáneas de gobernanza internacional: la mayor parte de los grandes problemas — lucha contra el cambio climático, narcotráfico, incendios, catástrofes industriales, secuestros, etc.— superan en mucho los ámbitos territoriales de la legislación de cada país.

Fronteras calientes

Para este capítulo se toma prestado el título del magnífico libro *Una frontera caliente. La arquitectura americana entre el sistema y el entorno*,⁷⁸ del arquitecto y teórico argentino Claudio Caveri, protagonista de una de las más admirables aventuras para crear una utopía latinoamericana del estar en el mundo, sin competitividad ni ambiciones de poder, la Comunitaria Tierra, situada en Moreno, una de las ciudades del área metropolitana de Buenos Aires.

Cuanto más viajamos y leemos, más tomamos conciencia de lo que Caveri quiere mostrar en su libro: el predominio y el aumento de las fronteras y las exclusiones en unas sociedades cada vez más dualizadas, construidas de muros, visibles e invisibles: guetos, campos de refugiados, campos de minas, urbanizaciones cerradas para ricos, villas miseria, centros comerciales, centros de ocio, *resorts*, campos de golf, hoteles exclusivos, vías rápidas, etc. Hay muchos tipos de fronteras: visibles entre países, invisibles entre los barrios, policiales en los aeropuertos y otros lugares de embarque.

Nuestra época tiene una obsesión por crear muros. Zigmunt Bauman ha escrito que nuestra frenética actividad en el trazado de fronteras pretende combatir el miedo a los riesgos y peligros contemporáneos.⁷⁹ Y cuanto más fracasan, más nos obsesiona la seguridad. El paroxismo de la continua transformación de controles y barreras lleva a poner más vigilancia y más fronteras. Y las fronteras comportan una grave pérdida de esperanza en la convivencia.

Tal como escribió el juez Raniero La Valle: “El riesgo es que el modelo de relación entre israelíes y palestinos en Palestina se reproduzca y se convierta en el paradigma del nuevo orden planetario”.⁸⁰ Las medidas de control en los aeropuertos norteamericanos y europeos demuestran cómo se han extendido los métodos de vigilancia y castigo practicados por el ejército israelí. Cada vez más a menudo, las medidas de control de tipo militar y policial se van infiltrando en la vida cotidiana, al entrar lentamente en edificios públicos, museos y galerías de arte de la mano de los registros y las máquinas de escáner.

EL FENÓMENO DE LAS URBANIZACIONES CERRADAS

El tipo de fronteras que más crece es el de las fronteras urbanas que los ricos levantan para excluir a los pobres. Este es el fenómeno del urbanismo contemporáneo realizado más inquietantemente: las urbanizaciones exclusivas, mal llamadas barrios cerrados o *gated communities* (ya que ni son barrios ni son comunidades), que, con muy diversas morfologías, proliferan en el mundo y que en cada lugar encuentran referencias reales o ficticias. Surgen de la obsesión manipulada para defenderse de la inseguridad y en ellas se aíslan clases sociales afines en condiciones cerradas. Ello tiene manifestaciones muy diversas, desde los barrios para las élites, fuertemente amurallados y vigilados, hasta las

soluciones más chapuceras de las barriadas con vallas que cierran y policías privados que vigilan calles que habían sido públicas, como en Ciudad de México, en San Juan de Puerto Rico o en Manila. Estos monstruos urbanos surgen en los países y ciudades donde las desigualdades económicas son mayores: en Bangalore, la India; en Manila, Filipinas; en São Paulo, Brasil; en Caracas, Venezuela; en Buenos Aires, Argentina; en Ciudad de México; en Madrid, España; y a lo largo de muchas ciudades de Estados Unidos, especialmente en California y Florida.⁸¹

Las urbanizaciones cerradas más emblemáticas en América Latina, por su ambición, tamaño y diseño, como Nordelta cerca de Buenos Aires y Alphaville en las afueras de São Paulo, representan las tendencias de los privilegiados, las nuevas clases medias que levantan muros para intentar salvar su mundo con exclusividades y comodidades, frente a los otros que quedan excluidos y discriminados: una quinta parte de los habitantes del planeta intenta defenderse de la miseria de las otras cuatro quintas partes.

El caso de las urbanizaciones cerradas, que podemos encontrar en las ciudades de México, Argentina o Brasil, es especialmente grave por constituir un atentado contra la vida pública y comunitaria, y es un nefasto precedente en relación con la justicia. La urbanización cerrada se gobierna según sus propias normas internas, el estatuto del condominio, rechaza las leyes estatales y municipales y evita contribuir con sus impuestos en las obras colectivas del término municipal donde se radican. En caso de conflicto o delito, la comunidad cerrada tiende a evitar que los instrumentos de orden jurídico y constitucional entren en su propiedad, y frena el acceso a policías, jueces o representantes de la Administración. En definitiva, las urbanizaciones cerradas se han convertido en el mayor atentado a lo urbano y en el mayor obstáculo para la generalización de los derechos humanos. Al rechazar las luchas por la igualdad de derechos y contra la discriminación, la urbanización cerrada se levanta como frontera contra el compromiso internacional de los derechos definidos en 1948. Frente a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el barrio cerrado reivindica sus propias leyes y normas, al marginarse y al proclamar la exclusión como emblema. En cierta manera, el barrio cerrado no deja de ser una versión voluntaria y lujosa de una prisión.

Todo este fenómeno de una realidad aparentemente bucólica en las urbanizaciones cerradas, con toda su parte negra, escondida y conflictiva, ha sido magistralmente narrado en novelas como *Las viudas de los jueves* (2005), de Claudia Piñeiro, convertida en película en 2009 dirigida por Marcelo Piñeyro; o en novelas de J. C. Ballard, como *Super-Cannes* (2002). En el cine hay precedentes con *El show de Truman* (1998), *American Beauty* (1999) y *Las mujeres perfectas* (2004), que desvelan, desde distintos ángulos, la parte siniestra de la vida en los suburbios; y *La zona* (2006), dirigida por Rodrigo Plá, que presenta un duro conflicto ético en un barrio cerrado de México.

Y esto sucede en un mundo en el que cada vez hay más pobres, y los ricos cada vez construyen más muros para defenderse de la propagación de los riesgos que consideran que comporta la miseria. Cuanta más pobreza hay y cuanto más crecen los *slums*, las clases medias altas más tienden a refugiarse en urbanizaciones cerradas, obsesionados por la seguridad y las conexiones exclusivas por autopistas, para poder circular rápido y evitar los barrios pobres.

Por lo tanto, la mayor distopía que se dibuja hoy en el mundo es la del control, la del acceso restringido, la de un mundo en que los ricos cada vez son más ricos y pretenden vivir lo más lejos y aislados posible de la pobreza, los cataclismos y las crisis ecológicas crecientes. La monstruosa realidad de los barrios cerrados apunta hacia un mundo neofeudal, de unos pocos que mantienen sus privilegios amurallados por la fuerza y el control. Una barbarización que instaura un “mundo fortaleza” donde los ricos se desentienden del resto de la población, como si creyeran que es posible protegerse de los efectos del deterioro medioambiental y de los problemas derivados de la injusticia social y económica.⁸²

LA CIUDAD DE LOS PRISIONEROS VOLUNTARIOS DE LA ARQUITECTURA

La distopía futura radica en la obsesión por la seguridad y por el control: pasaportes, huellas dactilares e invitaciones restringidas para ir excluyendo a los otros; unas ciudades hechas de distintos recintos carcelarios. Los arquitectos de OMA (Rem Koolhaas, Madelon Vriesendorp, Elia y Zoe Zenghelis) fueron clarividentes al proyectar en 1977 la fantasía de un Londres dividido, inspirado en el Berlín de los muros: “Exodus o la ciudad de los prisioneros voluntarios de la arquitectura”, imágenes emblemáticas para un mundo donde han aumentado las cárceles y nuevos tipos de esclavitud, y donde surgieron las experiencias nefastas como los campos de exterminio y los campos de refugiados.

Siguiendo estas tendencias, existe el peligro de que vaya desapareciendo el mundo abierto de lo público y la cultura de lo civil para reinar un planeta hecho de fragmentos aislados, de segregación social entre las élites y los que son considerados bárbaros, entre privilegiados y excluidos, entre turistas y trabajadores con un “trabajo basura” en el sector turístico.⁸³

El proceso de destrucción paulatina de la naturaleza provocado por el ser humano está dejando un planeta lleno de cicatrices: fronteras y muros, barricadas, fosas y trincheras, fincas valladas y protegidas, autopistas que dividen en lugar de unir. De las ciudades de calles y paseos se pasa a la ciudad donde las calles son trincheras, como en Bagdad o en Beirut; autopistas que, como las de Los Ángeles, Miami, Caracas o Monterrey, sobrevuelan los barrios sin ni siquiera verlos.

El mundo de los muros, que dividió trágicamente Berlín desde 1961 hasta 1989, se ha reproducido ahora en los que dividen las áreas de los judíos y las reservas de los palestinos en Gaza, Cisjordania, iniciados en el 2002. Hay otros muros que perviven o que se crean de nuevo, como la valla de cuatro kilómetros que, en Bagdad, divide las comunidades suní y chií; o las fronteras que se levantan en los países ricos contra los movimientos migratorios, como la inmensa valla iniciada en 1994 entre Estados Unidos y México o las que en 1993 levantó España en Ceuta y Melilla y que hacia el 2005 se reforzaron contra la entrada de inmigrantes desde Marruecos. De la época de la guerra fría queda la llamada, paradójicamente, zona desmilitarizada del Paralelo 38, que separa desde el alto el fuego de 1953 las dos Coreas: tiene 238 kilómetros de largo y cuatro de ancho, está custodiada por unos dos millones de soldados de ambos bandos y tiene los

alrededores minados: es uno de los lugares con más presencia militar del mundo. Y como consecuencia de antiguos conflictos entre países quedan la Línea Verde que divide la isla de Chipre desde 1974 entre el Estado soberano y la parte bajo ocupación turca; y el muro de arena y piedra creado en 1980 para contener el Frente Polisario en el Sáhara Occidental.

Se trata de un mundo en el que los lugares han cambiado de sentido. Interminables colas en los controles de los medios de transporte. Los aeropuertos cada vez son más grandes espacios de vigilancia y de consumo. Las estaciones de ferrocarril ya no son aquellos lugares de encuentro, sino grandes “panópticos megaestructurales”, como la estación de Delicias para el AVE en Zaragoza, con gélidos filtros de selección. Las estaciones ya no tienen los grandes y tradicionales vestíbulos de espera: han desaparecido los bancos y se han convertido en contenedores de las largas colas para la revisión minuciosa del equipaje y en grandes vacíos bajo estricto control, donde nadie puede esperar. En los vestíbulos de entrada y salida previos a los controles de los aeropuertos ya no hay asientos, solo tiendas.

Paradójicamente, al movimiento fluido, libre, sin trabas, líquido, de capitales y mercancías, les corresponde el aumento de las fronteras, muros y cercas para evitar el paso de personas: libertad de movimiento para capitales, fronteras para los seres humanos.

Según Claudio Caveri, la frontera caliente surge como metáfora en la segunda historia que compone la durísima película mexicana *Amores perros* (2000): es el suelo de madera de la casa de la pareja acomodada, debajo del cual un grupo de ratas puede haber devorado al perro doméstico. Es la frontera caliente entre los barrios cerrados de ricos y los suburbios de la gente sumida en la miseria; entre la ciudad de la opulencia, con los escaparates llenos a rebosar, y los barrios del Apartheid, dominados por la miseria. Es el mundo de la cápsula encerrada del automóvil y la vivienda detrás de las rejas de protección. El territorio recorrido en vehículos todoterreno, en aquellos gigantescos Hummer, que por miles han sido los dueños de las autopistas estadounidenses, rediseño de un todoterreno militar y símbolo del mundo de las fronteras y la agresividad: un cómodo entorno cerrado y en movimiento, que malgasta energía para su climatización y que aplasta coches y peatones. En estos tiempos neomedievales, cada barrio con su muralla y sus policías privados, cada familia en un coche blindado, como si cruzase un campo de batalla, cada banda a punto de enfrentarse. Es la frontera caliente siempre a punto de estallar, de ser derribada, de colapsar.

Se constata así una de las más duras paradojas del mundo contemporáneo, tal como desveló el sociólogo alemán Niklas Luhmann: a pesar de la modernización y del lento crecimiento de la democracia parlamentaria, la pobreza ha aumentado.⁸⁴ La realidad empírica desmiente totalmente la pretensión del fin de la historia y de los conflictos en la culminación del Estado de la democracia liberal que había sido profetizado por el pensador ultraconservador Francis Fukuyama.⁸⁵

Cada vez que una comunidad se agrupa para defender sus casas, que se manifiesta para reivindicar sus derechos, que un grupo derriba el muro de un edificio vacío para ocuparlo, que un terreno sin construir es convertido temporalmente en jardín infantil, que

una biblioteca, como las de Bogotá o de Medellín, une barrios depauperados, que se construyen barrios y viviendas que fomentan las relaciones y la vida comunitaria, se detiene un momento la distopía creciente de un mundo hecho cada vez más de fronteras calientes.⁸⁶ Y se apunta la posibilidad de que, tal como sucedió en el año 2003, 110 millones de personas se sumaran en un movimiento cosmopolita alternativo y pacifista que se concretó en cientos de manifestaciones contra la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y el Reino Unido, secundados por España y Canadá. La expectativa de que crezca una sociedad más humana y justa, que nos acerquemos a otro mundo posible, pertenece a millones de personas.

Porque la segregación no es un proceso definitivo. Estas fronteras de dominio son calientes y frágiles y pueden saltar de manera imprevista cuando los grupos sociales segregados se vean empujados por diversas razones —crisis económica, paro, abusos de poder, obligada vuelta a la ciudad concentrada por escasez de energía, hambrunas, epidemias, etc.— a reencontrarse violentamente, como en los *riots* en Los Ángeles en 1992, los saqueos consecuencia de la crisis en Argentina en diciembre del 2001, las revueltas juveniles en los *banlieu* franceses, que se repiten cada otoño desde el 2005, o los movimientos contra las dictaduras del norte de África en el 2011.

Los grandes conflictos en los polígonos y suburbios de las grandes ciudades francesas son muy sintomáticos. Son el resultado generacional de la nefasta política de vivienda de unas *villes nouvelles* francesas hechas con criterios productivistas, y no sociales y urbanos. Todo ello ya lo anunció la película *El odio* (1995), dirigida por Mathieu Kassovitz: un futuro sin salida y suicida de unos jóvenes permanentemente enfrentados a las malas artes de la policía.

Uno de los indicadores de insostenibilidad o sostenibilidad clave y sintomático, que atraviesa otros, debería consistir en determinar si en cada territorio lo que aumentaron fueron los muros, las vallas, las autopistas y las divisiones o lo que aumentan son los espacios públicos, los edificios comunitarios, los centros culturales, los lugares de reunión, etc. Desde la crítica de arquitectura es importante establecer diferencias, dar a conocer qué arquitectos han colaborado en crear espacios de convivencia, como Lina Bo Bardi en Brasil y Jakoba Mulder y Aldo Van Eyck en Holanda, y cuáles, más allá de su discurso teórico, han contribuido a crear más barreras y segregación, como Jean Nouvel, Renzo Piano, Richards Rogers, Ricardo Legorreta, Alberto Campo Baeza o tantos arquitectos cómplices de la construcción de urbanizaciones cerradas, edificios que actúan como barreras o como objetos aislados y agresivos en el entorno; sibilinos maestros en el arte de crear muros, fortalezas, divisiones y obstáculos, sin que se note.

En definitiva, tal como ha escrito Mike Davis en *Planeta de ciudades miseria*,⁸⁷ en este planeta sumamente conflictivo, la dialéctica territorial esencial estaría entre los enclaves y recintos altamente securizados y los crecientes suburbios demonizados.

El escritor y crítico de arte John Berger propuso unos emocionantes “Diez mensajes sobre la resistencia ante los muros”, donde hablaba de “esta tierra en la que no hay felicidad sin un deseo de justicia”. John Berger concluía: “Las multitudes tienen respuestas a preguntas que aún no se han preguntado y tienen la capacidad de sobrevivir a los muros”; es decir, de sobrepasar estas fronteras calientes y crecientes.⁸⁸

Mundo post-Chernóbil

Pensar nuestro mundo, nuestras ciudades y nuestros medios de transporte y comunicación comporta pensar críticamente en las tecnologías y las fuentes de energía que se utilizan, de dónde proceden y qué implican, imponen e hipotecan, y cuáles son sus riesgos. La realidad contemporánea de las catástrofes, nunca naturales, aunque lo parezcan al ser terremotos, huracanes o incendios, se nos presenta como un hecho esencial de nuestro mundo. Los efectos de estas catástrofes son sociales y sus causas no son naturales sino artificiales, en la medida en que las obras de arquitectura, ingeniería y urbanismo se han hecho erróneamente, contra natura. Es así por la falta de responsabilidad y autocritica del mundo de la tecnología capitalista, que ha impuesto la rentabilidad y lo instrumental como único criterio de evaluación. Por ello, cada vez hay más colapsos y apagones en países como Italia, Estados Unidos, Canadá o Cataluña, unos apagones que se repiten y que dependen de unos sistemas energéticos obsoletos y vulnerables, y de unas compañías privadas de electricidad desregularizadas y tacañas, que no tienen a punto sus infraestructuras. No olvidemos que nuestro consumo energético se sustenta, por una parte y en un gran porcentaje, en la energía nuclear y, por otra y en otro gran porcentaje, en reservas de petróleo situadas en países con dictaduras toleradas interesadamente por Occidente.

La herencia en materia de medio ambiente que ha dejado la sociedad industrial, especialmente la del siglo xx, y específicamente las que podríamos denominar generaciones de Atila, desde las décadas de 1950 y 1960, no puede ser peor: explotación de los lugares privilegiados y desertización, extinción de especies y agotamiento de las materias primas, envenenamiento y contaminación.⁸⁹ Desde finales de la década de 1950, debido a la expansión de las centrales nucleares, han proliferado los accidentes graves en la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos, que generalmente se silenciaron; y crecen las catástrofes marítimas causadas por el colapso de petroleros en las costas europeas. En el año 2003, un informe denunciaba que en la Unión Europea se utilizan 30.000 productos químicos de riesgo.

LA ERA POST-CHERNÓBIL

Vivimos en lo que podríamos denominar la era post-Chernóbil: sabemos que nuestro modelo económico basado en la depredación de la naturaleza sin responsabilidades ni límites tiene fecha de caducidad, pero la mayoría se niega a admitirlo, y, lo que es más grave, las empresas que se lucran con ello invierten en campañas publicitarias pseudocientíficas para negarlo y para no asumir responsabilidad alguna. Desde la década de 1970, los ecologistas anunciaban desastres nucleares, pero incluso la catástrofe nuclear real —Chernóbil en 1986, el mayor accidente del siglo xx— no fue suficiente para reaccionar. Y aunque haya habido otros accidentes nucleares, como el de la central estadounidense de Three Mile Island en Harrisburg, el 28 de marzo de 1979, mal que nos

pese reconocerlo, el peor accidente se produjo en la Unión Soviética, que unas décadas atrás habían creado los líderes y masas revolucionarias. Lo que había arrancado con voluntad de ser una nueva sociedad más justa se convirtió en la causante de la tragedia más siniestra. El peor accidente de la era industrial se produjo en el país que encabezaba el llamado socialismo real. En consecuencia, Chernóbil ha sido una doble catástrofe: una crisis planetaria y el naufragio, ante todo el mundo, del inmenso continente del socialismo real. Por tanto, Chernóbil se convierte en la expresión máxima de una crisis de valores que engloba tanto a un Occidente capitalista y depredador como a unas llamadas sociedades comunistas o de socialismo real, que se basaron en la primacía despótica de la razón, la producción, el poder y el control, y que demostraron con el accidente de Chernóbil su realidad más siniestra. Quince años más tarde, en el 2001, las fotografías de Robert Polidori son un testimonio magistral y decisivo de la herencia de una catástrofe que señalaba, a la vez, el inicio de una crisis irreversible, tanto de la concepción autoritaria de la sociedad comunista como del racionalismo productivista y depredador. Irreversiblemente, Chernóbil nos ha hecho pasar de una época a otra, en la que aún estamos y ante la que no hemos sabido reaccionar, inclusive después de la catástrofe nuclear de Fukushima en 2011.

Es en este contexto que el urbanista radical estadounidense Mike Davis sostiene en su libro *Ecology of Fear. Los Angeles and the Imagination of Disaster*,⁹⁰ donde se suma el milenarismo marxista con un ecologismo apocalíptico, que en un contexto como el californiano, con una sociedad opulenta asentada sobre una falla tectónica, solo se puede producir una revolución social si hay un cataclismo ecológico.

También la comunidad científica internacional ha avisado continuamente sobre los peligros de la energía nuclear y los efectos del calentamiento global. El sociólogo Ernest García explicaba en el 2003 que las encuestas demostraban una fuerte bipolarización de la sociedad valenciana, que podemos considerar similar a otras sociedades: cada vez más activas unas minorías concienciadas, alternativas, ecologistas y antiglobalización, pero al mismo tiempo, aumenta el consumismo y la despreocupación de la mayor parte de la sociedad. Las clases pudientes viven en sus burbujas: su modo de vida se basa en pensar que las crisis son de los otros, que las catástrofes solo suceden a los desheredados. Se piensa que siempre quedarán casas en urbanizaciones cerradas y con refugios antinucleares y antirrobo, fortalezas de lujo y centros comerciales con aire acondicionado donde guarecerse consumiendo, pero no se dan cuenta de la proximidad de la miseria y de la contaminación a las que se ha condenado a los países en desarrollo. El límite entre las zonas ricas y las pobres es una frontera muy frágil y caliente; en el mundo post-Chernóbil la ruina económica y el accidente total acecha a todos por igual.

EXPORTACIÓN DE CATÁSTROFES

Nos hemos acostumbrado a convivir con la posibilidad del accidente grave y del colapso por contaminación, sin querer ser muy conscientes de ello. En Cataluña planea la amenaza permanente de las centrales nucleares de Vandellós y Ascó, envejecidas, a menudo averiadas y con extraños fallos; sin embargo, se prefiere olvidar. Además, ciertos países

desarrollados, generalmente con una sociedad civil con una larga tradición de exigencia y en donde se ha instalado un lenguaje de lo políticamente correcto en cuestiones de medio ambiente, lo que hacen es verter la basura y la contaminación en los territorios de los países en desarrollo. En esto, modernidad y posmodernidad, colonialismo y poscolonialismo han sido igual de hipócritas. Mientras el Reino Unido y Francia proclamaban la Ilustración y la democracia, fomentaban el más duro esclavismo y la explotación más cruel en las colonias. Hoy países que se pretenden modelos de sostenibilidad, como Finlandia, Suecia, Holanda, Alemania o Canadá, cumplen ciertas normas internas, pero externalizan toda la parte sucia de sus explotaciones en países en desarrollo. Quienes vivimos en los países desarrollados preferimos no saber lo que pasa con nuestros ordenadores y electrodomésticos cuando se convierten en basura, ni ver cómo trabajadores en la India, Bangladesh, China o Lagos reciclan las piezas, una a una, en condiciones infrahumanas de altísima contaminación.

La historia de los grandes desastres industriales es interminable, con sucesos que han estallado puntualmente, como el de Seveso en Italia el 28 de julio de 1976, o con un efecto que se va notando al cabo de muchos años, como la contaminación por pesticidas en plantaciones de plátanos de la Dole Ford Company en Nicaragua, que provocó graves enfermedades entre los trabajadores, tal como muestra el director Fredrik Gertten en el documental *Bananas* (2009).

La catástrofe mayor, social y medioambientalmente, fue la de Bhopal en la India, la madrugada del 3 de diciembre de 1984, cuando se produjo una fuga de 42 toneladas de gas MIC (isocianato de metilo), uno de los químicos más tóxicos jamás inventado, de la fábrica de pesticidas estadounidense Union Carbide. Esa noche murieron rociados por los gases 3.598 personas y en las semanas siguientes los muertos, según las cifras oficiales, fueron 15.000, aunque pudieron llegar hasta 45.000. Se mantiene hoy una estela siniestra de contaminación en los suelos y en los acuíferos de la zona, con unas 100.000 personas afectadas y discapacitadas, con secuelas permanentes durante generaciones: cáncer; enfermedades de estómago, hígado, riñón y pulmones, trastornos hormonales y mentales, deformaciones, parálisis y minusvalías en los niños. Los responsables, Union Carbide y su presidente Warren Anderson, que escaparon de la India abandonando todos los contaminantes y tóxicos, han conseguido eludir la causa criminal abierta en su contra y han cubierto unas raquílicas indemnizaciones. A pesar de todas las luchas de las asociaciones de víctimas, como Chigari Trust, en las que se unen la perspectiva de género y la medioambiental, que han seguido reclamando al Gobierno indio y a Dow Chemicals, la empresa que en el 2001 compró Union Carbide,⁹¹ el larguísimo proceso judicial de más de 25 años se saldó vergonzosamente, a mediados del 2010, con solo ocho condenas leves; aunque a finales del mismo año el Tribunal supremo de la India reabrió el caso. En 1989 se establecieron unas indemnizaciones de unos 890 euros, que muchas de las víctimas no cobraron. Y Dow Chemicals, que nunca aceptó ninguna responsabilidad de Union Carbide, se dedica a producir y vender el insecticida Dursban que, por su toxicidad, está prohibido para uso comercial en Estados Unidos.

Es largo el historial de catástrofes exportadas. España ha sido también víctima de ellas, como el derramamiento ocasionado por la empresa sueca Boliden Metall en el río

Guadamar, cerca del Parque Nacional de Doñana, la misma empresa que había envenenado dos barrios de la ciudad portuaria de Arica, en Chile. Otras veces son empresas españolas las que cometen los abusos, como el incumplimiento de la petrolera Repsol YPF de una parte de los compromisos de inversiones en Neuquén, Argentina.

Hay indicios impunes, como que las reservas de agua dulce en la Triple Frontera entre Argentina, Paraguay y Brasil, el acuífero Guaraní, están bajo observación militar de Estados Unidos; o como que diversas multinacionales tengan como objetivo utilizar el eje de los ríos Paraná y Paraguay para apropiarse de la riqueza de la zona. De hecho, algunos mapas en los libros de texto en Estados Unidos incluyen ya como territorios protegidos por el país enclaves ricos en biodiversidad de la Amazonia brasileña; y, de hecho, los mismos potentados de los países que externalizan su huella ecológica son los que están comprando las mejores áreas naturales de Latinoamérica.

Una de las luchas más emblemáticas es la que mantienen los pobladores argentinos de Entre Ríos contra la papelera finlandesa que se ha instalado en la orilla uruguaya del río Uruguay, una empresa de producción de pasta de papel que puede contaminar gravemente el río y que ha generado grandes protestas de los habitantes de la parte argentina y fuertes tensiones diplomáticas.

Y uno de los casos más descarados se produce en México, donde una empresa canadiense, propietaria de la Minera San Xavier, está destruyendo el patrimonio fundacional y la colina del Cerro de San Pedro, que dio origen e imagen a la ciudad de San Luis Potosí, a pesar de la oposición de los habitantes que quedan en el lugar y de los sindicatos y grupos ecologistas y alternativos de la ciudad. La lucha contra esta manera de explotar los recursos, sin haber tenido en cuenta a la comunidad, tiene un doble motivo: no solo desprecia, destruye y privatiza un paisaje originario y un patrimonio de los siglos XVIII y XIX, sino que el cianuro, que se utiliza en la extracción para la separación de la plata, está contaminando el suelo y el agua que alimenta a la ciudad y que beben las aves en las piletas de lixiviación.

Por lo menos hasta hoy, el último hito de los grandes accidentes sucedió el 20 de abril del 2010 con la rotura de la boca del pozo de la BP (British Petroleum) en el Golfo de México, a 1.500 metros de profundidad, que ha estado vertiendo petróleo crudo y gas a alta presión, entre 16.000 y 25.000 barriles diarios, durante tres meses, lo que ha ocasionado un desastre ecológico de destrucción y contaminación de efectos devastadores y imprevisibles, causado por una compañía petrolera irresponsable, que nunca había previsto la posibilidad de un accidente.

Chernóbil, Bhopal, el Golfo de México y Fukushima señalan el paso a la nueva era de los accidentes del tercer tipo que, como ha escrito Fernando Díez,⁹² después de los del primer tipo, poco frecuentes —fenómenos naturales que sorprenden la imprevisión humana que ha construido contra natura— y de los del segundo tipo —accidentes producidos por el colapso de inventos humanos como automóviles, trenes, buques o aviones y que, más allá de los fallecidos y heridos, concluyen con el fin de la estructura fallida—, los del tercer tipo tienen efectos incontrolables, desconocidos y dilatados en el tiempo. El accidente no termina en sí mismo, sino que deja una huella perenne en el planeta y en miles de personas.

POR UN MUSEO DEL ACCIDENTE

Sin embargo, las sociedades prefieren olvidar. Por esto, el filósofo y arquitecto Paul Virilio propuso un “Museo del Accidente”, donde se aproveche la capacidad reveladora de estos y se piense sobre los peligros intrínsecos que el progreso conlleva, sobre la posibilidad del accidente total. No se trata de nostalgia, ni en el rechazo al avance tecnológico, sino de progresar sin engaños, con conocimiento de las contrapartidas destructivas que cada opción tecnológica comporta. Los políticos, sin embargo, son los primeros en no responder a su responsabilidad: no prevén nada, ni reconocen sus errores, como el desastre del buque *Prestige* en la costa gallega en el 2005, ni toman medidas suficientes para emitir menos CO₂; hacen políticas de presente y no de futuro.

La exposición que el arquitecto y filósofo Paul Virilio (1932) presentó en el 2002 en la Fondation Cartier pur l’Art Contemporain en París, titulada *Ce qui arrive/Unknown quantity*, partía de la cita de Sigmund Freud de que “la acumulación borra la impresión de azar”.⁹³ En ella, como en sus escritos, Virilio demostraba que el accidente forma parte de la experiencia cotidiana de la modernidad: los terremotos, las explosiones, los accidentes aéreos, los naufragios, los atentados, los siniestros industriales y científicos, las catástrofes ecológicas. Desde el naufragio del *Titanic* en 1912 hasta el atentado en las Torres Gemelas en el 2001, pasando por el accidente de Chernóbil en 1986, marcan la identidad catastrófica de nuestra modernidad.

Paul Virilio trabajó primero como arquitecto y formó junto con Claude Parent el grupo Architecture Principe (1963-1969) para realizar propuestas teóricas de una “arquitectura oblicua” y construir iglesias con forma de búnker. En 1968 participó activamente en las revueltas parisinas y decidió cambiar su actividad: siguió en el territorio de la enseñanza de la arquitectura pero decidió pasar a la teoría y a la filosofía. Como él mismo dice: “Abandoné el ESPACIO de lo oblicuo para dedicarme al TIEMPO, o más precisamente a los diversos fenómenos de la aceleración en la era de la ciudad global”.

De entre sus muchos libros, puede destacarse *La estética de la desaparición*,⁹⁴ un texto sobre la velocidad en el tiempo de la era electrónica, en el que resume la complejidad de las ideas de este arquitecto convertido en filósofo: la velocidad que caracteriza nuestro modo de vida lleva siempre aparejado el riesgo del colapso; el progreso técnico y científico comporta el progreso del accidente y, probablemente, viceversa. En este sentido, Virilio no puede ser interpretado desde los criterios duales clásicos de optimista o pesimista: es las dos cosas a la vez, en la medida en que reconoce que el progreso necesariamente comporta el riesgo. De hecho, lo que Virilio ofrece, siguiendo a Walter Benjamin, es una mirada crítica a nuestra realidad vertiginosa. Como Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Hans Magnus Enzensberger o Zygmunt Bauman, Virilio desvela el lado oscuro de los medios de la modernidad y no pretende que por ello debamos renunciar a ella. Virilio no está en contra de las tecnologías (que le apasionan), sino en contra de la ceguera e irresponsabilidad de quienes las manejan. La clave radica en conseguir que la tecnología sea interpretada y utilizada de manera crítica y humanista.

Para Paul Virilio, como para el novelista J. G. Ballard, fue reveladora su experiencia de niño durante la II Guerra Mundial, que lo llevó a interpretar la guerra no como excepción

sino como la esencia misma de la modernidad.

En dicha exposición, Virilio planteaba el embrión de un futuro “Museo del Accidente”. Si el accidente forma parte de nuestra vida cotidiana, es necesario dedicarle un museo, mirarlo cara a cara, patrimonializar su historia para poder aprender a leerlo, reflexionar y prevenir; taxonomizar los mecanismos de la producción del miedo. Según el principio de responsabilidad para futuras generaciones, la magnitud de los accidentes plantea los límites ecológicos: la conciencia de que nuestro planeta es demasiado pequeño y frágil para nuestra irresponsabilidad y capacidad de destrucción.

El corazón de la exposición conducía a un inquietante espacio en penumbra, desde el que se asistiría a la conversación filmada entre Paul Virilio y la periodista bielorrusa Svetlana Alexievich, autora del libro *La plegaria de Chernóbil*,⁹⁵ escalofriante testimonio del desastre incomprensible de la central nuclear ucraniana,⁹⁶ donde entrevista a bomberos desahuciados, totalmente afectados por la radiación, y a los habitantes de la zona. Como desde una cueva platónica o un nuevo mundo oscuro, el filósofo y la periodista dialogan sobre el desastre de Chernóbil, interpretado como el paradigma de un nuevo tipo de suceso, el accidente global: “El accidente de Chernóbil creó una nueva realidad, completamente más allá de nosotros, más allá de nuestra cultura, más allá de nuestro potencial biológico”.⁹⁷ Con la catástrofe de Chernóbil toda una concepción materialista y científica del mundo se hundía. Hechos como Auschwitz, Hiroshima y Chernóbil, provocados o no, han sido “auténticos accidentes del sentido del mundo”.

ALTERNATIVAS

No hay soluciones mágicas, pero seguro que uno de los procesos clave es la concienciación del mundo empresarial y técnico en relación con un desarrollo sostenible, algo que tiene ya hitos, desde la Carta de las Empresas para un Desarrollo Sostenible (1990) hasta la Declaración de Barcelona sobre Edificación Sostenible promovida por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España (2003), y que se aglutinó en organizaciones como el Ecoforo Civil Europeo (con sede en Madrid y Barcelona) o Construcción Verde España (con sede en Madrid).

En los últimos tiempos, algunos expertos en ecología, como James Lovelock o Ramon Folch, han insistido en que no se trata de culpar, sino de actuar. Es cierto que la culpabilización tiene que ver con las religiones, pero no se puede olvidar y se han de exigir responsabilidades, aunque algunas veces sean de las mismas grandes compañías o Administraciones las que financian los estudios de dichos expertos.

El siglo xx tuvo el aviso del *Titanic*, pero no se oyó hasta la implosión de los campos de concentración nazi. Hoy tenemos los de Chernóbil, Bhopal, el Golfo de México o Fukushima y otras catástrofes, pero se nos pretende amnésicos; se cuenta con que siempre habrá bomberos heroicos dispuestos a apagar fuegos, a rescatar niños bajo los escombros y a sacrificar sus vidas para cubrir con el hormigón del olvido los ignominiosos errores de los gobernantes, la avaricia de los empresarios y la irresponsabilidad de los técnicos. Esta es la esencia de nuestro mundo post-Chernóbil: saber que esta sociedad tardocapitalista conduce a la destrucción, la contaminación y el abismo, pero no adoptar medidas para

evitarlo y para crear nuevos sistemas económicos, sociales y energéticos. Parece que se prefiere convivir explícitamente con el accidente, esconder la cabeza y retrasar un cambio imprescindible. A pesar de los acuciantes avisos del cada día más evidente fenómeno del calentamiento global, con el deshielo de los polos y el paulatino aumento del nivel del mar, la capacidad de reacción sigue siendo poca en nuestra era con “síndrome post-Chernóbil”: preferimos olvidar tomando el narcótico efímero del consumo.

Vida basura o *slow food*

Debemos interpretar las ciudades como máquinas que consumen alimentos, y reflexionar sobre su procedencia, cualidades e inconvenientes, así como sobre los modos de vida urbanos dentro de la sociedad de consumo.

Este predominio de la sociedad de consumo ha sido caracterizado por Zygmunt Bauman como “modernidad líquida”, donde prevalece la “vida líquida”.⁹⁸ Se trata de unas sociedades basadas en la velocidad de los cambios, el trabajo precario y el continuo incremento de los sectores de exclusión. Ha sido en las últimas décadas del siglo xx cuando se ha consolidado lo que podemos denominar vida basura, expresada en fenómenos característicos de la vida contemporánea, detectados y nombrados hace años: la comida rápida (*fast food* o comida basura), los programas de televisión convertidos en telebasura, donde predominan la chabacanería y lo que Primo Levi llamó “violencia inútil”, y los contratos basura de trabajo temporal, precario y mal remunerado, cada vez más abundante. En 2003, el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) presentó una exposición especialmente sintomática, titulada *Cultura basura*, en la que se exploraba la arqueología del mal gusto, de lo *kitsch* y lo horterero, rastreando sus raíces culturales.⁹⁹ La vida basura, en definitiva, tiene sus orígenes en la fragilidad programada y organizada sobre los objetos de consumo que a partir de la década de 1960 se han producido para hacerlos más rápidamente obsoletos y pasados de moda.

Estos modos de vida se dan más entre la gente joven y de mediana edad, los sectores sociales más vulnerables o más influenciados por mecanismos sin escrúpulos como la publicidad. En su momento, el fenómeno se denominó la Generación X, y ha ido afectando a las generaciones nacidas a partir de la década de 1970 y en décadas siguientes, como la que a principios del siglo xxi se llama ni-ni, que ni estudia ni trabaja.

Lo que hemos denominado vida basura tiene que ver con la vida rápida, superficial y sin calidad, condicionada por el trabajo basura, que, además de no tener continuidad y estar mal pagado, es urgente, impersonal, descualificado y mecánico. Quien lo realiza no puede identificarse con lo que hace, ha desaparecido cualquier relación entre quien trabaja y lo que produce, vende o informa. Uno de los trabajos que más lo evidencia es el de televendedor de servicios desde diferentes latitudes, que no tiene en cuenta los horarios del destino de la llamada.

Una vida basura que tiene que ver con el crecimiento del gamberrismo y con el intento, nada inocente, de dejar degradar la enseñanza pública. Se prevé que en un futuro, ya muy cercano, van a existir pocos trabajos cualificados y, en cambio, se necesitará un ejército de trabajadores que se localicen en cualquier sitio y que se renueven a menudo. En febrero del 2005, en Barcelona, en el Fòrum Social per l'Educació a Catalunya dedicado a “Otra educación es posible”, el sindicalista belga Nico Hirtt denunció que en un futuro inmediato, de competencia internacional extrema y sociedades fuertemente dializadas, se van a necesitar solo un 25 % de lugares de trabajo muy cualificados y el 75 % restante va a interesar que sean poco cualificados, con una formación temporal recibida rápidamente en

los mismos lugares de trabajo, para una manode obra flexible y deslocalizable, subalterna del falsamente opulento mundo de las TIC y de la fluctuante industria turística. El mercado quiere enseñanza de calidad para unas élites, y una enseñanza

masificada para mano de obra barata; y ello está relacionado con favorecer a las universidades privadas y con la caída de inversiones en una universidad pública que intenta mantener la calidad con el esfuerzo de una parte de su profesorado y de sus estudiantes. Y precisamente, el mundo actual se caracteriza por la dualización entre una *global class*, cosmopolita y con muchos medios, y lo que se puede denominar servoproletariado, que trabaja invisiblemente en la hostelería, los servicios personales, el trabajo doméstico: en definitiva, el trabajo basura.¹⁰⁰

Detrás del trabajo basura se encuentran también las ocultas fronteras de la explotación. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en el año 2005 al menos 27 millones de personas en el mundo trabajaban en condiciones de esclavitud, sin salario, sin libertad por deudas contraídas y sometidos a malos tratos; y en el 2011, 1,3 millones de latinoamericanos padecen el trabajo forzoso. Repetidamente, diversas instituciones han denunciado la explotación infantil en el mundo: 250 millones de niños y niñas en 1996 según UNICEF. Según la OIT,¹⁰¹ en 2007, 218 millones de niños estaban obligados a trabajar a causa de la pobreza. Según la Organización para la Seguridad y la Cooperación de Europa (OSCE), en el 2008 había más de 20.000 niños esclavos.

De manera solapada, el mercado compite con la enseñanza básica obligatoria inculcando valores de la sociedad del consumo para garantizar su reproducción, imponiendo unas maneras de vivir entre los niños y, más tarde, los adolescentes, los *fashion victims*, definidos por unas pautas agresivas determinadas por las modas efímeras, la televisión, los videojuegos, la publicidad, la comida basura y las marcas de franquicias.

La modernidad líquida genera cada vez más desperdicios, físicos y humanos. En este contexto en que el fuerte consumo expulsa a los consumidores insolventes, desempleados, fallidos o frustrados, y donde los fuertes movimientos migratorios causados ahora por la globalización, las guerras, el

hambre y las catástrofes ecológicas desplazan paulatinamente a grupos lejos de sus lugares de procedencia, las masas de marginados y vulnerables aumentarán continuamente (sin techo, enfermos, drogodependientes, emigrantes y desempleados, a los que hay que sumar los grupos culturales no homologados como los gitanos), y, al mismo tiempo, deben aumentar los servicios de atención, protección e inserción laboral, en un Estado de bienestar que, frente a dicha diversidad de problemas, solo sabe utilizar medidas paliativas y asistenciales.

LA VIDA LENTA

La vida basura viene caracterizada, también, por el antagonista que se ha ido generando: la vida tranquila, cualificada y desacelerada, que busca la calma y la calidad, que forma parte de las tendencias mundiales por una vida lenta, como el movimiento Slow, que surgió siguiendo las propuestas de la *slow food*. Frente a los muchos desafíos contemporáneos, cualquier alternativa debe pasar por la transformación de la vida cotidiana, de los hábitos

del consumo y de los ritmos.

Todo este movimiento de la comida y la vida lenta tiene que ver con una alternativa productiva clave: la recuperación y la revitalización del sector agrícola cualificado, la defensa de la biodiversidad de las semillas, la promoción de una agricultura verde, la producción en proximidad, la defensa de unos sectores agrícolas que daban vida, salud y trabajo y que la modernidad transmutada en globalización está arrasando.

El movimiento Slow entiende que en la calidad de la alimentación radica el factor clave de transformación de una sociedad: por su centralidad en los modos de vida, por tener que ver con la proximidad de los cultivos, por poner en evidencia los costes y la contaminación que ocasiona el transporte; en definitiva, por exigir un reequilibrio sistémico entre el campo y la ciudad.

Es evidente que la calidad de vida tiene que ver con disponer de tiempo y tranquilidad para disfrutarla, y la vida basura tiene que ver con el exceso de actividad, las prisas y el pluriempleo precario, y que impacta con más fuerza en los dos extremos de la sociedad: en los jóvenes, que practican cada vez más el usar y tirar, y en los ancianos, que quedan irremediabilmente excluidos, al margen de una vida acelerada y unas sociedades informatizadas donde ya no queda espacio ni tiempo para ellos.¹⁰²

La experiencia de ciudades italianas promotoras del movimiento Slow Cities, empezado en Brasil, ha demostrado que existe una correlación directa entre los coches y la comunidad: cuanto menos tráfico hay en una zona y mayor es la lentitud con que fluye, tanto más contacto social existe entre los vecinos.

Imágenes de la vida basura en el escenario urbano son el motociclista a toda velocidad que esquivo los coches, al borde del accidente, que molesta al vecindario con el ruido y que, de vez en cuando, se lleva por delante a algún viejecito lento y despistado que no lo ve o no lo oye. También son emblemáticas las largas colas para ir a consumir en los grandes centros comerciales, los espacios públicos después de una fiesta o las playas por la tarde, abarrotadas de basura.

Ya en 1963, en su libro *Comunidad y privacidad*,¹⁰³ Serge Chermayeff y Christopher Alexander señalaban que los dos principales enemigos de la calidad del hábitat humano eran el automóvil y el ruido. Décadas más tarde, ambos siguen siendo problemas clave que hipotecan la calidad de vida de las ciudades: la lógica de los automóviles ha exigido unas ciudades carretera, y el ruido, forma milenaria de tortura, se ha enseñoreado de las ciudades. Ambos fenómenos, además, están estrechamente relacionados.

Ciertamente, las políticas de reducción del poder y privilegios del coche han aumentado, en especial desde la Cumbre de la Tierra en 1992. Diversas ciudades, como Barcelona, están adheridas al movimiento de las “ciudades sin coche” (sic), cada año se celebra el Día europeo sin coches y se ha tendido a reducir la velocidad máxima dentro de las grandes ciudades. Sin embargo, ello no significa que se haga suficiente caso para atender las propuestas de las asociaciones contra la contaminación acústica en favor de la pacificación del tráfico y por la promoción del transporte público. Se deberían peatonalizar más áreas, como en la ciudad de Girona, que ha conseguido un centro histórico tranquilo; aprender de París, cuya ribera del Sena es tomada por los patinadores y paseantes cada día festivo; o de Bogotá, que apostó en su día por hacer más aceras, carriles para

bicicletas y transporte público antes de construir las autopistas que *lobbies* y tecnócratas habían proyectado, y que cada domingo dedica sus avenidas a los ciclistas; e incluso debería pensarse en el ejemplo de Londres, donde se exige un pago de ocho libras esterlinas para entrar en coche por la zona central a partir del 17 de febrero del 2003, que ha ido actualizando el precio y la zona de alcance, y que ha conseguido una reducción del tráfico privado de alrededor de un 25 %; o como las ciudades y territorios holandeses, daneses o suecos, organizados con redes de carriles de bicicletas.

Nos dominan las formas de vida provocadas por la sociedad de consumo, sin imaginación ni memoria, donde se es alguien en la medida en que se poseen coches y motos, televisores y antenas parabólicas, ordenadores, teléfonos móviles y juegos electrónicos, siempre nuevos e indefectiblemente caducos al instante. Un mundo basura pensado para usar y tirar que se opone a cualquier criterio de sostenibilidad y de previsión del futuro; un mundo basura que se alimenta del hambre de campesinos asiáticos y americanos, de la muerte de africanos por las guerras larvadas y ocasionadas por el poder de extracción de minerales imprescindibles para nuestra modernidad tecnológica, cuya basura altamente contaminante va a parar muy lejos de nuestros ojos, arruinando vidas y paisajes lejanos.

EL VOTO DEL CONSUMO

Sin desmentir las críticas al consumismo indiscriminado, a la desigualdad de oportunidades, especialmente en tiempos de crisis y paro, al despilfarro, y al agotamiento de los recursos, y sin olvidar que en el mundo poco más del 20 % de sus habitantes poseen el 80 % de la riqueza, tiene acceso al consumo, que casi el 20 % de los catalanes vive por debajo del umbral de la pobreza, y que la Iglesia católica de Washington recordaba en sus centros escolares que el 24 % de las familias de la ciudad son pobres. Hemos de reconocer, sin embargo, que estamos dentro de la sociedad del consumo y que es necesario superar cierto prejuicio tradicional del pensamiento de izquierdas contra el consumo.

El consumo nos caracteriza como sujetos contemporáneos y nos permite ciertos márgenes de elección; podemos sacar el máximo rendimiento a estos márgenes. Existimos en la medida en que consumimos para cubrir nuestras necesidades. Desde las decisiones privadas en la esfera de la labor doméstica hasta cada opción que tomamos al comprar — dónde, qué, cómo viene envuelto, etc.—, estamos, en cierta manera, votando. Elegimos unas marcas, un tipo de productos, unas tiendas y unos envoltorios, y esta posibilidad de elección tiene un fuerte poder determinante. Las tendencias de los consumidores señalan las direcciones hacia las que deben ir necesariamente las empresas con sus productos.

Por ello, ciertas posibilidades tienen cada vez más relevancia, como el comercio justo, que consolida un tipo de consumo responsable donde puede garantizarse que lo que compramos se ha cultivado y transportado con garantías para sus productores, que no están explotados, hay menos intermediarios y no se utiliza ni un exceso de fertilizantes, ni pesticidas, ni contaminantes, ni transgénicos.

En nuestro consumo podemos elegir, hasta cierto punto, la calidad y la procedencia: favorecer el comercio local, comprando en las tiendas del barrio, en los mercados o en las ferias artesanas locales, en lugar de acudir a los grandes almacenes o a los centros

comerciales. En los últimos veinte años, ha aumentado cuantitativamente en Cataluña el porcentaje de personas que compran en el propio barrio. El aumento de compra en el barrio es una muestra del efecto de las decisiones personales en relación con lo global. Frente al canto de sirenas de la vida suburbial de viviendas unifamiliares y las grandes superficies, las sociedades maduras y conscientes optan por la ciudad densa, diversa, mezclada y compacta. Consumir productos en tiendas cercanas implica el ahorro del gasto de energía e infraestructuras de transporte, un despilfarro que tanto rendimiento da a los intermediarios y tanto perjudica al territorio, al paisaje y a los productores.

También podemos informarnos de qué consecuencias tiene en el medio ambiente lo que consumimos: procedencia, transporte, energía consumida, residuos generados, posibilidades de reciclaje, etc. Por tanto, podemos tener en cuenta la actitud ética de las empresas: si indican claramente la procedencia y los componentes de sus productos, si respetan los derechos de sus trabajadores, si en sus métodos de producción ahorran energía y respetan el planeta, etc. En este sentido, las campañas de sindicatos, organizaciones de consumidores y ONG contra las industrias que recurren a la explotación infantil o que engañan a los consumidores han tenido cierta repercusión.

Podemos tener en cuenta la actitud ética de los bancos a los que acudimos: si además de su actividad otorgan ayudas y microcréditos, si fomentan una obra social y cultural allí donde se implantan, si promueven proyectos a favor de la sostenibilidad, si evitan entrar en inversiones basura y de alto riesgo. Este voto del consumidor puede exigir una actitud ética a las empresas y puede penalizar a aquellas que no tienen ética en lo que producen, en cómo lo producen o en el trato a sus trabajadores.

En definitiva, una compra sostenible se corresponde con un consumo inteligente: busca durabilidad y eficiencia, menos impacto ambiental y más beneficios sociales. Si los usuarios y los Gobiernos locales exigieran electrodomésticos que ahorren energía, automóviles que utilicen energías alternativas y viviendas ecológicas y bien diseñadas, el mercado no tendría otro remedio que ofrecer estos nuevos productos.

Son las necesidades de miles de compradores las que pueden generar productos determinados, como los sacos de cemento de 20 kilos y no de 50 kilos que las empresas brasileñas comercializaron, para poder ser transportados por las mujeres, que son el pilar sobre el que se basa la autoconstrucción de viviendas. Y son sus exigencias las que pueden ir transformando los productos, como la disminución del uso de aerosoles, en especial con CFC, o el rechazo a los productos de limpieza con sustancias peligrosas.

Poco a poco, ciertas actitudes que podían parecer testimoniales pueden llegar a tener peso, como la red Slow Food, la Local Food estadounidense o la agricultura y alimentación procedentes de fuentes orgánicas y ecológicas.¹⁰⁴ Reclamar un empaquetado no contaminante, evitar el abuso de latas, tetrabriks y de bolsas de plástico, difícilmente reciclables, o utilizar envases de plástico reutilizables y no absurdamente desechables. Poco a poco cambia que vayamos al mercado o a las tiendas con nuestras propias bolsas de tela para evitar el exceso de embalajes.

El consumo tiene esta cara positiva que nos ayuda a realizarnos: como dirían los existencialistas, en cada compra que hacemos y producto que utilizamos estamos primando unas empresas, un tipo de comercio, ciertos productos y un empaquetado

ecológico; en definitiva, estamos votando a favor de un cierto modo de vida y de consumo y en contra de aquellos productos, envoltorios o empresas que rechazamos. Superando el puritanismo anticonsumista, que en otros tiempos negó la posibilidad del ornamento o del trabajo artesanal y que pretende negar el placer de comprar lo que deseamos o de vestir como nos guste, podemos ser consumidores responsables y solidarios, en una nueva era posconsumo donde seamos conscientes de las repercusiones en cadena que cada elección comporta.

Las dificultades de reglamentar estos abusos en el consumo, el despilfarro energético o el turismo son evidentes cuando se demuestran las reticencias a imponer ecotasas, a gravar impuestos de lujo por tener automóviles o a gravar, como se ha instituido en Francia, aquellos productos procedentes de más de 500 kilómetros de distancia.

Las relaciones de todo lo expuesto con el urbanismo y la arquitectura son evidentes. Desde muy diversos niveles se pueden hacer aportaciones clave para una mayor calidad de vida: desde la terraza en la vivienda, que permite darse un respiro y disfrutar de una vista exterior; la accesibilidad y proximidad de espacios comunitarios; la calidad de los espacios y edificios públicos; hasta un buen sistema de transporte público rápido y de alta frecuencia que haga evidente el consumo de tiempo y energía malgastada en los vehículos privados. Sin olvidar que para ello son necesarias ciudades con mezclas de usos, concentradas y densas, que cada barrio provea a distancias recorribles a pie todo lo necesario para satisfacer la vida cotidiana. Incorporar la naturaleza en la ciudad, zonas verdes urbanas que se entrelacen formando redes e incorporar la producción agrícola de proximidad. Por supuesto, esto implica ayudas e incentivos fiscales y económicos, pero ¿es que acaso no los reciben las empresas multinacionales a través de ampliaciones de puertos y autopistas para beneficiar redes de comercialización insostenibles, o con bajas y prebendas fiscales que reciben para colocar sus seudofactorías, donde además contrataran temporalmente a la mayoría de sus trabajadores?

Por todo ello, desde la planificación territorial hasta el material utilizado como acabado en una vivienda implican sistemas de producción y consumo que pueden o no tender a la sostenibilidad y calidad de vida.

Con la planificación territorial pueden establecerse límites a zonas urbanizables, priorizar sistemas de redes de transporte público en las metrópolis, usos eficientes y no repartidos de suelos productivos. En los barrios donde se mezclan actividades, personas y tiempos, se potencia que la vida de la gente se desarrolle con calidad y en proximidad, se gana al no tener tiempos inútiles de traslados, se ahorra energía, se enriquecen las relaciones sociales y la vida tiene un sentido más amplio que la mera satisfacción, por otro lado nunca resuelta, de la compra como actividad de ocio que propone el modelo del suburbio disperso y el centro comercial.

Conjugando las ideas de vida y comida lenta se proponen soluciones alternativas de producción de alimento, desde cooperativas de consumo a huertos colectivos, públicos y comunitarios insertados en la ciudad y en los propios edificios que, si bien no pueden sustituir el alimento de producción, sí que modifican las relaciones entre las personas y el propio consumo a través de la coparticipación en la producción de alimentos. Para la villa olímpica de los Juegos Olímpicos de Invierno en Vancouver (2009), se propuso un nuevo

barrio donde cada edificio pudiese tener su propio huerto y los árboles en las calles fueran frutales.

METRÓPOLIS

Toda alternativa de futuro pasa por la ciudad. Tal como escribió María Zambrano en su libro *Persona y democracia*: la historia sacrificial, “organizar la vida en la ciudad es hacer política” y “la ciudad, primera forma de vida democrática, es el medio de visibilidad del hombre y la mujer, donde aparece en su condición de ser humano”. Y las ciudades hoy son las grandes metrópolis, con sus cualidades y esperanzas, con su poder de seducción y posibilidades de trabajo, expresión y comunicación, pero también con sus graves problemas y miserias, deficiencias y desigualdades..

Urbanismo tardorracionalista: de *La Carta de Atenas* a la ciudad global

Si aceptamos el concepto de globalización como aquel que caracteriza la condición contemporánea, puede utilizarse la expresión “ciudad global” para definir las tendencias de la ciudad a partir del último cuarto del siglo xx. En ella se hacen patentes las crisis de un modelo urbano marcado por la funcionalización de todo el territorio, la difusión y la dispersión de las áreas urbanas que conforman un mosaico de fragmentos sin relación entre sí. Dicha situación viene reforzada por la pérdida del espacio público en beneficio de intereses sectoriales e individuales, que se apropian de la memoria y de la herencia colectiva, reduciéndolas a meras escenografías.

Ya en su *Dialéctica de la Ilustración*,¹⁰⁵ Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, exiliados entonces en Estados Unidos, criticaban la ciudad de Los Ángeles por su ausencia de *civitas* y de espacio público. Para ellos, Los Ángeles constituía el símbolo de la crisis del proyecto moderno iniciado por la Ilustración que anunciaba la eliminación de la interrelación entre ciudad y persona para verse suplantada por la de ciudad y automóvil. El análisis de Adorno y Horkheimer se convierte en una profecía sobre el consumismo de la cultura de masas contemporánea. Al principio del capítulo “La industria cultural” de su libro, profundizan en su crítica al individualismo y a la vida en el suburbio: “Ya las casas más viejas en torno a los centros de hormigón armado tienen el aire de *slums*, y los nuevos *bungalows* en los márgenes de la ciudad muestran, como las frágiles construcciones de las exposiciones internacionales, los lodos del progreso técnico, invitando a liquidarlos, después de un rápi do uso, como latas de conserva. Pero los proyectos urbanos diseñados para perpetuar al individuo como ser independiente, habitando pequeñas e higiénicas viviendas, lo someten aún más radicalmente a su antítesis, el poder absoluto del capital”.¹⁰⁶ En definitiva, el habitante de los suburbios se vuelve más vulnerable y dependiente. Y, de hecho, el suburbio, hijo de la pareja infernal casa unifamiliar/coche, ha sido la mayor estafa urbana y territorial del siglo xx: la falsa venta de felicidad y autonomía a costa de la destrucción del paisaje, del consumo de petróleo y del abandono de las ciudades históricas. El documental dirigido por Gregory Greene *The End of Suburbia. Oil Depletion and the Collapse of The American Dream* (2004) constituye la crítica más emblemática y argumentada al suburbio.

Ciertamente, a lo largo del siglo xx, Los Ángeles se convirtió en un paradigma contradictorio: ciudad del eterno veraneo, tierra de la primavera perpetua, sede de Hollywood, fábrica de sueños y cantera para la construcción de la historia estadounidense. Según la interpretación optimista de Reyner Banham en su texto de 1971 *Los Angeles. The Arhitecture of Four Ecologies*,¹⁰⁷ esta ciudad contendría cuatro ecologías: los *surfurbia*, las colinas, las planicies del Id y la *autopía*. Sin embargo, desde las interpretaciones críticas, además de ser el lugar de la crisis de la modernidad, según Horkheimer y Adorno, Los Ángeles se convirtió contemporáneamente en el escenario real de los saqueos y en el anuncio apocalíptico de las crisis ecológicas, tal como ha escrito Mike Davis.¹⁰⁸ Una ciudad

basada en el consumo de energía al límite, organizada según autopistas por las que se circula a una velocidad que impide ver al otro y a la realidad concreta, una ciudad habitada por el miedo a lo desconocido, donde los otros se perciben como enemigos.

Antes de que el modelo se hiciera presente en muchas ciudades del mundo a lo largo de las últimas décadas del siglo xx, Los Ángeles ya mostraba las partes esenciales de la ciudad tardocapitalista: surgía de la formulación zonificada de *La Carta de Atenas*, que encajaba con el ideal de ciudad sin azar, del individualismo, la segregación y el consumo, y continuaba con la plasmación de la fragmentación de la ciudad global.

LAS AUTOPISTAS

El primer elemento urbano esencial del urbanismo tardorracionalista son las autopistas. Suplantadoras de la calle como estructura vertebradora de la metrópolis, las autopistas se han conformado en contra del espacio público tradicional de la calle, convirtiéndose en la negación de su esencia. Ya a comienzos de la era del automóvil, Henry Ford —inventor de la cadena de montaje y de la producción en serie de miles de coches iguales— promovía al mismo tiempo la construcción de barrios residenciales, fuera de las ciudades, accesibles solo con los vehículos privados que él mismo fabricaba. A partir de la década de 1950, la entronización de la civilización del automóvil comportó la configuración de las ciudades a partir de las autopistas, el espacio genuino para el automóvil y la velocidad.

El predominio de las autopistas conlleva un modo de vida específico basado en el aislamiento dentro de la burbuja que supone el automóvil, haciendo que todo esté rápidamente accesible, midiendo el tiempo y el espacio en función de los desplazamientos en vehículo privado. El mundo real se percibe a través de la ventana horizontal y en movimiento del parabrisas, se convierte en una ficción lejana, en una especie de programa de televisión, en un cuadro bidimensional. Se accede a las autopistas de la misma manera que se enciende el televisor. Se ha creado un mundo pensado para ser servido eficazmente desde las entradas y salidas de las autopistas, se ha conformando lo urbano exclusivamente desde su vampirización, desde su uso, desde su accesibilidad a través de puentes, túneles y nudos.

La ciudad real, ahora invisible desde la velocidad y la posición elevada del automóvil, ya no es un lugar para el compromiso y la cultura crítica. A medida que aumentan los sistemas de seguridad y confort (blindaje, cinturones de seguridad, parachoques, *airbag*, aire acondicionado, etc.), incrementa el aislamiento en el automóvil y aumentan la vulnerabilidad y debilidad del peatón y el motorista frente a aquel. El tráfico se convierte en la organización simbólica y efectiva de la ciudad y el automóvil es su célula básica que conforma una manera de ser individualista y competitiva, violenta e insolidaria.¹⁰⁹

Este es el modelo de crecimiento urbano que se desarrolló en Estados Unidos a partir de la década de 1950, cuando conscientemente se promovió

la segregación social basada en las viviendas unifamiliares: los itinerarios de los ferrocarriles se desmantelaron para hacer autopistas, sustituyendo los sistemas de transporte público por una inmensa red de vías rápidas financiadas con fondos federales. Estas son las raíces de la tendencia en las grandes ciudades a crecer según autopistas y

barrios residenciales periféricos y aislados. Además, según este modelo de predominio del automóvil y las autopistas, la gran ciudad se va llenando de estaciones de servicio ubicadas en los mejores lugares, en las esquinas, y que con sus tiendas y bares abiertos las 24 horas se convierten en sustitutos de los auténticos negocios locales y cafeterías.

Esta estructura de autopistas que organiza lo urbano predomina en muchas ciudades americanas —como Los Ángeles, Miami, Houston, Caracas, Monterrey o Santiago de Chile—, donde la ciudad es atravesada por autopistas que pasan por territorios sin trazas ni vida previa.

LOS CENTROS TERCIARIOS

El segundo elemento urbano esencial es la aglutinación de la energía empresarial y representativa en los centros terciarios, donde dominan la densidad edilicia y la altura de los edificios, donde los valores de la modernidad capitalista se expresan mediante las más avanzadas tecnologías. Los centros terciarios se proponen como espacios de diversidad y de recuperación de la vida urbana, incluso de la memoria colectiva, sin reparar en que la ficción creada con falsa variedad esconde una homogeneidad social estéril.

También los centros terciarios tienden a la exclusión de los extraños y a la selección de sus pobladores, que se estructuran a partir de los servicios de las autopistas, del acceso rápido en vehículo privado y de la disponibilidad de grandes áreas de aparcamiento. Si en la autopista solo entra el propietario de un vehículo privado veloz, en el centro terciario solo entra quien dispone de tarjetas, tarjetas de identificación, de crédito y de aparcamiento. Estos sistemas drásticos de control invaden el espacio público urbano que rodea los centros terciarios. De esta manera, las aceras más amplias que parecen ser plazas públicas son espacios sobre los que se extienden los dominios de la lógica del espacio privado, aunque la apariencia formal indique lo contrario.

LOS RASCACIELOS

Dentro de los centros terciarios, el elemento más depredador es el rascacielos. Y aunque bien utilizado, el rascacielos (emblema de las topologías en la ciudad contemporánea) es capaz de crear ciudad —véanse los ejemplos clásicos de Chicago y Nueva York—, el uso que hace de ellos la ciudad global es especular con su tipología, que puede conseguir más rentabilidad especulativa con la menor inversión en un entorno que queda depredado y del que se vampirizan sus mejores cualidades, sin aportar nada a cambio.

El rascacielos especulativo y aislado es la máxima expresión del capitalismo, con su rechazo y desprecio por las características topológicas, ecológicas, humanas, patrimoniales y sociales del lugar. Además, la vida social que se podrá producir en un rascacielos siempre será muy limitada: el rascacielos escupe el espacio público, se aísla de la ciudad real, no permite lugares de encuentro, pues toda vida social se centra en el vestíbulo y el ascensor, y los intercambios se hacen por entrega a domicilio. Además, es energívoro. Basado en la climatización artificial, obliga al uso del ascensor para cualquier movimiento, potencia una vida insana y puede generar un efecto máscara sobre el asoleo

del barrio.¹¹⁰ En definitiva, las torres en la ciudad global son un emblema negativo de las peores características de la ciudad tardorracionalista y del capitalismo.

EL CENTRO COMERCIAL

En el modelo de la ciudad global se ha ido consolidando un tercer gran elemento: el centro comercial. Conformado por grandes volúmenes contruidos, tal como sostiene George Ritzer, el centro comercial se convierte en una auténtica catedral del consumo.¹¹¹ Presentes ya en los proyectos Broadacre City (1932-1935) y Living City (1958) de Frank Lloyd Wright,¹¹² los grandes centros comerciales han sido pensados como edificios autónomos en cuyo interior eclosionan todo tipo de actividades dedicadas al entretenimiento y al consumo. La artificialidad es la base para la identificación de los espacios propuestos por los centros comerciales: se crea un ambiente de simulacro de la naturaleza, la historia o una fantasía futurista, se establecen movimientos “asistidos” y se introduce una temperatura artificial y una iluminación controlada. En definitiva, se crea un estado ideal para la estancia ilimitada y, por tanto, con las máximas posibilidades para el consumo: un no lugar que se pretende ajeno a todo conflicto, derecho urbano, reivindicación o reclamación. Así, en muchas ciudades americanas y asiáticas, buena parte de la vida social y familiar se desarrolla ya en dichos centros cerrados.

Paradójicamente, una vez se ha fagocitado la diversidad urbana de la calle, plaza o mercado, el interior de los centros comerciales vuelve a simularlos. Las escenografías para centros de entretenimiento —eufemismo que esconde el consumo como único sustento— son réplicas o simulacros de las situaciones urbanas perdidas. Un gran centro comercial como el de Makati, el distrito de negocios de Manila, que pretende ser un espacio verde y abierto articulado en torno a jardines y bosques, en realidad solo permite el acceso a los consumidores que han pasado un exhaustivo control policial y de escaneado de sus pertenencias. Entrar en este centro comercial es lo más parecido al ingreso a una prisión. Y en este caso, la aducción del mundo exterior se completa con una iglesia de misa diaria en el corazón ajardinado del centro comercial.

Del mismo modo que la autopista metropolitana sustituye el papel vertebrador de la calle, el centro comercial intenta sustituir el espacio público de la plaza, el mercado, la galería o la calle comercial llena de pequeñas tiendas. Y cuando lo logra, las conquistas sociales conseguidas en el espacio público vuelven a restringirse bajo las normas, la vigilancia y los guardias de seguridad de los centros comerciales privados y cerrados. El centro comercial sustituye al espacio público y lo privatiza, y en muchas ciudades desaparecen las alternativas para el paseo o la reunión cotidiana. La paulatina sustitución de las pequeñas tiendas y los mercadillos populares por centros comerciales impide que las clases modestas, los inmigrantes y los grupos nómadas se integren en la sociedad mediante el proceso tradicional del pequeño comercio y los puestos de artesanía. Solo queda la posibilidad del trabajo precario, que depende de las grandes cadenas comerciales y de las franquicias, consumando así un cambio de modelo y de cultura. Por ello, resulta tan importante prever en el urbanismo de los nuevos barrios la existencia de pequeñas tiendas y negocios, que refuerzan la economía y las redes sociales del barrio, y no los centros

cerrados, que empobrecen y desertifican.

De todas formas, no necesariamente los centros comerciales y de ocio tienen por qué ser negativos para las ciudades. Aunque generalmente se trata de productos urbanos proyectados desde fuera, que no tienen en cuenta el entorno urbano y paisajístico ni guardan relación con la ciudad y su cultura, introvertidos, conformados como ratoneras donde es fácil entrar y difícil salir, pueden convertirse en elementos que aumenten las desigualdades sociales y los problemas de su entorno inmediato. Sin embargo, puede haber centros comerciales que aporten espacios públicos, si disponen de accesos al mismo nivel que la calle, se atraviesan fácilmente y saben integrarse en la cultura de la ciudad, por lo que pueden llegar a ser experiencias urbanas positivas, como es el caso de L'Illa Diagonal de Rafael Moneo y Manuel de Solà-Morales (Barcelona, 1986-1993), el de San Miguel Mall of Asia del estudio Arquitectonica (Manila, 2002-2006) o el del centro comercial en el popular barrio de Stratford, en Londres, que sirve de paso entre la estación de bus, de ferrocarril y de metro y el centro histórico del barrio, potenciando así la existencia de pequeños negocios de inmigrantes.

LOS SUBURBIOS Y LAS URBANIZACIONES CERRADAS

Por último, una parte esencial de la ciudad global queda definida por los conjuntos residenciales cerrados, que adoptan situaciones, morfologías y tipologías muy definidas, y que son una continuación de la tradición antiurbana del suburbio, desarrollada tras la II Guerra Mundial.

Una parte de la población de las grandes ciudades, ya sean de países desarrollados o en desarrollo, generalmente aquellos que no valoran la memoria urbana ni comprenden que la esencia de la ciudad en la diversidad, elige vivir fuera de las ciudades en los mal llamados barrios o comunidades cerradas, mal llamados puesto que solo son urbanizaciones y no tienen las cualidades de un barrio ni de una comunidad. Se trata de una especie de no lugares o espacios sin memoria, de acceso restringido, que constituyen vulgarizaciones de una vida feliz, utópica y sedada, donde se ha eliminado lo incierto y lo imprevisible. Pretendido oasis de calma y seguridad, a ellos no pueden acceder los miembros de otras culturas y de menos recursos económicos. Una vida edulcorada y falsa en un lugar donde todos pretenden ser iguales. Dicho fenómeno se extiende por todo el planeta, desde Estados Unidos, México o Chile hasta la India o los Emiratos Árabes.

Las raíces y consecuencias del suburbio han sido ampliamente analizadas. En su libro *Las estructuras sociales de la economía*,¹¹³ Pierre Bourdieu explica la estrategia promovida por Albin Chalandon, ministro de Infraestructuras de Francia en 1968, para conseguir que el Estado se retirara del sector de la construcción gracias al desprestigio de la vida en bloques y edificios colectivos para, a partir de 1969, promocionar concursos internacionales de casas unifamiliares de acuerdo con las empresas del sector. En su libro *Vida urbana e identidad personal*,¹¹⁴ Richard Sennett demuestra que la razón más profunda de la aparición del suburbio es la voluntad de intensificar los lazos de la familia tradicional como microcosmos en una vida tranquila y sin conflictos, en un escenario homogéneo, ajeno a la diversidad urbana. Efectivamente, la vida en el suburbio o en la urbanización

cerrada es solo para la familia nuclear tradicional y excluye a quienes son diferentes: personas que viven solas, parejas gays, parejas sin hijos, parejas mayores, jóvenes, separados; en definitiva, todos aquellos que no viven en una estructura familiar convencional, las nuevas familias o los nuevos tipos de unidades de convivencia. Lewis Mumford explicó los efectos negativos del esparcimiento de los suburbios tras haber abandonado la lógica del transporte ferroviario y haberlo sustituido por el tráfico privado del automóvil, que permite extender, sin límites, las carreteras y la urbanización por el territorio. También Jane Jacobs reivindicó la vida urbana de la ciudad densa frente a la vida en el suburbio, una vida que se había promocionado a base de desprestigiar la ciudad histórica.

Paradójicamente, las urbanizaciones cerradas contemporáneas adoptan las morfologías de la ciudad jardín, realizando en forma de suburbio degradado la utopía de la ciudad con anillos verdes de Ebenezer Howard. Estas comunidades cerradas pretenden seguir criterios ecológicos de sostenibilidad, organizándose en torno a lagos artificiales, campos de deporte o pistas de golf, previa eliminación en el lugar de todo rastro de manto vegetal, de la vegetación autóctona y antigua y del agua preexistente, unos mecanismos totalmente carentes de autenticidad, pues ningún logro en la dirección de la sostenibilidad puede pasar por crear guetos para élites donde se pretenda eliminar la contaminación trasladándola a sus confines.

Si la esencia de la ciudad es su carácter público, al convertir partes de ella en privadas, esta deja de tener su función y se convierte en una aberración. En realidad, esta negación de la ciudad existente como lugar para la vida pública no es más que un espejismo; el trabajo, la educación, el ocio y el suministro siguen dependiendo de la gran ciudad que se ha abandonado.

Por otro lado, la búsqueda de referencias históricas mitificadas a la hora de realizar las viviendas se contradice con la imagen de los lugares de trabajo. Mientras los centros terciarios, conformadores de este urbanismo tardocapitalista, adoptan las formas de la alta tecnología, la vivienda adopta una imagen tradicional, aunque ambas se basen en el máximo control tecnológico. Paradójicamente, la tecnología como base de una vida urbana en constante mutación elige para el hábitat una imagen bucólica, intemporal y de falso pasado. Por ello, las tipologías arquitectónicas que se utilizan remiten a la nostalgia arcádica de casitas unifamiliares primitivas —bien sean de madera, ladrillo u hormigón, o vernáculos, victorianas o mediterráneas—, todo ello bajo el control férreo de un contrato mercantil donde se recortan las libertades y se establecen los derechos de cada quien, incluidas las recomendaciones formales para las viviendas.

Aunque la realidad de estas urbanizaciones cerradas para ricos se contrapone a los barrios populares autoconstruidos —ranchos, villas miseria, *favelas* y barriadas—, en el fondo forman parte del mismo sistema. El barrio cerrado necesita al barrio autoconstruido para que lo sirvan en las tareas domésticas, de jardinería, de reparaciones o de reparto, previo paso por el filtro del extremo control. Es cierto que en las décadas de 1960 y 1970 se promovieron en Latinoamérica políticas de apoyo a la autoconstrucción que ofrecían viviendas evolutivas que mejoraban las infraestructuras de los barrios populares y que los integraban en la ciudad, hasta los casos actuales de renovación de estas ideas con

programas como Favela Bairro en Río de Janeiro, Medellín con su urbanismo social o el concurso Elemental en Chile. Sin embargo, hemos de reconocer que los barrios marginales constituyen una pieza más, degradada y despreciada, que es funcional a la fragmentaria ciudad global.

Al tiempo que se ha extendido el concepto de ciudad global,¹¹⁵ Rem Koolhaas ha acuñado la expresión “ciudad genérica”, que él ha detectado y que, en cierta manera, justifica. La ciudad genérica no tiene historia, surge de la tábula rasa y debe renovarse continuamente, es multirracial y multicultural, está formada esencialmente por rascacielos y por una “corteza de casuchas improvisadas”, en ella domina el estilo posmoderno, pues es de “estilo libre”; depende de regímenes más o menos autoritarios y en ella “la presencia de la historia tan solo debilita su rendimiento”.¹¹⁶ La tipología favorita de la ciudad genérica es el rascacielos y sus derivados, en la medida en que permiten el máximo aprovechamiento del suelo con el mínimo contacto con la realidad del lugar: torres altas para viviendas, hoteles y oficinas.

DE LA CARTA DE ATENAS A LA CIUDAD GLOBAL

Al analizar los componentes segregativos del modelo del urbanismo global se comprueba que, en realidad, se trata del canto de cisne del urbanismo tardorracionalista, que no es más que la ulterior reformulación rentable de la zonificación del urbanismo racionalista. El modelo urbano y territorial que propone el neoconservadurismo liberal, cuyos intereses económicos no tienen raíces en ningún lugar, no solo pretende sustituir el entorno natural, los centros históricos, las calles y los espacios públicos, sino que las cuatro funciones o partes esenciales del urbanismo racionalista de *La Carta de Atenas* —vivienda, trabajo, esparcimiento y circulación— han implosionado, por utilizar el término de Jean Baudrillard,¹¹⁷ y han encontrado su concreción en los cuatro elementos urbanos esenciales de la ciudad global: habitación en la urbanización cerrada, trabajo en el centro terciario representativo, esparcimiento y consumo en los centros comerciales y centros de ocio, y circulación por las autopistas. La ciudad global se conforma de una manera incluso mucho más objetual e inconexa que la ciudad moderna de *La Carta de Atenas*.¹¹⁸

De hecho, tanto *La Carta de Atenas* como la ciudad global se basan en borrar la historia de la ciudad en la medida en que debe servir de soporte a un sistema de producción que no necesita conciencia y al que le molesta la memoria. El sueño delirante de la tábula rasa, en la raíz de la ciudad moderna, se ha ido reproduciendo desde Los Ángeles o Atlanta hasta Singapur, Shanghái o Hong Kong. El crecimiento en suburbios y barrios cerrados periféricos discurre parejo al abandono de los centros históricos, convertidos en *slums*, como ya señalaron Adorno y Horkheimer. Es entonces cuando, abandonadas a su suerte, las calles tradicionales de los centros históricos se convierten en trinchera, en lugares para atravesar velozmente dentro del coche, un lugar donde compiten los vendedores ambulantes y los comercios depauperados en las plantas bajas sobre las que la ciudad yace abandonada. Una vez depauperados, los centros se presentan como nuevas oportunidades de negocio global. De este modo, el mercado se convierte en el salvador y el planificador urbano que transpone la lógica del simulacro y la diversión de los centros

comerciales a la ciudad real. Prueba de ello es la reconversión del área de Times Square, en Nueva York, encargada a la empresa Disney en la década de 1990, donde la ciudad real se convierte en una escenografía para el consumo seguro de la clase media suburbana, que viene a contemplar el exotismo que les ofrece la ciudad.

No todas las periferias de las ciudades globales se tratan de la misma manera. El análisis de la ciudad de Madrid permite ver claramente quién habita cada zona según usos y funciones. La zona sur de la ciudad, históricamente el cinturón obrero, acumula vertederos, graveras, cementeras, depuradoras, centrales térmicas e incineradoras. Por otro lado, la zona norte acumula campos de golf y urbanizaciones residenciales de lujo, parte de ellas cerradas. La alta concentración de capital financiero y representación de empresas multinacionales produce como resultado una fuerte segregación socioeconómica que queda reflejada en el territorio y en los medios de transporte: el transporte público para los trabajadores, emigrantes y mujeres, las autopistas para los coches de lujo del norte de la ciudad.

De todas maneras, existen diferencias de planteamiento entre el urbanismo racionalista y el tardorracionalista, ya que el primero formaba parte de un proyecto social y ético de mejora de las condiciones de habitabilidad y el segundo es un proyecto financiero y especulativo. Tal como se ha explicado, otra diferencia importante entre el modelo urbano de *La Carta de Atenas* y el de la ciudad global es el suburbio residencial de baja densidad, que consume y contamina territorio sistemáticamente. El modelo teórico de segregación de funciones encajó perfectamente con el modelo de construcción de territorio urbanizado propio de Estados Unidos. En su libro *Building Suburbia: Green Fields and Urban Growth, 1820-2000*,¹¹⁹ Dolores Hayden explica la evolución histórica de este deseo antiurbano y antieuropeo propugnado por las élites estadounidenses, que han llevado a Estados Unidos a convertirse en el país que más CO₂ genera por habitante, poniendo en peligro el planeta. Pero paradójicamente, tal como narra Hayden, son estos sectores más ricos, expansivos e insostenibles los mismos que, en sus suburbios, viven sobre la contaminación provocada en sus propios acuíferos.

En definitiva, por su expansión derivada de la promoción de los ideales de vida generados desde la publicidad, las series televisivas y las películas, el modelo de suburbio con vivienda aislada es hoy una de las peores plagas del planeta y uno de los mayores engaños del siglo xx. Una vez atrapados en este modo de vida, solo quedan deudas derivadas de los altos estándares de consumo y la constatación de que de este modo no se alcanza la felicidad. El consumo de ansiolíticos y el alcoholismo de las mujeres de los suburbios estadounidenses es mayor que en las ciudades, y ya en la década de 1950 la novela *Revolutionary Road*, de Richard Yates, da cuenta de ello.

Sin embargo, mientras este modelo urbano se sigue extendiendo por el mundo, consumiendo territorio y esparciendo las ciudades, en su país de origen, Estados Unidos, los miembros del New Urbanism lo critican sistemáticamente por condicionar el futuro de forma negativa. Este movimiento está empezando a buscar alternativas que permitan superar el fenómeno proponiendo el llamado crecimiento inteligente.¹²⁰ Los mismos promotores de esa ciudad global y desmembrada ya han visto sus cualidades nocivas y destructivas, y, por tanto, intentan expulsar dicho modo de degradación urbana a otros

países.

En una época en la que el proyecto urbano necesita alternativas plurales, con distintos atractores, mecanismos de sostenibilidad y estrategias para enriquecer el territorio ambiental, el urbanismo de la ciudad global no es más que una continuación del urbanismo racionalista que intenta construirlo más rápido y más rentable pero que, al mismo tiempo, hipoteca cada vez más el futuro de las ciudades y del territorio, un urbanismo que sigue estando pensado por hombres y solo para hombres, un varón que circula con prisa en su todoterreno acondicionado que continúa con el patrón machista propuesto por el Modulor de Le Corbusier: un hombre modelo, musculoso y de 1,82 metros de altura. En definitiva, un urbanismo sin multiplicidad de protagonistas, anclado en concepciones duales y antagónicas, y basado en un modelo familiar periclitado.

Ha llegado ya el momento de que otros protagonistas piensen y diseñen las ciudades, de modo que frente a la dominante ciudad especulativa y segregativa se incorporen puntos de vista plurales que puedan reinventar la ciudad humana.

Ciudades alternativas: Curitiba, Seattle, Bogotá y Medellín

En el contexto de la globalización, la conflictividad, las fronteras y la creación de capital monopolista, las alternativas radican en la reorganización de las propias ciudades para que sean más sostenibles, para que se complementen con unas estructuras rurales conformadas por comunidades ecológicas, para que se fortalezcan sus relaciones sociales implementando el espacio público y los equipamientos, para que se refuercen sus características singulares, sus movimientos artísticos y su tradición cultural. En este ensayo analizaremos varias ciudades americanas que en las últimas décadas han destacado por sus políticas urbanas alternativas, que tienden a la sostenibilidad, la participación y la diferenciación favoreciendo la cultura popular.

CURITIBA, LA UTOPIA ECOLÓGICA

Las ciudades brasileñas contemporáneas han aportado diferentes modelos urbanos y en diversos períodos: Brasilia, la nueva capital del racionalismo, el desarrollo y la circulación en automóvil; Curitiba, la ciudad de los proyectos ecologistas; Porto Alegre, la capital de los programas de participación vecinal en las decisiones presupuestarias durante la década de 1990; Río de Janeiro, en sus dos programas complementarios, Rio Cidade y Favela Bairro, en la década de 1990, que hoy continúan con Morar Carioca.

Curitiba, capital del estado de Paraná, ha convertido una política urbana de cuatro décadas en un modelo de ciudad futura. El inicio de la planificación del transporte público y de las intervenciones ambientales se produjo en un momento en el que dominaban los modelos urbanos basados en la dispersión y en la construcción de grandes infraestructuras viarias para el transporte privado. En este contexto, el ejemplo de Curitiba aporta una nueva referencia para la ciudad contemporánea basada en el transporte público y en la ecología. La consolidación del modelo ecológico de Curitiba ha sido posible gracias a la continuidad en el desarrollo de un nuevo proyecto urbano promovido por un amplio equipo multidisciplinar de arquitectos, urbanistas, ingenieros, economistas, abogados, sociólogos, historiadores y otros técnicos. El equipo técnico de Curitiba fue encabezado por el arquitecto, ingeniero y urbanista Jaime Lerner. Nacido en Curitiba, estudió arquitectura en su ciudad natal y fue alcalde de su ciudad en tres períodos: 1971-1975, 1979-1983 y 1989-1992.

Toda la operación de Curitiba se ha basado en el trabajo técnico del IPPUC (Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano de Curitiba), creado en 1965 como órgano responsable del desarrollo del plan encargado a la Sociedade Serete de Estudos e Projetos, asociada a los arquitectos Rosa Kliass y Jorge Wilhelm. El plan Wilhelm-IPPUC basaba el crecimiento urbano en una serie de directrices y no en la visión de un plano acabado y detallado, contrariamente al anterior plan para la ciudad (1943), de Alfred Agache. Las principales directrices establecían un planeamiento integrado, el desarrollo preferencial en el eje nordeste-sudoeste, el crecimiento lineal del centro principal servido por vías tangenciales

de circulación rápida, zonas para peatones, ampliación y adecuación de zonas verdes que crearan un paisaje urbano propio y la renovación urbana y la preservación histórica y tradicional. Con la aplicación de estas directrices, instauradas casi desde el principio del período de crecimiento de la ciudad, el modelo de Curitiba ha servido para detener y superar una degradación medioambiental justo cuando esta empezaba a iniciarse. El plano Wilhelm consistía en una mezcla del proyecto para la monumental Avenida Paulista en São Paulo y de las propuestas de *clusters* del Team X, como Toulouse-le-Mirail, del equipo de arquitectos Candilis, Josic y Woods.

El primer elemento que destaca del modelo de Curitiba es el elaborado sistema de transporte público, la columna vertebral del funcionamiento y crecimiento programado de la ciudad. Con los años, este sistema se ha ido perfeccionando y desde la década de 1990 los autobuses biarticulados circulan por un carril propio y disponen de unas estaciones tubulares. Las paradas y los autobuses se han diseñado y producido en la ciudad, siguiendo la directriz de crear un paisaje urbano propio, al igual que ha ocurrido en la primera década del siglo *xxi* con el diseño de paradas de autobuses secundarios, papeleras y otros elementos del mobiliario urbano. En Curitiba, que en el año 2010 roza los dos millones de habitantes, cada día se realizan 1.800.000 viajes en autobús. La ciudad se puede recorrer de punta a punta en veinte minutos y la frecuencia de paso de los autobuses es de noventa segundos. Ello significa que el 70 % de los viajes se realiza en autobús y el buen funcionamiento del sistema se basa en el carril especial para autobuses con semáforos sincronizados y en las paradas tubulares, donde se dispone anticipadamente del billete y se embarca directamente a la altura del autobús, cuando el biarticulado se detiene y en la parada se extienden las pequeñas pasarelas de embarque. Esto permite que la línea funcione con la rapidez y eficacia de una línea de metro, cuando la inversión ha sido cien veces menor que las costosas infraestructuras de un ferrocarril subterráneo. Aproximadamente, un kilómetro de línea de metro cuesta diez veces más que uno de tranvía y cien que uno de autobús.

Lo que es más sorprendente del eficaz sistema de transporte público de Curitiba es que la propiedad de los autobuses biarticulados es privada y pertenecen a una decena de empresas concesionarias. Una eficaz gestión municipal desde la empresa concesionaria pública URBS permite que el sistema de transporte público, gestionado desde el Ayuntamiento y realizado por empresas privadas, sea altamente rentable y que las ganancias se reinviertan en la ciudad.

El sistema lineal de transportes tiene mucho que ver con la estructura lineal moderna de la ciudad, similar a los *clusters* propuestos por el Team X, que sigue las directrices del crecimiento lineal y de las vías rápidas tangenciales al centro. Se trata de dos ejes lineales curvos que van de este a sur y de norte a oeste, tangencialmente al centro histórico, un esquema que coincide con la propuesta para Tokio de la Fibercity de Kenzo Tange (Plan para Tokio, 1960). A partir de 1974 se potenció un esquema de verticalización del sector estructural de la ciudad; es decir, avenidas por las que discurren las líneas principales de transporte público y dos vías rápidas paralelas de sentido único para los vehículos ligeros.

El segundo gran elemento de funcionamiento de la ciudad es el del sistema de parques. Su función orgánica es la de servir de drenaje de un territorio del que nacen varias cuencas

hídricas de importancia subcontinental. La política de creación de áreas verdes en Curitiba ha sido tan intensa que pasó de 0,5 m² de zona verde por habitante en 1980 a 50 m² en 2000. Una parte importante de estos parques se situó en antiguas canteras y recintos industriales, lo que permitió unas intervenciones mínimas y graduales que los regeneraban y hacían que fueran utilizables por la ciudadanía. Dichos parques sirven para proteger los ríos y preservar los fondos del valle. Como contrapartida a esta apuesta, a la ciudad le faltan espacios de esparcimiento, juego y encuentro dentro del tejido consolidado. Las plazas urbanas son escasas, y la mayor parte de dichos grandes parques se sitúan en los bordes de la ciudad.

Esta humanización de la ciudad ha venido pareja a la peatonalización de la parte histórica. De ello fue emblemática la rápida acción llevada a cabo en el invierno de 1972, cuando por la noche un grupo de ciudadanos, de manera organizada y coordinada y con cierta complicidad con las autoridades municipales, destruyeron el asfalto de la calle principal con picos, perforadoras y palas mecánicas, con lo que consiguieron robar espacio al automóvil para convertirlo en la primera calle peatonal de la ciudad.

Para convertir Curitiba en una capital ecológica, ha sido necesario cuidar y revitalizar el centro histórico. Se han restaurado sus edificios históricos, se han construido nuevos equipamientos, se ha reforzado el sistema de espacios públicos —parques, plazas y calles peatonales— y, en definitiva, se ha rescatado su memoria histórica y cultural.

Un elemento complementario al sistema de transporte público, a la implantación de parques y a la peatonalización de la ciudad histórica fue la creación a partir de 1978 de la red de carriles bici, que sirven también para proteger zonas de posible degradación ambiental.

El logro social básico conseguido durante estos años ha sido el de la educación ambiental, que ha promovido que una ciudad modesta transforme totalmente sus hábitos y que sus habitantes se consideren corresponsables del funcionamiento de la ciudad. Con pocos medios y mucha imaginación se ha conseguido reciclar el 90 % de los residuos. Solo con el reaprovechamiento del papel viejo, la ciudad evita la tala de 1.200 árboles al día. En este sentido, Curitiba ha sido modélica en la difusión de nuevos hábitos colectivos, nuevos valores y nuevas percepciones relacionadas con las cuestiones ambientales. Su apuesta por la imaginación y el reciclaje ha sido clave (sirva como ejemplo la conversión de los viejos autobuses en aulas y oficinas ambulantes, lugares móviles para el aprendizaje y la gestión democrática).

Dentro de esta transformación social de la ciudad, ha sido esencial la creación de un nuevo eje peatonal —la Rua 24 horas—, donde los habitantes de Curitiba disponen de lugares de encuentro y de muy diversos negocios a cualquier hora del día y de la noche: tiendas, bares, restaurantes, farmacias, etc. Sin embargo, la vida de este artefacto no ha sido acompañada por el entorno, que ha quedado obsoleto y en 2010 ha tenido que revisar sus contenidos para reconsiderar su idoneidad.

Por último, el elemento más importante y emblemático del modelo de Curitiba es la Universidade Livre do Meio Ambiente (1992), obra del arquitecto Domingos Enrique Bongestabs, situada en uno de los parques y llevada a cabo con una magnífica arquitectura reciclada. Al pequeño edificio de la universidad se llega siguiendo un recorrido peatonal a

través del bosque, junto a un riachuelo, que llega al parque construido en una antigua cantera y asciende por las rampas y las escaleras de las estructuras de madera reciclada que conforman las aulas.

Todos los parques y edificios culturales se han llevado a cabo siguiendo el mismo modelo de gestión: el IPPUC como órgano de planeamiento, el URBS como órgano ejecutivo que contrata o construye las obras, y la Fundação Cultural, que da vida cultural y actividades a las obras terminadas.

De todas formas, el modelo de Curitiba es de un ecologismo desarrollista. Los argumentos medioambientales constituyen el principal factor utilizado para el desarrollo, el crecimiento y el enriquecimiento. En el modelo Curitiba no hay ninguna nostalgia ruralista o de ciudad jardín. Detrás de muchas de las operaciones más emblemáticas, existen razones económicas destacables. Así, la urbanización de las grandes avenidas con los ejes de autobuses, junto con la propuesta de construcciones verticales y escalonadas, sirve para producir y obtener altas plusvalías con los solares urbanizados, susceptibles de construcciones de gran altura, plusvalías que se reinvierten en la ciudad.

El Ayuntamiento de Curitiba ha recibido críticas por haber creado muchos parques —relativamente baratos de construir y mantener— y poca vivienda social —más costosa de construcción y mantenimiento—, menos representativa y publicitaria, pero más útil desde un punto de vista social. Después de la primera gestión del alcalde Lerner, con el nuevo prefecto Saul Raiz (1975-1978) se inició una tímida política de vivienda social para sustituir parte de las *favelas*, una política de vivienda que Lerner intentó ampliar en su segundo mandato, tras volver de su actividad como profesor invitado en la University of California en Berkeley.

Por lo que respecta a la participación ciudadana, el modelo de Curitiba se acerca más a las propuestas del despotismo ilustrado que a la participación directa de la ciudadanía. Se trata de un ecologismo propuesto desde la Administración por un grupo culto y modernizador de políticos y técnicos formados en la década de 1960 en un cristianismo progresista y humanista de raíz francesa.

Al mismo tiempo, se ha conseguido que Curitiba sea una ciudad próspera y seductora, pero los problemas de miseria, degradación y crecimiento informal se han expulsado a la periferia y a los municipios de alrededor, a un área metropolitana fuera del radio de control municipal de Curitiba. Paradójicamente, el propio éxito de Curitiba ha promovido la afluencia de mano de obra a dichas periferias.

Al modelo urbanístico de Brasilia le ha salido la alternativa del modelo realista de Curitiba, que saca el máximo partido de la realidad preexistente, revitaliza el centro histórico, apuesta por la ciudad heterogénea y los barrios multifuncionales, por las calles peatonales y el transporte colectivo, por la diversidad de los parques y equipamientos urbanos, por el modelo de un desarrollo sostenible que intenta conciliarse con los intereses inmobiliarios e industriales.¹²¹

Sin embargo, en 2010 se pudo comprobar cómo en los últimos años la ciudad no ha sido ajena al crecimiento especulativo y de baja densidad, aunque la tipología dominante fuera de alta concentración edificada, pues lo que priman son las torres en altura. Curitiba ocupa ya la totalidad del área del municipio, de poco más de 450 km². Hoy el sistema de

transporte público es menos eficiente debido a las grandes distancias, y las clases medias han optado por el transporte privado, con lo que las calles se colapsan. Y posiblemente lo más errado del planteamiento ha sido la concentración de las zonas comerciales en grandes superficies y dejar que las calles fueran simples accesos a los edificios y paso de vehículos.

SEATTLE, LOS SIGNIFICADOS DE LA CIUDAD POSMODERNA

Por su masa crítica, su cultura y sus recursos económicos, desde la década de 1990 Seattle se ha convertido en emblema de ciudad rica, culta y creativa que trabaja en la dirección de la sostenibilidad, intentando conciliar los compromisos de la Administración con la iniciativa de los ciudadanos. Seattle es la sede de grandes empresas, como Boeing, que conforma con sus factorías, almacenes, oficinas y museo todo un barrio, o como Microsoft, la gran multinacional de la informática. La ciudad cuenta con plazas y calles, con parques y espacios públicos, y su población es mayoritariamente joven.¹²² No es casual que el movimiento antiglobalización tuviera su nacimiento mediático en Seattle a finales de 1999. Las protestas que estallaron durante la cumbre de la Organización Mundial de Comercio (OMC) de ese mismo año pusieron en evidencia hechos trascendentales cuyos significados deben interpretarse desde estas dos ópticas complementarias: el carácter propio de la ciudad y los acontecimientos de Seattle como puesta en escena de las contradicciones del imperialismo globalizador.

Seattle se originó como ciudad comercial de frontera hacia Canadá a finales del siglo XIX. Su pequeño barrio histórico se ha restaurado y se mantiene, como una fantasmagórica pervivencia visitable, debajo la cota actual de las calles. Sin embargo, el Seattle contemporáneo de rascacielos de vidrio se ha reinventado como ciudad posmoderna que confía en el planeamiento urbano y que otorga un lugar esencial a los espacios públicos y a los equipamientos.

Seattle fue una de las primeras ciudades que recuperó una antigua instalación industrial, la fábrica de gas derivado del carbón construida en 1906 en la parte norte del lago Union, que entre 1971 y 1978 se convirtió en un gran parque emblemático, con un museo al aire libre donde se explican las máquinas y con un centro de actividades, juegos y conciertos, proyectado por Richard Haag por encargo del Departamento de Parques y Recreación del Ayuntamiento de Seattle.¹²³

Un año después de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro de 1992, Seattle fue la primera ciudad en iniciar la definición de sus indicadores de sostenibilidad, que pasaron a ser el modelo para muchas otras ciudades. Inmediatamente definió su General Plan Toward a Sustainable Seattle (“Plan general para un Seattle sostenible”, 1994-2014), revisado y actualizado en el Comprehensive Plan for Managing Growth (“Plan global para la gestión del crecimiento”, 2004-2024). Seattle es un referente por haber sido una de las ciudades estadounidenses que ha situado el planeamiento urbano y la participación ciudadana como los factores esenciales para contrarrestar y corregir la construcción tardocapitalista de la ciudad de ideología neoliberal y sin regulaciones. La participación de la ciudadanía se encuentra en la base de esta defensa del planeamiento urbano frente a la

ciudad neoliberal.

Con los planes urbanos de Seattle se está intentando demostrar que un cuidado por el medio ambiente y por la sociabilidad acaba siendo rentable económicamente para la comunidad y beneficioso para todo el planeta, sobre todo si se considera que el indicador de la calidad de vida vecinal amistosa e interconectada es tan importante como el PIB. Las estrategias promovidas por la Neighborhood Business District Strategy (“Estrategia vecinal del Distrito de Negocios”) tienen como objetivos incentivar la vitalidad y creatividad en el trabajo, proteger el carácter de cada vecindario, mejorar los itinerarios urbanos con “calles amables con los peatones”, potenciando la existencia de comercios y frenando al máximo el dominio del coche y de los aparcamientos; introducir viviendas en los barrios de negocios y viceversa, y conseguir buenos diseños a través del desarrollo de la flexibilidad y de la experimentación de nuevas volumetrías.

En la ciudad se han construido una serie de edificios públicos emblemáticos, especialmente en su zona central, estadios deportivos en el extremo sur, mientras que el extremo norte, la zona que había sido ocupada por la Exposición Universal de 1962, se ha convertido en un gran parque lúdico cultural que cuenta con hitos como el Experience Music Project, un museo de la música rock y del cine fantástico (1995-2000), obra de Frank O. Gehry. En el *downtown* de Seattle destaca una obra de gran calidad: la Biblioteca Pública (2000-2004), proyecto de Rem Koolhaas y Joshua Ramus, excelente muestra de la arquitectura más contemporánea al tiempo que se convierte en un espacio de acogida que recibe a todos los habitantes de la ciudad durante sus más de diez horas de apertura todos los días de la semana. La recuperación del Pike Market sobre el frente portuario de la Elliott Bay, un punto turístico y cotidiano a la vez, o la construcción del Seattle Art Museum (1991), obra de Robert Venturi y Denise Scott Brown, son acciones urbanas que intentan recuperar el centro como espacio de vida y negocio, de turismo y cotidianeidad. El museo ha sido ampliado con un parque de esculturas, inaugurado en 2006, que comunica una zona residencial con el borde de la bahía. La revitalización del centro y la apuesta por la sostenibilidad se refuerzan claramente con transporte público gratuito en toda el área central.

En este sentido, el urbanismo participativo y regulador de Seattle es una muestra de cómo hacer ciudad con bases locales, escapando de la aparentemente lógica ineludible de la ciudad global cuya planificación esencial viene determinada por los sistemas de finanzas. Seattle se nos presenta como un posible modelo de ciudad posmoderna: es cuidadosa con los palimpsestos que quedan de su pasado y que responden a las diversas memorias de épocas y grupos sociales, y, al mismo tiempo, es una ciudad ultramoderna, con sus rascacielos urbanos en el *downtown*, competitiva y participativa a la vez, con cierta sintonía con los principios del movimiento New Urbanism. La dialéctica entre continuidad y cambio es básica para afrontar con consistencia una realidad internacional en continua transformación, para contrarrestar con cultura crítica urbana unos mecanismos globalizadores que nadie puede eludir, pero en relación con los cuales es posible contraponer el peso humano, creativo, social y político de cada ciudad.¹²⁴

BOGOTÁ, LA REINVENCION DE LA GESTION Y EL PROYECTO URBANO

Bogotá ha sido un ejemplo de creatividad y de continuidad de las políticas urbanas de diferentes Gobiernos. Desde que en 1994 Antanas Mockus, el alcalde pedagogo, profesor de matemáticas y filosofía, ganara las elecciones municipales, se inició un proceso de recuperación urbana por y para los habitantes de Bogotá, que, hasta 2009, ha ido expandiéndose y que ha generado una ciudad moderna que ha afrontado todos los problemas de la ciudad contemporánea partiendo de la realidad y soñando una ciudad posible para la ciudadanía real.

En un país y en una ciudad donde el miedo y la inseguridad habían hecho casi imposible la vida urbana, se planteó un proyecto de futuro ambicioso y realista. Mockus heredó una hacienda municipal muy saneada —logro del anterior alcalde, Jaime Castro— y decidió que el primer paso debía consistir en la transmisión de unos nuevos valores urbanos y de convivencia. Este profesor universitario, entre radical y liberal, entendió que las mejoras urbanas deben ir parejas con los cambios de mentalidad. Se deben hacer obras y dotar a la ciudad de un sentido social y cultural, procesos ambos que deben planificarse concienzudamente. Así, las calles y los espacios públicos de Bogotá se convirtieron en escenarios sin solución de continuidad, donde unos ciudadanos que hacían de actores y mimos callejeros enseñaban cómo usar cívicamente la ciudad y empezaban a transmitir una nueva idea de vida urbana cívica y solidaria.

En la segunda etapa, bajo el mandato de Enrique Peñalosa (1998-2000), llegó el momento de actuar construyendo. Se desplegó un amplio abanico de acciones articuladas en torno a la política de creación de bibliotecas públicas, la reurbanización y la recuperación del espacio público —especialmente aceras y carriles bicis, que favorecían a todos aquellos que no utilizan el vehículo privado—, la recuperación de las rieras que bajan de las montañas, la construcción de la primera línea de autobuses públicos (el Transmilenio) y la recuperación del casco fundacional, el barrio de La Candelaria.

El Plan de Bibliotecas Públicas ha consistido en medio centenar de bibliotecas de barrio y cuatro de gran tamaño. Dos de estas se encargaron a los mejores arquitectos colombianos: la del Parque Simón Bolívar a Rogelio Salmona, y la del Tintal a Daniel Bermúdez, autor también de la cuarta gran biblioteca que junto con dos teatros configuran el Centro Cultural Julio Mario Santo Domingo, finalizado en 2010.

Los autobuses públicos Transmilenio se inspiran en los ómnibus de Curitiba, pero la idea se ha mejorado con dos carriles bus en cada sentido, lo que permite la circulación de diversas líneas al mismo tiempo y ofrece servicios más rápidos, con menos paradas y posibilita los adelantamientos, con unas modernas marquesinas en superficie, livianas y transparentes, resultado de un concurso público.

La restauración y revitalización del barrio colonial de La Candelaria ha sido muy acertada. La calidad de la vivienda se ha mejorado, se han introducido equipamientos públicos y se ha favorecido la instalación de lugares para la cultura, como pequeños teatros y galerías de arte.

En la tercera etapa, nuevamente electo Antanas Mockus, se incorporó el proceso de autogestión participativa para proyectos de escala de barrio, donde grupos de vecinos han participado en la conformación de los espacios y edificios públicos de su barrio. Con pequeñas ayudas para cada barrio y sector, se estimulaba a los ciudadanos para

conseguir subvenciones para proyectos urbanos como plazas, escaleras, pasarelas, equipamientos o jardines, que serían seleccionados, proyectados, gestionados y realizados por el Ayuntamiento.

Todos los proyectos han generado un impacto muy positivo en la ciudad, y hoy Bogotá es un ejemplo de urbanismo. El llamado modelo Barcelona no ha sido copiado literalmente en sus formas y mobiliario, sino que se ha entendido como un proceso de lectura, reconocimiento, análisis y actuación en una determinada ciudad. Al actuar y proyectar desde y para Bogotá, se ha creado, por ejemplo, un nuevo tipo de pavimento de ladrillo local para las aceras, después de haber investigado y desarrollado una mezcla de cemento y arcillas duradera, apta para el clima y atractiva visualmente. Además de ser un elemento de identidad para la ciudad, la obra pública revierte en creación de empleo local.

Y no solo es necesario crear mucho espacio público allí donde los ciudadanos lo piden y es posible, sino que también es necesario velar por su calidad. Para ello, Mockus ha luchado para que no proliferen actos que monopolicen el uso del espacio público y para controlar a los vendedores informales, que se incorporan a los mercados y a los contenedores más permanentes.

La clave de los proyectos, iniciada por Mockus, ha sido la de inventar una nueva relación entre la teoría académica y la práctica urbana, entre el proceso intelectual de planificación y las dinámicas sociales. Cada una de las intervenciones recoge la herencia intelectual tan cualificada de los sociólogos, geógrafos, antropólogos, arquitectos y urbanistas colombianos. Cada uno de los grandes proyectos —como el de estructurar los barrios con bibliotecas— se pensó previamente desde el mundo universitario, especialmente desde el Observatorio de Cultura Urbana, un colectivo formado por sociólogos, urbanistas e historiadores (Juan Carlos Pérgolis, Alberto Saldarriaga y otros) que actuaba como grupo culto pensante de observación, pensamiento y propositivo en sintonía con el Ayuntamiento.

Unos de los enclaves de más difícil actuación eran los barrios del Cartucho y de Santa Inés, donde a partir de 1998 se construyó el Parque Tercer Milenio, en una zona que linda con el centro histórico, justo al lado de donde Le Corbusier, Josep Lluís Sert y Paul Lester Wiener presentaron entre 1947 y 1950 sus propuestas para la Plaza de Bolívar, en el corazón del Plan Piloto de Bogotá, una propuesta basada en la creación de grandes bulevares verdes, pero que se realizó en una ínfima parte. Hacia el sur se extienden los barrios más desfavorecidos, y esas zonas más centrales se han convertido en guarida del narcotráfico, la venta de armas, la prostitución y la falsificación de documentos. La decisión fue actuar implacablemente en términos de elementos contruidos —hacer desaparecer el tejido—, una decisión de fuerte impacto y muy visible que fue acompañada por una política real de redes complejas de servicios sociales para que quienes quisieran pudieran insertarse en la legalidad. Se crearon, por ejemplo, programas laborales para drogodependientes en obras públicas y reconocimiento con carné médico para las prostitutas.

La siguiente etapa fue la del alcalde de izquierdas Luis Eduardo Garzón, quien, sin romper con la magnífica tradición urbana, ha intentado dejar su impronta con proyectos aún más sociales con una política centrada en la construcción de nuevas escuelas y en la modernización de las existentes.

Dieciséis años de políticas públicas continuadas han hecho que la Bogotá de principios del siglo XXI sea un referente, y prometen una oportunidad de cambio para los habitantes hasta hace poco más olvidados. Bogotá es hoy una ciudad acogedora, un envidiable ejemplo para las envejecidas ciudades europeas, lastradas por la inercia y la burocracia, que pueden ver que una ciudad de recursos económicos limitados y con graves problemas de partida, pero con una gran formación intelectual, una capacidad imaginativa inagotable y una sociedad civil vitalista, se ha convertido en un laboratorio de experimentación urbana fiel a lo que sus ciudadanos desean, a la ciudad que entre todos llevaban años imaginando y que ahora se ha hecho, en parte, posible.

MEDELLÍN, EL DERECHO A LA CIUDAD

El caso de Medellín es el de las ganas y el esfuerzo de muchos de sus grupos sociales para superar los factores que obstaculizaban el derecho a ser una ciudad pacífica, vividera y amable: las dificultades de la topografía y del clima, las diferencias sociales y la violencia instaurada por el narcotráfico.

El cambio se inició a principios del 2000, bajo el mandato del alcalde Sergio Fajardo. No obstante, dicho proceso había empezado antes, con la apuesta por un transporte público potente como el metro, en realidad un tren elevado un poco sobredimensionado y agresivo en su paso por el centro histórico. Esta red se amplió en la legislatura anterior a Fajardo con el imaginativo invento del Metrocable, un sistema de teleférico con cabinas para ocho pasajeros, que pasan continuamente y que permiten salvar distancias y alturas de acceso a los barrios pobres situados en las lomas más abruptas. El Metrocable se amplió en el período de Fajardo y posteriormente se ha extendido hacia más barriadas. Se trata de una infraestructura con tecnología de la empresa francesa Pomagalski que aporta una solución para contextos urbanos o rurales congestionados, densos y de grandes desniveles. Y lo que no es una cuestión menor: se ha aprovechado el paso de la infraestructura para crear espacios públicos y se ha mejorado la accesibilidad peatonal con calles con aceras, rampas y escaleras para salvar desniveles.

Los nuevos parques y plazas (como el Parque de la Presidenta), las avenidas y espacios aterrizados (como los que ha generado el Metrocable) y los nuevos edificios públicos han provocado un cambio en la accesibilidad y en el equipamiento público que ha hecho más visibles, visitables y vivideros los barrios precarios y marginales que se extienden por casi todas las laderas de Medellín, de norte a sur.

Dentro de estas intervenciones destaca una serie de nuevas bibliotecas, planeadas siguiendo el ejemplo de Bogotá, ubicadas en un parque y conectadas con el Metrocable. Es el caso de la biblioteca del barrio de Belén, financiada por el Gobierno japonés, obra del arquitecto Hiroshi Naito en colaboración con los arquitectos de la Empresa de Desarrollo Urbano, que se inauguró en marzo del 2008. El conjunto intenta ser una síntesis de la arquitectura tradicional de Japón y Colombia, junto con la morfología de una casa patio organizada en pabellones con cubiertas inclinadas en torno a un gran estanque.

Entre estos equipamientos de la ciudad, el más famoso es el Parque Biblioteca España en el barrio de Santo Domingo, obra de Giancarlo Mazzanti, un arquitecto con gran

capacidad creativa, experto en el diseño de espacios públicos y autor de un nuevo sistema de escuelas para Bogotá. Mazzanti proyecta generalmente a base de la combinación de diversos prismas, y en esta ocasión optó por tres volúmenes minerales situados dramáticamente en la ladera, inspirados en obras de Rem Koolhaas (como el precioso volumen de la Casa da Música de Oporto) o de David Chipperfield (como los tres volúmenes para el Centro Multimedia de la Universidad de Hong Kong). Cada uno de los volúmenes tiene un uso: la biblioteca se ubica en varios niveles en el volumen central, uno de los laterales alberga el centro de encuentros y actividades, y en el tercero se halla el auditorio. Aunque la obra haya sido construida con escaso tiempo, la idea del proyecto es sumamente valiosa y, lo que es más importante, hoy es un signo de satisfacción y orgullo para sus habitantes, que se sienten incluidos en los equipamientos de la ciudad.

El conjunto ecológico del Jardín Botánico, junto con el Parque y el Museo Interactivo Explora, proyectado por el urbanista Alejandro Echeverri, ha sido la ocasión para que diversos equipos de arquitectos jóvenes puedan experimentar con arquitecturas ligeras. El Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe es un pulmón verde vecino al barrio autoconstruido de Moravia. Hasta esta reforma era un espacio de actividades privadas y de pago, para el que el Gobierno de la ciudad proyectó y gestionó su reconversión en un espacio de uso y acceso público. Para ello se derribó el antiguo muro ciego que lo separaba de la ciudad y se construyó un nuevo límite transparente y retirado de la calle. Con la modificación del límite se ganó un espacio público perimetral de gran calidad para el paseo y la estancia. Entre las nuevas arquitecturas encontramos el Orquideorama —obra de Plan B: Juan Miguel y Juan Felipe Mesa y el equipo JPCR, integrado por J. Paul y Camilo Restrepo—, el acceso cilíndrico, con el bar y la tienda —de Ana Elvira Vélez y Lorenzo Castro—, y un auditorio al aire libre, una especie de obra de *land art* —del joven arquitecto Emerson Marín—, donde los aseos están semihundidos y el fondo del escenario está formado por paneles que soportan y alimentan plantas y flores, de modo que el edificio se integra en el lugar, se diluye en su ambiente.

Por último, en 2008 se inauguró una obra póstuma del gran arquitecto colombiano moderno Rogelio Salmona, el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. El barrio de Moravia es un conjunto de barrios autoconstruidos, foco de movimientos sociales reivindicativos, con una gran variedad de vida urbana, comercial, laboral y asociativa, en fase inicial de un proceso de mejora, que cuenta ya con este magnífico edificio cultural para el barrio, siempre lleno de niños que juegan, utilizan los ordenadores o aprenden música. Terminado por la arquitecta María Elvira Madriñán, socia y esposa de Salmona, y con la dirección de obra de Marco Aurelio Montes, el centro cultural de ladrillo y hormigón se compone de volúmenes puros, rampas y terrazas, todo ello organizado alrededor de un patio de encuentro. Dirigido a la enseñanza de la música para chicos y chicas, el edificio se ha convertido en la mejor puerta para un barrio que espera cumplir las promesas de mejora sin necesidad de expulsar a sus habitantes de pocos recursos, que ahora viven en una zona estratégica de Medellín, junto al antiguo eje ferroviario de salida de la ciudad y en lo que fuera el viejo vertedero de basuras que nutrió de chatarra y trabajo a las primeras generaciones de Moravia.

Aún en realización y con medios limitados, la experiencia de Medellín demuestra la

capacidad de recuperar el derecho a la ciudad; es decir, a las infraestructuras, al saneamiento, al transporte y los espacios públicos, a los edificios de equipamientos y las viviendas dignas.

Cada uno de los casos presentados en este texto demuestra cómo las ciudades bien gestionadas y con una ciudadanía crítica y activa pueden ser la clave para mejorar el mundo.

El turismo y la tematización de las ciudades

El turismo es la primera industria mundial, la actividad dominante en un mundo autodefinido por dos conceptos tipo antagónicos: globalización y sostenibilidad, que serían, posiblemente, dos de los tipos ideales que, siguiendo la conceptualización de Max Weber, caracterizarían las tendencias de nuestra época.¹²⁵ Y mientras la globalización sea esencialmente neoliberal, será antagónica con el objetivo de la sostenibilidad. En este contexto, la extrema complejidad de los procesos generados por el turismo es el fenómeno que mejor sintetiza las contradicciones de la sociedad contemporánea, las tensiones que se producen en cuanto a la elección entre lo global y lo local, entre la homogeneización y el mantenimiento de la memoria viva, entre el consumo y la cultura, entre la tendencia hacia el monocultivo del sector de los servicios y una real y sostenible transformación productiva, entre los bienes escasos y su consumo. El turismo, siendo una experiencia esencial del ser humano moderno, se ha transformado en un fenómeno que arrasa, al ser un turismo masivo y cuantitativo.

CONDICIONES

Podemos considerar que el turismo se constituye dialécticamente como un sistema de actividades que se superpone a las estructuras existentes: el sistema turístico puede agotar, empobrecer y destruir los sistemas naturales, sociales y urbanos, pero también la energía y la riqueza que generan pueden tomarse de manera positiva como oportunidad para rehacer y enriquecer los tejidos sociales, productivos, urbanos y paisajísticos que no tienen suficientes medios propios para conseguirlo; puede servir para otorgar motivos de satisfacción y orgullo a un grupo, ciudad o sociedad.

Las utopías, en el sentido de las búsquedas de unos nuevos lugares para unas nuevas sociedades, se han sustituido en la posmodernidad por el continuo relevo de turistas que observan a los nativos, por la comprobación de que lo corriente en un lugar es exótico para el visitante, por la vida fugaz y placentera en lugares distintos de nuestro planeta; eso sí, intentando no sufrir sus problemas cotidianos. El turismo, ¿sería la última utopía?

CONSECUENCIAS

Por su total adscripción a los mecanismos neoliberales del sistema capitalista actual, el sistema del turismo genera una serie de consecuencias. En el contexto de la era de la información, las sociedades están dominadas por el sector de servicios, donde se tiende a la reducción de los puestos de trabajo cualificados y a la dualización, entre quienes tienen derecho al ocio y al turismo y quienes tienen trabajos precarios de temporada, una gran parte de ellos en las industrias turística y del entretenimiento, un sector que fomenta el servilismo y que no crea raíces ni cualificación. Por ello, la primera característica es que el mundo del turismo no tiende a formar y crear calidad, sino trabajo basura.

Otra serie de consecuencias, ligadas a la imposición del sistema turístico sobre el

sistema de la vida cotidiana, es la paulatina expulsión de los habitantes dentro de un proceso de apropiación de los mejores enclaves, aun a costa de ilegalidades e irregularidades —como es el caso del hotel W o Vela en Barcelona—, y de conquista de tejidos urbanos centrales y estratégicos. Ello conlleva un exceso de hoteles que sustituyen tejido residencial y un exceso de pisos de alquiler temporal que expulsan a antiguos vecinos.

Y todo esto guarda relación con que la mirada del turista es siempre indiferente a los problemas reales y a los inconvenientes que sufren los habitantes. Un barrio con turistas no crea lazos sociales, no reivindica equipamientos ni elabora una conciencia política. Y no solo pierden las personas, sino también los barrios: el turista ni se compromete, ni cuida el barrio, ni reivindica equipamientos y espacios públicos, ni se solidariza, ni usa las papeleras, ni recicla, ni ahorra agua. No aporta nada a la ciudad donde reside ocasionalmente y, sin embargo, ocupa el lugar de un vecino real. Solo quiere que la ciudad esté a sus pies y a su capricho. Un debilitado deseo humano de utopía habría quedado sustituido por la seudoutopía posible y consumible de ver, distraída y ociosamente, cómo viven los otros, experimentado en una especie de panorámico parque temático global.

Todo ello crea entre los habitantes de los barrios más afectados por la presión del turismo una percepción de agravio comparativo, de competencia desleal de la industria turística, de ser ciudadanos de segunda. Crece la opinión de que los mismos responsables políticos que han promovido el turismo son incapaces de afrontar sus excesos, sus peligros y sus influencias negativas.

UN CAMBIO DE MENTALIDAD NECESARIO

El proceso de paso de la sociedad industrial, basada en el desarrollismo, el consumo de territorio y la sustitución continua, a la sociedad postindustrial y a la condición posmoderna debería fundamentarse en una total transformación, atenta a las cautelas ecológicas y al reciclaje urbano, a los valores de la historia y de la memoria. Todo ello exige que el sistema turístico se replantee de una forma global. Afrontar este necesario cambio de mentalidad requeriría que los sistemas turísticos se construyeran respetando y enriqueciendo los sistemas preexistentes. Pero ello comporta una doble dificultad. Por un lado, hemos heredado de la modernidad la incapacidad de relacionar las nuevas intervenciones arquitectónicas con los estratos existentes; se cree que lo nuevo solo es capaz de existir destruyendo lo antiguo. Sin embargo, a lo largo de la historia, desde el renacimiento hasta el neoclasicismo y el eclecticismo, se había establecido una relación natural entre las nuevas intervenciones y el respeto por las preexistencias. Por otro lado, la lógica dominante de los sectores financieros e inmobiliarios, de la que forman parte los grandes operadores turísticos, no tiene suficiente con construir sus nuevos sistemas de transporte, turismo e inversiones, sino que también necesita destruir las preexistencias naturales y urbanas, provocando, en una etapa previa, que queden obsoletos y se degraden hasta que no haya más remedio que eliminarlos para crear el grado cero desde el que iniciar la infraestructura turística. En este sentido, la industria turística utiliza para sus enclaves mecanismos similares a los empleados por los promotores de urbanizaciones cerradas.

Una clave metodológica para analizar e intervenir en estos paisajes existentes a los que se superponen los itinerarios y enclaves turísticos es el concepto de estructura y la teoría de los sistemas:¹²⁶ la actividad turística debería constituirse en un sistema que se va implantando en compatibilidad con los sistemas existentes, de manera que refuerce la realidad de palimpsestos y de la ciudad como hipertexto.¹²⁷

En este sentido, el reciclaje de las infraestructuras obsoletas —puertos, conjuntos fabriles, arquitecturas agrarias—, fenómeno que predomina en Europa, puede ser potenciado, en parte, por la energía del mismo turismo. Podría tener un triple sentido: el procesal de la reutilización, el simbólico de revalorizar la memoria de la colectividad y el funcional de generar espacios de atracción turística. Esto es lo que se ha planteado en la iniciativa el IBA-SEE en Alemania para la década del 2000 al 2010, regenerando la antigua zona minera de Lausitz, cerca de la frontera con Polonia, muy depauperada y contaminada. Diversas intervenciones durante estos años confían en que la arquitectura y el paisajismo, la recuperación de viejas infraestructuras como el gigantesco puente grúa, la acción del agua y de la naturaleza, las intervenciones artísticas y los movimientos del turismo nacional potenciarán la regeneración del área e impulsarán que sus habitantes se sientan orgullosos de una región que se está despoblando. Para ello es necesario potenciar una cultura de la intervención para valorar los entornos existentes: paisajísticos, agrarios, mineros, industriales y urbanos.

También toda la operación del Emscher Park en Alemania, realizada dentro de la iniciativa del Internationale Bauausstellung (IBA) en la cuenca del Ruhr durante la década de 1990, ha sido un magnífico ejemplo de una nueva concepción del paisaje, relacionado con el respeto por las preexistencias, la capacidad en la búsqueda de nuevos equilibrios ambientales, la voluntad de recreación de la memoria viva, que reinventan el sistema productivo y no lo “museifican”, creado para la comunidad y no para la visita turística.

Hay distintas claves que se complementan y que pasan por que cada ciudad decida participativamente unos objetivos y unos indicadores para medir la “capacidad de carga” de cada monumento, enclave y barrio y para controlar que estos no se superen. Y uno de los indicadores básicos de sostenibilidad consistiría en analizar si el sistema turístico segrega, crea enclaves y guetos, genera no lugares, o si se integra, potencia y enriquece la realidad existente; y también si expulsa habitantes y desaparece el comercio cotidiano de proximidad. Otra medida clave, que ya se aplica en muchas ciudades francesas, es la ecotasa o impuesto turístico, para reinvertir en los lugares turísticos y, también, para concienciar a los mismos turistas de los problemas ecológicos.

LA TEMATIZACIÓN DE LAS CIUDADES TURÍSTICAS

Aunque pueda parecer paradójico, la competencia y especialización de las grandes ciudades es un fenómeno que está estrechamente relacionado con la globalización. El mundo global exige que cada ciudad se defina, se caracterice y se especialice, y, al mismo tiempo, se esquematice y se simplifique para ser objeto de deseo e inversión y más fácilmente transmisible y digerible como tal. Siguiendo las coordenadas de la crítica a la industria de la cultura de consumo, desde Teodor W. Adorno y Max Horkheimer hasta

Jeremy Rifkin y Michael Sorkin, debemos entender que la ciudad ha entrado también en la lógica de la industria del consumo cultural, como la música pop, que exige que toda creación cumpla unas pautas de simplificación, topificación y modificación constante. Por tanto, como objeto del turismo de masas y de la inversión inmobiliaria, la ciudad se ha convertido en objeto de consumo y en espacio comercial. Pero, al mismo tiempo, tal como ha señalado David Harvey,¹²⁸ hay una relación directa entre el interés que una ciudad concreta despierta en el panorama global y su capacidad para diferenciarse cultural y socialmente. La gran paradoja es que a mayor presencia global, más inversión y más turismo y, por tanto, mayor presión hacia la homogeneización, que, si se consolidase, anularía las posibilidades de dicha ciudad de ser fuerte en el mercado global. Con ello demostraría que el funcionamiento de la lógica del turismo globalizado y financiero es insostenible, ya que, en el caso de las cualidades de la ciudad, destruye su propia razón de ser.

Tal como sucede en los productos de consumo, el objetivo turístico, en este caso la ciudad, se proyecta desde su lugar de origen hacia el exterior como un singular objeto del deseo. La ciudad se va convirtiendo en objeto de consumo, como la moda. Y tal como escribió Cesare Pavese, el mecanismo de consumo tiene un éxito total porque sintoniza con los mecanismos insaciables del deseo. Y el cine es uno de los mejores recursos para potenciar las ciudades que se presentan como escenario de grandes eventos culturales o deportivos y las películas de éxito comercial, como *Vicky, Cristina, Barcelona* (2008) del director Woody Allen.

Sin embargo, según la masa crítica, cultural y política de las ciudades, este proceso puede comportar resultados diversos. Puede haber ciudades donde predominen sus museos —como en Londres, París, Helsinki y, especialmente, en las ciudades medias alemanas—, pero si estos museos son activos y mantienen relaciones con los intereses culturales de la ciudadanía, la ciudad no se museifica ni tematiza; lo esencial es que la ciudad continúe viva. Hay ciudades, en cambio, que han interpretado el museo como institución estática, detenida en el tiempo, y han aplicado la misma lógica para su centro histórico. Algunas partes de Venecia, Florencia y Praga serían emblemas de una museificación irreversible. Serían ciudades dormidas en la ensoñación de sus colecciones, restauraciones y recreaciones, como Carcassonne en Francia o Tallin en Estonia. La ciudad estadounidense de Williamsburg representa un caso extremo de museificación y tematización: algunos de sus habitantes, disfrazados como si vivieran a mediados del siglo XVIII, forman parte cada día de una escenografía histórica.

Optar por la tematización implica dedicar partes acotadas, comprensibles y completas a un tema concreto que se ofrece como atractivo al turismo. Nueva York ha tematizado algunas de sus áreas, como Times Square, según el proyecto urbano dirigido por Disney, la empresa madre del entretenimiento como consumo. En España, la ciudad más tematizada es Valencia, que ha confeccionado una imagen más simple y comercial, centrada en la Ciudad de las Artes y las Ciencias, en su costa mediterránea, llena de urbanizaciones y hoteles, y en su parte marítima, puesta en el mercado para dedicarla a la Copa del América (2007) y sus calles convertidas en un circuito de Fórmula 1. Con ello se potencia un crecimiento desmesurado al tiempo que se deja en abandono el centro urbano para que

la degradación permita su completa transformación futura. Excusas como el turismo y las obras de las estrellas internacionales de la arquitectura sirven para enmascarar la especulación.

Como resultado del turismo de masas, la tematización comporta una serie de invariantes: exige la máxima facilidad de comprensión para el visitante, lo cual implica simplificar la complejidad de la propia historia para ofrecer un discurso rápidamente transmisible; deben ofrecerse facilidades para recorrer la ciudad en un par de itinerarios turísticos, casi sin bajar del autocar. Funcionalmente, ello significa el predominio de la oferta hotelera y sus derivados, lo que promueve la tipología del hotel como objeto autónomo, extraño al tejido urbano y social donde se sitúa. Al mismo tiempo, un sector turístico paralelo y abusivo va creando hoteles por días y semanas en viejos inmuebles de las ciudades históricas y turísticas (tal como sucede en Nueva York, Barcelona o Valencia), de los que previamente se ha ido expulsando a sus habitantes, muchas veces ancianos, mediante la presión ilícita del *mobbing* inmobiliario.

De esta manera se van elaborando entornos hiperreales que ofrecen al visitante una imagen depurada y concentrada del tema de cada ciudad. Y los habitantes reales se van convirtiendo en simpáticos y sonrientes comparsas de un decorado en el que, en definitiva, los argumentos de cada ciudad se van simplificando dentro de una sociedad global que pretende una “estupidificación” genérica, una “disneyficación” del mundo que nivela por lo bajo.

EL CASO DE BARCELONA

Si el turismo constituye uno de los fenómenos más emblemáticos de la globalización neoliberal, en el caso de Barcelona es sumamente crucial en la medida en que la ciudad ha hecho la apuesta, arriesgada y poco responsable, por el monocultivo del turismo y todas las servidumbres que ello comporta.

Este proceso de confiar plenamente en las energías del turismo y despreciar las demás fuentes de enriquecimiento y evolución de una ciudad se agudizó a partir del Fòrum 2004 y de la época en la que Joan Clos fue alcalde, que puso como objetivo prioritario el aumento cuantitativo de los turistas. No olvidemos tampoco que Barcelona es históricamente una ciudad con voluntad turística, expresada con iniciativas como la revista *Barcelona Atracción* durante las primeras décadas del siglo xx.

Un ejemplo emblemático de museificación y tematización es el del llamado barrio gótico, una denominación que aparece en 1911. Fue inventado al mismo tiempo que la apertura de la Via Laietana exigía el derribo de una parte de la ciudad antigua, con sus calles irregulares y abundante material arqueológico, y dejaba a la vista fragmentos de la muralla romana. Entonces, los mismos arquitectos responsables de la nueva arquitectura, como Josep Puig i Cadafalch, Jeroni Martorell o Adolf Florensa, fueron inventando imágenes ideales de la ciudad antigua, como la Plaça de Ramon Berenguer, y pensaron un recinto alrededor de los principales monumentos góticos: el salón del Tinell y la catedral. Su ejecución se inició en 1927, con el estímulo de la Exposición Internacional de 1929. Sin embargo, en el llamado barrio gótico lo que se ve, en realidad, no es la muralla medieval

(derribada en 1854), sino la muralla romana con las torres (prismáticas en el perímetro y cilíndricas en las puertas), y el trazado de la ciudad en aquella área —con el eje de las calles Ferran y Princesa y de la Plaça de Sant Jaume— responde a aperturas de mediados del siglo XIX. Se trata de un caso flagrante de invención de una tradición.¹²⁹

Tal como ya hemos explicado, la necesaria simplificación de la ciudad para su consumo lleva a crear falsas jerarquías urbanas mediante recorridos “sanitarizados”, acentuados por la presencia de franquicias de moda y cafés. Fuera de estas rutas quedan barrios donde predomina la vida cotidiana y pequeños museos que visitan los amantes del arte y los turistas que quieren aprender y descubrir.

Ambos procesos, museificación (o embalsamamiento) y tematización (o simplificación), están relacionados con la dependencia plena del turismo de masas; en Barcelona se producen los dos a la vez. Por una parte, la museificación, al haber entregado su parte histórica, el llamado barrio gótico, a un progresivo embalsamamiento;¹³⁰ y, por otra, la tematización, convertirse en la ciudad del modernismo al precio de haber borrado su memoria industrial y obrera, esa memoria que tanto disgustaba a los *noucentistes* y sigue disgustando a muchos de los políticos e intelectuales *tardonoucentistes*.

En esta museificación podemos encontrar algún sentido positivo: por ejemplo, los centenares de esculturas contemporáneas expuestas al aire libre, en toda la ciudad, que ha ido instalando el Ayuntamiento en las últimas tres décadas. Sin embargo, este proceso comporta sacrificar algunos enclaves, como la Plaça Catalunya y la plaza de la Catedral, centros simbólicos de la ciudad que se han convertido en terminales de tours y emplazamiento de sedes bancarias y de franquicias. La tematización en Barcelona tiene potentes focos en los alrededores del Camp Nou, lugar de juego del mítico Fútbol Club Barcelona; en torno a la Sagrada Familia, última oportunidad mundial de asistir a la construcción tardía de una catedral; en el Park Güell, que sufre el exceso, abuso y vandalismo del aluvión de visitas turísticas; a lo largo de las Ramblas, cuyos negocios y restaurantes son de autenticidad dudosa, y donde predominan las redes internacionales y no locales; y, en verano, las playas, que sufren un gran desgaste, cada vez tienen más superficie privatizada y dedicada al negocio, y cada día terminan hechas un basural. Todos son escenarios urbanos entregados a la lógica del *kitsch*, que, como definió el novelista Milan Kundera, comporta la aceptación acrítica de los hechos y de las formas: “El *kitsch* elimina de su punto de vista lo que en la existencia humana es esencialmente inaceptable”.¹³¹

No es casual que los turistas estadounidenses que visitan el barrio gótico de Barcelona pregunten recurrentemente: ¿cuándo se cierra? No pueden entender que en aquel recinto museificado y tematizado, dedicado de lleno al turismo y su comercio, que va de la Plaça Catalunya al puerto y del Museu Picasso y la Via Laietana a las Ramblas, haya personas que vivan allí cuando los grandes almacenes, las tiendas y los museos cierran. Al haber identificado el entorno unitario, acotado y tematizado, les parece incomprensible que no se cierre por la noche, como sucede en un parque de atracciones o un centro comercial. En la medida en que el espacio del turismo es un espacio de ocio y consumo, al turista le sorprende que el centro histórico sea, además, un lugar para vivir. ¿Hay gente que vive en un centro comercial?, se preguntan incrédulos.

En el caso de Ciutat Vella el desgaste de la ciudad es triple: el habitual de sus habitantes, el causado por los turistas y, además, el que generan la mayoría de las instituciones públicas que sitúan sus sedes en el centro representativo de la ciudad. Sus habitantes, además, se desdoblan en diversos grupos: los antiguos residentes, los profesionales con recursos, que se incorporan a vivir en el centro histórico, y los inmigrantes procedentes de culturas con un uso del espacio público y privado muy diverso, en general muy intenso. Necesariamente, la calle se utiliza como alivio del hacinamiento que en muchos casos se sufre en las viviendas.

Un ejemplo, que, a pesar de sus dificultades y lentitud en la ejecución, puede interpretarse positivamente por su voluntad de que la nueva ciudad compatibilice los usos de la vida cotidiana y el mantenimiento de la memoria por una parte y la monumentalización de hitos que el turismo pide, por otra, es el conjunto en torno al Mercat de Santa Caterina (1997-2005), de Enric Miralles y Benedetta Tagliabue. El mercado se ha convertido en “micrópolis”, un nudo urbano con la máxima tensión y superposición de capas arqueológicas, tramas urbanas y sistemas constructivos. Debajo de una gran cubierta ondulada y asimétrica, que se asoma hasta el paseo peatonal, y donde las miles de piezas cerámicas hexagonales que cubren la compleja cubierta recrean figuras gigantescas de frutas, se desarrolla la vida cotidiana del comercio, donde conviven vecinos y turistas. Toda la complejidad del conjunto, en el que sobre una parte del mercado se superpone el volumen de unas viviendas asistidas para personas mayores, en forma de voladizo, propone la continuidad de los llenos y vacíos del entorno histórico de la ciudad medieval: pequeñas plazas, filamentos de callejuelas y angostos recorridos interiores. Una obra que permite que afloren los palimpsestos de la ciudad.¹³²

CONCLUSIONES

Una ciudad tematizada, puesta a disposición del turismo de masas, está para eso: para ser consumida, para que los visitantes hagan con ella lo que quieran, incluso olvidando las férreas normas de conducta de sus países de origen, para ensuciarla, como basurero y baño público, y para gritar y hacer todo el ruido que quieran.

La tematización, en definitiva, exige la topificación y especialización funcional de la ciudad, que ofrezca su complejidad para ser consumida rápidamente. Más allá de su propia dinámica, las ciudades se ven presionadas para que se tematicen y museifiquen, y ambos procesos a menudo se mezclan y confunden potenciando la ciudad como mero centro comercial al aire libre. Y si no se sabe integrar y respetar el entorno social y cultural existente, estos procesos pueden ser mortales para la vitalidad de las ciudades y a la larga para el propio turismo.

En conclusión, podemos considerar que el sistema de itinerarios turísticos tiene sentido cuando se superpone como otro más sobre los sistemas existentes, sin hacerlos desaparecer, cuando la ciudad y el paisaje funcionan realmente como un hipertexto o como un palimpsesto. Esto es lo que se defendió con el proyecto alternativo del año 2005 para la fábrica Can Ricart, reivindicado por los vecinos, tal como se explica más adelante en este libro.

Sin embargo, lo que tiende a suceder es lo contrario: las ciudades son invadidas por símbolos implementados, como el caso de la torre Agbar, proyectada por el equipo de Jean Nouvel, un emblema del poder de una compañía privada que se ha erigido en el símbolo de la Barcelona actual, aunque siguiendo la propia lógica ideológica del arquitecto de que sea un agresivo objeto aislado, que desprecia el espacio público circundante. O como el edificio Mirador, de Blanca Lleó y MVRDV, en el barrio residencial de Sanchinarro en Madrid, que se yergue como símbolo cuando en realidad es una protesta en relación con un medio urbano mediocre; se convierte en imagen de un barrio con un urbanismo nefasto y cuando la mayor parte de las viviendas del conjunto son pésimas. Y ello tiene que ver con el embellecimiento epidérmico de las ciudades, con la cosmética. En este sentido, Madrid pretendería ser hoy la ciudad más sexy de España.

La única alternativa para conseguir que los tejidos urbanos históricos no sean engullidos por el sistema turístico y sus habitantes paulatinamente expulsados radica en conseguir que las Administraciones y los operadores turísticos inviertan en la calidad de vida de dichos lugares a través de cuotas, impuestos y tasas. Es decir, que los beneficios del turismo se repartan entre todos y todas, potenciando lógicas de redistribución del éxito: favoreciendo políticas sociales de vivienda; revisando continuamente el plan de usos y el equilibrio de los comercios, para evitar que las tiendas de alimentación se sustituyan por bares y restaurantes, tiendas de moda y de *souvenirs*; promoviendo la calidad y mantenimiento del espacio público; y realizando equipamientos específicos para la vida cotidiana —guarderías, centros de asistencia primaria, bibliotecas, escuelas para adultos, etc.— que complementen los equipamientos genéricos —museos e instituciones— que ya poseen estos barrios.

Otra clave es la creación de auténticos espacios públicos de dominio público. No como la Potsdamer Platz en Berlín, con una Sony Plaza que tiene unas reglas de régimen interno exclusivas y privadas que lo prohíben casi todo y solo permiten consumir. Las Normas del Civismo en Barcelona del año 2005 tomaron, entre otros precedentes, las reglas de la Sony Plaza, que prohíben la venta ambulante, interpretar música y actuar, mendigar, manifestaciones políticas y propaganda, ir en bicicleta y en patín, los perros deben ir con correa y no se puede alimentar a las palomas, ni llevar globos o lanzar fuegos artificiales; cualquier infracción se castiga con una multa. La paradoja es que Barcelona, una ciudad real, se haya inspirado en las reglas de un centro comercial tematizado; es decir, una ciudad no real. En la actualidad se considera a Barcelona la ciudad más normativa y represiva de España.

Los auténticos espacios públicos serían lugares como el Centro Cultural de São Paulo (CCSP), de Luiz Benedito Tellez y Eurico Prado Lopes, y el SESC Pompeia de Lina Bo Bardi, también en São Paulo; la Biblioteca Pública en Seattle, Estados Unidos, de Rem Koolhaas y Joshua Ramus; o la Mediateca, en Sendai, Japón, de Toyo Ito; lugares de acceso libre y que ofrecen servicios gratuitos.¹³³

La cuestión clave es que el turismo de masas es siempre el mismo, y lo que son distintas son las ciudades. Por ello, cada ciudad debe fortalecer su masa crítica y elaborar continuamente sus criterios, normas y límites característicos para que sean cumplidos por los visitantes. No asumirlo es motivo de incoherencias. Es muy sintomático que uno de los

monumentos más visitados de España sea la Sagrada Familia y que para muchos barceloneses esta sea un símbolo de mal gusto, algo que ni se contempla. El mismo Ayuntamiento de Barcelona nunca le ha otorgado el permiso de obras. He aquí la metáfora de los efectos del turismo: algo presente pero que preferimos no mirar de cara; mientras, los hoteles siguen expandiéndose y las calles son invadidas por autocares y grupos de turistas. En esta dirección, las ciudades están construyendo identidades y memorias falsas, sin capacidad de acumular, inventando cada año acontecimientos que se repiten de ciudad en ciudad, incapaces de crear su propia tradición contemporánea, de prever, debatir y promover la participación, sobreexcitadas de acontecimientos, pobres en herencias profundas. Y el primer paso es tomar conciencia de las complejas implicaciones del turismo y la dificultad en definir capacidades de carga y en marcar los límites. En definitiva, se trata de conseguir mantener el “derecho a la ciudad”, ahora un derecho que comparten ciudadanos habitantes y ciudadanos turistas, con sus respectivas obligaciones, una carta de deberes y derechos, que el turista cuide el lugar que visita, para que todos disfruten la ciudad sin que esta vaya siendo diluida, para que el paisaje no se deteriore, para que el planeta se salve, con la conciencia de que los recursos que atraen al turismo son una herencia común de la humanidad.

Lamentablemente, es muy clarividente la visión cínica y apocalíptica de Rem Koolhaas en su exposición *The Gulf* en la Bienal de Arquitectura de Venecia del 2006, dedicada a las nuevas ciudades en Kuwait, Qatar, Abu Dhabi, Dubái y Ras Al Khaimah, y centrada en el espectáculo urbano contemporáneo. Koolhaas escribe: “Frente a las crisis ecológicas, el turismo de masas se dirige a contemplar el delirio del consumo, visita los lugares más amenazados de desaparición, los bienes culturales y paisajísticos a punto de ser disueltos”.^{[134](#)}

VULNERABILIDADES

En este panorama, no es lícito mirar solo a la arquitectura de los poderosos, sino que la clave está en visibilizar las injusticias, ver los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, para conocer las grandes heridas que deberían sanarse. El futuro de la arquitectura radica en tener una mayor empatía hacia la diversidad de los usuarios y en una incorporación activa de estos. También, en mejorar y rehacer todas aquellas partes marginales y suburbiales del territorio

Traumas urbanos: el borrado de la memoria

La tematización de las ciudades es el resultado de la pérdida de la memoria crítica. Una de las características de las sociedades contemporáneas es que, a pesar del aumento general de los ingresos per cápita en la última década del siglo xx y la primera del xxi, también han aumentado los riesgos y las fragilidades. Todo ello se produce sobre la base de una tendencia general del sistema de construcción de las ciudades a borrar la memoria urbana con el objetivo de debilitar las redes sociales y comunitarias, que podrían oponerse a determinados proyectos urbanos, y por tanto, económicos. Entramos aquí en otro de los entresijos de los procesos contemporáneos de urbanización: la disolución de la memoria plural y compleja, un mecanismo político que pretende imponer nuevas identidades colectivas, concepciones simples y manipuladas de lo social. Ciertos traumas urbanos se producen de manera silenciosa y larvada. Podemos hablar de un sistemático borrado de la memoria colectiva que se produce en situaciones no explícitamente traumáticas, sin conflictos sociales aparentes, de una manera lenta y oculta, como consecuencia del desarrollo tardocapitalista y neoliberal de las grandes urbes, que quieren imposter identidades simples para el control interno y para la comunicación externa, hacia las inversiones y el turismo, y que se transmiten convenientemente edulcoradas a través de campañas publicitarias.

En todo fenómeno de transformación urbana se produce un proceso similar que, más allá de la pugna de los intereses económicos y de las pautas definidas por el poder municipal o estatal, se dirime siempre en el terreno de las decisiones: qué se mantiene, qué se transforma, qué se destruye y cómo se llevan a cabo dichos procesos. Es por ello por lo que la cuestión del patrimonio arquitectónico, urbano y paisajístico resulta tan clave y sintomática. Generalmente se trata de un proceso lento y solapado que, en ocasiones, estalla como una lucha urbana para defender un enclave histórico, un edificio, un espacio público o un parque.

A raíz de las dictaduras históricas —como la de Adolf Hitler en Alemania, Benito Mussolini en Italia o Franco en España— y de las dictaduras contemporáneas —como la china—, el proceso de sustitución de las partes históricas por avenidas y monumentos totalitarios que expulsan a sus habitantes y arrasan con la memoria ha sido mucho más drástico y traumático.¹³⁵ En estos casos, la falta de libertades y derechos son tan directos y fácilmente visibles que quedan para escarnio a través de los tiempos. Las restituciones y borrados de la memoria en las democracias se producen de manera más sibilina, envueltas en el *glamour* del consumo, la modernidad y la fiesta.

Tal como ha escrito André Corboz, la ciudad es un hipertexto que hay que descifrar, un hipertexto hecho de estratos, muchos de los cuales han quedado ocultos o borrados no solo por guerras, sino también por procesos de destrucción planificada y sistemática del tejido histórico para ser sustituidos por nuevos productos urbanos.¹³⁶

El fenómeno del borrado intencionado de la memoria ha sido analizado en diferentes estudios por autores como Mike Davis en *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los*

Ángeles,¹³⁷ Norman M. Klein en *The History of Forgetting. Los Angeles and the Erasure of Memory*,¹³⁸ M. Christine Boyer en *The City of Collective Memory*,¹³⁹ o Dolores Hayden en *The Power of Place*.¹⁴⁰

EL CONCEPTO DE MEMORIA

En un contexto más general, a lo largo de la época posmoderna, se ha pasado de una visión totalizadora y monolítica —como la que planteaban, entre otros, Aldo Rossi o Jürgen Habermas— basada en modelos, en la voluntad de restaurar el dominio público en la ciudad, en la admiración por el proyecto racional y social de la Ilustración y en la empatía por las totalidades perdidas, a una situación que, desde la década de 1990, se ha puesto énfasis en la pluralidad, en la sensibilidad por las minorías, en la aceptación de voces distintas (mujeres, ancianos, niños, homosexuales, marginados, etc.). Si hacia la década de 1960 se intentó construir un concepto ideal de memoria colectiva (siguiendo, por ejemplo, a Maurice Halbwachs), a partir de la década de 1990 este concepto se ha ido deconstruyendo en dos direcciones opuestas: por un lado, por parte del sistema productivo, se han reforzado los mecanismos de borrado y sustitución de la memoria y, por otro, por parte de los movimientos sociales, se ha reivindicado la diversidad de memorias existentes en cada ciudad, defendiendo su visibilización y desvelando cómo conviven o cómo unas se imponen sobre las otras. Ambos procesos antagónicos han incrementado la complejidad y conflictividad de la construcción urbana.

Una de las más grandes ambigüedades, paradojas y dificultades que ha aportado la condición posmoderna son los procesos de eliminación de la memoria real y la invención de memorias temáticas e impostadas. Es el caso de la facilidad con la que las culturas posmodernas crean inmediatamente tradiciones festivas y celebraciones e imponen edificios —rascacielos o centros comerciales— como imprevistos símbolos de las ciudades. Con ello se produce un proceso psicológico de “distracción”, cuando, sin que la colectividad sea muy consciente de ello, de golpe una falsa memoria expulsa a la existente, que se sustituye por una *imago*. En este sentido, se trata a los barrios y a las ciudades como a los replicantes de *Blade Runner* (1983), a quienes se les implanta una memoria falsa. Una variante de este proceso de distracción de la memoria es cuando se produce la apropiación de un sitio al vaciar su contenido simbólico y cambiar su significado. Solo la memoria manipulable en provecho de los operadores se considera una pieza que da *glamour* a la zona. Este proceso de invención institucional de las tradiciones, consustancial con la historia humana, posee en la actualidad una mayor complejidad y dificultad. En cualquier caso, si las habilidades de las tecnologías de la comunicación han aumentado con el fin de imponer nuevas memorias, también estas mismas tecnologías han potenciado la capacidad social para resistir, reivindicar y conocer aquellos testimonios que quieren borrarse. Veamos algunos casos de estudio.

NUEVA YORK

Un ejemplo emblemático de borrado de memoria es Battery Park, en Nueva York, un caso

que ha sido analizado por M. Christine Boyer.¹⁴¹ Lugar con una posición estratégica y privilegiada en Manhattan, estaba destinado a la construcción de viviendas sociales según el plan director de 1979. Años más tarde se decidió crear un centro financiero y una zona de viviendas de lujo para los sectores próximos a las finanzas de Wall Street. El resultado final se articula en torno a un gran centro comercial y de negocios, proyectado como un escenario cinematográfico, con una falsa variedad y memoria. Battery Park contiene una aparente diversidad de restaurantes y comidas, todos propiedad de las mismas empresas y franquicias. Una vez terminado el centro comercial y de negocios en 1988, se promovieron fiestas y celebraciones de inauguración que duraron cinco días y que crearon una falsa tradición como legitimación retórica y ahistórica que intenta ocultar la memoria de lo que existía y de aquello que estaba previsto construir en el lugar. Una vez introducido un nuevo espacio laboral para la élite de las finanzas, se promovió la Battery Park City, la zona propiamente de viviendas, un barrio de lujo lleno de filtros y barreras poco visibles, repleto de cámaras de vigilancia y de policía, construido para afrontar escenográficamente dos premisas críticas con el territorio disperso del suburbio: la ciudad densa, compacta y variada, y la ciudad sostenible. Para cumplir ambos requisitos hace falta algo más que una imagen simplificada, hace falta la incorporación real de la diversidad social y de los actores económicos.

Para completar la escenografía urbana se introdujeron nuevos símbolos históricos falsos, como el monumento dedicado a los irlandeses emigrados a Nueva York a causa de las epidemias y la hambruna en el siglo XVIII. Al no tener nada que ver con ninguna preexistencia patrimonial del entorno, este monumento, construido con piedra procedente de Irlanda, genera intencionadamente una lectura confusa de su significado.

Otro ejemplo emblemático es la tematización de uno de los enclaves más representativos de Nueva York: Times Square. La zona se había convertido en la década de 1980 en un lugar híbrido y bastardo, donde se mezclaban teatros y *sex shops*, en un fenómeno impropio para la ciudad de la seguridad, propugnada por el por entonces alcalde Rudy Giuliani, y para ser espacio de consumo y ocio de la familia estadounidense. Por ello, para su reurbanización se llamó en 1993 a Disney Company, la empresa madre del entretenimiento de consumo, que encargó el proyecto a Robert A. M. Stern. Tras su remodelación, la zona se ha convertido en una parte de la ciudad tematizada que recrea una memoria falsa basada en una edad de oro mítica de la década de 1920 a la de 1950, que ha limpiado la existente y que se expresa con una tecnología publicitaria contemporánea. Y lo que es más importante, presenta una falsa diversidad de opciones, puesto que todo está controlado y programado por Disney. Si la diversión es consumo, este se torna diversión gracias a los elementos de propaganda de productos a escala gigante y megapantallas con las cotizaciones de bolsa que invaden las fachadas. En el centro del espacio público, dos pabellones resultan muy sintomáticos: uno de la policía y el otro para el reclutamiento de soldados.

La crítica Joan Ockman ha explicado con precisión este proceso de paso de la ciudad del pecado a la ciudad del signo y este mecanismo urbano pensado para “dejar Times Square listo para Blancanieves”, convirtiéndola en un inmenso teatro al aire libre, espectáculo de pantallas y neones, un gran cine urbano de límites indeterminados.¹⁴²

LOS ÁNGELES

Los Ángeles, la ciudad mítica de Hollywood, aquella que para Reyner Banham¹⁴³ era el modelo de ciudad paradisíaca y moderna, por su clima, sus playas para hacer *surf*, sus laderas de montaña, sus paisajes de valles y sus autopistas, de golpe, en la década de 1990, se reveló como un modelo de distopía, en el lugar de la segregación y el enfrentamiento social, el ejemplo de una maquinaria perfecta del borrado sistemático de la memoria anarquista, socialista y alternativa de la ciudad a principios del siglo xx. Los conflictos sociales y étnicos latentes tuvieron su eclosión en los *riots* de 1992, que pusieron en evidencia décadas de malestar.

En sus libros, Mike Davis¹⁴⁴ y Norman M. Klein han rescatado la tradición de las novelas distópicas y el cine negro, que, a lo largo de todo el siglo xx, habían presentado la ciudad de Los Ángeles como lugar de la violencia, la desintegración y el colapso civil; en definitiva, como el más privilegiado escenario del apocalipsis permanente y premonición del estallido de conflictos reales.

Las autopistas y los edificios emblemáticos de Los Ángeles son una respuesta a esta realidad conflictiva, de una ciudad llena de una pobreza que oculta y de una diversidad étnica a punto de estallar. Por ello, las autopistas atraviesan de manera traumática los barrios ocultos a la vista desde el coche. En la película *Un día de furia* (1992), de Joel Schumacher, el protagonista atraviesa a pie distintos barrios poniendo en evidencia este rompecabezas explosivo de áreas marginadas desconocidas, donde un extraño es peligroso y corre peligro por la inexistencia de códigos urbanos compartidos y por la extrañeza que causa su propia presencia. Y el Hotel Buenaventura, obra de John Portman, alardea en su promoción de que, desde él, por su morfología, accesos y aparcamientos, no hay posibilidad de tener la desagradable visita de los vecinos residentes en los barrios de alrededor.

BERLÍN

El Berlín contemporáneo es otro caso emblemático, especialmente en Potsdamer Platz. En esta plaza se han borrado los vestigios de memoria urbana con la construcción de una arquitectura genérica con una voluntad contraria al reforzamiento y especificidad de la ciudad.¹⁴⁵ En este caso se trata de una ciudad destruida por una guerra y por la herida de la división del Muro de Berlín entre 1964 y 1989. Ciertamente, en algunos casos, tal como les sucede a las personas, las colectividades prefieren no recordar los episodios más pesados de su pasado. Sin embargo, si escondemos las heridas para que no se vean ni recuerden, volveremos a caer en los mismos errores.

El conjunto de Potsdamer Platz fue promovido por grandes empresas (Mercedes Benz, Sony y Hyatt) y construido por firmas arquitectónicas internacionales. Constituye un emblema de borrado de los vestigios existentes, en este caso la memoria ignominiosa del Muro de Berlín y la eliminación del contacto con el mundo real que lo circunda: barrios de emigrantes y el Kulturforum. Se trata de un caso extremo de segregación: de ser tierra de nadie ha pasado a ser un enclave de superlujo con una morfología y unos elementos

urbanos proyectados deliberadamente para aislarse del Kulturforum y del resto de la ciudad.

En los casos que se tratan en este texto se produce una paulatina injerencia del sector privado en la gestión de un espacio público, que acaba convirtiéndose en lugar de control y de normas. El edificio Sony, cuya plaza cubierta constituye el corazón mismo de Potsdamer Platz, es un ejemplo claro de esta privatización del espacio público, donde solo se potencian actividades de consumo y donde en cada acceso una pequeña placa con un “reglamento de la casa” prohíbe cualquier acción lúdica o reivindicativa, manifestarse, la venta ambulante, la mendicidad, andar en bici o patines, jugar y correr, llevar globos, utilizar fuegos artificiales o sentarse en las escaleras; tampoco pueden dejarse sueltos los perros ni dar de comer a las palomas.

Esta injerencia en el control del espacio y de los sistemas públicos gestionados por la seguridad privada ha encontrado sus referentes de legitimación en los ataques del rizomático nihilismo terrorista: el 11 de septiembre del 2001 en las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de marzo del 2004 en los ferrocarriles de acceso a Madrid, en noviembre del 2008 en enclaves de Bombay, etc. Lamentablemente, estos atentados a lo urbano y a lo colectivo, como blanco de la violencia y del fanatismo, han transformado los modos de vida urbanos. El fenómeno del terrorismo alimenta la histeria del control frente a la inseguridad.

En este sentido, resulta emblemático el cambio de mentalidad, desde la confianza a la desconfianza, que se produjo en Tokio tras el ataque al metro con gas tóxico en 1995. En una cultura tradicional e isleña como la japonesa, la confianza se tornó en una cultura del miedo y de la desconfianza hacia el otro, el extraño, el emigrante. Las puertas de las casas, muchas de ellas hasta entonces abiertas, se cerraron con llave.

BARCELONA

Otro caso evidente de la sistemática destrucción de los tejidos sociales con memoria y conciencia de clase se ha producido en Barcelona. El borrado programado y sistemático de la memoria industrial y obrera (en especial la lenta destrucción del tejido social y productivo de barrios como Ciutat Vella y el Poblenou) va segregando a la población en un proceso que refuerza la separación entre las élites y las masas de población modesta y que potencia la sustitución de los antiguos residentes por las nuevas clases medias altas. El distrito 22@ anuncia en sus propuestas que, cuando la transformación prevista esté completada, el 80 % de sus vecinos del Poblenou serán nuevos habitantes.

En Barcelona se ha puesto en práctica una manifiesta voluntad de eliminar cualquier vestigio de la lucha de clases y de los conflictos de los siglos XIX y XX en un proyecto de destrucción de la memoria social donde se han puesto de acuerdo empresarios, banqueros y políticos de la mayor parte de partidos parlamentarios. Se ha primado la arquitectura de los palacios y edificios del *modernisme* y se ha borrado la memoria industrial de los barrios, las fábricas y los edificios de la cooperación y ayuda mutua entre obreros que permitieron la Revolución industrial y el enriquecimiento de las familias Batlló, Güell, Girona, Ricart, Gili, Godó, Bertrand, Fabra, Folch, Viladomiu y muchas otras, algunas de las cuales

tienen sus palacios en el Passeig de Gràcia y otras calles de la ciudad.¹⁴⁶ Cada tiempo nuevo busca legitimarse en aquello que enfatiza, excluye y oculta, y con la modernidad ha ido creciendo la instrumentalización del pasado. En Barcelona, la apología del *modernisme* que ha llevado a cabo la burguesía local ha ido ligada al borrado de las infraestructuras industriales que lo nutrieron.

El caso más emblemático de este proceso ha sido el del conjunto fabril de Can Ricart, en el Poblenou, iniciado en 1853. Con más de 150 años de funcionamiento, hasta junio del 2005 estuvo en plena actividad y contaba con 250 personas entre pequeños empresarios, artesanos y obreros. A pesar de todo ello, estaba prevista su casi total destrucción y, aunque se produjo mucha resistencia, se acabó desalojando a todos sus trabajadores rompiendo las redes y lazos entre la gente y el lugar, destruyendo talleres artesanales y de reparación básicos para el entorno y mutilando un patrimonio industrial de valor único que, junto a Can Batlló de la Bordeta, constituyen los únicos conjuntos industriales decimonónicos que aún siguen en pie. El objetivo final era construir un conjunto de oficinas y laboratorios de arquitectura genérica que arrasaban la memoria preexistente dentro de la lógica de la ciudad global. Cabe destacar que este recinto fabril se encuentra en el distrito 22@, que en sus inicios pretendía ser una recreación de la zona industrial que mantenía la industria existente no contaminante e incorporaba una nueva capa a la complejidad urbana, con empresas de nuevas tecnologías (de ahí la @ en el nombre). También se explicaba que, como un sistema de premios, cuantas más capas se preservaban, más se aumentaba la edificabilidad. Debe aclararse que, hasta 2009, no se había completado el catálogo patrimonial del barrio, y para entonces la mayor parte de los planes especiales de reforma ya estaban en marcha.

Afortunadamente, una larga y amplia lucha ciudadana consiguió detener la destrucción de una parte del conjunto industrial. Para argumentar la defensa de la asociación de vecinos, se planteó un proyecto alternativo en *cluster* con voluntad de continuar la morfología del conjunto fabril. Con dicho proyecto alternativo se pretendía dejar expresadas las tres capas del palimpsesto urbano: la antigua estructura industrial, anterior al Ensanche Cerdà; la estructura de la ciudad vecinal y repetitiva del Ensanche, con manzanas cerradas; y la nueva estructura moderna y flexible, sobre las preexistencias y dentro del plan del 22@. Después de lograr salvar una parte representativa del conjunto fabril, se convocó un concurso para su restauración y reconversión en la sede de la Casa de las Lenguas, concurso que ganó EMBT.¹⁴⁷

De hecho, en la década de 1990 la Villa Olímpica, en el mismo Poblenou, de MBM, se construyó en un desierto de referencias, tras haber derribado el patrimonio industrial en una zona con piezas tan valiosas como los Almacenes Generales de Depósito (1874), obra de Elies Rogent, la primera obra en Cataluña donde se utilizaron bóvedas ligeras gigantes, embrión estructural del modernismo, y el inicio de las bóvedas gigantes de ladrillo que Rafael Guastavino propagó por Estados Unidos (como las del vestíbulo de la Gran Central Station de Nueva York) y que Josep Puig i Cadafalch utilizó en la fábrica Casarramona en Barcelona.

Esta cuestión clave de la memoria urbana comporta muchas preguntas: ¿Quién posee el derecho de recordar? ¿Qué grupo o clase social, de los diversos que confluyen en cada

ciudad, es el que tiene el poder de definir la memoria? ¿Cómo va construyendo su imaginario cada ciudad a costa de enfatizar algunos aspectos y olvidar otros? Así pues, para recordar unos hechos es necesario haber olvidado otros. No obstante, en nuestro presente no podemos minusvalorar que, además de primar la memoria de las clases dominantes, difícilmente se reconocen las memorias de los emigrantes procedentes de muy diversas culturas. Ante todos estos fenómenos, la profesión de la arquitectura tiene la responsabilidad de decidir si contribuye a dicha destrucción de la memoria o si se plantea una defensa del patrimonio histórico y local.

CONCLUSIONES

Cada vez que se arrasa la vida comunitaria y el patrimonio existente, se produce un proceso de impostación de una falsa memoria sobre la existente. Es sabido que los grandes operadores financieros e inmobiliarios exigen terrenos en estado óptimo —limpios de habitantes y libres de toda construcción— para poder implantar una ciudad genérica y homogénea. Y esta estrategia sistemática de desalojo de personas y patrimonio tiene su contrapunto en las luchas de los movimientos sociales urbanos. Generalmente, las asociaciones de vecinos defienden el patrimonio con una doble intención: para salvarlo y para conseguir que esos edificios sirvan como equipamientos de proximidad necesarios.

En este proceso de producción de una memoria urbana falsa son emblemáticas ciudades como Pekín, Shanghái o Dubái, donde todo quiere ser nuevo y, si existe memoria, se arrasa por completo. Y aunque se admita que este borrado sistemático de culturas y de memorias crea heridas físicas y psicológicas en la población, se considera un “mal menor”, o “efecto colateral”, que la modernidad de la globalización neoliberal exige que deba asumirse.

Se trata de una lógica que no solo acaba con el patrimonio histórico, sino que arrasa con los suburbios populares, los *slums* contruidos precariamente, que, cuando los promotores codician el suelo que ocupan, se eliminan expulsando a los habitantes y trasladándolos a otras periferias más lejanas para construir viviendas para la clase media, hoteles o equipamientos deportivos. De hecho, en la destrucción de *bulldozers* que arrasan con viviendas y patrimonio, y bajo una pretendida renovación, siempre late un espíritu fascista, como hicieron las dictaduras que han erradicado barrios pobres para revalorizar los terrenos, como es el caso de las villas miseria durante período de la dictadura argentina¹⁴⁸ o la destrucción de hogares palestinos por las tropas israelíes.

Es el mismo proceso utilizado para crear urbanizaciones cerradas: se exige reemplazar toda la naturaleza existente —árboles, vegetación, lagos, etc.— por una capa vegetal nueva, unas nuevas plantaciones y agua en circuitos cerrados. Se trata de un proceso de sustitución continua que no quiere aceptar ninguna preexistencia y que, al arrasar con el manto vegetal, los árboles, los edificios históricos, los espacios públicos tradicionales y las redes sociales, se llevan para siempre los estratos de la memoria. Y aunque sea lo que exigen los grandes operadores inmobiliarios, financieros y turísticos, si perdemos la memoria, también perderemos el sentido.

Neofeudalismo inmobiliario: el problema de la vivienda y las casas vacías

En 1872, Frederick Engels escribió una serie de tres artículos bajo el título de *El problema de la vivienda* que, recopilados, se convirtieron en un libro fundacional y clásico.¹⁴⁹ Con este texto, Engels estaba delimitando y conceptualizando un problema que ya era estructural y endémico de la economía capitalista. Según Engels, ni la filantropía, ni el higienismo, ni el socialismo utópico iban a resolver el problema de la vivienda. Este solo se solucionaría con la revolución social, ya que el problema de la vivienda es estructural al sistema económico del capitalismo, que se basa en la propiedad privada del suelo y en la explotación de la fuerza de trabajo. En el contexto del capitalismo, el valor de cambio de la vivienda es un elemento clave de dominio, explotación y esclavización, ya tenga el obrero que buscar la residencia por su cuenta, ya sea el empresario o industrial el que se la facilite cerca de la fábrica o el lugar de trabajo. Y ello no iba a cambiar con las propuestas del paternalismo empresarial o del socialismo utópico. El mismo Engels había dejado clara la diferencia en su texto esencial, *Del socialismo utópico al socialismo científico*.¹⁵⁰ Por tanto, la explotación del trabajo va estrechamente ligada a la propiedad del suelo y al control del mercado de la vivienda.

En la actualidad, tal como ha señalado la urbanista brasileña Raquel Rolnik, las dos grandes características de la ciudad en esta época neoliberal han estado, por una parte, la proliferación de la arquitectura de las grandes firmas dedicada a la *global class* —los rascacielos y otros objetos proyectados por las estrellas de la arquitectura y sus secuaces—, y, por otra, la insistencia en convencer a la sociedad de la falsedad de que con la casa en propiedad y el crédito hipotecario individual se iba a resolver el problema de la vivienda y de la ciudad.¹⁵¹

A principios del siglo **xxi**, dicho problema sigue siendo acuciante en las grandes ciudades de los países desarrollados y lo es, paradójicamente, en la España contemporánea, caracterizada por el capitalismo inmobiliario y por la política neoliberal aplicada desde 1997 hasta el 2004. Basándose en la falsedad de que la vivienda era cara por la falta de suelo, en 2000 se decretó que todo el suelo era urbanizable, una liberalización que generó una transformación insostenible. Se demostró que no es la cantidad sino la calidad —dotaciones, centralidad, servicios— lo que da precio al suelo, mientras que el precio de la vivienda lo fija el mercado en función del máximo endeudamiento posible de las familias. Mientras que en la mayor parte de Europa —Francia, Austria, Finlandia, Suecia, Alemania, etc.—, a pesar del encarecimiento del precio de la vivienda, se ha intentado garantizar el derecho a una vivienda digna, con el control de los precios y la promoción de vivienda protegida adecuada al Estado de bienestar, en nuestro país, las dos legislaturas gobernadas por la política de derechas consiguieron hacer reaparecer el problema de la vivienda bajo la fórmula de la “burbuja inmobiliaria”, que empezó a deshincharse en el 2007. Este grave factor de riesgo, por el dominio del sector inmobiliario en el Estado español y por los efectos de exclusión, fue especialmente destacado en los informes que el relator de

las Naciones Unidas para el derecho a la vivienda, Miloon Kothari, elaboró en 2006 y 2007.¹⁵²

El problema no es que la mayoría de las personas no tengan vivienda en España —el 82 % de las viviendas, se dice, están habitadas por propietarios—, sino que la mayoría de las familias están hipotecadas de por vida y que los riesgos de exclusión aumentan. Solo los créditos para vivienda representaban el 62 % de la renta disponible en 2003 y la ratio de deuda crediticia total sobre la renta alcanzaba el 91 %. Ni se trata de que no se construyan viviendas, ya que nunca se habían construido tantas —700.000 en 2004—, sino de que un alto porcentaje están vacías, ya que son objeto de inversión o de abandono.

Debido al bajo rendimiento financiero de las bolsas a nivel mundial, la vivienda se convirtió en un festín especulativo para las inversiones tanto privadas, como de empresas y bancos. Al mismo tiempo, cada vez más población quedaba excluida, sin tener acceso a un derecho convertido en puro negocio. Las plusvalías del *boom* inmobiliario, que se reforzó desde 1997 hasta su estallido en 2007, han llevado a la inflación de precios de la vivienda más exagerada e irresponsable de la historia, que ha comportado un mayor empobrecimiento y debilidad de la economía de la mayoría de los ciudadanos españoles. Se puede calcular que casi el 30 % de los españoles, unos ocho millones, quedan fuera de la promoción privada y pública de vivienda, en los que se incluye el 20 % que está por debajo del umbral de la pobreza. Se trata de sectores marginados incluso de las políticas públicas, que no pueden acceder a viviendas sociales o de precios tasados.

La existencia de la burbuja inmobiliaria en el precio sobrevalorado de la vivienda era evidente. Según datos del año 2004, el Banco de España situaba esta sobrevaloración casi en un 20 % y *The Economist* en un 52 %. La crisis, por tanto, no ha obedecido a la escasez o al encarecimiento del precio del suelo, sino a un proceso de encarecimiento durante las últimas dos décadas, que viene determinado, más allá de los costes reales de producción, por dos varemos del mercado: por abajo, el precio máximo que una familia media puede llegar a pagar hipotecándose de 25 a 50 años, y, por arriba, el precio máximo que estuvieran dispuestos a pagar unos inversores que ni siquiera visitaban la vivienda que compraban.

Muchos países desarrollados han pasado por la experiencia de fuertes crisis relacionadas con los *booms* inmobiliarios: Holanda en 1982, cuando el precio real de la vivienda cayó un 48 % y Finlandia entre 1991 y 1992, un 47 %. El caso más espeluznante fue el de Japón, que, entre 1992 y 1996, sufrió una caída aproximadamente del 33 %, provocada por el blanqueo de dinero en el sector inmobiliario por parte de las redes de crimen organizado de los *yazuka*, las mafias japonesas dedicadas al tráfico de estupefacientes, la prostitución y la extorsión. En Japón se desencadenó un verdadero desastre financiero y social, con miles de personas que perdieron su vivienda (cuya hipoteca pasaba a estar por encima de su valor en el mercado), y se vieron abocadas a vivir solas en la calle, a pesar de que algunos mantuvieron sus puestos de trabajo. Es por ello por lo que en Japón, desde 2008, ha arrancado un proceso de lucha legal para romper los vínculos tan fuertes entre el sector de la construcción y los *yakuza*. Y a consecuencia de estas crisis, países como Holanda y Finlandia replantearon su política de vivienda, reforzando la creación de vivienda protegida. Hasta la redacción de este libro, la última

gran caída ha sido la de Dubái, con una desvalorización de cerca del 50 % a finales del 2009.

Por tanto, se desvela que la caída del número de viviendas protegidas realizadas en España entre 1997 y 2004 no era nada inocente: para proteger los intereses inmobiliarios y mantener el alza de los precios, se procuró que la vivienda social, que de constituir el 50 % del total construido en la década de 1980 pasó solo al 10 % a finales de la de 1990, no compitiera en el mercado libre. Esta situación se trató de corregir con la nueva política desde el Ministerio de la Vivienda del Gobierno del PSOE (2004-2010), que en el año 2007 promulgó una nueva Ley del Suelo, que intentaba evitar el crecimiento expansionista y desarrollista, buscando un urbanismo acorde con el desarrollo sostenible; y desde las políticas autonómicas, como la de Cataluña, con su Ley para el Derecho a la Vivienda, elaborada por el Departamento de Medio Ambiente y Vivienda de la Generalitat de Catalunya, a pesar de que la coyuntura financiera no haya sido nada favorable para llevarla adelante.

Ciertamente, las diversas instituciones cercanas a la arquitectura han empezado a reaccionar después del 2004. Hasta entonces habían predominado las buenas intenciones en la manera de abordar el problema —con experiencias presentadas en distintas ediciones del Construmat en Barcelona, como Casa Barcelona, Barraca Barcelona o APTM, donde se abordaban interesantes temas proyectuales sin cuestionar el sistema legal y económico—, cuando no la dejadez. Solo a partir de 2005, tanto la Generalitat de Catalunya como el Ayuntamiento de Barcelona entendieron tarde la magnitud del problema: la proximidad con los afectados les hizo despertar de una aletargada dependencia de la nefasta política de vivienda estatal. Muestra de esta declaración de buenas intenciones fueron las recurrentes exposiciones de proyectos de vivienda de la Generalitat, que intentaban ser innovadores y flexibles, en el Colegio de Arquitectos de Barcelona y en la Escuela de Arquitectura de Barcelona hacia los años 2004 y 2005. El Ayuntamiento de Barcelona, por su parte, presentó en el 2004 un nuevo Pla de Sòl i Habitatge (“Plan del Suelo y de la Vivienda”).

A pesar de estos intentos e intenciones de la nueva legislación y de las nuevas promociones de vivienda social, se arrastran tres problemas graves: el retraso acumulado durante años en materia de legislación y promoción de vivienda pública; la imprevisión flagrante ante las consecuencias de la crisis inmobiliaria, imperdonable para los responsables políticos; y la de su inevitable y permanente lentitud en avanzar en estos procesos, con pesados pactos, tira y afloja, retrocesos y una enorme dificultad de condiciones, avances y puestas en práctica que, primero, tienen que pasar por la legislación y los cambios en la normativa. Y la irresponsabilidad de las entidades financieras y bancarias que no solo no han sabido hacer su trabajo, sino que exigen que se les ayude a salir del atolladero con dinero público. Nuevos problemas financieros, a partir de finales del 2008, han provocado que la mayor parte de las operaciones de vivienda pública y casi todas las de promoción privada se detengan. Y en 2010 se han empezado a poner en práctica las restricciones en las inversiones estatales.

A partir de 2009, con la crisis económica en España, la situación ha empeorado para los usuarios. Los desahucios por no poder pagar la hipoteca se han convertido en uno de los

problemas sociales más importantes de Cataluña, con 44.000 familias a punto de perder su casa a finales de 2010; en España existen unas 230.000 ejecuciones hipotecarias. No olvidemos que en Estados Unidos unos 30 millones de personas han perdido su vivienda, o la pueden perder, a causa de la crisis de las hipotecas *subprime*, la mayoría de raza negra y de origen hispano. Y en nuestro país se ha ido desvelando un fenómeno terrible: quien no puede pagar por haberse quedado sin trabajo descubre que la hipoteca debida, sobretasada en el período de la burbuja inmobiliaria, sobrepasa ahora el precio real, que, por el procedimiento de ejecución hipotecaria, tras la subasta, ha caído al 50 % de su precio. El banco o caja que se queda la vivienda le reclama la diferencia entre lo que aún debe y el bajo valor actual, y extiende el embargo a avaladores y familiares, incluso en los países de origen, como Bolivia o Ecuador. Ni en los países de la Unión Europea ni en Estados Unidos, cuando la entidad financiera se queda la vivienda, reclama encima una cantidad.

Es por todo ello que hoy podemos hablar de neofeudalismo inmobiliario. En la Edad Media, los señores feudales se fueron apropiando de las tierras de los campesinos, a medida que había crisis de recolección, engrosando su ejército de siervos de la plebe. Hoy, el sistema financiero ha elaborado un paso más sofisticado aún para concentrar el poder y el dinero, y para producir exclusión, generando miles de siervos de los bancos.

EL PROBLEMA DE LAS VIVIENDAS VACÍAS

Dentro del problema de la vivienda, la existencia de viviendas vacías y de otras muy deterioradas tiene una gran relevancia. Y a partir de la crisis financiera, inmobiliaria y productiva del 2008, es evidente que las construcciones inacabadas, abandonadas y vacías han aumentado.

En el contexto actual de crisis de la vivienda, el fenómeno de la existencia de tantos pisos vacíos ha adquirido un carácter horripilante y mítico a la vez. Las cifras son impactantes: 2,8 millones de viviendas deshabitadas en España, 414.234 en Cataluña y 93.717 en Barcelona, según datos del Instituto Nacional de Estadística del 2001 sobre viviendas en las que no figura ninguna persona empadronada. En 2007, las viviendas vacías en España llegaban ya a los tres millones. En 2009 se calculaba que en Cataluña habría unos 200.000 pisos vacíos de obra nueva. Otros cálculos hablan de unas 75.000 viviendas vacías en Barcelona, y autores como Juli Esteban reconocieron en 1998 esta cifra pero consideraron que sólo 45.000 eran recuperables.¹⁵³ Oficialmente, el Ayuntamiento de Barcelona solo reconoció 19.000 a finales del 2003. En nuestro país, el porcentaje de viviendas vacías ronda el 14 % del total, la tasa más alta de la Unión Europea (más otro 15 %, que son segundas residencias), cuando el porcentaje de viviendas vacías en Holanda es del 0,1 % o en Suecia del 1,2 %. En esta cifra no se cuentan las segundas residencias, unas 600.000 en Cataluña, que también son casos de viviendas infrautilizadas (en la Cerdaña se ha calculado que se emplean una media de 18 días al año).

Tenemos, por tanto, un diagnóstico: en un país con un grave problema de acceso a la vivienda y de exclusión social, hay una parte importante del patrimonio residencial que está infrautilizado, más o menos el mismo que necesitarían los sectores que no tienen acceso a

la vivienda: tres millones de viviendas vacías para ocho millones de españoles a los que no les llegan las políticas sociales de la vivienda. Estos datos son inquietantes si tenemos en cuenta que, por ejemplo, en Barcelona, con tantas viviendas vacías, además de las miles de personas que viven hacinadas y del fenómeno de las llamadas “camas calientes”, en 2009 había, tal como se ha señalado, unos 2.000 “sin techo”.

Pero un fenómeno tan vergonzoso se convierte también en mítico: si todas estas viviendas vacías se reconvirtieran para uso de la sociedad, sería la panacea para solucionar el problema de la vivienda. En parte es cierto, pero la realidad es mucho más complicada. En el caso de Barcelona, hay muchísimas viviendas vacías o infrautilizadas, agrupables en cuatro casos distintos de porcentajes similares: aquellas que están desocupadas porque son viejas y están en mal estado; las que están infrautilizadas, ya que sus propietarios no viven en Barcelona o están reservadas para uso futuro de los hijos de la familia; las que se argumenta que están en oferta en el mercado a la espera de venderse o alquilarse; y las que son relativamente nuevas y realmente se han comprado y se retienen vacías para hacer negocio. Es decir, tan solo un 25 % es aceptado por sus propietarios que están realmente vacías y podrían ser incluidas en el mercado de alquiler o venta.

En relación con el primer caso, el porcentaje de viviendas en malas condiciones es alto, en concreto en los cascos antiguos de las ciudades y muy especialmente en Barcelona, en donde se calcula que el 50 % de las que están vacías es porque se encuentran en mal estado. Respecto a las viviendas en malas condiciones, según el estudio *Envejecimiento y vivienda* del 2005 del arquitecto Jordi Bosch, en Cataluña 120.000 personas mayores residen en viviendas con problemas de conservación y 8.500 ancianos viven en inmuebles cuya precariedad es tal que han sido declarados ruinosos o están en trámite de serlo.

Para actuar sobre esta situación sería imprescindible una nueva cultura de la vivienda que fomentase la rehabilitación; toda una nueva cultura del mantenimiento. Esto tendría dos ventajas cruciales: contribuiría a incorporar viviendas de mayor superficie que la media y evitaría más consumo de territorio. Para ello sería necesaria una nueva legislación que no potenciase que los edificios viejos cuya reconstrucción cueste más del 50 % de su valor puedan declararse en ruina y derribarse; una ley aún vigente de 1959, anacrónica y nefasta, idónea para expulsar inquilinos de pocos recursos y para esquilmar aún más el patrimonio arquitectónico residencial: en Cataluña solo el 10,6 % de las viviendas son anteriores a 1950 y, de las construidas en Cataluña entre 1950 y 1970, el 52 % de los pisos se construyeron con cemento aluminoso (casi 500.000) y el 13 % han tenido graves patologías (113.000). En Barcelona, las viviendas construidas antes de 1950 suman el 30 % y las posteriores a 1980 cubren solo el 5 %. Por tanto, el 65 % de las viviendas se construyeron entre 1950 y 1980.

En España es manifiesto que la mayor parte de las viviendas vacías se encuentran en los tejidos históricos de las grandes ciudades, como Madrid, Barcelona y Valencia, que tienen un 20 % aproximadamente de las viviendas en mal estado, y donde los procesos de especulación se basan en construir vivienda nueva en sus periferias con, por ejemplo, los nuevos PAU de Madrid y Valencia, con los que se deja degradar los centros históricos.

Respecto al segundo caso, el porcentaje de viviendas infrautilizadas aumenta

paulatinamente por distintas razones. Se puede hablar de un 25 % de los casos, muy opacos, formados por el mercado negro —alquileres no declarados— y por estas viviendas infrautilizadas, sin ninguna persona empadronada, por ejemplo, para uso futuro de los hijos o para usos esporádicos. Al mismo tiempo, cada vez hay más segundas residencias de habitantes de otras ciudades que tienen el lujo de poseer un piso en Barcelona. De todos modos, se reconoce que el 50 % de los pisos en Barcelona en los que no hay nadie empadronado están en uso.¹⁵⁴

El tercer y cuarto grupo tienden a confundirse ya que gran parte de los que compraron para invertir —en Barcelona se reconoce que en los años de la burbuja inmobiliaria un tercio de las compras de pisos nuevos eran para inversión— conservan estas viviendas a la espera de ser vendidas o alquiladas, una situación que nunca se sabe si es real o ficticia.

Todo ello situaría la cifra real de viviendas vacías utilizables en aproximadamente la mitad. De todas formas, si tan solo un 10 % de las aproximadamente 50.000 viviendas realmente vacías y utilizables en Barcelona entrase en el mercado del alquiler social, el cambio cualitativo sería radical: 5.000 viviendas disponibles cuando la Villa Olímpica suma unas 2.000; Diagonal Mar 1.600; el frente Marítimo del Poblenou 2.000 o toda la operación de la nueva Diagonal unas 7.000. O si tan solo el 5 % de las viviendas vacías en Cataluña entrasen en el mercado del alquiler social (20.000 viviendas), sería un gran paso. Para que esto sucediera, se debería producir una transformación trascendental, una acción pedagógica que concienciara a la ciudadanía y potenciara una nueva cultura de la vivienda: la rehabilitación. Así como una legislación que favoreciera, estimulara y ayudara a la vivienda de alquiler social, y unas ordenanzas fiscales, ya previstas en ciudades como Barcelona y Sevilla, que gravasen un 50 % el impuesto de bienes inmuebles a los propietarios de viviendas vacías.

Se trata de procesos complejos para mejorar desde lo público el acceso a la vivienda, pero que ya se aplican en ciudades como París o Bilbao. Con la cobertura de la Generalitat de Catalunya y la Ley del Derecho a la Vivienda en el período 2004-2010, se ha potenciado el alquiler social y joven, con experiencias pioneras basadas en ayudas a los inquilinos y en la creación de alquiler con seguro de cobro y de reparaciones para los propietarios, que desde el año 2006 se aplican en Barcelona, L'Hospitalet de Llobregat, Santa Coloma de Gramenet y otros municipios de la región metropolitana que han promovido en alquiler tasado una serie de viviendas, garantizando al propietario el cobro de las mensualidades y la conservación de la casa, y procurando al inquilino unos alquileres asequibles. Mediante la acción de las Bolsas de Mediación para alquiler social y joven, hasta 2010 se han incorporado 4.000 viviendas en Cataluña para alquiler con avales. Y otra posibilidad incipiente, inicialmente legislada pero poco aplicada, es la “masonería” o “aparcería” urbana.

LA RESPONSABILIDAD DE LA ARQUITECTURA

Ciertamente, todo está condicionado por las políticas de vivienda, pero la arquitectura no debería seguir siendo la misma, convencional y comercial, sino que debería atender a los cambios que se están produciendo en la sociedad española y catalana: cambios en la

estructura familiar, inmigración, envejecimiento de la población, aumento de las minusvalías, incremento de las marginaciones de todo tipo, inclusión de las actividades de estudio y trabajo en la vivienda, etc. Además, han surgido muchas especialidades para arquitectos en nuestra nueva sociedad: expertos en procesos de participación, especialistas en renovación de vivienda; autores experimentados en vivienda sostenible, proyectos urbanos para rehacer los barrios informales y periurbanos que rodean todas las ciudades españolas, etc.

En este fenómeno que abarca toda la sociedad española, la arquitectura tiende a tener un papel muy secundario. Es el último factor, aunque no debería ser el de menor importancia. En este escalofriante baile de cifras no tendría que ser desdeñable el hecho de la calidad de estas viviendas: su buena construcción, orientación y ventilación, que tuvieran una planta flexible y transformable, que favorecieran la diversidad de usos y su perfectibilidad y que potenciasen la igualdad y la desjerarquización, que estuvieran construidas siguiendo criterios de sostenibilidad, y que se consolidase una cultura de conservación y reutilización de los edificios en un país que ha destruido gran parte de su patrimonio residencial anterior a 1940. Es flagrante que la calidad de la vivienda masiva construida y que se construye en España sea mucho menor que la de la mayoría de los países europeos.

En este sentido, una serie de criterios arquitectónicos no serían nada menores, sino que tendrían mucho que ver con la calidad de vida, la equidad y la sostenibilidad: disponer de un espacio exterior propio, que no haya baños privados en suite, sino accesibles para todos los habitantes de la vivienda, que la fachada en cada orientación sea distinta, que haya espacios de guardado. Las cuestiones relacionadas con la desjerarquización no son menores, sino que son trascendentales para promover unos hábitos democráticos. El baño en suite es un escándalo de lujo y desprecio en un mundo en el que 2.600 millones de habitantes del planeta viven sin saneamiento, es decir, 4 de cada 10 personas no tienen acceso a ninguna letrina o inodoro, y cuando disponer de agua potable aún es tan difícil para un sector de la población mundial.¹⁵⁵

El problema de la vivienda no puede resolverse con una única solución brillante, sino que debe abordarse desde frentes muy diversos y siguiendo procesos laboriosos: movimientos sociales, cambios en la legislación estatal y autonómica, ayudas económicas, control del precio del suelo y de la vivienda terminada, proyectos arquitectónicos experimentales y modélicos, mejora tecnológica y aplicación de criterios de sostenibilidad, operaciones que apuesten tanto por la obra de nueva planta como por la rehabilitación, flexibilidad en los tipos de tenencia y promoción tanto en la compra como distintas modalidades de alquiler. Actuar sobre una injusticia tan flagrante como los miles de viviendas vacías es imprescindible, pero no suficiente. Resulta clave asegurar una legislación a favor de la tenencia en el alquiler, con control de precios y garantías de continuidad.

Se trata, en definitiva, de potenciar una situación social alternativa a la creada en España en los años de predominio impune de los intereses de los nuevos ricos y de los inversores; una situación retratada en su momento álgido con fina ironía por el escritor Ferran Torrent en sus novelas *Sociedad limitada* (2002) y *Especies protegidas* (2003), ambientadas en uno de los lugares de más descarada corrupción inmobiliaria: la costa valenciana. Una

nueva situación en la que al arquitecto le corresponde no solo denunciar el problema social, sino también reivindicar la necesaria calidad de la vivienda como objetivo de la arquitectura.

Una de las contrapartidas que puede aportar la crisis es que ya toda vivienda que se construya no se venda si no tiene una serie de cualidades. Las viviendas deberán estar bien situadas y soleadas, y tendrán que ser flexibles y desjerarquizadas, sanas y sostenibles. Ahora, el posible comprador va a poder elegir y podrá ser más exigente. Sin embargo, la herencia de hoy es un parque inmenso de viviendas nuevas vacías y de poca calidad.

Ciudades de *slums* y geografías de los “sin techo”

Más allá del urbanismo formal y legal, ya sea proyectado por instancias públicas o promovido por la iniciativa privada, en las ciudades de los países en desarrollo hay una media de aproximadamente el 75 % del llamado urbanismo informal. Para tratar este fenómeno tan presente en las grandes ciudades —*slums*, *shanty towns*, infravivienda, asentamientos precarios, *favelas*, villas miseria o chabolas—, según Peter Hall,¹⁵⁶ Mike Davis¹⁵⁷ y Verena Andreatta,¹⁵⁸ lo primero que vamos a hacer es aclarar los conceptos.

LOS CONCEPTOS DE *SLUM* Y DE URBANISMO INFORMAL

Antes que nada, hemos de recordar que, tal como explica Mike Davis, la palabra *slum* se empieza a utilizar por primera vez en Inglaterra en 1812 para designar áreas urbanas pobres y degradadas, y enseguida se identifican con lugares de criminalidad. A mediados del siglo XIX se registraron *slums* en Francia, en la India y en algunos lugares de Norteamérica. Este concepto se formula como contraposición a la aparición del urbanismo como disciplina científica, que viene marcada por dos planes urbanos emblemáticos: el del ingeniero Idelfons Cerdà para el Ensanche de Barcelona (1859) y el del barón Haussmann para París en la década de 1860. Lo informal se define como contraposición al urbanismo entendido y practicado como proyecto y política de planificación de base científica. Todo aquello que no entra en lo científico y técnicamente definido se considera anómalo. No ponemos en duda la precaria existencia de muchos seres humanos que habitan en condiciones insalubres, pero discrepamos del tratamiento de lo informal como mal que se deba extirpar, y estamos más cercanos a las propuestas de recuperar y reforzar las cualidades que pueda tener.

En sus propuestas para los *slums* de la India a principios del siglo XX, Patrick Geddes se oponía a la tábula rasa o “haussmannización” de los procesos de renovación urbana, proponiendo una lectura atenta de la realidad, para mejorarla según sus propias potencialidades y oportunidades.

Slum, en definitiva, que surge como concepto para definir los barrios degradados en la ciudad, hoy se tiende a emplear para todo tipo de construcción del urbanismo de la pobreza, sea urbana o periférica, y tiene siempre un sentido peyorativo. Es por ello que en la historia de la arquitectura y del urbanismo son claves los momentos en los que, desde pensamientos anarquistas y participacionistas, se ha valorado el urbanismo de la informalidad, en contra del dominio de la vivienda pública y privada producida en serie, algo ya presente en el urbanismo vitalista de Patrick Geddes. A principios de la década de 1950, Colin Ward empezó a escribir en la revista anarquista *Freedom*, elaborando el concepto de la autoconstrucción. El antropólogo Oscar Lewis, defensor de los barrios autoconstruidos, publicó en 1959 su libro *Antropología de la pobreza: cinco familias*.¹⁵⁹ Y gran parte de ello fue heredado por las teorías y acciones del arquitecto John F. C. Turner a favor de la autoconstrucción y el poder de los usuarios, en libros como *Todo el poder*

para los usuarios.¹⁶⁰

Y no es casual que, en el caso de Barcelona, la tesis doctoral del urbanista Joan Busquets estuviera dedicada a *Las “coreas” de Barcelona: estudios sobre la urbanización marginal 1971-1974*.¹⁶¹

Este proceso de análisis y concienciación de los fenómenos urbanos no reglados, desarrollado entre la década de 1950 y la de 1970, potenciará que este urbanismo, denominado informal, marginal o, también, construcción social del hábitat, se reconozca como alternativo al formal y reglado, como auténtica manera de hacer ciudad, y se comience a superar el calificativo siempre negativo de *slum*.

DIVERSIDAD DE *SLUMS*

En segundo lugar, estableceremos diferencias entre la gran diversidad de tipos de tejido urbano informal que existen en la realidad.

Hay una primera distinción de tamaño, entre los inmensos barrios autoconstruidos, como el que en Ciudad de México se considera que aloja a seis millones de personas, o los minúsculos barrios precarios contruidos en hendiduras o solares abandonados, junto a canales, torrentes, ríos o líneas de ferrocarriles.

Otra gran distinción tiene que ver con la morfología, según sean los barrios autoconstruidos en laderas de montañas, que generan morfologías orgánicas y laberínticas, fractales y rizomáticas, o en terrenos llanos, fáciles de parcelar siguiendo trazados rectilíneos, tal como sucede en la mayor parte de las villas miseria de la provincia de Buenos Aires, que siguen la extensión de la cuadrícula. También son distintos según las características de terrenos, ya sean secos, como en Lima, o pantanosos e inundables, como en Manila, lo que obliga a estructuras palafíticas de madera.

Otra distinción básica radica entre los *slums* existentes en el interior de los tejidos urbanos y las construcciones precarias en las periferias.

Estas primeras grandes divisiones nos llevan a diferenciar, de nuevo, entre los *slums* formales y los informales.

Podemos decir que cuando se degrada o superpuebla la estructura física, aunque esta sea de origen formal y se sitúe en la ciudad reglada y reconocida, el bajo nivel de las condiciones de habitabilidad pueden transformarla en *slums*, como sucede en el Centro Habana, en zonas del Raval de Barcelona o en los edificios de apartamentos del centro de São Paulo, los llamados *cortiços* abandonados y ocupados por familias pobres. Lo mismo puede ocurrir cuando la vivienda pública es de muy baja calidad, alberga una población homogénea, cuantitativamente importante, y su estructura urbana y ubicación la aísla del entorno, creando guetos; o los casos de habitantes que malviven en infravivienda, pensiones y hostales humildes. En el apartado de ciudades y barrios autoconstruidos podemos encontrar también casos de cierta formalidad, en los que los propietarios parcelan sus tierras y entregan títulos de reparcelación sin valor legal, pero que para los destinatarios es una legalidad de tenencia.

Y otro capítulo aparte son los *okupas*, que han tenido relevancia en diversas capitales europeas, como Barcelona, Bilbao, Róterdam, Berlín, Copenhague o Londres. Sin

embargo, si en algunas de estas capitales se han dictado leyes transitorias de tolerancia con la ocupación, en España, en cambio, la ocupación es delito desde la promulgación del nuevo Código Penal de 1996.

Y en este apartado de la informalidad al límite están los “sin techo”, que viven en las calles, de los que se tratará en la segunda parte de este capítulo. Tal como señala Mike Davis, también esta situación tan precaria está dentro del mercado, ya que los sin techo — por ejemplo, los que viven en sus *rickshaws* en las calles de las ciudades indias o filipinas — tienen que pagar cuotas a policías, guardias, vigilantes o mafias. En un mundo donde prima el mercado y el negocio, todo tiene precio, incluido el intento de sobrevivir infrahumanamente.¹⁶²

El terreno de lo informal, que es el mayoritario, a su vez se subdivide en dos grandes grupos totalmente distintos.

Por un lado, las urbanizaciones pirata construidas por promotores ilegales, que tienen suficiente poder para evitar ser penalizados y perseguidos por las autoridades. Se trata de parcelaciones piratas donde los especuladores venden parcelas bien delimitadas, sin ninguna infraestructura, a veces con título de propiedad y muchas otras veces con documentos falsos, como ha sucedido, por ejemplo, en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia). A menudo estos parceladores ilegales son los propietarios de las redes de pequeños autobuses (colectivos, peseros, etc.) que cubren los trayectos desde los nuevos barrios a los nudos de comunicación más centrales. Y los primeros comercios que se sitúan en estas nuevas áreas ilegales urbanizadas, además de alguna tienda de alimentación, son, lógicamente, los minoristas de materiales para la autoconstrucción de estas parcelas. En estos casos, el proceso pasa por una primera ocupación, luego se inicia la construcción precaria y se consolida. Más tarde se intenta conseguir ser autorizados y no expulsados, es decir, ser incluidos en el planeamiento y, después, se luchará por conquistar los derechos a agua corriente, luz, infraestructuras de saneamiento, equipamientos y transporte; en definitiva, para ser legalizados e incluidos en la estructura de lo urbano.

Por otro lado, se encuentran los barrios autoconstruidos, generalmente no autorizados y siempre autogestionados, tal como ha sucedido en la mayoría de los casos. A partir de la década de 1970, con las llamadas políticas de autoconstrucción, el urbanismo informal ha pasado a estar autorizado, incluyendo la parcelación, la urbanización y los servicios mínimos. Es el caso de Monterrey, en México, donde promociones públicas como la del barrio de La Fama en Santa Caterina se ha partido de una parcelación y urbanización básica, donde a cada futuro habitante se le entregó una parcela para que se autoconstruyera la casa. Con los años, ello ha generado un barrio con cierta calidad urbana, definido por la diversidad, con pequeños negocios y árboles plantados en las aceras por los propios moradores.

Asimismo, otra variante dentro de los barrios informales periféricos es la ocupación de construcciones ya realizadas.

Y, por último, existe otra variante de barrio aún más precaria, que es el caso de los campos de refugiados, que comienzan provisionales, con ayudas internacionales, y que pueden acabar en el olvido de las instituciones internacionales. Lo que en un principio era temporal, con un mínimo de servicios e infraestructuras, acaba siendo permanente.

En el caso concreto de Argentina, la misma legislación que a finales de la década de 1980 intentó controlar la parcelación de vastas superficies carentes de infraestructuras, que daba lugar a las llamadas villas miseria, parceladas por promotores privados, ha sido la que ha potenciado la aparición de los barrios cerrados como alternativa comercial a los *countryside*. En consecuencia, en Argentina, villa miseria y barrio cerrado siguen en las últimas décadas una misma legislación sobre nuevos barrios.

Y en cualquier caso, y tal como explica Mike Davis, tanto las *favelas* como las parcelaciones piratas forman parte del mercado inmobiliario, con alquileres y compras.

REHACER LOS *SLUMS*

Poco a poco, en las últimas décadas se ha ido entendiendo que, en la medida de lo posible, no deben erradicarse los *slums*, sino mejorarse y consolidarse, dotándolos de infraestructuras urbanas. Es prioritario el derecho a permanecer en el barrio autoconstruido y mantener su ubicación y estructura social. Solo se justifica erradicar aquellos que están en situaciones de riesgo por inundaciones, desprendimientos o contaminación. También pueden existir obras de interés público que justifiquen desalojar algunos de estos barrios, pero estos desplazamientos generados por el desarrollo deberían seguir siempre los protocolos derivados de los derechos humanos, a la vivienda, al barrio y a la ciudad, siguiendo principios básicos y directrices sobre los desalojos y que comporten procesos de realojo y no meras indemnizaciones. La organización no gubernamental COHRE (Center On Housing Rights & Evictions) vela por que se cumplan los protocolos de los desalojos mediante seguimientos y denuncias.

Es importante destacar el papel de numerosas agencias de cooperación y ONG que llevan años trabajando para que se reconozcan a los habitantes de los *slums* y los sin tierra los derechos establecidos en la mayoría de las constituciones, como el derecho a la vivienda y el derecho a que respeten su tenencia. En las últimas décadas se ha generado un conocimiento mundial que ha colaborado en mejorar las condiciones de partida de muchos barrios autoconstruidos, al contar con asistencia técnica. El trabajo de estas agencias y ONG ha contribuido a que se deban pensar alternativas oficiales a la simple erradicación y relocalización en las periferias.

Cuando estos barrios informales son rehechos, mejorados e incorporados a la ciudad, como el caso de Favela Bairro en Río de Janeiro en la década de 1990, la mejor manera de evitar que sus habitantes sean sustituidos por otros pobladores de clases más altas es mantener tipologías y morfologías: con alturas y volúmenes, y especialmente imposibilitando la sumatoria de parcelas que permitan la introducción de otros tipos de constructoras de mayor escala y para otro público, con los tipos y formas de negocios y con el mismo número de viviendas por parcelas. Con todo ello puede conseguirse no “gentrificar” la zona, que se refuerce la estructura existente, respetar su carácter popular y no permitir grandes procesos de sustitución social.

Sin embargo, programas como Villes sans Bidonvilles en Marruecos, organizaciones internacionales como Más Ciudades sin Slums, o lo que manifestó Luiz Inácio Lula da Silva —cuando todavía era presidente de Brasil en 2009 y después de que Río de Janeiro

ganara la candidatura a ser ciudad olímpica en el 2016— de que el nombre de *favela* iba a desaparecer, hacen pensar que se plantea más su eliminación que su justa consolidación y reforzamiento. Incluso UN Habitat está promoviendo una política de prevención de los *slums*, poniendo en crisis el mito de las ciudades e intentando convencer a quienes viven en el campo de que en los *slums* urbanos van a vivir mucho peor. Si tanto el presente como el futuro de gran parte del crecimiento de las ciudades se harán con *slums*, en lugar de erradicarlos, el reto es cómo planificarlos, nutrirlos y reforzarlos para que sean más dignos, puedan progresar y que en ellos se respeten los derechos humanos.

De todas formas, no pensemos que en los países desarrollados estamos tan lejos de los problemas de los *slums*. Podemos aprender mucho de las experiencias de mejora, como las realizadas en ciudades brasileñas. De hecho, los procesos de suburbanización desde la década de 1960 en países europeos mediterráneos —tanto para clases bajas como para clases medias— que han configurado territorios con viviendas aisladas o en hilera, de baja densidad, pocas infraestructuras y en algunos casos en situaciones naturales no adecuadas, requieren hoy de esfuerzos similares para convertirlos en ciudad. Y pensemos que la degradación urbana de partes de ciudades como Tokio, por degeneración o sustitución por tejidos históricos o por densidades agobiantes, no están tan lejos de los *slums* urbanos y rurales de países en desarrollo o de ciudades como Bombay.

GEOGRAFÍA DE LOS “SIN TECHO”

Al mismo tiempo, en todas las ciudades aumentan los grupos humanos que son excluidos por no responder al modelo dominante, como los ancianos, los discapacitados, los enfermos, los drogodependientes, los inmigrantes, los gitanos, los sin techo, que son marginados y convertidos en minorías, chivos expiatorios de las contradicciones y presiones del sistema económico.

Y dentro de la exclusión, la condición de ser un sin techo corresponde al mayor grado de marginación que puede darse dentro de una metrópolis. Las razones que llevan a esta situación límite de exclusión, que comporta vivir y dormir en la calle, llevando auestas lo poco que se tiene, son diversas, pero generalmente se unen la falta de trabajo y de recursos con la pérdida de unos lazos familiares y sociales que ayuden a disponer de un hogar, aunque sea provisional, y obligan al sin techo a habitar cualquier rincón de la ciudad. Y, al mismo tiempo, es un aviso del aumento de nuestra vulnerabilidad: cualquiera puede verse envuelto en una situación en la que se vayan acumulando desgracias y pérdidas; es decir, cualquiera puede quedarse sin trabajo y empobrecer, separarse o perder a su familia, contraer enfermedades crónicas y mentales, ser víctima de la violencia gratuita o sufrir un accidente o un incendio, caer en el alcoholismo, la drogodependencia o la ludopatía, tener problemas judiciales, ser incapaz de pagar la hipoteca víctima de la pérdida de recursos y del hundimiento de la burbuja inmobiliaria, o ser objetivo de los desaprensivos que ejercen el *mobbing* para verse expulsado de una vivienda con valor urbano que quieren convertir en un hotel, un apartamento turístico o una vivienda de lujo. Nadie está a salvo de caer en una cadena de fatalidades.

Los sin techo representan a los perdedores, a los otros, a las minorías. Su presencia es

molesta, ya que están excluidos del consumo, y por ello son considerados extraños. Representan, visiblemente, no solo un temible fracaso personal sino, sobre todo, el fracaso de los diversos proyectos sociales del Estado. Tal como han escrito Arjun Appadurai¹⁶³ y Zygmunt Bauman, los sin techo son molestos porque representan a los marginados del mundo del consumo y de las fuerzas económicas de la globalización.

La gravedad de la situación de los sin techo se expresa en el hecho de que, al no tener casa, han perdido su derecho a la vida privada y a la intimidad. Su vida cotidiana se realiza en el espacio público, donde además son susceptibles de ser expulsados, mutilados, robados, vejados o agredidos. Ello los convierte en marginales, los degrada humanamente y los hace totalmente frágiles y vulnerables. Lo privado ha desaparecido, diluido en lo público. Solo puede desarrollarse lo privado —dormir, comer, asearse— en lo público. E incluso en el caso de que puedan acceder ocasionalmente a una plaza en un albergue de indigentes, las condiciones de promiscuidad que en general dominan en estos lugares no les permite recuperar del todo ni la intimidad ni la dignidad. Por tanto, en la experiencia del sin techo, la esfera privada y la pública se disuelven: la relación y los límites entre lo privado y lo público se han roto totalmente.

Vivimos en un sistema que va excluyendo cada vez a más población y que hace aumentar los sectores vulnerables. Tal como ha escrito Zygmunt Baumann en *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*,¹⁶⁴ la modernidad se basa esencialmente en incrementar el número de excluidos, de vidas desperdiciadas. Por ejemplo, las personas con limitaciones económicas en ciudades turísticas como Nueva York, Berlín, París, Venecia, Barcelona o Valencia van siendo expulsadas de sus casas, muchos de ellos ancianos, que han de recurrir a pensiones o residencias. Como consecuencia, los barrios pierden población residente y los comercios de proximidad se reducen y se tematizan. Por tanto, una parte de los ciudadanos, aunque no se hayan convertido en sin techo, han sido “deshabitados”, expulsados de sus domicilios, gente mayor o sin recursos a la que han sometido al *mobbing* inmobiliario y cuyo viejo edificio ha pasado a ser un lugar para turistas.

La geografía de los sin techo está definida por los rincones más protectores de cada ciudad: puentes, pórticos, parques, portales, retranqueos, huecos de los escaparates de las tiendas, cajeros automáticos o pisos abandonados ocupados. Para dormir, los sin techo buscan lugares específicos cerca de centros asistenciales y redes de transporte urbano, para poder acceder a lugares de ayuda para comida o ropa y rincones transitados para evitar la violencia verbal o física. Por su morfología compacta, sus espacios intermedios y sus recovecos, la ciudad histórica favorece más la existencia de rincones para la vida nómada de los sin techo que las ciudades de trazado moderno, con zonas monofuncionales, amplias avenidas, edificios aislados y espacios delimitados. Los indigentes sobreviven mejor en las estructuras urbanas preindustriales e industriales, con muchos ámbitos ambiguos, más acordes con una vida con pocos medios, que en los trazados rectilíneos y en los espacios abiertos del urbanismo moderno, pensados esencialmente para moverse en automóvil. El trazado de la ciudad contemporánea ha sido diseñado mediante derribos, con grandes avenidas y bulevares haussmannianos que eliminan la diversidad y los pliegues, los rincones y las irregularidades que permitirían habitarlos, encontrarse u ocuparse.

Y cuando este proceso de pérdida paulatina empuja hasta la situación límite de llegar a dormir en la calle, son las organizaciones de ayuda social y las instituciones públicas locales las que localizan al sin techo e intentan que recurra a centros de acogida. Se puede establecer que en la situación de los sin techo hay tres etapas distintas: la inicial, de desestructuración personal y caída en la marginación; la más avanzada o de consolidación de la trayectoria de calle y pérdida de la autonomía personal, cuando se lleva más de un año en esta situación; y la de cronificación, un estadio en el que el sin techo se hace reticente a las políticas de apoyo. Las instituciones públicas intentan intervenir en la primera etapa, más fácil y posible de revertir, y las ONG trabajan más en las otras dos etapas, más crónicas.

Los primeros pasos en el proceso de reinserción para que las personas recuperen su proyecto de vida se realizan en los centros de día, los albergues y los comedores, en buena parte promovidos por ONG, como los que actúan en Barcelona: la Comunidad de Sant'Egidio, institución laica de raíz cristiana que los atiende facilitándoles comida; Arrels, organización que les ayuda y les ofrece camas, talleres prelaborales y medios para la reinserción; o Madre Teresa, que facilita comida y plazas de albergue.¹⁶⁵

En 2005, el 52,6 % de los fondos dedicados a los sin techo en Cataluña eran gestionados por el sector privado y el resto por asistentes sociales en el marco de las políticas municipales de bienestar social. En Barcelona, donde desde marzo del 2005 se aplica un progresista Plan de Inclusión Social, en marzo del 2008 había casi 1.000 personas durmiendo en la calle por la noche y otras 1.000 en centros de acogida, mitad municipales y mitad de ONG. Cada año el Sector de Servicios Personales atiende unas 3.400 personas sin hogar. En Cataluña los sin techo llegaban a 8.000 en el año 2005.¹⁶⁶ En 2004, en España 22.000 personas acudieron a centros de atención para gente sin hogar; y en el 2010 se contabilizaron 30.000 personas sin techo. En Valencia, en diciembre del 2005, solo debajo del puente de Cabecera, pasaban la noche unos 300 inmigrantes, en su mayoría sin papeles. En 2006, Barcelona tenía 237 camas en albergues; Madrid, 254; y Valencia, 457. En 2008 en Barcelona existían casi 1.000 plazas en albergues. En Estados Unidos, en 2009 unos tres millones de personas aproximadamente experimentaban la situación de sin techo, cifra en aumento a causa del paro y de la crisis de las hipotecas *subprime*. Cabe recordar que Los Ángeles es, en los países desarrollados, la capital con mayor número de sin techo: unas 100.000 personas. En Miami hay unos 6.000, y en ciudades de países en desarrollo, como Bombay, se estima que aproximadamente un millón de personas viven y duermen en las calles. En Manila, estos cientos de miles de familias de sin techo viven en sus *rickshaws* o en las mismas obras donde trabajan precariamente. Cabe destacar que en los países desarrollados quien vive en la calle suele ser una persona, mayoritariamente hombre, que, como hemos explicado, pierde toda red de soporte social, afectivo y económico. En los países en desarrollo son familias enteras que tienen la calle por hogar.

Cada ciudad de los países desarrollados utiliza diversos métodos descaradamente en contra de los sin techo, que, a veces, intentan pasar desapercibidos, como los bancos en los que por su forma, brazos, y barrotes no permiten dormir en ellos. Fue el sociólogo Mike Davis quien puso sobre aviso de estos mecanismos “anti sin techo” al analizar la ciudad de

Los Ángeles en su libro *Ciudad de cuarzo*. Generalmente, dichos mecanismos son muy explícitos, como la fuerte iluminación de los espacios susceptibles de servir de cobijo.¹⁶⁷ A veces los métodos son más expeditivos y agresivos: regar las plazas, parques y bancos durante toda la noche, o llegar incluso a medidas policiales como confiscar las pertenencias o la expulsión de los lugares de cobijo. Ninguna de estas medidas es legítima si no se ofrecen alternativas para los sin techo, como albergues y centros de día; en definitiva, toda una red asistencial que se esfuerce en incluirlos y ayudarles a recuperarse y a conseguir trabajo.

Cuando es excluyente, una ciudad no cumple con su función esencial de acogida y acaba convirtiéndose en una aberración. La mayor de las monstruosidades es la de la ciudad que arremete e incluso maltrata y asesina a sus indigentes, a sus minorías, a sus perdedores que acaban convirtiéndose en la imagen de un fracaso y una angustia que algunas personas quieren anatemizar agrediendo el cuerpo del subalterno.

POBREZA E INDIGENCIA

Si en los países desarrollados lo que más caracteriza al sin techo es su aislamiento, sin lazos sociales ni familiares, en cambio, paradójicamente es más posible sobrevivir sin tener casa de partida en los países en desarrollo en América Latina, África y Asia, aunque sea en lugares de fuerte topografía inclinada o áreas inundables, contaminadas, sin servicios y lejos de los centros, que en los países de las sociedades del bienestar. En América Latina, donde los sin techo son multitud y pueden agruparse y organizarse, la población total pasó entre 1960 y 2000 de 240 a 480 millones. Sin embargo, en estos 40 años la población en urbanizaciones marginales se multiplicó por cinco. No se trata de indigentes, sino de pobres que forman una sociedad y que se organizan en redes para hacer ocupaciones de terrenos en el extrarradio de ciudades como Lima, Ciudad de México, Caracas, Bogotá o Buenos Aires, y realizar una construcción social del hábitat. Desde el reglamentismo y las reglas burocráticas, estos barrios, que en muchos casos puedan albergar a más de la mitad de la población de una ciudad, son llamados marginales, menospreciados por deber su origen a un sistema de autoconstrucción, teniendo en cada país una denominación diferenciadora: villas miseria, poblados jóvenes, *favelas* o *bidonvilles*.

En las sociedades opulentas se considera al indigente como un sujeto aislado y peligroso que debe ser erradicado del pretendido escenario de lujo. En la lujosa y futurista ciudad de Vancouver en Canadá, cerca del casco histórico, en el cruce entre Hastings y Main Street, justo al lado de teatros, museos y tiendas de lujo, en un par de manzanas abandonadas y deterioradas, malviven confinados centenares de sin techo, marginados y drogodependientes.

Por mucho que se escondan, las vulnerabilidades urbanas están en aumento y el perfil del sin techo en los países desarrollados se va ampliando del más común —hombres solos de mediana edad—, a muchos otros perfiles como mujeres solas y con hijos, jóvenes e inmigrantes.

Tal como ha escrito Margaret Kohn,¹⁶⁸ frente al fenómeno de los sin techo esencialmente caben tres posiciones: la liberal, que tiende a zonificar el problema, confinando a los sin

techo a zonas estratégicas, remitiéndose sin piedad a la legalidad vigente y restringiendo los usos del espacio público; la romántica, que en la literatura, el cine o las crónicas ha convertido al sin techo en un héroe que supuestamente ha elegido un modo de vida libre, mitificando su condición de vida nómada; y la democrática, que considera que debe visibilizarse y entenderse de un modo realista el problema de los sin techo, otorgándoles un rostro real, reconociendo las historias concretas de cada persona marginada y defendiendo su derecho a una vida digna, y por tanto, a tener una casa, y si ello no es posible, a habitar temporalmente el espacio público o un centro de acogida. Por tanto, no se trata de excluirlos, ni de convertirlos en héroes, sino de visibilizarlos y reconocerlos como personas concretas, defender sus derechos y construir ciudades y arquitecturas que también piensen en ellos.

ALTERNATIVAS

Este libro, que ha empezado con una mirada a la historia y que ha presentado una visión crítica del mundo contemporáneo, concluye con el planteamiento de unas arquitecturas y urbanismos alternativos, a favor de las personas y del planeta, basado en unas nuevas propuestas, entre las cuales el discurso feminista es uno de los prioritarios.

Ciudad próxima: urbanismo sin género

NOMBRAR LA CIUDAD EN FEMENINO¹⁶⁹

El género es la construcción cultural de roles atribuidos a los sexos que asigna espacios y establece prioridades: lo privado y lo público, pares complementarios y antagónicos; a la vez lo cotidiano, lo interior y lo privado son secundarios y relativos; el exterior y lo público son principales e importantes y, por tanto, solo pueden formularse desde teorías neutrales, racionales y abstractas, y no desde la experiencia personal. Esta valoración discriminadora tiene su formalización en el orden doméstico y en el urbano, dos figuras complementarias e inseparables.

La construcción de los géneros se articula según las jerarquías que comporta la estructura patriarcal, y los roles de género son una definición sociocultural sobre aquello que resulta apropiado para cada sexo. A cada rol le corresponde un espacio: la casa y la ciudad. En esta organización excluyente, el sujeto público es el hombre, el sujeto del discurso de la historia que convierte lo parcial en universal. “Lo que conocemos como ‘hombre’ y lo que conocemos como ‘mujer’ no consiste en un conjunto de atributos, en un conjunto de objetos predominantemente naturales, sino que se trata en gran parte de construcciones culturales [...]. Según el pensamiento de la diferencia sexual, el sujeto del conocimiento no sería un ser neutro universal, sino sexuado; y el conocimiento que ese sujeto pretendidamente universal ha producido a lo largo de la historia sería solamente un conocimiento masculino, en el que las mujeres no nos reconocemos. Porque, en las sociedades patriarcales, los hombres habrían construido su identidad masculina como única identidad posible, y nos habrían negado a las mujeres una subjetividad propia”.¹⁷⁰

El desafío consiste en construir un espacio sin género ni orden patriarcal; por tanto, un espacio sin jerarquías, horizontal, un espacio que visibilice las diferencias y no las desigualdades, un espacio de todos y todas en igualdad de valoración de miradas, saberes y experiencias. El objetivo es resignificar la construcción de nuestras ciudades a partir de la experiencia que los hombres y las mujeres tienen del mundo, dos maneras múltiples de enunciar la realidad.

Se trataría de afirmar la experiencia de cuerpos sexuados que signifique el reconocimiento de las diferencias, de la identidad escogida y construida, que será la que posibilite una empatía auténtica con los otros, y la que permita la pertenencia o adscripción a grupos o a conjuntos sociales desde una verdadera sintonía y elección, y no desde la imposición de una jerarquía cultural, educativa y social.

La representación histórica —a través de la pintura— y la contemporánea —a través de la publicidad— sitúan los espacios asignados a cada género: la calle para los hombres, la calle y el interior controlado para las mujeres.¹⁷¹

Las ventanas —reales o metafóricas— son el marco por el que lo femenino como modelo cultural y jerárquico se cuelga en el exterior: la mujer vive el exterior a través de las experiencias del hombre de la casa, observa la calle desde la ventana y la televisión; la mujer vive una realidad mediada y vivida por otros, una realidad que no le corresponde.

Esta es la construcción ideal que buscan las jerarquías dominantes; aunque se desconozca o niegue, las mujeres han estado y están presentes en el espacio público. El exterior urbano es el espacio donde las mujeres desarrollan indefectiblemente las labores complementarias del rol asignado. Como ser activo en la producción económica de muchas sociedades, al igual que en revoluciones políticas y civiles modernas, la presencia de las mujeres fue imprescindible para la promoción de importantes cambios, en los que no se les reconoce su participación.

En definitiva, las mujeres han estado presentes de una forma activa en todos los momentos históricamente decisivos de la cultura occidental, pero han sido invisibilizadas. El problema aún persiste en la actualidad; solo se reconoce una manera de hacer y explicar las cosas, y se ha silenciado y apartado a aquellas mujeres que hayan roto tabúes y jerarquías.

La categoría de análisis más difícil es la de mujer. La teoría de géneros plantea la dificultad de desbrozar qué parte del pensamiento “femenino o de mujeres” es propia y cuál es la asignada por los roles culturales, patriarcales y jerárquicos. Según María Milagros Rivera Garreta: “Pensar en otros términos plantea el problema de si es posible pensar desde fuera de la cultura, desde fuera del orden simbólico en el que las mujeres hemos sido socializadas, desde fuera del orden patriarcal en este caso. Hay quien sostiene que no, que nada escapa a la marca de la cultura que tenemos, pues es esta la que nos humaniza [...]. Hay quien sostiene que es posible un ‘pensamiento del afuera’, fuera del espacio clásico de las representaciones [...]. El pensamiento de las mujeres ha buscado [...] pensar en otros términos; pensar fuera del sistema es, pues, posible”.¹⁷²

Hacer visible la diferencia es el primer paso para construir un orden simbólico diferente donde las mujeres puedan expresarse desde su experiencia vital. La posmodernidad comporta asumir las diferencias, constituye el fin de la mirada única y dominante, y debería posibilitarnos reivindicar la primera diferencia —ser hombre y ser mujer—, sin por ello reconocer que dicha diferencia signifique desigualdad. A partir de la construcción de este mundo de dos —un mundo que a su vez es múltiple y a veces complementario, aunque esencialmente diferente—, podemos comenzar a pensar en hablar de procesos de igualdad. “La experiencia personal, su estatuto de originalidad, está muy desprestigiada en nuestra época. A este desprestigio han contribuido sobre todo el estructuralismo y la crisis de la subjetividad, el desmoronamiento de la identidad estable, todo eso que se suele llamar ‘la muerte del autor’: un pensamiento que antepone las estructuras del discurso al individuo que habla, acusando de esencialista el recurso a la propia experiencia como justificación de algo. La experiencia femenina personal vive, en cambio, en la práctica política del movimiento de mujeres”.¹⁷³

Frente a la valoración excesiva del saber racionalizado universalizado por el poder, se ha de valorar la experiencia real del otro. La posibilidad de decirse comienza por poder describir la propia experiencia, por valorar las transmisiones de saberes no reglados y por activar la capacidad crítica desde cada mirada.

BREVE RESEÑA DE LAS APORTACIONES DE MUJERES AL PENSAMIENTO URBANO

La invisibilidad de las mujeres no solo se produce en la mujer persona, sino también en la formación académica que han recibido aquellas mujeres que han contribuido y contribuyen al pensamiento de la ciudad.

En este sentido, Dolores Hayden y Daphne Spain llevan décadas realizando un trabajo encomiable en la visibilización de las aportaciones de las mujeres pioneras en el pensamiento y la acción de la nueva ciudad estadounidense. No podía dejarse pasar la oportunidad de un nuevo mundo y así lo comprendieron muchos hombres y mujeres que participaron conjuntamente en proyectos de nuevos modos de vivir que entendían la casa como célula básica del tejido urbano y entendían también que si esta se cambiaba, podía pensarse una estructura urbana, y social, diferente.

Dolores Hayden ha trabajado con la memoria de ciudadanos que nunca se han tenido en cuenta. En su libro *The Power of Place*,¹⁷⁴ construye un nuevo paisaje de la memoria de la ciudad de Los Ángeles a partir de trabajos participativos. Sus trabajos pioneros muestran que el discurso único no es representativo y significa el dominio de unos sobre otros.

En su libro *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work, and Family*,¹⁷⁵ Hayden examina cómo las mujeres han sido sistemáticamente excluidas o se las ha hecho sentir inseguras en los ambientes urbanos. En 1981 había escrito un ensayo que comenzaba: “Uno de los principios más importantes del proyecto arquitectónico y del urbanismo en Estados Unidos durante el último siglo ha sido ‘El sitio de la mujer está en el hogar’. Un principio más bien implícito que explícito para una profesión conservadora y dominada por los hombres [...]. Esta cuestión ha generado mucho menos debate que otros principios organizativos de la ciudad estadounidense contemporánea en una era del monopolio capitalista, que incluye la presión destructora de la urbanización de terrenos privados, la dependencia fetichista de millones de vehículos privados y el uso desmedido de la energía [...]. Al desoír esta norma, las mujeres han ingresado en masas en la fuerza laboral pagada. Edificios, barrios y ciudades diseñados para mantener en el hogar a las mujeres, constriñéndolas física, social y económicamente [...]. El remedio para esta situación es desarrollar un nuevo paradigma del hogar, del barrio y de la ciudad [...] que deberá soportar, más que restringir, las actividades de las mujeres trabajadoras y sus familias”.¹⁷⁶

Por otra parte, en su libro *How Women Saved the City*,¹⁷⁷ Daphne Spain desvela el papel imprescindible de las mujeres en la mejora de la calidad de vida de las grandes ciudades del este de Estados Unidos en el cambio del siglo xix al xx. En pleno auge del movimiento City Beautiful, las mujeres constataban cómo la ciudad real era invisible: carecía de higiene, de espacios de cuidado y juego para los hijos de madres trabajadoras y faltaba que la ciudad fuera soporte para la vida cotidiana. Se llevaron a cabo campañas para mejorar la ciudad real: se construyeron baños públicos, se limpiaron las calles, se propuso limpiar los solares vacíos para utilizarlos como espacios para juegos infantiles y se crearon guarderías para los hijos de las madres trabajadoras.

Una de las aportaciones más significativas y reconocidas fue la de Jane Jacobs, quien en 1961 escribió *Muerte y vida de las grandes ciudades*.¹⁷⁸ Junto con toda una serie de escritos aparecidos en esa década, el libro forma parte del cuerpo de conocimiento crítico e independiente que ha influido en el pensamiento urbanístico que cuestiona la ciudad de la

función y de la máquina, aquella que olvida a sus habitantes.

Otra contribución imprescindible fue la que aportó Denise Scott Brown a los trabajos que realizó en colaboración con Robert Venturi, en especial en *Aprendiendo de Las Vegas*, un libro realizado en colaboración con Steven Izenour en 1972. La mirada de Denise Scott Brown, más popular y acostumbrada a resaltar y aprender de las aportaciones de la gente común, se sumó al conocimiento más clásico y académico de Robert Venturi; la unión de ambas miradas es el sello que firma la ingente producción de este estudio.

La falta de reconocimiento al trabajo compartido llevó a Denise Scott Brown a realizar la siguiente aclaración en el prólogo de la edición de 1977: “La nota de Robert Venturi sobre la autoría de la primera edición, con su reconocimiento de coautores y colaboradores, fue virtualmente ignorada por casi todos los que reseñaron el libro. Los resentimientos personales ante el caballeroso tratamiento a mi aportación y las atribuciones que en general han hecho arquitectos y periodistas me llevaron a analizar la estructura social de la profesión, su dominación por machos de la clase alta y el énfasis de sus miembros en el Star System arquitectónico. El resultado es un artículo titulado *Sexism and the Star System in Architecture*”.¹⁷⁹

Otras aportaciones importantes al urbanismo desde la perspectiva de las mujeres se han realizado desde la geografía urbana feminista, siendo las precursoras las académicas británicas, quienes comenzaron relatando cuestiones derivadas de la propia experiencia: “Recuerdo con claridad un espectáculo que solía impresionarme mucho cuando tenía nueve o diez años. Yo vivía entonces a las afueras de Manchester, e ‘ir a la ciudad’ era un acontecimiento [...]. En el trayecto cruzábamos el valle llano del río Mersey [...]. Toda esa planicie, toda la extensión de Manchester se dividía en campos de fútbol y de rugby [...], cubierta hasta donde alcanzaba la vista de cientos de personas pequeñas que corrían de aquí para allá persiguiendo balones [...]. Yo no iba a esos campos de juego; parecían estarme vedados, que pertenecía a otro mundo [...]. Mi pretensión se limita a afirmar que espacio y lugar, los espacios y los lugares, así como el sentido que tenemos de ellos se estructuran recurrentemente sobre la base del género [...]. Esta estructura genérica del espacio y el lugar simultáneamente refleja las maneras como el género se construye y entiende en nuestras sociedades, y tiene efectos sobre ellas”.¹⁸⁰

Desde que España recuperara la democracia, se ha visibilizado un pensamiento feminista que también ha llegado a la arquitectura y el urbanismo.¹³ Antes de la Guerra civil española, tres mujeres se titularon en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, la primera de ellas Matilde Ucelay (1912-2008). Sin embargo, no fue hasta 1964 cuando comenzaron a salir, con cuentagotas, arquitectas tituladas de las escuelas españolas. Este retraso académico ha conllevado que la formación de las futuras arquitectas esté signada por la visión masculina y pretendidamente neutral de la enseñanza y, por tanto, de la profesión, que ha llevado a ocultar sensibilidades y miradas que la academia no ha avalado.¹⁸¹

En las muy diversas aportaciones a un urbanismo con una visión de género en el territorio español, destaca la conferencia “Mujer y vivienda”¹⁸² que Anna Bofill presentó en las I Jornadas de Feministas Independientes en Barcelona (1980), donde proponía una mirada diferente de las mujeres sobre el entorno y ponía de manifiesto la relación entre la

estructura patriarcal y la forma de nuestras ciudades. En 1984, en unas jornadas interdisciplinarias organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, se hizo una primera incursión sobre el uso del espacio en la vida cotidiana. La antropóloga Teresa del Valle publicó los estudios *Las mujeres en la ciudad. Estudio aplicado de Donostia y Andamios para una nueva ciudad*,¹⁸³ e Isabel Segura publicó la *Guía de Mujeres de Barcelona*,¹⁸⁴ donde busca y sigue las huellas de los pasos de las mujeres por la ciudad, desde la época romana hasta la actualidad, haciendo visible lo que hay más allá del monumento, en los márgenes de la historia tradicional.

En la década de 1990 se celebraron encuentros y jornadas periódicos en diferentes ciudades. En 1997 se celebró el encuentro “La ciudad con, de, desde, para, según las mujeres” en Vitoria, y ese mismo año la asociación La Mujer Construye de Madrid organizó los primeros “Encuentros de mujeres en arquitectura”. En 1999 en Barcelona se realizó el primer Congreso de las Mujeres de Barcelona, como resultado de la participación de los consejos de mujeres de los diez distritos de la ciudad, donde se presentó la ponencia “El espacio urbano, los tiempos y las mujeres”, con diferentes propuestas sobre vivienda, espacio urbano, accesibilidad y seguridad urbana. Este año también la Fundació Maria Aurèlia Capmany publicó el *Manual de recomendaciones para la concepción de los aglomerados urbanos desde la perspectiva de género*, como resultado del proyecto europeo Las Mujeres y la Ciudad, realizado por Anna Bofill, Isabel Segura y Rosa M. Dumenjó.

En 2005 se celebraron en Barcelona las I Jornadas de Urbanismo y Género, organizadas por la Diputación de Barcelona y coordinadas por Isabela Velásquez, que resultaron de un gran impacto mediático y contaron con la participación de técnicas nacionales y extranjeras de un amplio abanico profesional. La peculiaridad de estas jornadas fue la implicación de diferentes organismos y que su amplia difusión hiciera que no se limitara a un saber entre pocas personas, sino una discusión abierta. El impacto de este congreso se debió en parte a la apertura desde ámbitos políticos estatales, autonómicos y municipales del debate sobre la igualdad, que tendría una herramienta fundamental en la Ley Orgánica del 3/2007, del 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres.

Entre otras arquitectas, urbanistas, y profesoras que levantan una voz disidente frente a la neutralidad impuesta, se destaca la labor de Inés Sánchez de Madariaga,¹⁸⁵ quien ha realizado tanto numerosas investigaciones y escritos en torno a urbanismo y género, como ha actuado desde la política intentando desenmascarar las redes patriarcales de poder. También se deben mencionar grupos de mujeres que, desde una labor técnica y cívica, incentivan tanto la participación de las mujeres como el abordaje de las cuestiones urbanas desde otro punto de vista: Grupo Suburbana de Sevilla, Col·lectiu Punt 6 de Cataluña, Precarias a la Deriva de Madrid o Hiria Kolektivoa del País Vasco, entre otros.

PROPUESTAS DE VIDA COMUNITARIA

Continuando con lo iniciado en el capítulo dedicado a “Las tradiciones alternativas de vida comunitaria” pensadas para la igualdad real de oportunidades para hombres y mujeres, la primera obra que se debe destacar es el edificio de viviendas Margarete Schütte-Lihotzky

Hof en Viena, un ejemplo hecho por y para mujeres. A principios de la década de 1990, el Instituto de la Mujer del Ayuntamiento de Viena hizo un análisis de la producción de vivienda pública, dirigido por Eva Kail. En Viena, la producción de viviendas públicas es muy importante, e indagando sobre su autoría, se dio cuenta de que entre los proyectistas de las grandes obras de vivienda pública no había mujeres. Ante esta evidente discriminación sin justificación, decidieron realizar una selección de arquitectas para organizar el concurso de un plan general donde se definieran las condiciones de las viviendas pensadas para facilitar la conciliación y la vida cotidiana de las mujeres.

El proyecto, de aproximadamente 350 unidades de viviendas, se desarrolló entre 1993 y 1997 y las motivaciones fundamentales para hacer un proyecto de viviendas pensado por mujeres y para mujeres fueron dos. La primera tiene relación con los cambios sociales y de roles de la mujer en la sociedad contemporánea, reconociendo que, en el proceso convencional de planificación urbana y de construcción, apenas se toman en cuenta sus necesidades y problemas específicos. Gran parte de estas necesidades específicas derivan de la imposición de roles y responsabilidades de género asignados: el cuidado del hogar y la familia. La “mujer ideal” de hoy ya no es el ama de casa recatada de antaño, sino aquella que trabaja y al mismo tiempo lleva eficazmente la casa. En Viena se dedican 39 horas semanales a las actividades relacionadas con el hogar, y el 76 % recae sobre las mujeres. Los conflictos espaciales aparecen debido a la rotura de los dominios tradicionales del hombre y de la mujer, y para evitarlo y lograr el reparto igualitario del tiempo del trabajo y de la familia, se necesitan estructuras urbanas que permitan y faciliten a ambos elegir libremente cómo organizar su vida. La segunda motivación es la ausencia de mujeres entre los expertos en los procesos de planificación y proyectación de barrios y viviendas.

El proyecto urbano ganador fue el presentado por Franziska Ullman y el conjunto se dividió entre las cuatro arquitectas participantes del concurso: la misma Ullmann, Gisela Podreka, Elsa Prochazka y Liselotte Peretti. Los criterios esenciales del proyecto fueron las múltiples facetas de la vida cotidiana de la mujer tanto en los procesos de planificación urbanística como en la construcción de viviendas. El objetivo era demostrar que los criterios para una vivienda adaptada a la mujer no constituyen solo un manifiesto teórico, sino que pueden llevarse a la práctica. El proyecto incorporaba la participación de las futuras usuarias y usuarios como un dato fundamental y necesario, y entre las características de proyecto más específicas destaca la propuesta de usos mixtos del suelo que rompe con la rígida funcionalización de la ciudad; es decir, en el mismo complejo construido conviven las viviendas con espacios para el trabajo reproductivo, de ocio, equipamientos educativos, un centro de salud, una comisaría para la policía local, comercios y espacios para el trabajo remunerado. Para que este requerimiento fuera posible, las arquitectas participantes en el concurso tuvieron que solicitar una modificación de la normativa que permitiera el uso mixto del suelo, sin el cual era imposible pensar propuestas en el sentido indicado. El espacio comunitario está proyectado con criterios sostenibles, y se previeron ámbitos para diferentes edades, adecuando su proyecto a los usos y los diferentes usuarios: lugares de juego cercanos a los accesos para los adolescentes, espacios más resguardados para los niños y zonas más tranquilas para las

personas mayores.

Se buscó una variedad de tipologías con la máxima flexibilidad en su uso y la máxima relación entre las cocinas de las viviendas y los espacios de juego de los niños más pequeños. Cada edificio cuenta con un espacio comunitario cuyo uso decide la comunidad. Los espacios intermedios o de paso están sobredimensionados para que sirvan de espacios de juegos alternativos para los niños en días de mal tiempo. Se prevén espacios comunes de almacenaje para grandes bultos en cada planta y para bicicletas, carritos, triciclos, etc., en planta baja, todo ello diseñado buscando la máxima visibilidad, las transparencias y garantizando la seguridad de las personas. Y lo más impactante es que el espacio abierto interior es auténticamente público, de paso, de juego y de estancia. A partir del aprendizaje de esta primera experiencia se ha continuado con el programa, y en marzo del 2009 se finalizó la construcción del tercer conjunto de estas características.

Otro ejemplo es el Sargfabrik, también en Viena, que responde a la iniciativa cooperativa de un grupo de habitantes que compraron una antigua fábrica de ataúdes y la convirtieron en un edificio de viviendas con equipamientos compartidos. En este caso, el proceso participativo fue determinante y contó con asesores en dicha área y con un contrato especial con los arquitectos autores del proyecto: BKK3. Se trata de un modelo de innovación desde la gestión, el proyecto y el uso. Cada vivienda tiene cocina y su tamaño varía en función de las necesidades temporales de cada familia. Cada grupo familiar puede añadir otro espacio o tener la casa desdoblada; es decir, tener en una parte el espacio para vivir con baños, y disponer de un espacio para trabajar en otro lugar. El sótano alberga una sauna, baños de vapor, un gimnasio y espacios de juego, y en la azotea hay un huerto que cuidan aquellos habitantes que así lo quieren. El conjunto cuenta también con un comedor comunitario.

Esta vivienda colectiva no es un modelo repetible, sino un ejemplo de un grupo de personas que se reúnen para vivir, y para conformar las viviendas según sus necesidades y prioridades. Se trata de un edificio que siempre está abierto, donde los niños juegan en el espacio intermedio compartido.

A partir de esta experiencia se derivó otra de menor tamaño, MissSargfabrik, pero que contó con el mismo modelo de gestión y participación, aunque con un programa diferente derivado de las necesidades de sus habitantes.

En definitiva, si el modelo único de familia no existe, y menos aún en nuestra sociedad contemporánea global, la vivienda debe repensarse de manera desprejuiciada, sin olvidar que las tareas del hogar llevan trabajo, tiempo y necesitan espacios pensados desde su reconocimiento y conocimiento. Estamos en camino de crear espacios para vivir que no perpetúen la desigualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, que hagan a las personas más libres y sociales. Y para ello no debemos olvidar que ya existe una larga tradición de viviendas comunitarias y que en la actualidad existen magníficos ejemplos contemporáneos.

LA CIUDAD DEL TERCER MILENIO

La mirada de la experiencia femenina sobre la ciudad construida tiende a una adecuación

del entorno construido para mejorar la igualdad de oportunidades en el uso y disfrute. En una primera aproximación tiene que ver con hacer visible las necesidades de todos aquellos a quienes no tiene en cuenta el pensamiento dominante. En gran parte, la ciudad se planifica para un hombre (rol de género y no de sexo) de mediana edad, en plenas condiciones físicas, con trabajo estable y bien remunerado que le permite tener coche privado y con una esposa que le aguarda en casa con todo hecho y preparado. Pensemos, si no, en la proporción de inversión pública ligada a mejoras viarias para vehículos privados —calles, autovías, túneles, rondas, etc.— comparada con la del transporte público más eficiente y que llegue a más puntos y con mayor frecuencia. La proporción de usuarios de vehículos privados es mayoritariamente masculina y corresponde a una mínima parte del total de la población. Queda claro, pues, para quién se proyecta la ciudad y el territorio.

Por su vivencia como acompañantes y por asignación ligada al género, las mujeres ponen en evidencia las dificultades y necesidades de otras mujeres que plantean una mirada no neutra ni universal. La mujer madre, cuidadora y nutridora, habla por experiencias compartidas: aceras insuficientes para acompañar a quien necesita ayuda, para pasar con cochecitos de bebés, sillas de ruedas o carros de la compra; una iluminación de las calles que continúa primando la calzada en detrimento de la acera (como, por ejemplo, en la iluminación con farolas de carretera en calles con aceras arboladas que iluminan escasamente el espacio para peatones, o la iluminación al tresbolillo que deja zonas de contraste lumínico). Los transportes públicos siguen primando los traslados que se consideran obligados —aquellos que unen zonas residenciales con zonas de trabajo y estudio en hora punta— sin considerar los traslados —más complejos y, por tanto, más difíciles de analizar y de responder a ellos— de las mujeres, cuyos recorridos nunca van de punto a punto, sino en zigzag, aprovechando el espacio entre unas actividades para hacer otras. Los recorridos hacia las escuelas están a menudo llenos de obstáculos, dificultades y peligros, y pueden llegar al extremo de ubicar una escuela en una vía rápida con una acera estrecha. ¿Cuánto deben andar los peatones para llegar a un paso de cebra? Sabemos que a menor número de semáforos el tráfico es más fluido y, por tanto, más rápido, y nuevamente nos preguntamos: ¿para quién se piensa la ciudad?

La seguridad y la percepción de esta son muy diferentes para las mujeres y para los hombres, y por ello es importante conocer sus experiencias a la hora de planificar espacios públicos. Usos, límites, transparencias, visibilidad e iluminación son variables que se deben tener en cuenta según la experiencia de las mujeres.

La política del tiempo y los horarios es otra complicación.¹⁸⁶ Compaginar horarios de colegios, actividades extraescolares y un trabajo en la esfera productiva requiere un gran esfuerzo, cuando no la claudicación de las propias aspiraciones personales y profesionales de las mujeres. Los comercios de proximidad, por ejemplo, favorecen este compaginar el tiempo, y el dominio de los centros comerciales rompe los itinerarios de proximidad y de vida cotidiana de las mujeres. Las mujeres reclaman una ciudad compleja y de proximidad, con un buen transporte público y espacios públicos seguros que permitan libertad de elección.

Ahora bien, si hace más de treinta años que la crítica feminista denuncia el sesgo de las políticas urbanas que priman a los hombres y la ciudad funcional, y que ponen de

manifiesto una estructura que no favorece la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, ¿cómo es posible que aún perviva el pensamiento de la ciudad por partes?

Nuestra sociedad, alienada por las imágenes de consumo, se olvida de ver más allá de la superficie. Una imagen vale más que mil palabras, y en este caso de manera negativa. Un *render* con falsos edificios y habitantes es una escenografía de discursos vacíos que enmascara la especulación inmobiliaria, a la que no le interesa el fin del dominio patriarcal.

Se continúa pensando y proyectando la ciudad en paquetes monofuncionales, aunque se hayan cambiado los envoltorios y las razones con que se nos presentan. Por un lado, tenemos escenografías de casas unifamiliares con jardín, actividades de ocio y diversión para todos y, por otro, se evita el discurso de clase —por tanto de reforma social— que había detrás de las propuestas de la primera mitad del siglo xx.

Autopistas y casas adosadas; falsos ensanches sin equipamientos educativos, sanitarios, culturales ni comercio; zonas de naves industriales con terrenos yermos intermedios... Este es el paisaje de la ciudad —a veces llamada ciudad difusa, para disminuir el impacto negativo de llamarla no ciudad o suburbio sin atributos— que se ha estado construyendo sobre el territorio, además del modelo insostenible de crecimiento que depende del vehículo privado y de las energías no renovables y contaminantes. Y ante todo esto, surgen varias preguntas: ¿Cómo se imaginan las vidas de estos habitantes quienes planifican? ¿Cuántos coches hay por cada vivienda? ¿Cómo se compagina tener hijos y trabajar, hacer las tareas domésticas y trabajar en la esfera productiva? En definitiva, ¿qué vida es posible en este mosaico infinito de fragmentos inconexos? Tal como ha escrito César Naselli, esa fragmentación, desunión y descoordinación del medio ambiente es totalmente negativa: “Vivir entre fragmentos y en un lugar que disuelve sus articulaciones estructurales es precisamente vivir en el espacio de la alienación”, cuando lo que sería necesario es “retejer la trama de relaciones humanas y sociales”.¹⁸⁷

Tal como hemos explicado en el capítulo “Mundo post-Chernóbil”, esta ciudad tardorracionalista no deja de ser una repetición pervertida de la ciudad moderna, que aun podía entenderse bajo un ideal de igualdad universal para todas las clases, aunque su realización haya estado lejos de este ideal.¹⁸⁸ La ciudad por partes, la de las funciones segregadas, ha degenerado en una ciudad triplemente segregada: por funciones, por clase y por género.

Mientras existan dos esferas de trabajo —uno remunerado, reconocido y visible, y otro no remunerado, no reconocido e invisible—, no podrá hablarse de un nuevo orden simbólico. El sistema jerárquico patriarcal se basa en la división injusta de tareas, sea el sexo que sea el que asuma cada rol de género (aunque actualmente es el género femenino el que sigue desempeñado mayoritariamente por mujeres, tal como demuestran las estadísticas mundiales). Las mujeres trabajan más horas y ganan menos, pues la mayor parte de estas horas están dedicadas a las invisibles tareas de la reproducción sin las que no hay producción. Por tanto, un desafío para una ciudad más justa y solidaria es la corresponsabilidad social en estas tareas imprescindibles, y para ello una planificación urbana de proximidad es también imprescindible.

Nuevas epistemologías para el urbanismo contemporáneo

Entrados en el siglo **xxi**, las teorías sobre la ciudad y el territorio necesitan una profunda revisión. Parte de la teoría urbanística desarrollada en el siglo **xx** está obsoleta y ha sido superada por la complejidad de la realidad. La práctica urbanística tecnocrática está desacreditada, su dimensión pública ha quedado marcada por el predominio de la especulación inmobiliaria y el objetivo del bien común se ha contaminado por las exigencias del mercantilismo. Esta disolución del urbanismo ha sido potenciada por el predominio de las obras para la *global class*, basadas en objetos autónomos y aislados proyectados por arquitectos estrella, de ética cuestionable.

La cuestión clave es cómo afrontar los grandes desafíos sociales y medioambientales con una arquitectura ecológica y un urbanismo auténticamente participativo, de modo que se evolucione hacia la igualdad y el reconocimiento de la diversidad, hacia una sostenibilidad entendida desde la vertiente social.

En este sentido, hay una parte de la cultura arquitectónica y del urbanismo contemporáneos digna y rescatable, que ha hecho grandes aportaciones: la tradición orgánica y participativa del urbanismo, las políticas de vivienda social, como la desarrollada en Viena durante casi un siglo; las nuevas políticas urbanas basadas en los espacios y transportes públicos, los edificios públicos pensados para el aprendizaje, la sociabilización, la comunicación y la expresión de la gente; los espacios verdes, los ejes peatonales y los carriles bici que fomentan la diversidad y las relaciones intersubjetivas.

Y las raíces del cambio radican en la necesaria deconstrucción de los procesos dominantes para conseguir alternativas: comercio justo, *slow food*, consumo local y responsable, banca ética, cooperativas de crédito, cooperativas de viviendas, aparcería urbana, etc. Este urbanismo alternativo basado en la autoorganización, en el funcionamiento de abajo arriba (*bottom up*) y en la justicia debería sustentarse, al menos, en cuatro ejes de transformación estrechamente relacionados: igualdad y diversidad, participación y sostenibilidad, en relación con la voluntad de promover y consolidar una democracia realmente participativa y medioambientalista.

IGUALDAD

La igualdad ante la ley tiene una relación estrecha con la práctica de los derechos humanos que preconizan estos principios de libertad, igualdad, fraternidad y no discriminación.

En la evolución de los derechos humanos se han producido diversas fases. En la primera, desde la Ilustración hasta el siglo **xix**, se trató de establecer los derechos del individuo para contrarrestar el poder totalizador del Estado nación. En la Francia revolucionaria y posrevolucionaria se promulgaron el Derecho a la intimidad (1791), el Derecho a la propiedad (1807) y otros derechos básicos que tenían que ver con la clase burguesa emergente. Sin embargo, la pretendida universalidad inicial de los derechos de la Revolución era parcial, pues eran de aplicación para el sexo masculino y las mujeres han

tenido que luchar y reclamar para conseguir cada uno de esos derechos.¹⁸⁹

En una siguiente fase, hacia mediados del siglo XIX, con la consolidación de la sociedad de clases y el anquilosamiento de clases poderosas, como la eclesiástica, se tomaron medidas drásticas a favor de una incipiente idea de bien social, como el Decreto de Desamortización de Mendizábal, dictado en 1836 en España, para transformar las ciudades ganando espacios y edificios públicos en el lugar de los grandes conjuntos religiosos. Herencia de la Reforma, este proceso de expropiación era un paso imprescindible para la acumulación de una nueva riqueza social.

A lo largo del siglo XX se entró paulatinamente en una nueva fase de reclamación de las obligaciones del incipiente Estado de bienestar para con la ciudadanía. Una ley pionera fue la del Derecho a la vivienda (1918) en la República de Weimar, que declaraba el “derecho a un alojamiento salubre” para todo ciudadano alemán. Y una tradición modélica es la política de suelo y propiedad pública de la Viena Roja de la década de 1920 hasta hoy en día. A lo largo de este período, los derechos se han ido regulando, implantando y defendiendo en el interior de cada país. La socialdemocracia centroeuropea en el período de entreguerras se consolidó tras la II Guerra Mundial con unas políticas de bienestar que consiguieron conciliar democracia con la regulación de la economía de mercado.

Esta fase tuvo su momento culminante con la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948),¹⁹⁰ con la que se entró en una nueva etapa en la que el reclamo de los derechos y obligaciones no se hace por países, sino que pasa a ser universal, y una institución, las Naciones Unidas, vela para que cada país lo cumpla.

Dichos derechos, en general, se han ido adquiriendo por etapas y por sectores sociales: primero los hombres blancos y ricos, mucho más tarde las mujeres europeas y norteamericanas, y hoy el objetivo es que estos derechos se generalicen sin discriminación de ningún tipo.

En esta evolución, uno de los textos clave fue *El derecho a la ciudad* de Henry Lefebvre,¹⁹¹ donde se teorizó sobre los cambios territoriales producidos en el siglo XX y se definieron los nuevos derechos relacionados con la ciudad moderna, la vivienda y el barrio, la reivindicación de la vida cotidiana y la voluntad de formar parte y participar en la ciudad.

En las últimas décadas del siglo XX, estos derechos generales —vivienda, sanidad, espacio público, cultura— han empezado a relacionarse directamente a los Gobiernos locales y municipales, especialmente en la primera década del siglo XXI, en la que, a consecuencia de la respuesta neoliberal a las crisis económicas, muchos Estados han empezado a restringir algunos derechos, libertades y asistencias.

Hay ejemplos concretos de esta defensa de un derecho básico como el de la vivienda: la ONG Voluntary Architects Network (VAN), creada por Shigeru Ban para promover viviendas de emergencia realizadas con materiales ligeros y reciclados; o The Housing Loan Programme,¹⁹² promovido por el Grameen Bank en Bangladesh, basado en préstamos de 300 dólares para una casa tipo de unos 24 m², que se devuelven en unos diez años. Con este programa en 2006 se habían realizado en Bangladesh 641.000 viviendas.

IGUALDAD DE GÉNEROS

Que un urbanismo sea auténticamente igualitario significa que es auténticamente democrático, un concepto de la modernidad que aún se está intentando desplegar de manera completa. Se ha conseguido en mayor medida en algunos países y períodos del siglo xx, pero generalmente ha sido incompleto e insuficiente, transitorio y no consolidado del todo. No olvidemos lo incompleta que ha sido la democracia: hasta hace pocas décadas el sufragio femenino no existía; en Suiza no se reconoció este derecho hasta 1975.

Se trataría, por tanto, de reforzar una igualdad que responda a la diversidad contemporánea, que alcanzara una verdadera igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, sin discriminación de sexo, género, cultura, lengua, religión, ni orientaciones sexuales.

Uno de los frentes más avanzados en la lucha por la igualdad es la de géneros, que parte de la diferencia que existe aún entre las posibilidades de mujeres y hombres en todos los terrenos: entre la diferencia de tiempo que dedican unas y otros al trabajo doméstico, entre las diferencias en los salarios recibidos por trabajos similares, en las dificultades de las mujeres para acceder a altos cargos en el mundo empresarial, político, mediático o universitario; en las dificultades de conciliar vida familiar y profesional, en la falta de reconocimiento y visibilidad de las aportaciones de las mujeres, en la necesidad de escribir nuevas historias que superen las historias únicas construidas desde el dominio y el exclusivismo patriarcal.

La discriminación de género tiene una fuerte plasmación en el urbanismo y la arquitectura: desde el espacio público, con sus parques y aceras, o las condiciones en los sistemas de transporte, hasta los lugares de trabajo y la estructura jerárquica que muchas veces se mantiene en la vivienda. Por tanto, no hay ninguna posibilidad de justicia e igualdad si no se parte de una perspectiva crítica de género.

El discurso feminista no se limita a pretender sustituir a los hombres por las mujeres en el centro de los hechos y del poder, manteniendo intactos discursos de oposición binarios, reglas de dominación y mecanismos de exclusión; todo lo contrario. Es por ello que el pensamiento de Gayatri Spivak¹⁹³ pone en sintonía el pensamiento feminista con la deconstrucción: el feminismo se refuerza cuando intenta dar voz a los subalternos, cuando deconstruye la oposición entre género femenino y masculino y no exacerba dicha pugna. Y por esto puede ser tan fructífera la propuesta de Rosi Braidotti de una nueva subjetividad nómada,¹⁹⁴ basada en los afectos y las relaciones intersubjetivas, que surge de una visión nada victimista, positiva y de afirmación, de inclusión del otro.

En esta revisión de la ciudad y de la arquitectura sigue habiendo una misión para los hombres: la lucha por una sociedad justa e igualitaria tiene que ver con el esfuerzo para repensar y vivir a partir de la llamada crisis de la masculinidad tradicional, superando paulatinamente un modelo clásico, radicado en la autoridad patriarcal indiscutible, en la primacía del racionalismo, la abstracción y lo pretendidamente objetivo, por encima de los sentimientos y la experiencia, de la alteridad y de la diferencia. Es una visión más compleja la que permite superar una concepción lineal y operativa de la vida, que ha situado la productividad como razón de una existencia dirigida a unos objetivos únicos.

Se trataría, en definitiva, de crear una nueva cultura —una ecosofía tal como sostenía

Félix Guattari—,¹⁹⁵ unos modos de vida que incorporen la visión de las mujeres, priorizando los seres vivos y la experiencia.

DIVERSIDAD

El derecho a la igualdad y a la no discriminación está estrechamente relacionado con otro proceso básico: la aceptación de la diversidad. Es decir, igualdad en cuanto a los derechos de las personas, diferencias en cuanto a individuos. Ello significa que la gran diversidad social y cultural, de lenguas, religiones y costumbres, en las sociedades poscoloniales y en las ciudades multiculturales, debe poder expresarse en las formas y en los valores del espacio público.¹⁹⁶ Por ello, la expresión de la igualdad también significa que el espacio público de cada barrio deba reflejar la diversidad de culturas que en él habitan, incluyendo a los emigrantes, a sus culturas, sus imaginarios, sus creencias, sus sonidos, sus comidas, sus maneras de relacionarse en el espacio público y sus capacidades expresivas y creativas.

El objetivo es valorizar las experiencias, comunicarlas y compartirlas. Para ello, los recorridos, formas y símbolos de calles y plazas, escuelas y edificios públicos deben facilitar dicha expresividad e interrelación.

Un urbanismo alternativo debe dar lugar a la diversidad aportada por la inmigración, entendiendo que los imaginarios urbanos son distintos, así como el uso del espacio y del tiempo, de los símbolos y los sonidos, del ocio y del trabajo, de las redes de intercambio y de solidaridad. Se debe tener en cuenta en qué medida el emigrante ha intentado elegir un entorno que sea asimilable al suyo. Se trata, pues, de favorecer este proceso y potenciar que el espacio público y los equipamientos se conviertan en redes favorables a la relación, el conocimiento y la sociabilidad.

La realidad de la inmigración contemporánea, capaz de crear sus propios barrios y universos, se expresará mejor en una ciudad conformada por capas, hecha de superposición de realidades, basada en potenciar múltiples interrelaciones. Porque, en definitiva, el urbanismo de la diversidad es el que potencia espacios para la intersubjetividad.

Afortunadamente, una parte de la arquitectura posmoderna ha demostrado su habilidad en potenciar y manifestar la diversidad: en la arquitectura que favorece la participación, en las teorías y obras de Ralph Erskine, Lucien Kroll, John F. C. Turner, Christopher Alexander o N. John Habraken; en la tradición holandesa, encabezada por Aldo van Eyck y Herman Herzberger, continuada a su manera por Rem Koolhaas y que ha desembocado en obras como el Silodam en Ámsterdam (1995-2002) del grupo MVRDV. El Silodam se convierte en un manifiesto de la diversidad de modos de vida, en la expresión del deseo de caracterización e individualización de cada vivienda dentro de un conjunto colectivo.

Otro ejemplo que se debe citar son las viviendas sociales de bajo coste Aranya en Indore, la India, iniciadas en 1983 por Balkrishna Doshi,¹⁹⁷ colaborador de Louis I. Kahn en sus obras en la India. Doshi creó una fundación de arquitectura, la Vastu-Shilpa Foundation, para impartir talleres, hacer experimentos y promover obras sociales. El barrio de Aranya se basa en viviendas mínimas, de gran calidad formal y espacial, que los vecinos pueden

transformar y ampliar, que se ordenan según un espacio público de clara estructura reticular, de calles, plazuelas y aceras amplias, que fomenta el espíritu de la variedad y de la interrelación entre los vecinos a partir de los usos tradicionales de la calle y que favorece las relaciones entre la diversidad de habitantes: hindúes, musulmanes, sijs, budistas, jainitas, etc.

De hecho, incluso parte de la arquitectura moderna, que parece emblemática por su insistente repetición de modelos, en realidad previó mucho más la diversidad de lo que parece: Ernst May basó la política de vivienda en Fráncfort en el fomento de una variada serie de tipos (unifamiliares, plurifamiliares, de acceso por corredor, de distintas superficies). También Le Corbusier acabó proponiendo catorce variantes en la Unité d'Habitation, más allá del tipo dominante con dos variantes.

En definitiva, la opción por la diversidad tiene fuertes implicaciones: abandonar las pretensiones de universalidad, unidad e identidad, de un discurso único, de una obra autónoma. Es necesario entender que, para una época en la que no existen modos de vida iguales para todos, la alternativa es la diversidad, el pensamiento complejo,¹⁹⁸ la teoría de los sistemas y las relaciones,¹⁹⁹ atender desde una posición posmoderna la condición contemporánea de las sociedades poscoloniales y, en definitiva, enriquecer el pensamiento, la comprensión y la atención por el “otro” y la alteridad.²⁰⁰

En el texto *La huella del otro*,²⁰¹ Emmanuel Lévinas escribe: “Al mito de Ulises que regresa a Ítaca, quisiéramos contraponer la historia de Abraham, que abandona para siempre su patria por una Tierra desconocida”. Porque es vital un cambio epistemológico: “Desde su infancia, la filosofía ha estado aterrorizada por el ‘otro’ que permanece siendo ‘otro’, ha sido afectada por una alergia insuperable”. Lévinas desvela cómo ha predominado totalmente una filosofía de la identidad, del ‘yo’, de lo mismo, de la creencia del ser, de la autonomía, del eterno retorno a sí mismo. En cambio, en la experiencia heterónoma: “El ‘yo’ frente al ‘otro’ es infinitamente responsable. El ‘otro’, que provoca este movimiento ético en la conciencia y que desajusta la buena conciencia de la autocoincidencia de lo ‘mismo’, comporta un aumento inadecuado de la intencionalidad”, escribe Lévinas. Ya que lo “otro” no puede convertirse en categoría y el movimiento hacia el “otro” no se recupera en la identificación, no regresa a su punto de partida.

PARTICIPACIÓN

Si la igualdad y la diversidad son valores, la participación es un procedimiento, un instrumento. Sin embargo, su argumentación y protagonismo son la clave para la transformación de un urbanismo llevado a cabo por muy pocos planificadores hombres hacia un urbanismo abierto a las demandas sociales y que tienen como objetivo los valores de la igualdad y la diversidad.

Los procesos de participación no son ninguna novedad en las sociedades democráticas. Constituyen uno de los más importantes indicadores de que cada ciudad se esfuerza por ser más sostenible, más humana y más atenta con su realidad, diversidad y memoria; demuestra que se trabaja con el objetivo de lograr beneficios comunes y expresa el deseo de la mayor parte de la ciudadanía de formar explícitamente parte de la ciudad, de

reconocerse en sus transformaciones. La participación implica una transparencia y claridad de intereses y objetivos.

Sin embargo, muchos municipios cuentan con la participación entre sus planteamientos, pero en pocos casos se lleva adelante con rigor. Se habla mucho de ella, pero, en el fondo, la mayor parte de los políticos y técnicos la temen y preferirían tomar decisiones sin la intervención de los implicados. Pocos de ellos están dispuestos a asumir el esfuerzo del trabajo en equipo y del cambio de mentalidad en los procesos de proyecto y gestión que ello implica. Los mismos arquitectos están muy entrenados para escuchar lo que les piden para sus casas los clientes privados, pero no sucede lo mismo con la diversidad de deseos de los vecinos de una plaza, un nuevo equipamiento o futuras viviendas colectivas.

La participación tiene un coste —no puede esperarse que la ciudadanía, además de participar y dedicar tiempo y esfuerzo, sea la que pague los gastos— y exige una serie de etapas: primero, disponer de toda la información para ser evaluada y para que forme parte de los procesos de diagnóstico, aportando puntos de vista y experiencias; más tarde, debatir, programar, planificar y proponer como resultado diversos diseños para ser discutidos, revisados, rehechos y elegidos; elaborar un sistema de gestión lo más transparente posible; y, por último, se debe producir un seguimiento de la intervención pública y se deben evaluar para ser valorados y, si es necesario, reformulados.²⁰² Un ejemplo en este sentido es el complejo sistema participativo que se ha seguido a partir de 1996 en el ecobarrio de Vauvan en la ciudad alemana de Friburgo.

No solo los procesos de participación permiten reforzar que la ciudadanía se reconozca en su barrio y en su ciudad, sino que deberían ser claves tanto en los inicios como cuando las obras ya están hechas. Ninguna intervención urbana puede iniciarse sin que los vecinos intervengan en el diagnóstico y toda obra requiere la opinión y actividad de los usuarios para valorar y cualificar su mantenimiento, para interpretar su postocupación.

Sin embargo, casi nunca se sigue hasta el final el proceso de una auténtica participación. Muchos ayuntamientos confunden la participación solo con informar y, a veces, la información es escasa y confusa, de definición borrosa, continuamente cambiada; de esta manera, los ciudadanos siguen siendo agentes pasivos y pocas veces se les escucha. En ocasiones, se deja que algunos sectores opinen, sin la más mínima garantía de que lo planteado vaya a ser tenido en cuenta. Y, en todos los casos, es imprescindible que cada uno de los actores individuales pueda expresarse; no sirven procesos participativos en los que solo hablen representantes.

Un ejemplo de la falta de espíritu crítico y participativo en muchos entes públicos es la casi total inexistencia de estudios postocupación, realizados por equipos multidisciplinares, para evaluar los edificios o espacios urbanos una vez inaugurados, para comprobar cómo están funcionando, cuál es el nivel de satisfacción de los usuarios, qué modificaciones ha conllevado su utilización y, por tanto, qué rectificaciones deben establecerse en futuros proyectos.

En el entorno metropolitano de Barcelona existen contados ejemplos de auténtica participación ciudadana. Algunos de ellos serían la Plaça Pius XII en Sant Adrià del Besós (2006-2008), que partió de una lista de requerimientos específicos de los vecinos de la plaza y del constante diálogo con ellos, según un proyecto de los arquitectos Eva Prats y

Ricardo Flores; y el proceso de definición programática para la remodelación del barrio de Trinitat Nova, que fue coordinado por Isabela Velázquez y Carlos Verdaguer de GEA-21. De hecho, existe una tradición de cooperativas de viviendas, que tiene su razón de ser en estos procesos de participación y de otorgar poder a los actores urbanos, que necesitaría reforzarse.

Internacionalmente, existen muchos ejemplos de buenas prácticas en países y ciudades,²⁰³ como en Holanda, donde se establecen comisiones de ciudadanas, ahora también de ciudadanos, las VAC, que asesoran desde hace más de cincuenta años la adecuación y diversidad de la vivienda. O como en la ciudad brasileña de Porto Alegre, reconocida por un completo y modélico sistema participativo, desarrollado desde la década de 1990 hasta el 2005, basado en reuniones periódicas en cada barrio, donde se debatían los presupuestos y se decidían las prioridades.

Tal como se ha explicado en el capítulo “Ciudades alternativas: Curitiba, Seattle, Bogotá y Medellín”, en Seattle existen comisiones ciudadanas, formadas por vecinos, profesionales y artistas, que intervienen en cada proyecto urbano. Dichas comisiones se reúnen quincenalmente durante ocho horas y las actas se publican en la página web del Ayuntamiento y se envían en papel a todos aquellos ciudadanos que lo hayan solicitado. De esta manera, la información, base primaria de todo proceso de participación, es transparente y alcanza a todos los interesados, sin importar su pertenencia o no a una asociación de vecinos reconocida por el Ayuntamiento.

El análisis de las diversas experiencias de participación demuestra que estas no pueden forzarse, ni inventarse, ni implantarse, sino que deben surgir de los propios vecinos y movimientos sociales, de lugares y problemas reales. Los mejores casos en la práctica se producen cuando se suman diversos factores y actores, cuando hay un auténtico movimiento local, existen líderes o técnicos que poseen una visión y experiencia cosmopolita, capaces de impulsar los movimientos locales y relacionarlos con otros similares en contextos distintos, y existe un contexto legal que lo ampare y lo potencie.

Este pensamiento y práctica de la participación de abajo arriba (*bottom up*) tiene sólidas raíces en la teoría arquitectónica contemporánea: las experiencias y escritos de John F. C. Turner, influido por Charles Abrams y Colin Ward, el método de los soportes de N. John Habraken, y el sistema de requerimientos, diagramas y patrones de Christopher Alexander.²⁰⁴

Como ejemplo emblemático de participación podemos tomar el programa Favela-Bairro, promovido por el arquitecto Luiz Paulo Conde, cuando era secretario municipal de urbanismo y alcalde de Río de Janeiro, y coordinado por los urbanistas Sergio Magalhaes y Verena Andreatta. Dentro de este programa destacan las intervenciones del arquitecto de origen argentino Jorge Mario Jáuregui. Con la colaboración de arquitectos y científicos sociales, Jáuregui ha creado un sistema participativo, abierto y complejo que le permite situarse y conocer el lugar para poder plantear posibles líneas de intervención desde la propia lógica de las *favelas*. En su método, Jáuregui, además de los conocimientos técnicos y legales sobre arquitectura e ingeniería, sintetiza aportaciones de la filosofía — como los conceptos de pliegue y rizoma —, procedentes de la sociología y de la psicología.²⁰⁵

SOSTENIBILIDAD

Tomemos, por último, el término de sostenibilidad como referencia, aunque sea muy polémico y “desarrollo sostenible” constituya un curioso oximoron, una contradicción semántica, como “arqueología industrial” o “guerra preventiva”, ya que, en esencia, el desarrollo no tiene el objetivo de la sostenibilidad, de cuidar los recursos para las futuras generaciones.

El urbanismo moderno tiene sus raíces en el desarrollo del positivismo y en la idea de progreso del siglo XIX, y ello se mantiene hasta el urbanismo de los CIAM, e incluso el del Team X. La conciencia del agotamiento de los recursos, del exceso de residuos y contaminación que genera el capitalismo, o del cambio climático que se está produciendo; todo ello exige tanto una nueva concepción de la economía como reclama una transformación total en los procesos del urbanismo y de las intervenciones en el territorio. Esta es una estricta novedad: la conciencia de los límites del planeta, de su capacidad de carga, de las inmensas huellas ecológicas, de que quizás ya hemos sobrepasado irreversiblemente el punto de no retorno.²⁰⁶

Esta nueva sensibilidad por el medio ambiente conlleva la atención por las preexistencias ambientales, el patrimonio, la memoria y los lazos sociales existentes. Sólo teniendo esto en cuenta se puede hacer un urbanismo sostenible.

Convendría precisar los términos que utilizamos para caracterizar aquella arquitectura contemporánea que tiene una voluntad de respeto por el medio ambiente. A menudo se confunden los adjetivos “ecológico” y “sostenible” que, aunque tienen muchas afinidades, han estado definidos en momentos históricos muy distintos y tienen un rango conceptual diverso.

La “ecología” es la ciencia que trata los ecosistemas, que incluyen la biocenosis o seres vivos y los ecotopos o estructuras físicas, entendiéndolos como sistemas en constante reequilibrio. Podemos aplicar el conocimiento que nos aporta a distribuir los recursos naturales de la manera más beneficiosa para las sociedades humanas, respetando estos equilibrios.

La “sostenibilidad” es un concepto reciente, que se hizo necesario configurar para afrontar, desde un punto de vista económico, los graves problemas que se preveían de escasez de recursos y contaminación. La primera definición de desarrollo sostenible se presentó en el informe de 1987 de la Comisión Brundtland (World Commission on Environment and Development) de las Naciones Unidas, donde se planteaba un nuevo tipo de desarrollo cuyo objetivo fuera “satisfacer las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de que las futuras generaciones puedan satisfacer las suyas”.

La propuesta de un desarrollo sostenible tiene que ver con criterios medibles. Ello ha encontrado su instrumento en las Agendas 21 específicas, que definen los indicadores de sostenibilidad para cada ciudad, tal como se propuso en la Cumbre de Río de Janeiro de 1992. Desde entonces, los indicadores de sostenibilidad se han ido definiendo, midiendo y revisando, y han encontrado su concepto de síntesis en el cálculo de la “huella ecológica”, definida por los científicos canadienses Mathis Wackernagel y William Rees en 1995.²⁰⁷

Por tanto, hablar de sostenibilidad comporta utilizar cálculos numéricos, vectores en relación con los objetivos, mediciones que se han de ir actualizando y replanteando continuamente. Es decir, mientras la ecología define criterios para no destruir los equilibrios de los sistemas naturales, la sostenibilidad tiene como objetivo comprobar mediante mediciones, a través de indicadores, si las acciones de los seres humanos nos acercan a recuperar los sistemas ecológicos, a diferentes escalas (urbanas, regionales o planetaria). De alguna manera, las mediciones de las Agendas 21 y de consumos energéticos y emisiones de CO₂ lo que nos indican es si estamos en camino de reconstruir un sistema ecológico en equilibrio que permita a Gea continuar existiendo.

En este sentido, la actitud ecológica hacia la arquitectura y el urbanismo no puede verse como una actividad meramente económica o tecnológica, sino que se debe considerar estas actividades dentro de sistemas más complejos sociales, culturales, económicos y naturales. Por ello, aunque sea suficiente que ciertas arquitecturas y urbanismos cumplan con condiciones tecnológicas y energéticas para que se las considere sostenibles, no lo es para considerarlas ecológicas, ya que el economicismo que determina la sostenibilidad deja fuera otros valores imprescindibles en la ecología.

Tomar como principal referente del urbanismo y de la arquitectura el paradigma medioambiental significa recurrir necesariamente a la teoría de los sistemas. Significa, también, partir de una crítica radical o deconstrucción de la modernidad en la medida en que, reconociendo sus aportaciones vitales en la Ilustración, desvela la insaciable capacidad destructora de la tecnología y su intrínseca necesidad de generar continuamente residuos.

Las condiciones para un nuevo urbanismo alternativo y sostenible nos llevan a proponer dos alternativas complementarias, que tienen que ver con cierta reactivación y densificación de lo existente.

En primer lugar, optar por que la rehabilitación de lo ya construido predomine sobre la obra de nueva planta, rehaciendo los barrios tradicionales y también los barrios del urbanismo moderno, con nuevo paisajismo, consolidando estructuras, mejorando instalaciones, aumentando superficies para la vivienda y los espacios comunitarios, y mejorando los sistemas pasivos y activos de ahorro energético.

Y en segundo lugar, cuando el proyecto consiste en nuevos tejidos urbanos, se debe tratar la ciudad en sección, según diversas plataformas o capas, como las que ya proponían Jaap Bakema y Toen van den Broeck en la década de 1960. Los nuevos medios tecnológicos, de transporte y comunicación también contribuyen a promover una ciudad de distintos estratos superpuestos y entretejidos. Y esta propuesta de ciudad de superposiciones está ya presente en proyectos, como la propuesta no realizada de Toyo Ito para Pudong, Shanghái, China (1992-1993), que formulaba que estas superposiciones de estratos fueran lo más fluidas y relacionadas posibles, con el mayor grado de transparencia; o como la propuesta que han elaborado Salvador Rueda y BOPBAA para el Ensanche en el Poblenou, con tres capas —subsuelo, calle peatonal comercial y viviendas—, para hacer una ciudad ecológica. Y se ha conseguido en realizaciones como los nuevos barrios de Euralille en Francia (concurso de 1998) y de Almere en Holanda (1998-2006), ambos con planes generales proyectados por Rem Koolhaas (OMA). Y todo esto

comporta un cambio en la lógica de la legislación, la propiedad y la gestión urbana.

Ello no implica desechar otras propuestas más en horizontal, de baja altura y alta densidad, que se mezclan y entrecruzan, para ciudades medias y en países en desarrollo, en los que se economizan los recursos para sumar las sinergias de los flujos, para concentrar, para reforzar la calidad de vida en simbiosis con el entorno.

Un ejemplo de buena práctica es la terminal de tranvías proyectada por Zaha Hadid en Estrasburgo (1999-2003), ciudad histórica de canales y sede del Parlamento Europeo, que ha apostado decididamente a favor del medio ambiente y la calidad de vida, con espacios públicos y un sistema de tranvías. Estas líneas que recorren la ciudad se complementan con una serie de *park and rides* en sus accesos, y en uno de ellos, el de la parada de Hoenheim Nord y por encargo de la Compañía de Transportes de Estrasburgo, se sitúa la obra de Zaha Hadid. La arquitecta propuso una estrategia formal para mejorar el entorno urbano: un sistema de planos de hormigón —desde el mismo suelo de los aparcamientos hasta la cubierta de las marquesinas— que reorganiza el campo de fuerzas dinámicas en este extremo de la ciudad, reconduciendo los flujos. Con un sistema unitario se resuelven con claridad y eficacia todos los elementos de este intercambiador donde confluyen viajeros en tren, tranvía, autobús, coche, bicicleta y a pie. Como si fuera un campo magnético, las líneas de las marcas de pintura blanca en el suelo, las luminarias inclinadas del aparcamiento, las luces fluorescentes de las marquesinas y los pilares circulares y esbeltos que las sostienen, confluyen hacia un foco.²⁰⁸

Todos los ejemplos citados apuntan, de una manera u otra, hacia una arquitectura y un urbanismo de la complejidad y la diversidad, pensados para reforzar los lazos dentro de la comunidad, con proyectos que favorecen la interrelación, potencian la igualdad y la justicia, se basan en la participación e intervención de los usuarios y son más sostenibles porque intentan tener en cuenta las condiciones del lugar y la cultura e imaginarios, necesidades y movimientos de sus habitantes. Y todo ello no se plantea de una manera nostálgica o sentimental, sino que se recurre a las posibilidades técnicas e industriales de cada lugar, a los nuevos medios tecnológicos, de transporte público e información.

Y si la trascendencia de los derechos humanos era algo que ya apuntaba la Ilustración y la modernidad, en cambio, la sensibilidad por la diversidad y la mirada hacia el otr@ y del otr@, la devolución del poder de decisión a la sociedad con los procesos de participación, y la conciencia de los límites y de la escasez de recursos, todo ello, no estaba en el horizonte de la modernidad. Por tanto, definen y caracterizan la condición posmoderna; una modernidad superada que requiere de un nuevo urbanismo.

Cultura institucional y sociedad civil

Las sociedades contemporáneas se caracterizan por sus escisiones, y una de las más importantes es la cada vez mayor separación, a veces abismal, entre la cultura institucional y la sociedad civil;²⁰⁹ es decir, por una parte, entre los argumentos y expectativas que proponen las Administraciones, con sus políticas basadas en la imagen y promocionadas hacia el exterior y, por otra, la vida cotidiana de las personas, basada en la experiencia empírica de la realidad, con todas sus dificultades y con toda su capacidad reivindicativa y creativa para crear redes. Cada vez son más los sectores que no se sienten en absoluto representados por los partidos políticos, hecho que se refleja en la abstención creciente en las elecciones políticas. Cada vez es más visible el abismo que separa a los jóvenes, con altos porcentajes de desempleo y escasas expectativas de futuro, de las decisiones de sus gobernantes y Administraciones, tal como se han expresado contundentemente en países como el Reino Unido, Francia y Grecia en el año 2010 y en países del norte de África, como Túnez, Egipto y Libia, a principios del 2011. Esta crisis se manifiesta también dentro de la Europa comunitaria en el desprestigio y desinterés hacia las instituciones de la Unión Europea. Y a escala global, la difusión a través de WikiLeaks de los miles de “papeles del Departamento de Estado”, a finales del año 2010, ha demostrado el abismo existente entre los discursos oficiales y los hechos reales de políticos y diplomáticos.

Es cierto que ninguno de los dos bloques es homogéneo. Resulta clave saber ver que hay diversos tipos de poder institucional, según las diversas posiciones políticas a las que responde, con diversas actitudes, más impositivas o más dialogantes, más cerradas o más capaces de mejorar las condiciones de vida de las personas.

Y tampoco la sociedad civil es homogénea, ya que en muchos conflictos urbanos son opuestos los intereses de la sociedad civil representada por clubes de fútbol, sociedades culturales y recreativas, entidades portuarias o instituciones religiosas y de enseñanza, con flagrantes expectativas especulativas, de quienes defienden la ciudadanía en los movimientos sociales urbanos a favor de lo público o en los grupos ecologistas a favor del equilibrio ecológico.

Ciertamente, utilizando el dominio y la influencia de los medios, las instituciones generan una imagen exterior maquillada que recurre al impacto de los acontecimientos: los contenedores se sobrediseñan y todo se convierte en espectáculo, creando unas expectativas falsas y fomentando unas imágenes que no se corresponden con el contexto. Mientras tanto, la realidad de la sociedad civil, de la ciudad interior, de los problemas cotidianos que se reflejan en los movimientos vecinales, en las organizaciones no gubernamentales, en las prácticas creativas que impulsan proyectos artísticos en el espacio social, en las investigaciones universitarias sobre cuestiones de la realidad o en el estado de problemas como el del acceso a la vivienda. Todo ello forma cada vez más parte de un mundo real, que las Administraciones prefieren ignorar y ocultar. Ante la creciente complejidad y el descontento de las sociedades, las Administraciones tienden a replegarse en los mismos esquemas tradicionales de gestión y control, de reparto endogámico de

poder y de rechazo de la crítica, de no saber escuchar y de cerrazón a devolver el poder legítimo a la sociedad.

LA CRISIS DEL MODELO SOCIALDEMÓCRATA

Todos estos fenómenos reflejan la crisis del modelo de sociedad socialdemócrata en general, y de las insuficiencias de la ciudad socialdemócrata, en concreto. Han cambiado profundamente las condiciones, los conceptos y los protagonistas que habían permitido al modelo socialdemócrata aplicarse y evolucionar en Europa en el período de entreguerras y tras la II Guerra Mundial, creando y manteniendo el Estado de bienestar, la cara más humana y menos destructiva del sistema capitalista.

En primer lugar, se agudiza esta escisión entre el poder y la representatividad de las instituciones políticas, con las expectativas que crean, por una parte, y la dura y compleja realidad de la sociedad, donde aumenta la vulnerabilidad, el desempleo, la pobreza y la exclusión, y donde se encarece la vida, por la otra. Las mismas ciudades que se publicitan como modélicas del Estado de bienestar desvelan un profundo malestar entre sus ciudadanos, por ser lugares sumamente caros, generalmente sucios y ruidosos y, a veces, inseguros y violentos, con barrios que no tienen los equipamientos sociales necesarios, dentro de unas ciudades mucho más pensadas para la *global class* y los turistas que para sus habitantes.

Un síntoma de ello es que, mientras escasean los equipamientos para jóvenes, se ha dedicado especial afán en erradicar todas las iniciativas de autoorganización, acorralando los centros sociales creados por el movimiento *okupa* y criminalizando toda alternativa, disensión o posición antisistema. Este es un proceso general del neoliberalismo, que recorre toda Europa y del cual el emblema es la voluntad municipal de Copenhague de terminar con la experiencia autogestionada de Christiana, la gran comuna creada en 1971 y hasta el 2010 totalmente vigente y activa, en lucha para defender su situación en unos terrenos muy deseados para la especulación inmobiliaria.

En segundo lugar, y por lo que respecta a los campos de poder, estos se han vuelto más difusos, con una parte ilícita, muchas veces fuera de los poderes políticos. En general, la gobernanza supranacional para los grandes problemas económicos, sociales, ecológicos y de derechos no funciona adecuadamente y está desbordada por la realidad. En el terreno urbano, los operadores en el mercado inmobiliario han cambiado en relación con las últimas décadas, y cada vez más constituyen un campo para grandes inversores internacionales que buscan una rentabilidad alta e inmediata, allí donde deciden invertir de manera rápida, esporádica y desarraigada. Estos operadores promueven las nuevas tipologías de la globalización —hoteles, rascacielos, centros comerciales, parques temáticos, urbanizaciones cerradas, etc.—, exigiendo lugares de centralidad y accesibilidad, limpios de patrimonio, memoria e inquilinos.²¹⁰ Por ello se hace más difícil un modelo de ciudad hecho con previsión, visión pública e intenciones de sostenibilidad; y con operadores de este tipo se hace muy difícil desarrollar modelos de promoción de vivienda social y proyectos de rehabilitación.

En tercer lugar, por lo que respecta al tejido social, este es más variado, se ha

transformado totalmente, con nuevos protagonistas que aportan una complejidad para la que no se estaba preparado, al menos en España: la inmigración, con culturas y religiones distintas; el turismo de masas, que produce un desgaste de la ciudad real y que con sus medios económicos va desplazando a la población autóctona; y los jóvenes, en general, víctimas de la precariedad laboral y que cada vez son más vulnerables a caer en la marginalidad. Todo ello genera una situación formada por muy diversos estratos sociales a los que no se les puede ofrecer una solución única.

Por último, la iniciativa de los técnicos y profesionales en la toma de decisiones urbanas, por el hecho de escudarse en falsos neutralismos y tecnicismos, acaba favoreciendo los intereses privados y corporativos antes que a la sociedad en su conjunto, y a quienes son más vulnerables y carentes. Los que históricamente habían proyectado la forma del crecimiento de las ciudades —arquitectos, ingenieros y otros profesionales, comprometiéndose en sus políticas urbanas, tal como veíamos en el capítulo “Acción política desde la arquitectura”— han ido quedando al margen de las decisiones y de los procesos, por la propia incapacidad de replantear su formación y su práctica en consonancia con el cambio de las condiciones. Con escasa ética profesional, las salidas dominantes son el individualismo empresarial y el servilismo vil, con una práctica profesional que, temiendo caer en la marginalidad, responde sin cuestionar las exigencias del cliente y sin considerar los efectos reales sobre la población.

Es en esta situación que una tradición tan fructífera como la socialdemocracia debe seguir reinventándose y transformándose, para actualizarse como sistema social que contrarreste el desgaste al que la han sometido las presiones de los mercados financieros y el efecto negativo del capitalismo neoliberal. Este será un proceso arduo, con muchas incertidumbres, pero que tiene una certeza: lo agotado es el modelo de unas decisiones impuestas desde la Administración y lo vital es dar espacio y voz a la participación en todos los sentidos y a todos los estratos sociales; que, en lugar de aplicar decisiones impuestas por las Administraciones a la sociedad civil, se creen las condiciones para lo contrario, para que sea la ciudadanía la que influya en las Administraciones, más allá de unas elecciones cada cuatro años. Por mucho que se intente reanimar al muerto, la época del paternalismo, el despotismo ilustrado y el mesianismo iluminador y vanguardista ha periclitado. La alternativa radica en unos mecanismos de democracia directa y participativa, de los que ya se ha hablado en el capítulo anterior. Aunque la participación sea una vieja idea, que esta se produzca de manera activa y real, en todas las fases del proceso —diagnóstico de las necesidades, diseño, realización y seguimiento—, significa cambiar radicalmente el funcionamiento de estas sociedades.

Para construir un nuevo contrato social para el siglo **xxi**, como el que significó la socialdemocracia en el siglo **xx**, es necesario partir de las nuevas condiciones: las crisis ecológicas, la improrrogable consecución de la igualdad de géneros, unas sociedades poscoloniales más complejas y atomizadas, poblaciones envejecidas para las que se deberán buscar alternativas de asistencia, y problemas de gran escala, como las catástrofes medioambientales y los conflictos creados por el crimen organizado, que sobrepasan las fronteras de los Estados. Para este nuevo contrato social es imprescindible llegar a un mínimo acuerdo sobre las características del mundo como referente, teniendo el

objetivo de que sea más sostenible, participativo e igualitario.

LA CRISIS DEL MODELO BARCELONA

Un ejemplo emblemático de este abismo entre el poder y la opinión pública se expresa en la crisis del modelo Barcelona y en lo que representó el Fòrum 2004 en esta ciudad, un acontecimiento que las Administraciones promotoras calificaron de éxito, sin el más mínimo atisbo de autocritica, y que una parte representativa de la ciudadanía barcelonesa criticó duramente o, simplemente, ignoró. Fue un Fòrum cuya principal misión era mediática, sin contenidos reales, dedicado a un nuevo consumidor, el espectador pasivo; con un tiempo dedicado a unos “diálogos” de unos contenidos previamente pactados y donde las posibilidades de intervención y discrepancia fueron muy escasas.

En este Fòrum fue sumamente sintomático que el contenido del horrible edificio Fòrum, de los arquitectos suizos Herzog & de Meuron, fuera una exposición, titulada *Barcelona in progress*, que mostraba, y siguió mostrando durante años, los proyectos en marcha, sin ningún tipo de explicación didáctica, y que culminaba en una espectacular maqueta final, imagen para inversores y turistas de la ciudad de Barcelona. En esta gran maqueta, con un coste elevadísimo de mantenimiento, las irregularidades, singularidades o excepciones de la ciudad estaban simplificadas: era la visión lejana, sin compromiso, de una ciudad retocada y a vista de pájaro. Aquí podríamos hablar ya de impostura, de imposición de una visión falsa, de lo que se implementa descaradamente sin relación con la realidad. Esta maqueta o mapa recuerda la afirmación del geógrafo e historiador André Corboz: “El mapa es más puro que el territorio, porque obedece al príncipe”;²¹¹ podríamos decir, la maqueta, el *render*, la foto aérea, son mejor que la realidad porque obedecen a los nuevos príncipes. Se trata de una realidad, como la que ofrece Google Earth o la que representa un GPS, donde todo territorio es plano, visto desde la movilidad del coche y no desde la realidad a pie, sin ninguna diversidad local, topográfica ni humana.²¹²

EL ESPACIO DE LOS INTELLECTUALES Y ARTISTAS, DE LOS TÉCNICOS Y LOS CRÍTICOS

En este proceso, la crítica a la industria cultural y a la cultura espectáculo, con lo que implica de exigencia de un pensamiento crítico y de cierto tipo de intervenciones de los técnicos y los profesionales, ha sido un hecho recurrente a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, expresado en diversos hitos. Tal como hemos citado, en su estudio *Dialéctica de la Ilustración*,²¹³ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno criticaron desde su exilio en Los Ángeles la naciente industria de la cultura y de los medios en la sociedad de masas, con su ilimitada capacidad para absorberlo todo.

A pesar de ello es vital seguir buscando alternativas, tal como hacen grupos creativos y activistas; como Santiago Cirugeda, con su grupo Recetas Urbanas, o la Panadería, ambos de Sevilla; colectivos como Laboratorio Urbano (2002), Observatorio Metropolitano (2006), “Esto es una plaza”, Basurama o Ecosistema Urbano, todos ellos de Madrid, que han puesto en marcha una nueva práctica de la arquitectura: activista, imaginativa, crítica,

colectiva y

sin personalismos ni nombres propios; iniciativas de promoción del arte social, como Idensitat,²¹⁴ o grupos alternativos de jóvenes arquitectos como La Col en Barcelona; o las acciones del grupo Atelier d'Architecture Autogerée (aaa) de París, creado por Constantin Petcou y Doine Petrescu. Se trata de pequeños proyectos compartidos que encuentran la posibilidad de ser realizados, plasmando lo que sería una ciudad de la nueva subjetividad y un urbanismo alternativo.

O cuando desde la misma Administración se potencian dichas iniciativas creativas o participativas desde concejalías de cultura, juventud, participación, medio ambiente o bienestar social, tal como ha sucedido en Cataluña en ciudades como Granollers, con la creación del Centre Cultural y Artístic Fàbrica de les Arts en el antiguo conjunto de la fábrica Roca Umbert y con la política de participación de niños en el proyecto y realización de un parque cerca de su escuela, dentro del programa “Fem un jardí” (“Hagamos un jardín”).

Tal como señala Jacques Derrida en *Espectros de Marx*,²¹⁵ es vital estar vigilantes: la herencia del pensamiento crítico es una tarea constante, que debe partir de la relectura de los textos filosóficos y literarios clave y de la voluntad de poner en crisis las dicotomías dominantes, con las que el poder se ha ido institucionalizando (masculino-femenino, espiritualidad-materialidad, objetivosubjetivo, etc.).

Y tal como también señala la crítica feminista, es necesaria, desde el conocimiento, el análisis y la experiencia, una deconstrucción del discurso establecido. Son necesarias nuevas herramientas para indagar, analizar, cartografiar y representar las múltiples dimensiones de la realidad, evitando caer en universalismos y abstracciones homogeneizadoras que enmascaran las diversidades. Cada entorno, cada situación, demanda el despliegue de unas herramientas y estrategias específicas.

En relación con todo ello, el antropólogo Manuel Delgado ha planteado la alternativa de una acción crítica, del artista y del intelectual, como doble agente, que para sobrevivir tiene que colaborar, de alguna manera, con las instituciones, pero que es consciente, a la vez, de la intención que el poder tiene, mediante el uso de los medios de comunicación y de las manifestaciones culturales, de seguir enmascarando, manipulando y camuflando.²¹⁶

Por tanto, la construcción de dicha cultura crítica es un objetivo prioritario. ¿Cuál puede ser el papel crítico de todas aquellas personas —escritores, profesores, técnicos, artistas, artesanos, etc.— que tienen acceso a las esferas del poder democrático y representativo, y perciben la desconexión de estas instituciones en relación con la experiencia de la sociedad real: el activismo en los barrios, los distintos tipos de asociacionismo, los grupos autoorganizados para atender a los marginados, los grupos alternativos de artistas y todo tipo de propuestas críticas en el trabajo, la enseñanza y la sanidad? ¿Es posible que este papel lo desarrollen quienes disfrutan de cierta confianza de algunas instituciones o tienen posibilidades de intervención en la opinión pública y, al mismo tiempo, son capaces de defender honestamente las aspiraciones de la ciudadanía, de adoptar una actitud ética y justa frente a los conflictos, defendiendo al débil y reclamando justicia? ¿Qué márgenes tiene para hacer una tarea pedagógica hacia la ciudadanía a partir de sus conocimientos técnicos y proyectuales? ¿Cómo abrir espacios, más allá de la marginalidad, del

voluntarismo y del testimonialismo? Todas estas preguntas resultan claves para una arquitectura con voluntad ética, pues la esencia de la arquitectura es la mediación, el proyecto de futuro que concilie los objetivos y las posibilidades de las Administraciones con las necesidades y aspiraciones de la sociedad.

Para poder defender y enriquecer unas culturas de la experiencia frente a la imposición de la cultura del espectáculo es necesario organizar y coordinar las muy diversas críticas y reivindicaciones, dispersas ahora en multitud de acciones y de textos, de iniciativas y alternativas, de resistencias y disidencias, de webs y blogs, llevadas adelante por personas de muy distintas generaciones y experiencias.

Es por ello que este libro plantea este estado de la cuestión: ¿cómo analizar la realidad y proponer mundos alternativos? Tal como se ha enfatizado, la cultura de los conocimientos ligados al proyecto y al diseño es muy importante por su capacidad de proyectar alternativas y por la posibilidad de mediación, de actuar como agentes que favorecen la comunicabilidad entre distintas partes de la sociedad. Además de la capacidad de proyectar, la arquitectura y el urbanismo tienen un papel específico para contribuir a la formación de un espacio comunicativo y compartible de cultura y crítica, unos entornos que favorezcan la interrelación y la capacitación, que hagan posible la comunicación y las relaciones intersubjetivas. Todo ello es imprescindible para acercar la sociedad a las instituciones democráticas, y la arquitectura, que imagina, proyecta y realiza espacios, tiene muchas posibilidades y responsabilidades.

Por una cultura crítica y alternativa, de la experiencia y el activismo

A lo largo del libro hemos hecho una crítica del pensamiento y la práctica neoliberales predominantes, en un mundo cada vez más sometido al mercado y a los intereses financieros, y hemos ido señalando alternativas. La más básica e imprescindible propuesta es el fortalecimiento de una cultura crítica.

LOS DISCURSOS DEL NEOLIBERALISMO ARQUITECTÓNICO

Tal como hemos visto, en el contexto más general del neoliberalismo, la arquitectura no es una excepción: ha perdido el sentido crítico que tuvo hasta la década de 1970. Por todo ello, es necesario potenciar una nueva cultura arquitectónica crítica con las nuevas narrativas dominantes de la economía global. También en el terreno de la arquitectura, la publicidad, la representación mediática y el *glamour* de los productos va más allá de su propia realidad y materialidad. Por tanto, es imprescindible desvelar y revelar, mostrar todo lo que esconde.

Es habitual que los arquitectos de prestigio en el mercado global utilicen argumentos heterogéneos y contrapuestos, muchas veces alejados de la arquitectura y el urbanismo que realmente hacen. Unos razonamientos polisémicos y neoliberales dan cobertura para que se argumente a favor de la sostenibilidad cuando se recurre al uso de alta tecnología y a la destrucción del medio, para que se utilice la experimentación formal para legitimar la especulación o para recurrir a argumentos de justicia social cuando lo que se propone es elitismo consumista.

Entre los profesionales del doble discurso y doble moral se encuentran aquellos que actúan bajo el auspicio de entidades financieras y organizaciones religiosas de marcado carácter reaccionario, promoviendo eventos culturales, revistas y congresos desde los que se pretende construir alternativas y mostrar arquitecturas comprometidas con el planeta y la sociedad.

La mayor parte de los arquitectos estrella juegan a este doble discurso. Como Renzo Piano, Richard Rogers, Norman Foster, Jean Nouvel o Ricardo Legorreta, que por un lado participan en los foros en defensa del urbanismo sostenible y, por otro, se prestan a operaciones de alta tecnología y alto consumo, que no tienen que ver con el medio, que generan urbanizaciones cerradas, que segregan socialmente y que destruyen patrimonio social, urbano y paisajístico. Son estrellas que sirven para legitimar procesos especulativos y de expulsión de los habitantes de zonas en las que trabajan, sin conocerlas. Como buenos arquitectos del príncipe contemporáneo, les basta el plano o el mapa para destruir y construir en cada lugar.

En la década de 1960, en su primera etapa, cuando presentó la propuesta para un conjunto residencial en las Islas Canarias y se le criticó que su proyecto nada tenía que ver con las condiciones climáticas y que entraban en contradicción con el contexto, Richard

Rogers contestó, sin la más mínima sensibilidad ecológica, que, entonces, lo que se debería hacer era cambiar el clima del lugar del proyecto. Hoy el mismo autor propone el decálogo para ciudades sostenibles en su famoso libro *Ciudades para un pequeño planeta*,²¹⁷ mientras proyecta construir, cerca de la ciudad de Granada, una gigantesca urbanización cerrada, con campo de golf incluido, pretendidamente enmascarada como un barrio sostenible.²¹⁸

Encontraríamos otros ejemplos en los abusos de algunas obras de Jean Nouvel, explícitamente violentos con los entornos urbanos en los que actúa, como la torre Agbar en Barcelona o la ampliación del Centro de Arte Reina Sofía en Madrid, y con aberraciones en todos los sentidos, como el Parque Central del Poblenou, también en Barcelona.

Por tanto, deberíamos interpretar la arquitectura y el urbanismo contemporáneos con unos ojos radicalmente críticos, tal como hizo Jane Jacobs en su libro *Muerte y vida de las grandes ciudades*;²¹⁹ como plantea el urbanismo radical estadounidense de Mike Davis o de Norman M. Klein; o como hacen Dolores Hayden especialmente con *The Power of Place*,²²⁰ y Leonie Sandercock con su *Cosmopolis*,²²¹ toda una tradición de urbanistas que han reivindicado la óptica desde la experiencia femenina y la multiplicidad de identidades.

CRISIS GENERAL DE LA CULTURA

La crisis general de la cultura que vivimos tiene una estrecha relación con la crisis ecológica, con la incapacidad de los sistemas productivos dominantes de relacionarse con el medio sin agotarlo y destruirlo. Es en este contexto que prevalece esta doble moral de hablar oficialmente de sostenibilidad, pero a la vez promover guerras y aumentar las emisiones de gases contaminantes, el gasto de energías no renovables, la continuada generación de residuos, el crecimiento de las ciudades difusas y de las diferencias entre ricos y pobres.

Cada vez es más urgente una total transformación del sistema productivo, esencialmente depredador y destructivo, injusto e inhumano. Una sociedad capitalista basada en las industrias del armamento, el automóvil y el petróleo, en la especulación financiera e inmobiliaria. Una sociedad que ha avanzado mucho tecnológicamente, en una parte del mundo, pero poco desde el punto de vista del conocimiento humano y social. De ahí la total irresponsabilidad con relación a las consecuencias de lo que se manipula y las continuas catástrofes: el accidente del petrolero *Prestige* en las costas gallegas (2004) o el de BP en el Golfo de México (2010), los accidentes en las centrales nucleares o las guerras.

Por tanto, nos encontramos en un mundo en el que mientras que se consiguen pequeños avances en materia de sostenibilidad, gracias a los sectores más conscientes de las sociedades, a las organizaciones no gubernamentales y a las Administraciones locales progresistas, los retrocesos y desastres a gran escala son mucho mayores y más graves: guerras, catástrofes, hambrunas, etcétera. Vivimos en la época de la retórica de la sostenibilidad que oculta la realidad: si no hay grandes cambios sociales, políticos e infraestructurales, la sostenibilidad del planeta es un objetivo que se aleja.

En España es manifiesta la total insuficiencia de la política sobre el medio ambiente. A pesar de haber firmado el protocolo de Kioto, las emisiones de CO₂ han aumentado un 33

%, con el soporte legal de la liberación del suelo según el Real Decreto-Ley 4/2000 y hasta que no se promulgó la nueva Ley del Suelo 8/2007, para evitar el crecimiento expansionista y desarrollista y para buscar un urbanismo sostenible. Lamentablemente, entre 2000 y 2007 se incrementó desorbitadamente la preparación de más suelo urbano en los municipios de las regiones metropolitanas de las grandes ciudades españolas, apostando por unas nuevas coronas que han crecido en forma dispersa de mancha de aceite y, generalmente, siguiendo la morfología de barrios suburbanos de casas en hilera. En contra de lo que se argumentó con la Ley del Suelo del 2000, disponer de más suelo urbanizable siguió aumentando los precios de las viviendas, ya que el precio del suelo no bajó al aumentar la oferta y, al haber más suelo urbanizado, los valores de centralidad subieron.

APRENDER DE LA ARQUITECTURA HUMANA Y ECOLÓGICA

Existe una estela de obras cualificadas de arquitectos humanistas y honestos. De la misma manera que autores del período de posguerra, como Lina Bo Bardi, Alison y Peter Smithson, Ernesto Nathan Rogers, Aldo van Eyck y muchos otros, pusieron como prioritarias actitudes éticas, en las últimas décadas algunos arquitectos han demostrado una gran voluntad y capacidad para adaptarse a los cambios de las condiciones locales.

El alemán Frei Otto (1925) ha intentado que sus megaestructuras sirvan para mejorar el mundo y ha potenciado modos libres de vivir con su Öko-Haus en Berlín (1980), en la que él, con Herman Kendell y un equipo de técnicos, proyectaron la estructura y los sistemas colectivos de comunicación e instalaciones, y cada grupo familiar hizo o encargó su casa, con sus propias distribuciones y fachadas.

N. John Habraken (1928) ha situado en lugar primordial el respeto por las personas, reflejado en la teoría de los “soportes”, en la que se reconocen las distintas escalas de intervención en los edificios de vivienda, un proceso que extrapola a la ciudad en el libro *The Structure of the Ordinary*.²²² Habraken y seguidores suyos, como Steven Kendall, han puesto a punto un sistema, el “edificio abierto”, para construir un mundo compartido, personalizado y participado, en el que el mejor resultado es la desaparición del autor.

El brasileño Paulo Mendes da Rocha (1928) tiene una obra impecable formal y conceptualmente, que cuenta en la base con una visión humanista y confiada en las posibilidades de la técnica y en la misión de la ciudad como segunda naturaleza.

El teórico y arquitecto argentino Claudio Caveri (1928), fundador de la Comunidad Tierra en Moreno, provincia de Buenos Aires, es defensor de la arquitectura de las casas blancas, con medios artesanales, participación de los usuarios y recurrencia a formas orgánicas y transformables, livianas y espontáneas.

El portugués Álvaro Siza (1933), que sigue pensando las obras una a una, sabiendo poner en relación el desarrollo del programa interno con un contexto ambiental que tiene en cuenta. Es preciso destacar el hecho de haber recreado en los espacios libres del barrio de La Malagueira, en la ciudad portuguesa de Évora, con la colaboración de los paisajistas Inés Norton y João Gomes da Silva, la memoria rural que desaparece y que pertenece a los que emigran del campo a la ciudad.

El catalán Carlos Ferrater (1944), por encargo de una ONG y con la colaboración de

Nuria Ayala, empezó a desarrollar en el año 2010 una línea de casas de colonias para niños, de forma arquetípica, con elementos prefabricados y con un presupuesto muy bajo (menos de 500 €/m²), demostrando la voluntad de adaptarse a las nuevas condiciones económicas, productivas y sociales.

El chileno Alejandro Aravena (1967), que, además de realizar una obra conceptualmente profunda y cuidadosa construida, ha sido el promotor, junto con un amplio equipo encabezado por Andrés Iacobelli, de una alternativa de vivienda evolutiva y flexible, económicamente viable, para las familias pobres. Para ampliar la propuesta organizó el concurso Elemental Chile (2003) donde participaron más de 700 propuestas entre arquitectos y estudiantes de todo el mundo.

La arquitecta austriaca Franciska Ullmann es experta en la historia de la vivienda en Viena y autora de conjuntos que experimentan modos de vida alternativos en favor de los derechos de las mujeres y con fuerte énfasis en los criterios de sostenibilidad.

La arquitecta alemana radicada en Salzburgo Anna Heringer es experta en cooperación y arquitectura bioclimática en países en desarrollo, premiada por sus dos escuelas de artesanía en Rudrapur (Bangladesh), METI (2005) y DESI (2007-2008), esta última proyectada con el también austriaco Eike Roswag y ambas realizadas con materiales autóctonos y con trabajadores locales.

Los arquitectos franceses Anne Lacaton y Jean-Philippe Vassal, que junto con Frédéric Druot preconizan la rehabilitación de los barrios de vivienda social moderna, partiendo de la mejora de las viviendas y la remodelación de las fachadas, e implementando equipamientos y espacios públicos, frente a la voluntad de la iniciativa pública y privada de derribar.

O la actividad de la escuela de arquitectura dentro de la Auburn University de Alabama, el denominado Rural Studio, iniciado por Samuel Mockbee en 1993 en Newbern y continuado por un grupo entusiasta de profesores, como Andrew Freear y Xavier Vendrell, para realizar proyectos sociales de reciclaje y mejora de lo existente.²²³

Y el equipo de Tod Williams (1943) y Billie Tsien (1949), que realizan muy pocos proyectos, extremadamente cultos y refinados, discretos y bien integrados al entorno, tales como The American Folk Art Museum en Nueva York (1997-2001).

En los últimos años han proliferado alternativas sociales a la arquitectura dominante, con grupos como Architecture for Humanity, que fue fundado en 1999 y está coordinado por Cameron Sinclair y Kate Stohr como ONG que busca soluciones arquitectónicas y de diseño para crisis humanitarias. Architecture for Humanity consigue fondos y permite a diversos arquitectos y diseñadores proyectar y actuar en lugares necesitados, trabajando siempre con las propias comunidades y con sus propios recursos y conocimientos.

Sin olvidar la tradición uruguaya de arquitectos y arquitectas, que trabajan con cooperativistas en la consecución del derecho a la vivienda, con proyectos que van desde MUJEFA (Cooperativa Mujeres Jefas de Familia), en el que se rehabilitó una casa en el centro de Montevideo, con la participación de las futuras habitantes, para transformarlo en viviendas de familias monomarentales y hasta viviendas para jóvenes profesionales de clase media.

Hemos de tener en cuenta también la aportación de los expertos españoles en cooperación y arquitectura, por sus relaciones, actividades, publicaciones y,

fundamentalmente, por su compromiso con la universidad pública, como Julián Salas, Pedro Lorenzo, Esteban de Manuel o Sandra Bestraten.

Julián Salas es el decano de la cooperación internacional desde España. Ingeniero de formación, ha sido profesor de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM) y es investigador del Instituto Torroja. Su amplia experiencia en el campo de la cooperación, tanto en América Latina como en África, se encuentra recogida en una serie de libros elaborados para ayudar a construir viviendas y equipamientos básicos con materiales del lugar y con tecnologías adecuadas. Entre ellos destaca uno de los últimos, *Hacia una manualística universal de habitabilidad básica*.²²⁴

Pedro Lorenzo ha sido profesor de la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura del Vallès (ETSAV) y ha dedicado su vida profesional a trabajar en la búsqueda de soluciones al acceso a la vivienda de diferentes grupos; en España, como arquitecto de la Cooperativa de Vivienda Luis Labín por más de 30 años, y en la cooperación internacional, especialmente en América Latina, trabajando en la construcción de gérmenes de viviendas.

Esteban de Manuel, que, a contracorriente, ha servido al denominado cuarto mundo de su ciudad, Sevilla, trabajando en la mejora de la infravivienda, defendiendo el derecho de los moradores a permanecer en sus barrios, presionados por procesos de mejora y gentrificación. Su compromiso con la cooperación internacional se ha desarrollado en Marruecos, donde realiza trabajos con sus estudiantes de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Sevilla (ETSAS).

Y Sandra Bestraten, joven arquitecta que ya definió claramente su perfil profesional en su proyecto final de carrera, que fue un edificio para la Universidad Indígena Chiquitana en Bolivia, que posteriormente fue construido por sistema de cooperación y ayuda mutua. Desde sus cursos, “Vivienda y cooperación” y “Tecnologías de bajo coste”, en la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (ETSAB)/Cátedra UNESCO UPC, lleva desde el 2000 trabajando, junto con el arquitecto Emilio Hormías y con estudiantes de arquitectura, en proyectos de mejora de barrios y equipamientos en diferentes países de Latinoamérica. En su práctica profesional local trabaja para la comunidad, como en el proyecto para la nueva sede de Ca la Dona en Barcelona, donde además de contar con la participación activa de los usuarios para el proyecto, se decidió una apuesta por la rehabilitación con el mínimo impacto ambiental posible.

Y también muchos arquitectos y arquitectas jóvenes que se comprometen con experiencias de cooperación, que asesoran a asociaciones vecinales en sus reivindicaciones o que proponen arquitecturas responsables y conscientes con el medio social, urbano y natural.

Pero difícilmente se puede encontrar esa actitud en los grandes despachos de los arquitectos estrella, que ofrecen sus argumentos y conocimientos arquitectónicos para legitimar operaciones especulativas. Para ellos no hay otro objetivo cierto que no sean la rentabilidad y el negocio, el prestigio y el poder, por más que se escuden en argumentos falsamente teóricos, estéticos, urbanos o ecologistas.

POR UNA CRÍTICA A FAVOR DE LA EXPERIENCIA Y EL ACTIVISMO

Frente al decreto de la muerte de la historia, la crítica y la teoría por parte de autores neoliberales como Francis Fukuyama,²²⁵ es precisamente ahora cuando es más necesario refundamentar criterios para un proyecto crítico, en el marco de un pensamiento posmarxista, que desenmascare la ideología dominante, que desarticule los argumentos neoliberales de la globalización. Precisamente en esta época que se pretende de pensamiento único, las estrategias de dominio a través de la ideología son las más sofisticadas de la historia de la humanidad. Palabras que parecen bien intencionadas maquillan propuestas sin más interés que la especulación.

Se trata de construir un nuevo pensamiento que interprete que detrás del mundo de las formas existen implicaciones sociales y éticas; cada posición formal remite a una concepción del mundo, del tiempo y del sujeto. Se trata de construir sistemas interpretativos de síntesis que sepan conciliar las interpretaciones formales con la crítica a la ideología, es decir, que expliquen el arte, la arquitectura y la ciudad desde lo social y político, pero que, al mismo tiempo, sepan analizar a fondo las obras, rechazando explicaciones simplistas y esquemáticas que pretendan reducir la complejidad de los mundos creativos y formales exclusivamente a condiciones económicas e ideológicas.²²⁶

Hablamos de una necesaria crítica posmarxista, en lo que pueda tener de reinterpretación de la parte aún válida de la tradición marxista, de análisis profundo de los hechos y los objetos. Una crítica que sea capaz tanto de superar especialmente la tradición dogmática y maniqueísta que el tardomarxismo fomentó en la década de 1970, como de desvelar los contenidos reaccionarios de unos proyectos actuales seductores, solo basados en alardes gráficos, sin contenido espacial y estructural, que no tienen en cuenta la realidad social, que parten de un total desconocimiento y desprecio por el saber de la historia y que se nutren del cinismo y la falta de escrúpulos de la publicidad.²²⁷

Nos identificamos con una condición posmoderna en la medida en que nos reconocemos en la crisis del proyecto moderno de la Ilustración, que identificó la modernidad del capitalismo con la apología del desarrollismo, lo cual ha comportado la destrucción de la naturaleza; no se ha conseguido en las últimas décadas paliar las desigualdades sociales, y se ha impuesto una modernidad basada en el rechazo de los otros: las mujeres, las otras culturas y los marginados. Pero, al mismo tiempo, no nos es conceptualmente admisible el rechazo del proyecto de la modernidad, basada en la mejora de las condiciones de vida y en la defensa de los derechos humanos.

Por todo ello es totalmente adecuado remitirnos a una posición de crítica posmarxista que acepte, tal como escribió Jacques Derrida en *Espectros de Marx*,²²⁸ que la alternativa es habitar propiamente en la crisis del marxismo, en sus desdoblamientos. Reinterpretando las teorías de Marx y oponiéndose radicalmente al discurso mesiánico y ultraconservador de Francis Fukuyama, Derrida escribió que en la situación actual debemos reclamar “una política de la memoria, de la herencia, de las generaciones. En nombre de la justicia. Un principio de responsabilidad”.

El texto *Espectros de Marx* parte de que “el tiempo está desarticulado, descoyuntado, desencajado, dislocado, el tiempo está trastocado, acosado y trastornado, desquiciado, a la vez desarreglado y loco”. Y concluye, citando a Hamlet de Shakespeare: “The time is out of joint”. Sostiene Derrida que “no hay porvenir sin Marx”. La clave radica en su continua y

siempre posible reinterpretación, aprendiendo de su visión social y superando las servidumbres y errores de su historicidad. Reconociendo que ya en su propia raíz se habla “sobre su propio ‘envejecimiento’ posible y su historicidad intrínsecamente irreducible”, Derrida escribe: “Hay que asumir la herencia del marxismo, asumir lo más vivo de él, es decir, paradójicamente, aquello de él que no ha dejado de poner sobre el tapete la cuestión de la vida, del espíritu o de lo espectral”. El marxismo es una herencia que debe saberse recuperar, reinterpretar y superar: “La herencia no es nunca algo dado, es siempre una tarea. Ser es heredar”. Para ser capaz de analizar la herencia de Marx, Derrida escribe que le gustaría distinguir la raíz de “este espíritu de la crítica marxista”, que parece hoy más indispensable que nunca, de otras vertientes del marxismo ya caducas: cuando se ha entendido como ontología, sistema filosófico o metafísico, es decir, como materialismo dialéctico; el marxismo como materialismo histórico o como método; y el marxismo incorporado en aparatos de partido, en Estados o en una Internacional Obrera. Por lo tanto, Derrida defiende que “la crítica marxista puede seguir siendo fecunda, si sabemos adaptarla a condiciones nuevas”.

Tratando nuestra época, sus problemas, y oponiéndose frontalmente al contenido de *El fin de la historia* de Francis Fukuyama, señala que en nuestra época la insignia suprema del poder es ver sin ser visto. Y añade Derrida criticando a Fukuyama: “En 1848, el discurso hegeliano sobre el fin de la historia en el saber absoluto había resonado ya en Europa, en consonancia con muchos otros tañidos fúnebres”. “La representatividad electoral o la vida parlamentaria no solo está falseada, como fue siempre el caso, por un gran número de mecanismos socioeconómicos, sino que se ejerce cada vez peor en un espacio público profundamente trastornado por los aparatos tecnotelemediáticos.” En definitiva, y “para analizar estas guerras y la lógica de estos antagonismos, una problemática de tradición marxista será indispensable durante mucho tiempo”. Derrida concluye defendiendo “la forma de análisis crítica que hemos heredado del marxismo”. “Todos los seres humanos son [...] herederos de Marx y del marxismo, de una promesa de una forma filosófica y científica; esta tentativa única ha tenido lugar. No hay herencia sin llamada a la responsabilidad.” “En Marx [...] se inaugura laboriosa, dolorosa, trágicamente, un nuevo pensamiento de las fronteras, una nueva experiencia de la casa, del hogar, de la economía. Entre tierra y cielo”. Es decir: “Habrá que volver a empezar todo”.²²⁹

En un mundo que ya no tiene un centro absoluto para interpretarlo todo, sin grandes relatos y legitimaciones, abandonada cualquier pretensión de reconstrucción de una ideología hegemónica, sigue siendo imprescindible una labor cultural crítica, siguiendo aquel argumento que estaba en la raíz del marxismo y continúa en el posmarxismo: develar intereses y reclamar justicia. En ello la práctica de la arquitectura y el urbanismo tiene mucho que decir, si sabe renacer. Y tal como propone Rosi Braidotti,²³⁰ se ha de defender una política afirmativa y capacitadora, que frente a la destrucción, la especulación, el dominio y la negatividad proponga un cúmulo de prácticas micropolíticas de activismo cotidiano y de proyectos para crear mundos alternativos.

La crítica nos abre un nuevo horizonte y son muchas las acciones pendientes: desde registrar críticamente la realidad, mapeándola, hasta visibilizar aquello que se intenta borrar, que ha quedado oculto, como la aportación de las mujeres o la memoria de los

movimientos sociales urbanos. Dicho proyecto crítico se ha de enriquecer con la defensa de unas nuevas subjetividades ecológicas y solidarias. Por ello, se ha de basar en valorar la experiencia y en potenciar el activismo, recuperando y reinterpretando dos de los conceptos de Hannah Arendt en *La condición humana*: la labor y la acción como características esenciales de la existencia humana. Y el objetivo de la arquitectura del futuro debería ser contribuir a la felicidad de los seres humanos, aportando espacios para sus labores, experiencias y acciones.

Comentarios y agradecimientos

Este libro, que parte de dos conceptos tan clásicos y sustanciales a la existencia humana en sociedad como son arquitectura y política, se corresponde con los contenidos de la asignatura optativa impartida en la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (ETSAB), a partir del curso 2008-2009, titulada, igual que el libro, "Arquitectura y política". Dichos cursos han estado muy prolíficos, creativos y propositivos, y en ellos, además de las ideas de los estudiantes, hemos contado con la inestimable colaboración de dos jóvenes arquitectos: Roser Casanovas y Carles Baiges.

Las reflexiones del libro intentan afrontar la dificultad de pensar la complejidad de las nuevas relaciones entre urbanismo y política en las sociedades posmodernas, en unas condiciones que están transformando las coordenadas para realizar la ciudad contemporánea, resolver el problema de la vivienda, interpretar las transformaciones de la sociedad, afrontar los problemas ecológicos, reconocer la creciente separación entre instituciones y la sociedad real; en definitiva, replantear la función de la teoría y crítica de arquitectura.

Se parte de la voluntad de repensar la sociedad y las formas urbanas desde aportaciones contemporáneas y trascendentales de la filosofía y la sociología, es decir, a partir de las lecturas de Jacques Derrida, Gayatri Spivak, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Paul Virilio, Niklas Luhmann, Claudio Caveri, Zygmunt Bauman, Dolores Hayden, Naomi Klein, Rosi Braidotti y muchos otros; aportaciones del campo de las ciencias sociales que nos dan alguna luz para entender los fenómenos complejos de la arquitectura y la ciudad.

Además de lecturas, viajes y visitas a muchos recovecos de la realidad, este libro no existiría sin las conversaciones y comentarios de Verena Andreato, Oriol Bohigas, Jordi Borja, Ada Colau, Jacint Conill, Manuel Delgado, Ana Falú, Ernest Garcia, Miloon Kothari, Tania Magro, Joan Margarit, Joan Roca y Jacobo Sucari en Barcelona; Claudio Caveri, Marcelo Corti y Fernando Diez, de Buenos Aires; César Naselli de Córdoba (Argentina); Raquel Rolnik de São Paulo; Arjun Appadurai, Michael Cohen y Margarita Gutman de Nueva York. Además, ha sido comentado con la socióloga Rita Montaner, y con Clara Montaner, estudiante de Ciencias Medioambientales, ambas hijas de Josep Maria Montaner.

Por tanto, los textos aquí recogidos son también el resultado de un paulatino proceso de evolución personal de cada uno de los autores.

Para Josep Maria Montaner las ideas presentes en este libro arrancan, más o menos, donde terminaba *Repensar Barcelona* (Edicions UPC, Barcelona, 2003), libro en el que se recogía una parte representativa de los artículos publicados en el diario *El País* entre 1984 y 2001. Uno de los últimos artículos allí recogidos fue "Los significados de Seattle", título que se refiere a los sucesos de 1999 y al inicio de una nueva etapa de los llamados movimientos antiglobalización, un texto reescrito que forma parte de este libro.

Son también punto de partida de este libro diversos artículos publicados en el diario *El País* con posterioridad al libro citado, que han sido rehechos y ampliados, así como las

series de artículos escritos conjuntamente por los autores, publicados en el suplemento “Culturas” de *La Vanguardia*, especialmente la serie denominada “Ciudades del siglo xx y la herencia del urbanismo moderno”. También se relacionan con diversas conferencias y con presentaciones en los ciclos de debate que organiza periódicamente el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB).

Por lo que respecta a Josep Maria Montaner, a principios de la década de 1970 asumí las ideas marxistas, junto con algunos de mis compañeros de bachillerato y de la ETSAB, en círculos de lectura y acciones políticas. A finales de la década de 1970 tomé conciencia de los problemas ecológicos y empecé a interesarme por la participación de los usuarios en la arquitectura aprendiendo de las propuestas de John F. C. Turner, Christopher Alexander y N. John Habraken. A principios de la década de 1990, especialmente a raíz de la cumbre de Río de Janeiro, asumimos colectivamente la idea tipo de la sostenibilidad como objetivo social deseable. A partir de entonces empezamos a trabajar, ya en la segunda mitad de la década, en la elaboración de unos indicadores para Barcelona dentro del marco multidisciplinar del Forum Cívic Barcelona Sostenible: unos indicadores para saber si cada ciudad o sociedad se acerca o se aleja de los objetivos de la sostenibilidad. Hacia 2004 empecé a incorporar los pensamientos basados en el protagonismo del “otro”, especialmente el feminismo, que ponen en crisis gran parte de los esquemas de interpretación de raíz patriarcal establecidos. A partir del 2005, mi participación en movimientos urbanos de asociaciones de vecinos, que había sido intermitente desde mi afiliación a la asociación de vecinos de mi barrio natal, la Sagrada Família, mi compromiso fue más intenso, especialmente en la lucha por salvar Can Ricart y en las colaboraciones en la publicación *La veu del carrer* de la Federació d'Associacions de Veïns y Veïnes de Barcelona (FAVB). Tal como se argumenta en este libro, se considera que la mejor alternativa son acciones locales, participar en ellas y darlas a conocer en la defensa de las buenas prácticas.

Este libro empezó a redactarse y articularse en 2006. Un espaldarazo muy importante para su realización ha sido el semestre sabático concedido por la Universitat Politècnica de Catalunya, precisamente para desarrollar fuera de Barcelona este proyecto de repensar la teoría y la crítica de arquitectura, y que se disfrutó de agosto del 2007 hasta enero del 2008, tiempo durante el cual se visitó Ciudad de México, Nueva York, Córdoba (Argentina), Porto Alegre y São Paulo. Ello permitió unas lecturas más seguidas e intensas, una mayor concentración en la escritura y reescritura de textos y el privilegio de estar en septiembre del 2007 investigando en las bibliotecas de la Columbia University y participando en clases en la New School de Nueva York, por invitación de Arjun Appadurai, Michael Cohen y Margarita Gutman. Esta experiencia comportó una primera reestructuración del libro, en la que se eliminaron capítulos innecesarios y se escribieron partes nuevas.

Por lo que respecta a Zaida Muxí, este libro significa la continuidad en positivo, es decir, la búsqueda de alternativas conceptuales y de acción que respondan a las cuestiones y consideraciones abiertas en su libro derivado de la tesis doctoral, *La arquitectura de la ciudad global* (Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004; reeditado por Nobuko, Buenos Aires, 2009). Ese trabajo pone al descubierto las estrategias de la globalización sobre el entorno construido y describe los cambios que implica una sociedad global, establecida

según una economía y mercados globales. Un libro anterior, en coautoría con Jordi Borja, ya ponía en relación la lectura espacial con los derechos y con la política. Se trata de *Espacio público: ciudad y ciudadanía* (Electa/Xarxa de Municipis, Barcelona, 2003; versión catalana: *L'Espai públic: ciutat i ciutadania*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 2001).

Mi formación personal y académica está influida por mi origen, nieta del exilio en Argentina, y por las enseñanzas de una familia progresista, especialmente mi padre, quien me transmitió el sentido ético de toda acción personal y profesional. Mi etapa de formación universitaria, durante el silencio de la dictadura y coincidiendo con el inicio de la recuperación democrática de mi país de origen, me hizo experimentar que el compromiso político formaba parte consustancial de la educación y la acción profesional. A lo largo de veinte años de residencia en España, entre Barcelona y Sevilla, he confirmado la convicción de que la actividad profesional exige un compromiso ético y político, especialmente en las actividades ligadas al trabajo académico en la universidad pública y al trabajo para la sociedad, a través de la colaboración con las reivindicaciones de base de los movimientos sociales urbanos, como el mencionado caso de Can Ricart.

A partir de 2001, introducida por Isabel Segura a raíz del curso que impartió en el máster “La ciudad: política, proyectos y gestión”, dirigido por Jordi Borja, comencé mi descubrimiento de las teorías y prácticas feministas, en general, y de las relacionadas a la arquitectura y el urbanismo, en particular. Desde entonces, y confirmando la frase “lo personal es político” enarbolada por los movimientos feministas de la década de 1970, además de revisar mis propios puntos de vistas, he ido profundizando en esta búsqueda, que comporta reivindicar todo el conocimiento adquirido desde la óptica de la experiencia femenina, negada y despreciada por el saber oficial, patriarcal y falsamente neutro.

En definitiva, si pueden tener interés estos textos este radica en su situación estratégica y multidisciplinar: se intenta pensar en la complejidad de las sociedades contemporáneas desde un punto de vista común en el que se encuentran arquitectura y política; un tipo de reflexión que no está muy presente en el campo de la teoría arquitectónica contemporánea.

Notas bibliográficas

HISTORIAS

Los capítulos “Las formas de poder”, “Del ‘sentido ético’ de William Morris y ‘el arquitecto en la lucha de clases’ de Hannes Meyer a las ‘estrellas de la arquitectura’” y “Acción política desde la arquitectura” se redactaron específicamente para este libro.

“Las tradiciones alternativas de vida comunitaria” fue primero una conferencia impartida por Zaida Muxí en Valencia (2006) y en las Jornadas Críticas de Madrid (2008). Ha sido publicado por Zaida Muxí en una versión previa bajo el título “Vivienda comunitaria: revisión crítica”, *Proyectiva*, núm. 1, vol. 1, Medellín, 2008.

MUNDOS

El texto “Globalización y universo rizomático” se redactó para la presente obra, aunque la primera parte arranca del libro *La arquitectura de la ciudad global* de Zaida Muxí y la segunda fue publicada como artículo de Josep Maria Montaner en *El País* (27 de octubre del 2004).

El capítulo “Fronteras calientes” está inspirado en el libro de Claudio Caveri *Una frontera caliente*, y como artículo breve se publicó inicialmente en *El País* (3 de julio del 2004).

La base del texto “Mundo post-Chernóbil” fue publicada inicialmente por Josep Maria Montaner en *El País* (10 de enero del 2004) y aquí ha sido totalmente rehecha y ampliada.

La primera y la tercera parte del capítulo “Vida basura o *slow food*” se publicaron inicialmente en *El País* bajo los títulos “Vida basura” (29 de septiembre del 2004) y “El voto del consumo” (diciembre del 2008).

METRÓPOLIS

La primera versión del texto “Urbanismo tardorracionalista: de *La Carta de Atenas* a la ciudad global” fue publicado inicialmente por ambos autores en *Arquitectos*, núm. 13, Lima, 2004; y en *Ágora*, núm. 11, Valencia, 2004, dedicado a “Territorio, ciudad y sostenibilidad”. También se había desarrollado inicialmente en la tesis y libro de Zaida Muxí.

El capítulo “Ciudades alternativas: Curitiba, Seattle, Bogotá y Medellín” es la suma revisada de varios artículos publicados por Montaner y Muxí en el suplemento “Culturas” del diario *La Vanguardia*. Parte del texto sobre Curitiba se publicó en *Ecología Política*, núm. 17, Barcelona, 1999; así como una versión más breve y actualizada en *La Vanguardia* (12 de julio del 2006). El texto sobre Seattle apareció primero en el libro colectivo *Els carrers de la democràcia. L'espai públic a les noves ciutats* (Diputació de Barcelona, Barcelona, 2001); previamente se publicó en *El País* (9 de diciembre de 1999) y posteriormente en *La Vanguardia* (17 de mayo del 2006). El texto sobre Bogotá apareció en primera versión en *La Vanguardia* (30 de agosto del 2006) y el de Medellín en *La Vanguardia* (5 de noviembre del 2008).

El capítulo “El turismo y la tematización de las ciudades” ha tenido muchos antecedentes, como el artículo “La ciudad, museo o parque temático”, publicado en *La Vanguardia* (19 de noviembre del 2003), o “La tematización de las ciudades” de Josep Maria Montaner, *Nexus*, núm. 35, Barcelona, 2005-2006.

VULNERABILIDADES

El texto “Traumas urbanos: el borrado de la memoria” tiene dos antecedentes: arranca de la presentación de Josep Maria Montaner presentada en el CCCB en el año 2004 y fue publicado en una versión inicial titulada “Vulnerabilidades urbanas: separar, olvidar, deshabitar”, en Nogué, Joan y Romero, Joan (eds.), *Las otras geografías*, Tirant o blanch edicions, Valencia, 2006.

Algunas partes de “Neofeudalismo inmobiliario: el problema de la vivienda y las casas vacías” fueron artículos breves de Montaner publicados inicialmente en *El País*: “Viviendas vacías” (13 de febrero del 2004) y “Neofeudalismo inmobiliario” (11 de diciembre del 2005).

El capítulo “Ciudad de *slums* y geografía de los ‘sin techo’” ha sido redactado expresamente para el libro, aunque “Geografía de los ‘sin techo’: los excluidos” fue publicado por Josep Maria Montaner inicialmente en *El País* (8 de enero del 2006) como artículo breve; y también forma parte del libro colectivo *Las otras geografías, op. cit.*

ALTERNATIVAS

“Ciudad próxima: urbanismo sin género” ha sido redactado por Zaida Muxí especialmente para este libro.

“Nuevas epistemologías para el urbanismo contemporáneo” fue presentado por Josep Maria Montaner como conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander (2007), en el curso “Otras maneras de hacer ciudad: alternativas a la globalización”, dirigido por Zaida Muxí, y en la II Bienal de Arquitectura de Castro Urdiales (2010).

“Cultura institucional, sociedad civil” es el desarrollo de un artículo publicado por Josep Maria Montaner en *El País* (versión catalana en *Zerovuittresquaranta*, núms. 198-200, Vilassar de Mar, 2007).

“Por una cultura crítica y alternativa” fue publicado en una versión inicial y muy incipiente, como artículo en *El País* (10 de junio del 2003), y en *Arquitectura COAM*, núm. 332, Madrid, 2003, bajo el título “Otra crítica es posible”.

En cualquier caso, todos los capítulos han sido redactados, ampliados, actualizados y revisados especialmente para esta publicación.

Notas

- [1](#) Véase: Smith, Neil, *et al.*, *Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémico*, MACBA/UAB, Barcelona, 2009.
- [2](#) Ildelfons Cerdà, uno de los fundadores del urbanismo moderno, por su práctica (el Plan de Barcelona) y por su obra clásica *Teoría general de la urbanización*, preconizaba como objetivo de la ordenación conseguir una “ciudad igualitaria”. Las innovaciones urbanísticas desde mediados del siglo *xix* hasta la segunda mitad del *xx* pretendían siempre justificarse con argumentos higienistas o sociales: *zoning*, ciudad jardín, ciudad lineal, espacio público (grandes bulevares, políticas de “embellecimiento” urbano), *grands ensembles* y *new towns*, etc. No siempre los resultados respondían a los objetivos, bien porque su ejecución introdujo objetivos políticos perversos —el barón Haussmann en el París decimonónico y su voluntad de segregación social y de control del espacio público— o por la acción posterior de los mecanismos de mercado que traducían en el territorio la desigualdad social de los ingresos y del origen social.
- [3](#) La Carta por el Derecho a la Ciudad ha sido elaborada por HIC-América Latina bajo la dirección de Enrique Ortiz y Lorena Zárate (Ciudad de México, 2010). El libro colectivo editado por Anna Sugranyes y Charlotte Mathivet (de HIC), *Ciudades para todos*, se publicó en Santiago de Chile en 2010.
- [4](#) Paul A. Baran fue el autor de una obra ya clásica, *La economía del crecimiento* (1957) y, junto con Paul Sweezy, escribió *El capitalismo monopolista* (1966), ambos libros editados por *Monthly Review*. El texto citado es “El compromiso del intelectual”, publicado en la recopilación de textos *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, Pasado y Presente, Córdoba (Argentina), 1968.
- [5](#) Aristóteles, *Política*, citado en Ansay, Pierre y Schoombodt, René, *Penser la ville. Choix de texte philosophiques*, Archives d'Architecture Moderne, Bruselas, 1989. *Symmachia* significa “una simple alianza”.
- [6](#) Harries, Karsten, *The Ethical Function of Architecture*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1998.
- [7](#) Dato extraído de *Architecture for Humanity. Design like you give a Damn*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006, pág. 222, que a su vez procede de Kalin, Walter *et al.* (eds.), *The Face of Human Rights*, Lars Müller, Baden, 2004.
- [8](#) Véanse los comentarios sobre el fenómeno del gran crecimiento de las metrópolis en países de democracias débiles en: Koolhaas, Rem, “The Generic City”, *Domus*, núm. 791, marzo de 1997 (versión castellana: La ciudad genérica, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2006).
- [9](#) Véanse las memorias de Oriol Bohigas, *Dit o Fet. Dietari de records II*, Edicions 62, Barcelona, 1992, págs. 54-56
- [10](#) Durand, Jean-Nicolas-Louis, *Precis des leçons d'architecture: données a l'École Royale Polytechnique*, París, 1819 (versión castellana: *Compendio de lecciones de arquitectura: parte gráfica de los cursos de arquitectura*, Pronaos, Madrid, 1981).
- [11](#) Arendt, Hannah, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958 (versión castellana: *La condición humana*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/Ciudad de México, 1993).
- [12](#) *Ibíd.*
- [13](#) *Ibíd.*
- [14](#) *Ibíd.*
- [15](#) Woolf, Virginia, *A Room of One's Own* [1929], Cambridge University Press, Cambridge, 1995 (versión castellana: *Una habitación propia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004).

- [16](#) Arendt, Hannah, *op. cit.*
- [17](#) Murillo, Soledad, *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Siglo XXI editores, Madrid, 2006.
- [18](#) Bentham, Jeremy, *Panopticon; or, The Inspection-House*, T. Payne, Londres, 1791 (versión castellana: *El panóptico*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1989, 2.ª ed.). Fue Michel Foucault quien recuperó el panóptico de Bentham en el capítulo “El panoptismo”, en *Surveiller et punir: naissance de la prison*, Gallimard, París, 1975 (versión castellana: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI editores, Ciudad de México, 1976).
- [19](#) Los textos aquí citados de Georges Bataille están incluidos en: Leich, Neil (ed.), *Rethinking Architecture. A Reader in Cultural Theory*, Routledge, Londres/Nueva York, 1997; Hollier, Denis, *Against Architecture. The Writings of George Bataille*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1989; y Sparshott, Francis, “The Aesthetics of Architecture and the Politics of Space”, en Mitics, Michael M., *Philosophy and Architecture*, Rodop, Ámsterdam/Atlanta, 1994.
- [20](#) Sudjic, Deyan, *The Edifice Complex: How the Rich and Powerful Shape the World*, Penguin, Londres, 2006 (versión castellana: *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*, Ariel, Barcelona, 2007).
- [21](#) Jacobs, Jane, *The Death and Life of Great American Cities*, Pimlico, Londres, 1961 (versión castellana: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitán Swing, Madrid, 2011).
- [22](#) Carson, Rachel, *Silent Spring*, Hamish Hamilton, Londres, 1962 (versión castellana: *Primavera silenciosa*, Crítica, Madrid, 2005).
- [23](#) Foucault, Michel, *Les Mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*, Gallimard, París, 1966 (versión castellana: *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI editores, Ciudad de México, 1968; y *Vigilar y castigar, op. cit.*
- [24](#) Baudrillard, Jean, *Le Système des objects* [1969], Gallimard, París, 1993 (versión castellana: *El sistema de los objetos*, Siglo XXI editores, Ciudad de México/Buenos Aires, 1969).
- [25](#) En 2007, contaba ya con más de cuatro millones de cámaras de circuito cerrado (CCTV), y en 2009, solo en el Gran Londres, había medio millón de cámaras, con una media de una por cada catorce habitantes.
- [26](#) El desarrollo de estos proyectos críticos está explicado en detalle en tres libros de Josep Maria Montaner: *Después del movimiento moderno* (1993), *Las formas del siglo xx* (2003) y *Sistemas arquitectónicos contemporáneos* (2008), todos ellos publicados por la Editorial Gustavo Gili.
- [27](#) Pugin, August Welby Northmore, *Contrasts: or, A Parallel Between the Noble Edifices of the Middle Ages, and Corresponding Buildings of the Present Day, Shewing the Present Decay of Taste*, Dolman, Londres, 1836.
- [28](#) Ruskin, John, *The Seven Lamps of Architecture* [1849], Dover Publications, Nueva York, 1989 (versión castellana: *Las siete lámparas de la arquitectura*, Stylos, Barcelona, 1987).
- [29](#) Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto comunista* [1848], Alianza, Madrid, 2001.
- [30](#) Véase un análisis preciso de John Ruskin en Solà-Morales, Ignasi de, “John Ruskin. Siete palabras sobre la arquitectura” [1988], en *Inscripciones*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2003.
- [31](#) Morris, William, “Prospects of Architecture in Civilization” [1881], en *Hopes and Fears for Art*, Longmans, Green, and Co., Nueva York, 1901.
- [32](#) Véase, por ejemplo, el catálogo *William Morris*, publicado por Dirección General de Arquitectura y Vivienda MOPU, Madrid, 1984.
- [33](#) Meyer, Hannes, “El arquitecto en la lucha de clases”, en *El arquitecto en la lucha de clases y otros escritos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1972.
- [34](#) Popper, Karl, *The Open Society and Its Enemies*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1950 (versión castellana: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 1981).
- [35](#) Rowe, Colin, *Collage city*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1978 (versión castellana, *Ciudad collage*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1998).
- [36](#) Véase: Montaner, Josep Maria, “La figura ideológica del arquitecto liberal”, en *Después del movimiento moderno*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1993; y “Cultura del fragmento: el collage y el montaje”, en *Las formas del siglo xx*, Editorial Gustavo

Gili, Barcelona, 2002.

[37](#) Sennet, Richard, *Flesh and Stone: The Body and the City in Western Civilization*, Norton & Company, Londres/Nueva York, 1996 (versión castellana: *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid, 1997).

[38](#) Datos extraídos de: Del Caz, Rosario; Gibosos, Pablo y Saravia, Manuel, *La ciudad y los derechos humanos*, Talasa, Madrid, 2002.

[39](#) Watkin, David, *Morality and Architecture*, The University of Chicago Press, Londres/Chicago, 1977 (versión castellana: *Moral y arquitectura*, Tusquets, Barcelona, 1981). Dentro de esta visión conservadora y nostálgica podemos situar también a Witold Rybczynski y libros suyos como *Home: A Short History of an Idea*, Penguin, Harmondsworth, 1987 (versión castellana: *La casa, historia de una idea*, Editorial Nerea, Madrid, 1989).

[40](#) Arendt, Hannah, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958 (versión castellana: *La condición humana*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/Ciudad de México, 1993).

[41](#) Adorno, Theodor W., "Functionalism Today", en *Oppositions*, núm. 17, verano de 1979. Este discurso de crítica al puritanismo contra el ornamento ha sido recuperado por Karsten Harries en *The Ethical function of Architecture*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1997.

[42](#) Furtado, Gonçalo, *Detrás del lápiz o la construcción del Proyecto Crítico*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2005.

[43](#) Eisenman, Peter, "The End of the Classical: The End of the Beginning, the End of the End", *Perspecta*, vol. 21, 1984 (versión castellana: "El fin de lo clásico: el fin del comienzo, el fin del fin", *Arquitecturas Bis*, núm. 48, Barcelona, 1984).

[44](#) Puig i Cadafalch, Josep, *Escrips d'arquitectura, art i política*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2003.

[45](#) Tafuri, Manfredo, *Vienna Rossa. La politica residenziale nella Vienna socialista. 1919-1933*, Electa, Milán, 1980.

[46](#) Véase: Montaner, Josep Maria, "Otra crítica es posible", *Arquitectura COAM*, núm. 332, Madrid, 2003; y Muxí, Zaida, "Mujeres y arquitectura: teoría y práctica de la vivienda", *Arquitectura COAM*, núm. 340, Madrid, 2005.

[47](#) Grassi, Giorgio (ed.), *Das neue Frankfurt. 1926-1931*, Dedalo, Milán, 1975.

[48](#) Geddes, Patrick, *Cities in Evolution* [1915], Ernst Benn, Londres, 1968 (versión castellana: *Ciudades en evolución*, KRK Ediciones, Oviedo, 2009).

[49](#) Hall, Peter, *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*, Basil Blackwell, Oxford, 1988 (versión castellana: "La ciudad de la difícil equidad", en *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo xx*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996).

[50](#) Tyrwhitt, Jaqueline (ed.), *Patrick Geddes in India*, Lund Humphries, Londres, 1947.

[51](#) De Andrade, Geraldo Edson, *Carmen Portinho. Por toda a minha vida*, UERJ, Río de Janeiro, 1999.

[52](#) Lefaivre, Liane, *Ground-up City Play as a Design Tool*, 010 Publishers, Róterdam, 2007.

[53](#) Pourreau, Benoît, *Un Politique en architecture. Eugène Claudius-Petit (1907-1989)*, Moniteur, París, 2004.

[54](#) Ballon, Hilary y Jackson, Kenneth T. (eds.), *Robert Moses and the Modern City: The Transformation of New York*, W. W. Norton, Nueva York/Londres, 2005.

[55](#) Sert, Josep Lluís, *Can Our Cities Survive?: An ABC of Urban Problems. Their Analysis, Their Solutions Based on the Proposals Formulated by the CIAM*, Harvard University, Cambridge (Mass.), 1942.

[56](#) Véase: Montaner, Josep Maria, *Sistemas arquitectónicos contemporáneos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2008.

[57](#) Véase: Montaner, Josep Maria, *Arquitectura contemporània a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 2005.

[58](#) Véase: Engels, Frederick, *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1977; Tristán, Flora, *Mi vida* (1833), *La unión obrera* (1843) y *Paseos por Londres. La aristocracia y los proletarios ingleses* (1840).

[59](#) Amann Alcocer, Atxu, *El espacio doméstico: la mujer y la casa*, tesis doctoral leída en la Universidad Politécnica de Madrid en 2005.

- [60](#) Forty, Adrian, *The Electric Home*, Open University Press, Milton Keynes, 1975.
- [61](#) Pearson, Lynn F., *The Architectural and Social History of Cooperative Living*, Macmillan Press, Londres, 1993.
- [62](#) Hayden, Dolores, *Redesigning the American Dream: Gender, Housing and Family Life*, Norton, Nueva York, 2002; y *The Great Domestic Revolution: A History of Feminism Designs for American Homes, Neighbourhoods and Cities*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1982.
- [63](#) Ebenezer Howard (1850-1928) publicó en octubre de 1898 *Tomorrow: a Peaceful Path to Real Reform*, reimpresso en 1902 bajo el título *Garden Cities of ToMorrow*, Routledge, Londres, 2003 (versión castellana: *Ciudades jardín del mañana*, en Aymonino, Carlo (ed.), *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978). “La población de esta pequeña ciudad [...] de unos 30.000 habitantes con 5.500 solares de un tamaño medio de 6 X 40 m. Al darnos cuenta de que la arquitectura y los proyectos muy variados que despliegan las casas y los grupos de casas —algunas con jardines y cocinas comunes—, aprendimos que los puntos clave son el cumplimiento general de la alineación de las calles o la desviación armoniosa de ella”.
- [64](#) Hayden, Dolores, *The Grand Domestic Revolution*, op. cit.
- [65](#) Wright, Gwendolyn, *Building the Dream. A Social History of Housing in America*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1983.
- [66](#) Roosevelt, Theodor, *The Foes of Our Own Household*, George H. Doran Company, Nueva York, 1917.
- [67](#) Beecher, Catharine y Beecher Stowe, Harriet, *The American Woman's House* [1869], Rutgers University Press, Piscataway, 2002.
- [68](#) Wright, Gwendolyn, op. cit.
- [69](#) Véase: Muxí, Zaida, “Mujeres y arquitectura: teoría y práctica de la vivienda”, *Arquitectura COAM*, núm. 340, Madrid, 2005.
- [70](#) Alva Myrdal (1902-1986) presidió la sección social de la UNESCO en 1950 y en 1982 recibió el Premio Nobel de la Paz junto con Alfonso García Robles.
- [71](#) Arjun Appadurai, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1996 (versión castellana: *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001); y *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*, Duke University Press, Durham, 2006 (versión castellana: *El rechazo de las minorías: ensayo sobre la geografía de la furia*, Tusquets, Barcelona, 2007).
- [72](#) Muxí, Zaida, *La arquitectura de la ciudad global*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004 (segunda edición publicada por Nobuko, Buenos Aires, 2009).
- [73](#) Bauman, Zygmunt, *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*, Polity, Cambridge, 2004 (versión castellana: *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2004); y *New Frontiers and Universal Values*, CCCB, Barcelona, 2006.
- [74](#) Véase: Colomina, Beatriz, *Privacy and Publicity: Modern Architecture as Mass Media*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1994 (versión castellana: *Privacidad y publicidad: la arquitectura moderna como medio de comunicación de masas*, Cendeac/Colegio Oficial de Arquitectos de Murcia/Observatorio del Diseño y la Arquitectura de la Región de Murcia, Murcia, 2010).
- [75](#) Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mille plateaux*, Éditions de Minuit, París, 1980 (versión castellana: *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pretextos, Valencia, 1988).
- [76](#) Datos extraídos de *El País*, 14 de enero del 2007.
- [77](#) Appadurai, Arjun, *El rechazo de las minorías*, op. cit.
- [78](#) Caveri, Claudio, *Una frontera caliente. La arquitectura americana entre el sistema y el entorno*, Syntaxis, Buenos Aires, 2002. Sobre Claudio Caveri y la Comunidad Tierra véase Montaner, Josep Maria, *Sistemas arquitectónicos contemporáneos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2008; sobre su pensamiento véase Montaner, Josep Maria, *Arquitectura y crítica en Latinoamérica*, Nobuko, Buenos Aires, 2011.

[79](#) Bauman, Zygmunt, *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*, Polity, Cambridge, 2004 (versión castellana: *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2004); y *New Frontiers and Universal Values*, CCCB, Barcelona, 2006.

[80](#) La Valle, Raniero, “Los años noventa: una restauración de final de siglo”, en Bimbi, Linda (ed.), *No en mi nombre. Guerra y derecho*, Trota, Madrid, 2003.

[81](#) En este capítulo se trata del significado de las urbanizaciones cerradas como fenómeno legal y social y en el capítulo “Urbanismo tardocapitalista: de La Carta de Atenas a la ciudad global”, dedicado al urbanismo tardorracionalista, se trata como morfología urbana y territorial. Además, los barrios cerrados son objeto de crítica en el libro de Zaida Muxí, *La arquitectura de la ciudad global*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004 (segunda edición en Nobuko, Buenos Aires, 2009).

[82](#) En *Cidade de muros: crime, segregação e cidadania em São Paulo*, Editora 34/EDUSP, São Paulo, 2000 (versión castellana: *Ciudad de muros*, Gedisa, Barcelona, 2007), Teresa Pires do Rio Caldeira contrapone las fronteras de los ricos con la cultura del *hip-hop* de los jóvenes. En relación con los derechos humanos y el urbanismo, véase Del Caz, Rosario; Gigosos, Pablo y Saravia, Manuel, *La ciudad y los derechos humanos*, Talasa, Madrid, 2002.

[83](#) La novela *Angosta* (Seix-Barral, Madrid, 2003) del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince plantea una distopía próxima de una ciudad dividida en tres niveles totalmente distintos: el de la ciudad de los ricos, en la parte alta, aireada y fría, a la que solo se entra tras rigurosos controles en el *check-point*, como si fuera un gran barrio cerrado; la ciudad intermedia, tierra templada para unas clases medias depauperadas, que habitan el que había sido el verdadero centro de Angosta; y la ciudad inferior, de los tercerones, degradada, contaminada, violenta y marginada, un auténtico infierno tórrido, la tierra caliente, alrededor de la Boca del Infierno y el Salto de los Desesperados.

[84](#) Luhmann, Niklas, *Introducción a la teoría de sistemas* (lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate), Anthropos, Universidad Iberoamericana/Iteso, Ciudad de México, 1996; y Luhmann, Niklas, *Sociedad y sistema. La ambición de la teoría*, Paidós/ICE, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1997.

[85](#) Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Hamish Hamilton, Londres, 1992 (versión castellana: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992).

[86](#) Montaner, Josep Maria, “Arte y espacio público: ¿industria, creatividad o crítica?”, en Félix Manito (ed.), *Ciudades creativas. Volumen 1. Cultura, territorio, economía y ciudad*, Fundació Kreanta, Barcelona, 2009.

[87](#) Davis, Mike, *Planet of slums*, Verso, Londres/Nueva York, 2006 (versión castellana: *Planeta de ciudades miseria*, Editorial Foca, Tres Cantos, 2007).

[88](#) Berger, John, “Diez mensajes sobre la resistencia ante los muros”, *El País*, 5 de febrero de 2005.

[89](#) Véase, por ejemplo, Pala, Marina (ed.), *La ciudad sostenible* (catálogo de la exposición homónima), CCCB, Barcelona, 1998.

[90](#) Davis, Mike, *Ecology of Fear. Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Metropolitan Books, Nueva York, 1998.

[91](#) Sobre la tragedia de *Bhopal*, véase, entre muchas otras referencias: Lapierre, Dominique y Moro, Javier, *Era medianoche en Bhopal*, Planeta, Barcelona, 2008; Rojas, Ana Gabriela, “Bhopal sigue muriendo”, *El País*, 29 de noviembre del 2009; y Rojas, Ana Gabriela, “Ocho condenas leves por la gran tragedia de Bhopal”, *El País*, 8 de junio de 2010.

[92](#) Díez, Fernando, “Accidente del tercer tipo”, *La Nación*, Buenos Aires, 25 de junio de 2010.

[93](#) Citado en Virilio, Paul, *Ce qui arrive/Unknown quantity*, Fondation Cartier pur l’Art Contemporain/Thames & Hudson, París/Nueva York, 2002.

[94](#) Virilio, Paul, *Esthétique de la disparition*, Balland, París, 1980 (versión castellana: *Estética de la desaparición*, Anagrama, Barcelona, 1988).

[95](#) Aleksievich, Svetlana, *Chernobilskaya molitva: khronika budushchego*, Ostozhe, Moscú, 1997 (versión castellana: *La plegaria de Chernóbil: crónica del futuro*, Casiopea, Barcelona, 2002).

[96](#) *Ibíd.*

[97](#) *Ibíd.*

[98](#) Zygmunt Bauman ha desarrollado su idea de una modernidad líquida en diversos libros, entre los que se encuentran:

Liquid Modernity, Polity Press, Malden, 2000 (versión castellana: *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2003) y *Liquid Life*, Polity Press, Malden, 2005 (versión castellana: *Vida líquida*, Paidós, Barcelona, 2006).

[99](#) Véase el catálogo de la exposición *Cultura porqueria. Una espeleología del gust*, CCCB, Barcelona, 2003.

[100](#) Sassen, Saskia, *The Global City: New York, London, Tokio*, Princeton University Press, Princeton, 1991 (versión castellana: *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*, Eudeba, Buenos Aires, 1999). En este libro ya se define esta dualización social y laboral. También queda retratada en la película del director Ken Loach *Pan y rosas* (2000), con guión de Paul Laverty.

[101](#) Diversas noticias publicadas en el periódico *El País*: 12 de diciembre de 1996; 13 de junio de 2007; y 18 de enero de 2011, y en *ADN* el 29 de enero de 2008.

[102](#) En relación con el uso del tiempo, véase el magnífico y revelador ensayo de Jonathan Crary “Sobre los finales del sueño: sombras en el resplandor de un mundo 24/7”, editado en los cuadernos portátiles del MACBA, Barcelona, 2010, en el que se demuestra que el único terreno humano no capturado, el sueño de cada persona, está siendo conquistado, poco a poco, por el sistema productivo. Crary escribe: “La modernidad ha hecho constantes incursiones contra el sueño. El adulto estadounidense medio duerme ahora aproximadamente seis horas y media cada noche, una erosión respecto a las ocho horas de una generación atrás, y (difícil de creer) bajando de las diez horas de principios del siglo xx”.

[103](#) Chermayeff, Serge y Alexander, Christopher, *Community and Privacy: Toward a New Architecture of Humanism*, Doubleday & Co., Nueva York, 1963 (versión castellana: *Comunidad y privacidad; hacia una nueva arquitectura humanista*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1968).

[104](#) Véase *El Manifiesto para el futuro de las semillas*, Comisión Internacional sobre el Futuro de los Alimentos y la Agricultura, Florencia, 2006; y todos los textos de Vandana Shiva y Carlo Petrini.

[105](#) Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W., *Dialektik der Aufklärung: philosophische Fragmente*, Querido, Ámsterdam, 1944 (versión castellana: *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Akal, Madrid, 2007).

[106](#) *Ibíd.*

[107](#) Banham, Reyner, *Los Angeles. The Architecture of Four Ecologies*, Penguin, Londres, 1971.

[108](#) Davis, Mike, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Vintage, Nueva York, 1992 (versión castellana: *Ciudad de cuarzo: arqueología del futuro en Los Ángeles*, Lengua de trapo, Madrid, 2003).

[109](#) Sobre las autopistas véase: McShane, Clay, *Down the Asphalt Path. The Automobile and the American City*, Columbia University Press, Nueva York, 1994.

[110](#) Paquot, Thierry, “El regreso de las torres”, en AA VV, *Urbanismo, arquitectura y globalización*, Le Monde Diplomatique (edición chilena), Santiago de Chile, 2008.

[111](#) Ritzer, George, *Enchanting a Disenchanted World*, Pine Forge Press, Thousand Oaks, 1999 (versión castellana: *El encanto de un mundo desencantado: revolución en los medios de consumo*, Ariel, Barcelona, 2000).

[112](#) De Long, David G., *Frank Lloyd Wright and the Living City*, Vitra Design Museum/Skira, Ginebra/Milán, 1998 (versión castellana: *Frank Lloyd Wright y la ciudad viviente*, IVAM, Valencia, 2000).

[113](#) Bourdieu, Pierre, *Les Structures sociales de l'économie*, Éditions du Seuil, París, 2000 (versión castellana: *Las estructuras sociales de la economía*, Anagrama, Barcelona, 2003).

[114](#) Sennett, Richard, *The Uses of Disorder: Personal Identity and City Life*, W. W. Norton, Nueva York, 1970 (versión castellana: *Vida urbana e identidad personal*, Ediciones Península, Barcelona, 1975).

[115](#) Sobre la ciudad global, véase Muxí, Zaida, *La arquitectura de la ciudad global*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004 (segunda edición publicada por Nobuko, Buenos Aires, 2009).

[116](#) Koolhaas, Rem, “The Generic City”, *Domus*, 791, marzo de 1997 (versión castellana: *La ciudad genérica*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2006).

[117](#) Baudrillard, Jean, *Amérique*, Grasset & Fasquelle, París, 1986 (versión castellana: *América*, Anagrama, Barcelona, 1987).

- [118](#) Le Corbusier, *La Charte d'Athènes*, Plon, París, 1938 (versión castellana: *La Carta de Atenas. Principios del Urbanismo*, Ariel, Barcelona, 1971).
- [119](#) Hayden, Dolores, *Building Suburbia: Green Fields and Urban Growth, 1820-2000*, Vintage, Nueva York, 2004.
- [120](#) Duany, Andres; Speck, Jeff y Lydn, Mike, *The Smarth Growth Manual*, McGraw Hill, Nueva York, 2010.
- [121](#) Sobre Curitiba, véase: Menezes, Claudino Luiz, *Desenvolvimento Urbano e Meio Ambiente: a Experiência de Curitiba*, Papirus, Campinas, 1996; y Montaner, Josep Maria, "El modelo Curitiba: movilidad y espacios verdes", *Ecología Política*, núm. 17, 1999.
- [122](#) La media de edad en 1999 era de 33 años, con el 88 % de la población mayor de 25 años y con estudios universitarios.
- [123](#) Dicha obra fue seleccionada por Ignasi de Solà-Morales para la exposición *Presente y futuros. Arquitectura en las ciudades* en el Congreso de la UIA de 1996.
- [124](#) Montaner, Josep Maria, "L'espai públic a Seattle: un model urbà contemporani", en AA VV, *Els carrers de la democràcia. L'espai públic de les noves ciutats*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 2001.
- [125](#) Weber, Max, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1922 (versión castellana: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1990).
- [126](#) Luhmann, Niklas, *Introducción a la teoría de sistemas* (lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate), Anthropos, Universidad Iberoamericana/Iteso, Ciudad de México, 1996.
- [127](#) Corboz, André, *Le Territoire comme palimpseste et autres essais*, Les Éditions de l'Imprimeur, Besançon, 2001.
- [128](#) Harvey, David et al., *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultural*, MACBA/UAB, Barcelona, 2005.
- [129](#) Roca, Joan, "Gótico tematizado", suplemento "Culturas", *La Vanguardia*, 22 de diciembre del 2004.
- [130](#) Un buen análisis de los efectos del turismo en los valores ambientales de las ciudades es el del ensayo de Enric Pol, "Sostenibilidad, ciudad y medio ambiente. Dinámicas urbanas y construcción de valores ambientales", en García Mira, Ricardo A. y Vega Marcote, Pedro (eds.), *Sostenibilidad, valores y cultura ambiental*, Ediciones Pirámide, Madrid, 2009.
- [131](#) Kundera, Milan, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, Barcelona, 1985, pág. 254.
- [132](#) Véase la exposición *La Catalunya paisatge. A la recerca d'un imaginari contemporani* (2006-2007), publicada en *Nexus*, núm. 36, Barcelona, 2006; y *Nexus*, núm. 35, Barcelona, 2005-2006, dedicado a "Nuevas políticas para el turismo cultural: retos, rupturas y respuestas" con textos de Néstor García Canclini, Yves Michaud, Gérard Richez y Josep Maria Montaner, entre otros.
- [133](#) Véase Montaner, Josep Maria y Muxí, Zaida, "Edificios que crean plazas", suplemento "Culturas", *La Vanguardia*, 23 de junio del 2010.
- [134](#) El programa de Rem Koolhaas para la Bienal de Venecia de 2006 está publicado como Rem Koolhaas/AMO, *The Gulf*, Lars Müller, Baden, 2007.
- [135](#) Sudjic, Deyan, *The Edifice Complex: How the Rich and Powerful Shape the World*, Penguin, Londres, 2006 (versión castellana: *La arquitectura del poder: cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*, Ariel, Barcelona, 2007).
- [136](#) Corboz, André, *Le Territoire comme palimpseste et autres essais*, Les Éditions de l'Imprimeur, Besançon, 2001.
- [137](#) Davis, Mike, *City of Quartz. Excavating the future in Los Angeles*, Verso, Nueva York/Londres, 1990 (versión castellana: *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, 2003).
- [138](#) Klein, Norman M., *The History of Forgetting. Los Angeles and the Erasure of Memory*, Verso, Nueva York/London, 1997.
- [139](#) Boyer, M. Christine, *The City of Collective Memory*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1994.
- [140](#) Hayden, Dolores, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1995.
- [141](#) Boyer, M. Christine, *op. cit.*
- [142](#) Ockman, Joan "De la ciudad del pecado a la ciudad del signo: la transformación de Times Square", en Solà-Morales, Ignasi de y Costa, Xavier (eds.), *Metrópolis*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2005.

- [143](#) Banham, Reyner, *Los Angeles. The Architecture of Four Ecologies*, Penguin, Londres, 1971.
- [144](#) Sobre la aportación de Mike Davis, véase: Schatz, Adam, "The American Earthquake: Mike Davis and the Politics of Disaster", *Lingua Franca Magazine*, febrero de 1997.
- [145](#) Sobre Berlín, véase: García Vázquez, Carlos, *Berlín-Potsdamer Platz. Metrópoli y arquitectura en transición*, Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona, 2000.
- [146](#) Véase: Ynfante, Jesús, *Los negocios de Porcioles: las sagradas familias de Barcelona*, Minipodio, Toulouse, 1976; y Cabana, Francesc, *Fàbriques i empresaris. Els protagonistes de la revolució industrial a Catalunya*, Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1992-1994.
- [147](#) Véanse los documentales de Jacobo Sucari *La lucha por el espacio urbano* (Barcelona, 2006) y *Destruir y construir. Historia de una fábrica* (Barcelona, 2011).
- [148](#) Véase: Muxí, Zaida, *La arquitectura de la ciudad global*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004 (segunda edición publicada por Nobuko, Buenos Aires, 2009).
- [149](#) Engels, Frederick, *Zur Wohnungsfrage; Die Lage der arbeitenden Klasse in England: nach eigener Anschauung und authentischen Quellen* [1872] (versión castellana: *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1977).
- [150](#) Engels, Frederick, *Del socialismo utópico al socialismo científico* [1880], Ricardo Aguilera editor, Madrid, 1968.
- [151](#) Rolnik, Raquel, "Confinamiento o conflagración: metrópolis brasileñas al límite", en AA VV, *Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistemático*, MACBA, Barcelona, 2009.
- [152](#) Kothari, Miloon, "Informe del Relator Especial sobre una vivienda adecuada como elemento del derecho a un nivel de vida adecuado", en *Naciones Unidas. Asamblea General*, 7 de febrero de 2008.
- [153](#) Esteban, Juli, "L'habitatge a Barcelona: estat de la qüestió i alternatives", *Papers. Regió Metropolitana de Barcelona*, núm. 29, Barcelona, febrero de 1998.
- [154](#) Esteban, Juli, *op. cit.*
- [155](#) George, Rose, *The Big Necessity. The Unmentionable World of Human Waste and Why It Matters*, Metropolitan Books, Nueva York, 2008 (versión castellana: *La mayor necesidad. Un paseo por las cloacas del mundo*, Turner, Madrid, 2009).
- [156](#) Hall, Peter, *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*, Basil Blackwell, Oxford, 1988 (versión castellana: "La ciudad de la difícil equidad", en *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo xx*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996).
- [157](#) Davis, Mike, *Planet of Slums*, Verso, Londres, 2006 (versión castellana: *Planeta de ciudades miseria*, Foca, Tres Cantos, 2007).
- [158](#) Andreatta, Verena, "Favela-Bairro, un nuevo paradigma de urbanización para asentamientos informales", *Cuadernos Internacionales de tecnología para el desarrollo humano*, núm. 3, Madrid, junio del 2005; y "Pobres en ciudades pobres. Vivienda, transporte y planificación urbana", ponencia del II Congreso Internacional sobre Desarrollo Humano y Cooperación, Madrid, 2009.
- [159](#) Lewis, Colin, *Five Families; Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*, Basic Books, Nueva York, 1959 (versión castellana: *Antropología de la pobreza: cinco familias*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2004).
- [160](#) Turner, John F. C., *Housing by People: Towards Autonomy in Building Environments*, Marion Boyars, Londres, 1976 (versión castellana: *Todo el poder para los usuarios: hacia la economía en la construcción del entorno*, Blume, Madrid, 1977).
- [161](#) La tesis fue leída en 1974 y publicada más tarde bajo el título *La urbanización marginal* (Edicions UPC, Barcelona, 1999).
- [162](#) Davis, Mike, *op. cit.*
- [163](#) Appadurai, Arjun, *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*, Duke University Press, Durham, 2006 (versión castellana: *El rechazo de las minorías: ensayo sobre la geografía de la furia*, Tusquets, Barcelona, 2007).

- [164](#) Bauman, Zygmunt, *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*, Polity, Cambridge, 2004 (versión castellana: *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2004).
- [165](#) Montaner, Josep Maria, *Repensar Barcelona*, Edicions UPC, Barcelona, 2003 y los artículos “Geografía de los sin techo” y “Vivir y trabajar en la calle”, en *El País*, 8 de enero de 2006 y 11 de abril de 2009.
- [166](#) Síndic de Greuges de Catalunya, *El fenomen sense llar a Catalunya*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2005.
- [167](#) Véase Davis, Mike, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Verso, Nueva York/Londres, 1990 (versión castellana: *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*, Ediciones Lengua de Trapo, Madrid, 2003).
- [168](#) Kohn, Margaret, *Brave New Neighborhoods. The Privatization of Public Space*, Routledge, Nueva York/Londres, 2004.
- [169](#) Este título ha sido tomado del libro de Rivera Garreta, María Milagros, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de mujeres y teoría feminista*, Icaria, Barcelona, 2003, 2ª ed.
- [170](#) *Ibid.*
- [171](#) Piénsese en la diferente connotación que toma “hombre público”, de la calle, y “mujer pública”, de la calle.
- [172](#) *Ibid.*
- [173](#) *Ibid.*
- [174](#) Hayden, Dolores, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1995. Véase también: Hayden, Dolores, *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1982.
- [175](#) Hayden, Dolores, *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work, and Family*, Norton & Company, Nueva York, 1984.
- [176](#) Hayden, Dolores, “What Would a Non Sexist City Be Like? Speculations on Housing, Urban Design and Human Work”, *Journal of Women in Culture and Society*, vol. 5, núm. 3, primavera de 1980, págs. 170-187.
- [177](#) Spain, Daphne, *How Women Saved the City*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2001.
- [178](#) Jacobs, Jane, *The Death and Life of Great American Cities*, Pimlico, Londres, 1961 (versión castellana: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitán Swing, Madrid, 2011).
- [179](#) Prólogo a la edición revisada de 1977 del libro: Venturi, Robert; Izenour, Steven y Scott Brown, Denise, *Learning from Las Vegas: The Forgotten Symbolism of Architectural Form*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1977 (versión castellana: *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1998).
- [180](#) Massey, Doreen B., “Space, Place and Gender”, *Debate Feminista*, año 9, vol. 17, abril de 1998.
- [181](#) Bofill Levi, Anna, *Planejament urbanístic, espais urbans i espais interiors des de la perspectiva de les dones*, Quaderns de l’Institut. Institut Català de les Dones/Departament de Política Territorial i Obres Públiques, Barcelona, 2005.
- [182](#) Bofill Levi, Anna, “Dona i habitatge” (“Mujer y vivienda”), *Quaderns d’Alliberament*, núm. 6, Barcelona, 1981.
- [183](#) Del Valle, Teresa, *Las mujeres en la ciudad. Estudio aplicado de Donostia*, SEWEBIM, San Sebastián, 1991; y *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*, Alianza, Madrid, 1997.
- [184](#) Segura, Isabel, *Guía de Mujeres de Barcelona: recorridos históricos*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 1995.
- [185](#) Sánchez de Madariaga, Inés et al, *Ciudades para las personas. Género y urbanismo: estado de la cuestión*, Instituto de la Mujer, Madrid, 2004.
- [186](#) Montaner, Josep Maria y Muxí, Zaida, *Usos del temps i la ciutat*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2011.
- [187](#) Naselli, César, *De ciudades, formas y paisajes*, Arquna Ediciones, Asunción, 1992.
- [188](#) Véase: Montaner, Josep Maria y Muxí, Zaida, “La ciudad tardorracionalista”, *Revista Arquitectos*, núm. 13, Lima, 2001.
- [189](#) Murillo, Soledad, *El mito de la vida privada: de la entrega al tiempo propio* [1996], Editorial Siglo XXI, Madrid, 2007.

[190](#) Del Caz, Rosario; Gigogos, Pablo y Saravia, Manuel, *La ciudad y los derechos humanos: una modesta proposición sobre derechos humanos y práctica urbanística*, Talasa, Madrid, 2004; y Gigogos, Pablo y Saravia, Manuel, *Urbanismo para náufragos*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 2010.

[191](#) Lefebvre, Henri, *Le Droit à la cité*, Anthropos, París, 1968 (versión castellana: *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1969).

[192](#) Véase: Serageldin, Ismaïl (ed.), *The Architecture of Empowerment*, Academy, Londres, 1997.

[193](#) Spivak, Gayatri, *Can the Subaltern Speak?: Reflections on the History of an Idea*, Columbia University Press, Nueva York, 2010 (versión castellana parcial en: *¿Pueden hablar los subalternos?*, Macba, Barcelona, 2009); y Rivera Garreta, María-Milagros, *Nombrar el mundo en femenino*, Icaria, Barcelona, 1994.

[194](#) Braidotti, Rosi, *Transpositions: On Nomadic Ethics*, Polity Press, Cambridge, 2006 (versión castellana: *Transposiciones. Sobre la ética nómada*, Gedisa, Barcelona, 2009).

[195](#) Guattari, Félix, *Les Trois écologies*, Éditions Galilée, París, 1989 (versión castellana: *Las tres ecologías*, Pretextos, Valencia, 2000).

[196](#) Appadurai, Arjun, *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*, Duke University Press, Durham, 2006 (versión castellana: *El rechazo de las minorías: ensayo sobre la geografía de la furia*, Tusquets, Barcelona, 2007); Sandercock, Leonie, *Towards Cosmopolis*, J. Wiley & Sons, Chichester, 1998; y Sandercock, Leonie y Attili, Giovanni, *Where Strangers Become Neighbours: Integrating Immigrants in Vancouver, Canada*, Springer, Nueva York, 2009.

[197](#) Steals, James, *The Complete Architecture of Balkrishna Doshi. Rethinking Modernism for the Developing Word*, Super Book House, Bombay, 1998.

[198](#) Véase: Morin, Edgar, *Introduction à la pensée complexe*, ESF, París, 1990 (versión castellana: *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1997).

[199](#) Véase: Luhmann, Niklas, *Sociedad y sistema. La ambición de la teoría*, Paidós, Barcelona, 1997.

[200](#) Véase: Derrida, Jacques, *Le Monolinguisme de l'autre, ou, La prothèse d'origine*, Galilée, París, 1996 (versión castellana: *El monolingüismo del otro*, Manantial, Buenos Aires, 1997).

[201](#) Lévinas, Emmanuel, *La trace de l'autre* [1967] (versión castellana: *La huella del otro*, Taurus, Ciudad de México, 2000).

[202](#) Sarkissian, Wendy et al., *Kitchen Table Sustainability*, Earthscan, Londres, 2009.

[203](#) Galano, Carlos; Mansalvo, Juan; Muxí, Zaida y Meity, Alejandro, *Ciudades que enamoran. Jornadas de debate regional, Verde-Sur*, Ediciones del Foro Ecologista de Paraná, 2007.

[204](#) Chermayeff, Serge y Alexander, Christopher, *Community and Privacy: Toward a New Architecture of Humanism*, Doubleday, Nueva York, 1963 (versión castellana: *Comunidad y privacidad. Hacia una arquitectura humanista*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1975); Alexander, Christopher, *Notes on the Synthesis of Form*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1964 (versión castellana: *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1986, 5ª ed.).

[205](#) Machado, Rodolfo (ed.), *The Favela-Bairro Project. Jorge Mario Jáuregui, architects*, Harvard University Graduate School of Design, Cambridge (Mass.), 2003; y Montaner, Josep Maria, *Sistemas arquitectónicos contemporáneos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2008.

[206](#) David, Mike, “¿Quién construirá el Arca de Noé? El imperativo utópico en la Era de la catástrofe”, en AA VV, *Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémicos*, Macba, Barcelona, 2009. El autor introduce la posibilidad, desde los estudios científicos, de que no haya ya mecanismos de corrección posible para reconducir el cambio climático.

[207](#) Wackernagel, Mathis y Rees, William, *Our Ecological Footprint. Reducing Human Impact on the Earth*, Society Publishers, Gabriola Island, 1995 (versión castellana: *Nuestra huella ecológica: reduciendo el impacto humano sobre la Tierra*, LOM, Santiago de Chile, 2001).

[208](#) Montaner, Josep Maria, *op. cit.*

[209](#) Svampa, Maristella, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Siglo XXI editores/CLACSO, Buenos Aires, 2008.

- [210](#) Muxí, Zaida, *La arquitectura de la ciudad global*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004 (segunda edición publicada por Nobuko, Buenos Aires, 2009).
- [211](#) Corboz, André, *Le Territoire comme palimpseste et autres essais*, Les Éditions de l'Imprimeur, Besançon, 2001.
- [212](#) Montaner, Josep Maria; Álvarez, Fernando y Muxí, Zaida (eds.), *Archivo crítico Modelo Barcelona*, Ajuntament de Barcelona/ETSAB-UPC, Barcelona, 2011.
- [213](#) Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische fragmente*, Social Studies Association, Nueva York, 1944 (versión castellana: *Dialéctica de la Ilustración*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999).
- [214](#) Montaner, Josep Maria, "Més idensitat. Per una cultura urbana", en AA VV, *Art, experiències i territoris en procés*, Idensitat/Actar D, Barcelona, 2008.
- [215](#) Derrida, Jacques, *Spectres de Marx: l'état de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*, Galilée, París 1993 (versión castellana: *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Trotta, Madrid, 1995).
- [216](#) Véase: Delgado, Manuel, "El espacio público como ideología", Institut Català d'Antropologia de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2008; y *La ciudad mentirosa: fraude y miseria del modelo Barcelona*, La Catarata, Madrid, 2007.
- [217](#) Rogers, Richard, *Cities for a Small Planet*, Faber & Faber, Londres, 1998 (versión castellana: *Ciudades para un pequeño planeta*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2000).
- [218](#) Respecto al primer proyecto de la década de 1970, recuérdese que ya entonces empezaron a aparecer informes críticos sobre el agotamiento de los recursos, como el del Club de Roma (1973). Sobre lo segundo, véase la exposición *Richard Rogers + Architects. De la casa a la ciudad* en el CaixaForum de Barcelona en el 2009.
- [219](#) Jacobs, Jane, *The Death and Life of Great American Cities*, Pimlico, Londres, 1961 (versión castellana: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitán Swing, Madrid, 2011).
- [220](#) Hayden, Dolores, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1995.
- [221](#) Sandercock, Leonie, *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities*, John Wiley & Sons, Chichester, 1998.
- [222](#) Habraken, N. John, *The Structure of the Ordinary: Form and Control in the Built Environment*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1998.
- [223](#) Respecto a Rural Studio, véase Montaner, Josep Maria, *Sistemas arquitectónicos contemporáneos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2008. En relación con esta nueva actitud ética, véase el catálogo de exposición: Lepik, Andres (ed.), *Small Scale, Big Change. New Architecture of Social Engagement*, MoMA, Nueva York, 2010.
- [224](#) Salas, Julián, *Hacia una manualística universal de habitabilidad básica. Catálogo de 223 fichas de componentes, servicios e instalaciones de muy bajo coste*, Maireal/Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Madrid, 2006.
- [225](#) Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Hamish Hamilton, Londres, 1992 (versión castellana: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992).
- [226](#) Véase Montaner, Josep Maria, *Las formas del siglo xx*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2002; y "Rem Koolhaas. Todo en venta. De Le Corbusier a Prada", *Summa+*, núm. 57, Buenos Aires, 2002-2003.
- [227](#) Véase: Leach, Neil, *The Anaesthetics of Architecture*, The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1999 (versión castellana: *La an-estética de la arquitectura*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2001).
- [228](#) Derrida, Jacques, *Spectres de Marx: l'état de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*, Galilée, París 1993 (versión castellana: *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Trotta, Madrid, 1995).
- [229](#) Derrida, Jacques, *op. cit.*
- [230](#) Braidotti, Rosi, "Subjetividad: afirmación, dolor y capacitación", en AA VV, *Ideas recibidas. Un vocabulario para la cultura artística contemporánea*, MACBA, Barcelona, 2009; y *Transpositions: On Nomadic Ethics*, Polity Press, Cambridge, 2006 (versión castellana: *Transposiciones sobre la ética nómada*, Gedisa, Barcelona, 2009).

Diseño de la cubierta: RafamateoStudio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Josep Maria Montaner, Zaida Muxí
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2011

ISBN: 978-84-252-2538-3